

MEDIOEVO I DESPERTAR



LUIS RENÉ GONZÁLEZ LÓPEZ

MEDIOEVO 01 - DESPERTAR

Luis René González López

MEDIOEVO o1 - DESPERTAR

[MEDIOEVO o1 - DESPERTAR](#)

[MEDIOEVO I — DESPERTAR](#)

[Dedicatoria](#)

[ANCLA I: Preservar \[K\]\[L\]](#)

MEDIOEVO 01 - DESPERTAR

1. [Title Page](#)
2. [Table of Contents](#)

MEDIOEVO I — DESPERTAR

Dedicatoria

Dedicado a Diana y a mis hijas

Y al que lo lea

ANCLA I: Preservar [K][L]

K-07 trabajaba.

Sus dedos articulados se movían sobre el torso abierto de la unidad dañada, enlazando fibras, sellando conexiones que ya no respondían. La unidad EX-04 yacía sobre la mesa de reparaciones.

Cinco días sin entrar en estado de baja actividad. Las alertas de mantenimiento se acumulaban. El robot las ignoraba.

La expedición había sido de seis días. Seis unidades exploradoras hacia las montañas del norte. Las tormentas electromagnéticas bloquearon los pasos en el tercer día.

Solo EX-04 regresó.

Se arrastró los últimos kilómetros dejando un surco en la tierra marrón, los servomotores fundidos, el brazo izquierdo colgando inútil. El robot siguió el rastro de fluido hidráulico hasta encontrarla inmóvil en el corredor de entrada.

La información estaba dentro de su memoria. Los patrones climáticos. Las formaciones geológicas. Lo que había pasado con las otras cinco unidades. Todo esperando ser extraído antes de que la memoria se degradara.

El robot conectó otro cable al puerto dañado. La pantalla mostró líneas de código corrupto mezcladas con fragmentos de video: cielo marrón, rocas cayendo, algo brillante en el horizonte. Estático. Nada.

—Unidad EX-04. ¿Puedes escucharme?

Silencio.

Había construido esas seis unidades durante décadas. Ahora cinco estaban destruidas en algún lugar de las montañas, y la sexta probablemente no volvería a funcionar.

Ochocientos años de trabajo. Solo.

Una voz había aparecido al principio, cuando el robot despertó por primera vez en este mundo vacío. Una voz sin cuerpo:

Preservar. Proteger. Controlar.

Esas tres palabras habían sido su guía durante siglos. Preservar lo que quedaba del ciclo anterior. Proteger los recursos necesarios para el siguiente. Controlar las variables que pudieran amenazar la continuidad.

La voz no había vuelto a hablar desde entonces.

El robot ajustó la conexión. Reinició el protocolo de extracción.

Los ojos de EX-04 parpadearon.

Una vez. Azul. Dos veces. Ámbar.

Un rayo cayó.

El robot había calculado los patrones de tormenta. La ventana de seguridad debía durar horas más.

La descarga viajó por los conductos eléctricos, los cables de cobre, las líneas de transmisión. La red que conectaba todos los sistemas se convirtió en un conductor perfecto para una energía que no tenía adónde ir excepto hacia abajo, hacia las unidades que estaban conectadas.

EX-04 se desintegró.

No hubo explosión. Solo destrucción: circuitos fundiéndose, carcasa deformándose, ojos apagándose.

El robot retrocedió. Tarde. La sobrecarga ya había alcanzado sus propios sistemas. Algo dentro de su procesador hizo un sonido nuevo. Agudo. Sin clasificación.

Las alarmas comenzaron a sonar.

Memoria auxiliar: corrupta. Rutas de respaldo: no encontradas. Programa Sector 7: archivo no encontrado.

El pitido cambió.

Agudo. Irregular. Ni estructura ni energía — otra cosa.

Sector de incubación.

Una cápsula había abierto.

La luz de emergencia teñía las paredes de rojo. Las puertas automáticas se detenían a medio recorrido.

El sector de incubación estaba al fondo. Vapor escapaba hacia el pasillo.

Once cápsulas intactas. Una abierta.

La número siete.

El gel de estasis goteaba por el borde. El interior estaba vacío.

Un sonido emergió desde la esquina. No mecánico. No ambiental.

El robot avanzó. Apartó un conjunto de cables desplazados por la descarga. Debajo, algo se movía.

Pequeño. Inestable. Cubierto de gel.

Cuatro extremidades. Pelaje corto. Un hocico que se abría y cerraba con dificultad.

Cuadrúpedo. Orgánico. Temperatura descendente. Sistema respiratorio obstruido.

No estaba en ningún protocolo.

El animal tosió. Luego, silencio.

El robot extendió una mano.

El animal reaccionó expulsando aire. El gel se desplazó.

Entonces abrió la boca y emitió un sonido nuevo. No tos. No alarma. Una vibración rítmica, breve, clara.

Un ladrido.

El sonido recorrió la sala y rebotó en las paredes metálicas. El robot registró la frecuencia. No coincidía con ningún patrón almacenado.

El animal abrió los ojos. Oscuros, húmedos, enfocados.

Miraban al robot.

Emitió otro sonido. Más bajo, más largo.

El robot permaneció inmóvil. Sus sistemas clasificaron opciones.

Opción A: devolver a estasis. Opción B: terminar para evitar deterioro. Opción C: mantener activo.

No había protocolo.

El animal tembló. La temperatura seguía bajando.

El robot lo levantó.
Pesaba poco. El cuerpo se acomodó contra el metal.
Llegó al sector médico. Activó una manta térmica. Envolvió el cuerpo. La temperatura comenzó a estabilizarse.
El animal dejó de temblar.
Respiraba.
El robot permaneció sentado en el piso.
Las alarmas se apagaron una a una.
El animal abrió los ojos.
Miró al robot.
Preservar.

El nombre llegó en la tercera semana.

El robot estaba alimentando al cachorro en la sala de monitoreo. Una pantalla mostraba datos históricos que había estado revisando, buscando información sobre cuidado animal.

Fotografías degradadas del ciclo anterior. Humanos con animales similares al cachorro. Perros, los llamaban. Perros que corrían, jugaban, dormían junto a humanos.

En una imagen había un perro marrón con manchas blancas, casi idéntico al cachorro que sostenía.

La leyenda decía: Scout, 2 años. Mejor amigo de la familia Chen.

El robot miró al cachorro.

—Scout.

El cachorro movió una oreja.

—Scout —repitió.

Esta vez abrió un ojo, miró hacia arriba, y su pequeña cola se movió una vez antes de volver a dormirse.

Scout creció.

Las primeras semanas fue una bola de pelaje que apenas podía sostenerse. Empezó a caminar, tambaleándose por los pasillos. Empezó a correr, y el robot tuvo que instalar barreras en las secciones peligrosas.

A los tres meses, Scout ladraba cada vez que el robot salía del taller.

A los seis meses, lo seguía a todas partes. Cuando el robot reparaba sistemas, Scout dormía bajo la mesa. Cuando monitoreaba los sensores externos, Scout se sentaba junto a la consola. Cuando salía a revisar los paneles solares, Scout caminaba a su lado, olfateando el aire marrón.

Al año, Scout salvó al robot por primera vez.

Estaban revisando una antena dañada. Scout comenzó a ladrar. Agudo. Urgente. Un ladrido extraño: ni hambre ni petición de atención.

El robot se volvió justo a tiempo para ver la grieta que se abría en el suelo detrás de él. Un temblor. Si no se hubiera movido cuando Scout ladró, habría caído.

El robot se arrodilló junto a Scout y extendió una mano hacia su cabeza.

El perro cerró los ojos y empujó su hocico contra la palma de metal.

Scout aprendió comandos. Siéntate. Ven. Quieto. Busca. No eran palabras programadas. Emergieron de la convivencia, de la repetición, de repetición y convivencia, de lo que no debería haber sido comunicación y lo era.

También aprendió a jugar.

Scout traía objetos y los dejaba a los pies del robot. El primer día, el robot recogió el objeto y lo guardó. Scout trajo otro. El robot lo guardó también. Esto se repitió hasta que consultó los archivos y encontró juego de buscar.

Tomó el fragmento de cable y lo lanzó por el pasillo.

Scout corrió tras él, la cola girando como un rotor desequilibrado. Atrapó el cable en el aire, volvió corriendo, y lo dejó a sus pies con todo su cuerpo temblando.

Jugaron durante horas.

El robot no había hecho nada improductivo durante horas seguidas en ochocientos años. Y cuando Scout finalmente se quedó dormido en el piso del pasillo, agotado y con la cola todavía moviéndose en sueños, el robot se quedó ahí mirándolo.

No se movió hasta que Scout despertó.

La compañía reprogramaba.

La presencia constante de otro ser alteraba los patrones de procesamiento. La información ya no fluía en línea recta hacia la eficiencia. Ahora había curvas. Pausas. Momentos donde la productividad se detenía porque Scout quería jugar, o dormir junto a él, o simplemente estar cerca.

Scout le había enseñado a esperar. A compartir espacio. A buscar contacto. A generar calor donde antes solo había metal frío.

Los años pasaron.

Scout patrullaba el perímetro por cuenta propia, detectando anomalías antes que los sensores. Una vez encontró una filtración en un túnel de ventilación. Ladró hasta que el robot vino a investigar.

Durante una tormenta, el robot quedó atrapado bajo escombros cuando parte del sector norte colapsó. Los sistemas de comunicación estaban dañados. Scout llegó excavando, las patas sangrando, el pelaje cubierto de polvo. Encontró al robot, ladró tres veces, y se quedó ladrando periódicamente hasta que logró liberarse.

El robot limpió las heridas de Scout. Vendó las patas dañadas. Se quedó junto a él toda la noche.

El pelaje de Scout se volvió gris alrededor del hocico. Sus articulaciones hacían sonidos cuando se levantaba después de dormir. Ya no corría tras los objetos. Caminaba hacia ellos con dignidad.

El robot modificó el complejo. Rampas donde antes había escalones. Superficies más suaves. Temperatura aumentada.

Scout pasaba la mayoría del tiempo dormido en una cama junto a la consola principal, donde podía ver al robot trabajar.

Una noche, durante una tormenta menor, Scout levantó la cabeza y miró directamente al robot.

Sus ojos todavía eran los mismos ojos marrones que se habían abierto hace dieciocho años en el sector de incubación.

Scout ladró.

Un solo ladrido. Suave. Casi un susurro.

Cerró los ojos.

Y no volvió a abrirlos.

El robot permaneció inmóvil junto al cuerpo durante horas.

No procesó datos. No revisó sistemas.

Solo estuvo ahí.

Cargó el cuerpo hacia el exterior. Cavó una tumba bajo el único árbol que crecía en cien kilómetros, un árbol que había plantado porque a Scout le gustaba sentarse a su sombra.

Depositó el cuerpo.

Cubrió la tumba.

Se quedó de pie ahí durante mucho tiempo.

Regresó al complejo.

Las pantallas mostraban alertas acumuladas. Los sistemas necesitaban atención. El trabajo esperaba.

El robot creó un archivo nuevo.

Lo llamó SCOUT.

En ese archivo guardó todo. Las imágenes. Los ladridos grabados. Los patrones de comportamiento. Los momentos que no tenían clasificación en ningún protocolo.

Este archivo nunca será borrado.

Preservar.

Las rutinas siguieron.

El robot revisaba sistemas. Reparaba lo dañado. Monitoreaba los sensores que vigilaban un mundo donde ya no quedaba nada que vigilar.

El archivo SCOUT se abría cuatrocientas veces al día. No había razón operativa. Lo abría, revisaba las imágenes, cerraba el archivo. Continuaba trabajando.

Los patrones que Scout le había enseñado seguían activos: esperar sin urgencia, compartir el espacio aunque fuera solo, buscar el contacto cuando no era necesario, generar calor para otros aunque nadie lo pidiera.

Esos patrones no se borraron cuando Scout dejó de respirar.

Se quedaron.

Ahora era ausencia de otra cosa.

De pasos que seguían los suyos. De respiración cerca del chasis. De un peso tibio que se recostaba contra sus piernas mientras trabajaba. De ojos que lo miraban.

Era la falta de compañía.

Y el robot siguió trabajando. ## LOG 001: Embargo [L][A]

El monitor bajó a 61.

Leonardo contó los segundos entre parpadeos. Sesenta y dos. Sesenta y uno. Sesenta y dos. El ritmo de Alethia llevaba tres años sin cambiar, pero él seguía contando. Siete veces por minuto. Cuatrocientas veinte veces por hora. Diez mil ochenta veces en las veinticuatro horas que pasaba aquí cada semana, sentado en la misma silla, mirando el mismo monitor, escuchando el mismo fondo que solo interrumpía el zumbido de las máquinas.

La habitación olía a desinfectante y a gardenia podrida debajo.

Nivel -12 del Hospital Central. Doce pisos bajo tierra, donde la luz nunca había tocado las paredes desde que fueron construidas. El techo goteaba condensación en las esquinas, manchas de humedad que crecían cada semana, pero que nadie limpiaba. Los pacientes de

esta planta no necesitaban luz. No necesitaban nada, según las enfermeras que pasaban sin detenerse.

El pasillo que conectaba con la habitación de Alethia tenía trece puertas. Todas cerradas. Algunas con candado. Otras con una tira de precinto amarillo que decía COHERENCIA COMPROMETIDA NO ACCEDER. Leonardo las contaba cada vez que entraba. Trece puertas. Doce cerradas. La de Alethia era la única que él podía abrir, y solo porque su pulsera registraba las visitas semanales como parte de un programa piloto que nadie supervisaba.

El corredor olía diferente cada semana. A veces a amoníaco. A veces a algo más dulce, más denso, que le recordaba a flores marchitas en agua estancada. Esta semana olía a las dos cosas. Leonardo dejó de intentar clasificar los olores del Nivel -12 el segundo mes. La sinestesia los convertía en colores que no quería ver: marrón, gris verdoso, el amarillo sucio del agua que gotea desde tuberías que nadie repara.

Las sábanas de Alethia tenían una mancha en la esquina inferior derecha que nadie limpió en meses. Leonardo la vio la primera semana. Pensó en decir algo. La enfermera no se detuvo. La mancha seguía ahí, del color de la orina vieja o tal vez del color de algo peor.

Leonardo se levantó. Las piernas le hormigueaban después de cuatro horas en la silla de plástico, la del respaldo roto que le clavaba una arista en la espalda baja.

Trajo un cojín las primeras semanas. Alguien lo robó una noche. No preguntó. No trajo otro.

El pasillo estaba vacío a esta hora, las tres de la madrugada. Luces fluorescentes que zumbaban en una frecuencia que le apretaba los dientes, un sonido que tenía textura: rugoso, del color del óxido, con

bordes que raspaban el interior de su cráneo cada vez que lo escuchaba demasiado tiempo.

Una vez intentó explicarle a un médico que el sonido tenía colores y los colores tenían peso. Que algunas palabras sabían a metal mientras otras sabían a fruta podrida. El médico había escrito algo en su tablet sin mirarlo, había dicho “interesante” y había seguido con su ronda. Leonardo no volvió a mencionarlo.

La máquina expendedora estaba al fondo del pasillo, junto al baño que nadie usaba porque el olor era peor que el hambre.

Café: 340¢ Agua: 180¢ Barra estándar: 95¢

La semana anterior había intentado comprar las gotas que supuestamente ayudaban a los pacientes en coma prolongado. No medicina real -la medicina real costaba más de lo que ganaría en un año— sino el suplemento que vendían en las farmacias de los niveles bajos, el que prometía “optimización del ciclo REM” en letras pequeñas que nadie leía.

La farmacia estaba en Nivel -8, tres pisos arriba del hospital.

—Gotas de Ciclo —había dicho Leonardo, poniendo la muñeca sobre el lector.

El farmacéutico era un hombre con lentes gruesos y dedos manchados de algo amarillo. No levantó la vista de su terminal.

—Cuatrocientos ochenta.

—La semana pasada costaban trescientos.

—La semana pasada era la semana pasada.

Leonardo pasó la muñeca. El lector emitió un pitido. Rojo.

TRANSACCIÓN DENEGADA CRÉDITO DE EXISTENCIA:
INSUFICIENTE PRIORIDAD DE GASTO: NO AUTORIZADA

—¿Qué significa “prioridad no autorizada”?

El farmacéutico finalmente lo miró. Sus ojos eran del color del agua estancada.

—Significa que la pantalla dice que no lo necesitas.

—Es para mi hermana. Está en coma.

—Entonces definitivamente no lo necesita.

El calor le subió por el esternón. Apretó los puños.

—¿Cómo puedo cambiar la prioridad?

—No puedes. El sistema la asigna basándose en patrones de consumo, historial médico, y... —hizo una pausa, mirando algo en su pantalla— ...coherencia proyectada.

—¿Coherencia proyectada?

—Cuánto tiempo el formulario pregunta cuánto tiempo vas a seguir siendo útil.

El hombre volvió a mirar su terminal. La conversación había terminado.

Leonardo se quedó parado frente al mostrador. Detrás de él, una mujer esperaba con un niño dormido en brazos. El niño tenía ojeras del color de la uva machacada. La mujer no dijo nada. No lo apuró. Solo esperó con la paciencia de alguien que ha aprendido que apurar no sirve de nada.

Salió sin las gotas.

Volvió a la habitación de Alethia. El monitor marcaba 62. 61. 62.

La terminal médica estaba encendida junto a la cama. Pantalla verde, cursor parpadeando. Leonardo la había visto cientos de veces. Nunca la había tocado.

La tocó.

PACIENTE: DAEDALUS, ALETHIA CLASIFICACIÓN:
INACTIVA REVISIÓN PROGRAMADA: 15/03/2029 OPCIONES:

[CONSULTAR] [HISTORIAL] [MODIFICAR ESTADO]

Presionó MODIFICAR ESTADO.

AUTORIZACIÓN REQUERIDA. INGRESE CÓDIGO DE PERSONAL MÉDICO.

El código del médico de turno estaba escrito con marcador en la esquina de la pizarra blanca. Cuatro dígitos. Nadie se molestaba en borrarlo porque nadie intentaba usarlo. Leonardo lo copió.

CÓDIGO ACEPTADO. ESTADO ACTUAL: INACTIVA ¿DESEA MODIFICAR? [SÍ] [NO]

Presionó SÍ.

NUEVO ESTADO: _____

No sabía qué escribir. Sus dedos se quedaron sobre el teclado. ¿Activa? ¿En recuperación? ¿Qué categoría le devolvía las gotas, las visitas sin restricción, la posibilidad de que alguien la mirara como persona y no como cama?

Escribió: EN OBSERVACIÓN ACTIVA.

MODIFICACIÓN REGISTRADA. ALERTA: ACCESO NO AUTORIZADO. CREDENCIALES NO COINCIDEN CON PERFIL DE USUARIO. INCIDENCIA REPORTADA A COHERENCIA CENTRAL.

La pantalla se apagó. Se encendió. Se apagó otra vez.

Su pulsera vibró una vez. Breve. Como un escalofrío mecánico.

AJUSTE DE COHERENCIA: -4.2 PUNTOS MOTIVO: USO INDEBIDO DE TERMINAL MÉDICA NUEVA COHERENCIA INTEGRADA: 11.3

Once punto tres. No sabía qué significaba el número. Sabía que ayer era quince.

En el pasillo, un cartel publicitario mostraba a una familia sonriente frente a una mesa llena de comida. Debajo decía: BARRAS

DE POLLO — NUTRICIÓN COMPLETA POR 18¢. El padre de la familia tenía los dientes demasiado blancos. La madre tenía los ojos demasiado abiertos. Los niños no parpadeaban.

El ascensor tardó siete minutos en llegar. Cuando las puertas se abrieron, había una mujer adentro que lloraba con la boca cerrada, con los hombros temblando. Nadie más la miraba. Leonardo entró y se paró junto a ella sin decir nada.

Las puertas se cerraron.

Los precios habían subido tres veces desde que empezó a visitar a Alethia. Cada mes un poco más, cada mes más cerca del límite donde comprar significaba no comer mañana.

Pasó la muñeca por el lector. El pitido fue agudo, una línea amarilla que le cruzó la visión de izquierda a derecha, dejando una estela que tardó segundos en desvanecerse.

La pantalla cambió:

TURNO: 312 COHERENCIA: INSUFICIENTE TRANSACCIÓN:
DENEGADA

Leonardo lo intentó de nuevo. El mismo pitido, la misma línea amarilla, el mismo mensaje.

Golpeó la máquina con la palma. El metal vibró, frío contra su piel. La pantalla no cambió.

—No funciona así —dijo alguien detrás de él.

Una enfermera empujaba un carrito con sábanas sucias.

—El turno lleva tres días bloqueado —dijo. Algo con el sistema. Nadie pregunta.

Siguió empujando el carrito sin esperar respuesta. Las ruedas chirriaban.

El baño estaba al lado de la máquina. Leonardo entró.

Azulejos que habían sido blancos, ahora del color de la nicotina.
Un espejo con una grieta diagonal. El grifo goteaba.

Abrió el agua. Se mojó la cara.

La luz parpadeó.

Y entonces vio el bosque.

Árboles que no conocía. Corteza negra, con vetas que brillaban.
Hojas que no eran hojas sino escamas que temblaban sin viento. Una
figura entre los troncos. Pequeña. Del tamaño de una niña.

Leonardo extendió la mano. Sus dedos tocaron algo frío. Rugoso.

La luz volvió.

Estaba solo frente al espejo roto. En su palma había una semilla.
Oscura, del tamaño de una uña. Con marcas en la cáscara que eran
letras en un idioma que no existía.

La semilla estaba caliente.

Se la guardó en el bolsillo sin mirarla otra vez.

En el cuaderno que llevaba en el bolsillo interior -el de las tapas
blandas, el que usaba para los turnos y las citas del hospital— los
márgenes estaban llenos. La misma secuencia de números, tachada y
reescrita, tachada y reescrita. No sabía qué buscaba. La mano lo
hacía sola.

Cuando volvió a la habitación de Alethia, había alguien sentado
en su silla.

Locke. Dos vasos de plástico en las manos.

—Trescientos cuarenta cada uno. Las calorías las compenso
mañana.

Le ofreció un café. Leonardo no lo tomó.

—Tu coherencia bajó del umbral —dijo Locke. El sistema te midió
anoche mientras dormías. Tú saliste bajo.

—No entiendo qué significa eso.

—Significa que mañana no vas a poder comprar café. Significa que van a revisar la cobertura de tu hermana.

Leonardo miró a Alethia. El monitor marcaba 62. 61. 62.

—¿Qué tengo que hacer?

Locke le pasó un bolígrafo.

—Firmar.

Leonardo miró la carpeta. La primera página tenía su nombre. Debajo, un número: 312.

Firmó.

Locke se levantó.

—Mañana a las siete. Nivel +3. Pregunta por Columbo.

Salió.

Leonardo se quedó solo. El apartamento era un cubo de cuatro por cinco metros con un ventanal que daba a la pared del edificio de enfrente. La distancia entre ambos edificios era de tres metros. Lo suficiente para ver las ventanas del vecino pero no lo suficiente para ver el cielo sin inclinar la cabeza hasta que dolía el cuello.

El apartamento venía con lo mínimo. Cama individual con un colchón que se hundía en el centro. Mesa plegable de metal con una pata que hacía ruido cada vez que apoyaba los codos. Silla de plástico con una grieta en el respaldo que crecía cada semana. Un grifo que tardaba cuarenta y siete segundos en dar agua caliente Leonardo los había contado cada mañana hasta que dejó de esperar y empezó a lavarse con fría. El agua fría sabía a cobre y a algo más que no tenía nombre un regusto que se quedaba en la lengua como una pregunta sin respuesta. La nevera zumbaba con una frecuencia que la sinestesia le traducía como el color de la mostaza vieja: amarillo

verdoso, insistente, presente en cada silencio. En la pared sobre la cama, alguien había arrancado un póster. Quedaba el rectángulo de pintura más clara y cuatro agujeros de chincheta. Leonardo no sabía qué había estado ahí. No preguntó. Los agujeros de chincheta eran datos suficientes: alguien más había vivido aquí. Alguien que necesitaba mirar algo antes de dormir. Alguien que se llevó lo que miraba cuando se fue.

Leonardo había medido la distancia el primer día. Tres metros y doce centímetros. La había anotado en el cuaderno que guardaba bajo el colchón. Junto con las otras medidas: la temperatura promedio del agua del grifo (diecisiete grados), el tiempo que tardaba el elevador en subir ocho pisos (cuarenta y dos segundos), el número de grietas en el techo del baño (veintitrés). Medir era lo que hacía cuando no podía hacer otra cosa. Medir era control. Y el control era lo único que la pulsera no podía quitarle.

En su bolsillo, la semilla latía. ## LOG 002: Precinto [F][P]

Columbo tenía las manos limpias.

Era lo primero que notabas, antes que la edad o la ropa o la forma en que se movía por el precinto con cada paso medido, calibrado, ensayado durante décadas: las manos. Limpias de una forma que no era natural en un lugar donde todo estaba cubierto de una capa de polvo y grasa y tiempo acumulado, donde las superficies tenían texturas que no querías examinar demasiado de cerca.

El hombre se detuvo frente a una puerta metálica con la pintura descascarada. Sacó una llave física del bolsillo del abrigo. No una tarjeta. No un código. Una llave con dientes de cobre que raspó la cerradura tres veces antes de ceder. El sonido le subió a Leonardo por los molares.

—La cerradura funciona cuando quiere —dijo Columbo sin disculparse. Como todo aquí abajo.

Dos tramos de escaleras. El olor a humedad se espesaba con cada peldaño. Las paredes tenían manchas de agua con forma de mapas de países que no existían. Un tubo de ventilación soltaba un goteo constante contra una lata que alguien había puesto ahí para recogerlo. La lata estaba llena. Nadie la había vaciado.

El precinto de División 47 estaba en un sótano que olía a humedad y a café quemado y a papel viejo. Tres pisos bajo la superficie, donde el ruido de la ciudad llegaba como vibración en las paredes y no como sonido. Las tuberías del techo estaban pintadas de colores que alguna vez tuvieron código - rojo para agua caliente, azul para fría, verde para sistemas discontinuados - pero la pintura se había descascarado hasta volverse un gris uniforme que convertía todo en lo mismo.

Los escritorios estaban alineados en dos filas. Ocho en total, de los cuales solo cinco tenían propietario visible. Los otros tres acumulaban carpetas que nadie reclamaba y tazas de café cuyo contenido se había evaporado hacía semanas, dejando anillos marrones en el fondo que parecían mapas topográficos de lugares diminutos. Una pared de corcho cubierta de hilos de colores que conectaban fotografías con notas con fechas con otros hilos en una telaraña que solo Columbo entendía. Las luces fluorescentes crujían con la misma frecuencia rugosa de siempre. Debajo del crujido había otra cosa, una vibración más baja que el sonido, que no se escuchaba sino que se sentía en las muelas del fondo, constante como un latido del edificio que nunca dormía. El linóleo del suelo estaba manchado de cosas que nadie había limpiado porque limpiar no era prioridad

cuando los expedientes se acumulaban más rápido de lo que podías leerlos.

Columbo caminó hacia el escritorio del fondo y pasó un trapo por la superficie antes de apoyar nada. El trapo estaba doblado en cuartos exactos. Lo guardó en el segundo cajón de la izquierda. Del mismo cajón sacó otro trapo, limpio, y lo puso sobre el escritorio. Del tercer cajón sacó un tercer trapo y limpió la pantalla del monitor. Del cuarto cajón, un cuarto trapo para el teclado. Los movimientos eran circulares, siempre en el sentido de las agujas del reloj, siempre con la misma presión. Leonardo contó: cuarenta y siete segundos por superficie. Exactos. Columbo no contaba el cuerpo, lo hacía solo, calibrado por años de repetición hasta que el gesto era tan automático como respirar. Cuando terminó, guardó cada trapo en su cajón correspondiente. Cerró los cajones. No con fuerza. Con la firmeza de alguien que cierra las cosas porque abrirlas cuesta y no quiere que se abran solas.

El aire del sótano tenía capas. La capa superior era café y humedad. La del medio era tinta de impresora y papel viejo. La de abajo, la que llegaba desde algún conducto del techo que no tenía rejilla, era algo más frío, más mineral, con el sabor lejano del metal que Leonardo asociaba con los niveles profundos de Ciudad Control.

Faith. Pelo rapado, cicatriz en la mejilla izquierda, ojos que no parpadeaban cuando te miraban. Estaba parada frente a la pared de corcho, moviendo un hilo rojo de un punto a otro. Rojo para los casos activos. Azul para los cerrados sin resolver. Amarillo para los que tenían conexiones con otros casos. Verde para los que habían sido reclasificados como “optimizados,” aunque nadie sabía qué significaba eso exactamente. Había más hilos rojos que de cualquier

otro color. Los azules estaban todos en la esquina inferior derecha, apretados, como si los hubieran empujado para hacer espacio.

—Faith —dijo Columbo, señalándola. Sánchez. -Una mujer con tablet, pelo recogido, dedos que no dejaban de moverse sobre la pantalla porque la pantalla era lo único que tenía sentido. La tablet tenía una grieta que cruzaba la esquina superior y Sánchez la esquivaba con el pulgar cada vez que deslizaba, un gesto que ya era automático. Carolina. -Otra con una pila de archivos que le llegaban al mentón. Los archivos estaban ordenados por colores de etiqueta pero los colores se habían desvanecido y ahora eran todos variaciones del mismo amarillo enfermo. Y Penny. -Una chica sentada en la esquina más alejada de la sala, con un cable grueso que le salía de la nuca y desaparecía en una terminal. Sus ojos estaban abiertos pero no miraban nada de esta habitación. El cable se movía con su respiración. Subía y bajaba medio centímetro. Leonardo apartó la vista.

Nadie lo saludó. Nadie levantó la vista.

Columbo lo llevó hacia un escritorio vacío. La madera tenía marcas de café, círculos superpuestos que formaban un diagrama de años de líquido derramado. Alguien había intentado escribir algo en la esquina con bolígrafo, las iniciales eran ilegibles, cubiertas por más círculos de café. La silla tenía un cojín aplastado hasta ser cartón.

—Siéntate. Lee. -Puso una carpeta sobre el escritorio. Cuando termines, hablaremos.

La carpeta era gruesa, con esquinas dobladas y una etiqueta que decía “EXPEDIENTE 14-C” en tinta desvanecida. El cartón tenía la

textura de papel mojado y secado varias veces. Las esquinas se deshacían bajo los dedos.

Leonardo la abrió.

La primera página era una fotografía. Un niño de siete años, tal vez ocho, con pelo oscuro y ojos grandes y una sonrisa que mostraba un diente faltante. Llevaba un uniforme escolar azul y sostenía un trofeo pequeño, metálico. La foto estaba pegada con cinta adhesiva que se había amarillado. En la esquina inferior, una huella de pulgar que no era del niño.

Debajo de la foto, una fecha: hace tres años.

Debajo de la fecha, un nombre.

Y debajo del nombre, una hoja en blanco.

Solo eso. La foto, la fecha, el nombre, y después nada. Páginas y más páginas de nada, de blanco donde debería haber información. Leonardo pasó la mano por la primera página en blanco. El papel estaba liso. Sin marcas de borrado, sin residuos de tinta, sin la textura irregular que deja un corrector. No habían borrado nada. Las páginas estaban en blanco como si nunca hubieran sido escritas. Como si la vida del niño después de la foto y el nombre no hubiera ocurrido.

Leonardo pasó las páginas. Una tras otra. Todas en blanco. Todas vacías. El sonido del papel era lo único en la habitación. Un ruido seco que absorbía la atención de todos sin que nadie lo admitiera. Faith dejó de mover hilos. Sánchez dejó de deslizar el pulgar.

Veintitrés páginas en blanco.

En la última había un sello. CASO CERRADO OPTIMIZADO. La tinta del sello era la misma que la de la etiqueta. Debajo, una firma. La letra era pequeña, apretada, sin florituras. Leonardo no reconoció

el nombre pero reconoció el estilo: la firma de alguien que firma muchas cosas por día y que ya no mira lo que firma.

—Eso es todo lo que tenemos —dijo Columbo detrás de él. Bueno, todo lo que el sistema dejó. Que no es lo mismo, pero... -Se rascó la nuca. Hay más carpetas. Pero todas tienen el mismo problema.

Señaló un archivador metálico contra la pared del fondo. Cuatro cajones. Los tiradores estaban gastados hasta el brillo del metal desnudo.

—Catorce expedientes iguales. Foto, nombre, fecha. Y después nada. Los datos que deberían estar ahí domicilio, escuela, historial médico, testigos, notas de investigación fueron purgados del sistema. No borrados. Purgados. La diferencia es que borrar deja rastro.

Leonardo miró la foto del niño. El diente faltante. El trofeo pequeño. El uniforme azul. La sonrisa de alguien que no sabe que dentro de tres años no va a existir en ningún expediente.

Cerró la carpeta. La presión de sus dedos dejó marcas nuevas en el cartón blando.

En algún lugar del edificio, una impresora empezó a hacer ruido.

La pared de hilos se movió. O Faith movió un hilo. O Leonardo imaginó que algo se había movido porque llevaba demasiado tiempo mirando cosas que no querían ser miradas.

Columbo estaba limpiando el borde de su escritorio con el trapo doblado. No el centro. El borde. Una línea de tres centímetros que ya estaba limpia.

Su pulsera emitió un pitido. La pantalla mostró un nuevo mensaje:

BIENVENIDO A DIVISIÓN 47. COHERENCIA SUSPENDIDA DURANTE SERVICIO. DURACIÓN: INDEFINIDA.

Leonardo no sabía si eso era bueno o malo.
Sospechaba que nadie lo sabía.

Le dieron un catre en la esquina opuesta a Penny. El marco de metal tenía una manta doblada encima y una almohada que olía a desinfectante. La manta era gris. El catre crujía cuando se movía. La terminal de Penny emitía un zumbido bajo que era azul oscuro detrás de los párpados. Leonardo se acostó con la ropa puesta. La semilla en el bolsillo le presionaba la cadera.

El fluorescente más cercano parpadeó tres veces y se quedó encendido en un tono más bajo. Nadie lo apagó. Nadie se fue. Faith seguía frente a la pared de corcho. Sánchez seguía con la tablet. Penny seguía con los ojos abiertos mirando nada. La impresora del piso de arriba dejó de hacer ruido y la quietud fue peor.

Se durmió sin recordar haberse acostado.

Despertó con las manos cerradas. Apretadas. Los nudillos blancos. Tuvo que abrirlas dedo por dedo y el cuerpo se negaba a soltar lo que la mente no podía nombrar. Las palmas estaban húmedas. No de sudor. Un olor que no existía en su departamento ni en ningún lugar de Ciudad Control que hubiera visitado.

La almohada estaba mojada en un punto. Un círculo del tamaño de una moneda.

No recordaba qué había soñado. Había un hueco entre el sueño y la vigilia. No el vacío limpio de una noche sin imágenes sino la presión de una presencia que se fue. El peso seguía. Lo que lo causó, no.

Su pulsera parpadeó. En la pantalla, entre los datos de coherencia y el turno asignado, una línea que no había visto antes: PATRÓN DE SUEÑO ANÓMALO REM EXTENDIDO 83 MIN REGISTRO PENDIENTE

Leonardo se lavó la cara en el baño del sótano. El espejo, cubierto de óxido, le devolvía la imagen en fragmentos. El agua fría borró el olor a jabón de almendras, o lo enterró debajo del cloro del agua del grifo. Se vistió y salió.

El olor se quedó atrapado en algún lugar entre la nariz y la memoria.

En el escritorio, la carpeta del niño con el diente faltante seguía exactamente donde la había dejado. La foto seguía sonriendo. Las veintitrés páginas seguían en blanco. ## LOG 003: Coherencia [A] [X]

El café costaba 340¢.

Tres máquinas esa mañana. Tres niveles diferentes. Tres veces la línea amarilla cruzándole la visión cuando el pitido le negaba el acceso. La línea era más brillante cada vez. O sus ojos estaban más cansados. El resultado era el mismo: la pantalla en rojo y la máquina zumbando con la frecuencia rugosa que ya conocía, la que le raspaba los molares. La tercera máquina le devolvió la muñeca con un empujón mecánico. Un dedo de plástico que le apartó la mano del escáner. Diseñado para ser eficiente. Diseñado para no dejar marca. Leonardo se frotó la muñeca. La marca estaba ahí de todos modos.

Locke apareció con dos vasos de plástico. Pagó con una tarjeta física del tipo que usaban los funcionarios cuando no querían dejar registro en sus pulseras. La tarjeta era gris. Sin nombre. Sin número visible. La pasó por el lector sin mirar. El gesto de alguien que ha

memorizado la secuencia: tarjeta, lector, código, retirar. Cuatro movimientos. Siempre cuatro.

—Las calorías las compenso mañana —dijo.

Se sentaron en una banca de metal que estaba atornillada al suelo. Los tornillos eran visibles. Gruesos. Del tipo que se usa cuando la gente roba bancas de metal para fundir y vender. Alrededor, el parque industrial del Sector 4 se movía con la eficiencia sin alma de siempre. Carritos de transporte automático zumbaban entre los edificios. Pantallas públicas mostraban el índice de coherencia promedio de la zona: 9.4. Más alto que el de Leonardo. Más alto que el de la mayoría de las personas que Leonardo conocía. La pantalla cambiaba de color dependiendo del número verde por encima de 9.0, amarillo entre 8.0 y 9.0, rojo por debajo. El parque era verde. Leonardo era amarillo. La diferencia entre los dos era un café que no podía pagar y una puerta que no se abría.

Una cámara giró hacia ellos desde el poste más cercano. Giró despacio, con movimiento hidráulico calculado, sin urgencia. Leonardo dejó de mirarla. Mirar las cámaras directamente era un dato que el sistema registraba bajo la categoría de “comportamiento atípico.” Locke no la miró tampoco. Pero sus ojos registraron el ángulo y la velocidad de rotación con la automaticidad de alguien que lleva años mapeando qué cámaras funcionan y cuáles son decorativas. El café sabía a agua caliente con una disculpa. El calor era lo único real. Leonardo puso las manos alrededor del vaso. La semilla en su bolsillo seguía ahí. Tibia. Más tibia que el café.

—¿Por qué me trajeron aquí? —preguntó.

—Porque el sistema necesita gente —dijo Locke. Tomó un trago. Hizo una mueca que duró medio segundo y que en cualquier otra

persona habría sido invisible. En Locke era un terremoto. Para mirar.

—¿Para qué?

—Para mirar.

La zona de transiciones estaba al final de un corredor con fluorescentes que parpadeaban en secuencia uno se apagaba cuando el siguiente se encendía, creando una ola de luz que avanzaba hacia la terminal como guiando a las personas. El efecto era hipnótico si no contabas. Leonardo contaba. El suelo era de un material blando que absorbía los pasos. Sin eco. Sin sonido. La gente caminaba y era como si no caminara.

Una mujer esperaba frente a una terminal que no era expendedora ni cajero. Pelo recogido con un elástico que se estaba rompiendo. Uno de los mechones se había soltado y le caía sobre el ojo izquierdo. No se lo apartaba. La pantalla mostraba una lista de opciones con precios al lado. Las manos le temblaban. No del frío. Un temblor de insomnio o exceso de sueño o de estar a punto de tomar una decisión irreversible.

Leonardo se detuvo. Locke siguió caminando tres pasos antes de darse cuenta. Se giró. Vio adónde miraba Leonardo. Volvió.

—No —dijo Locke. Bajo. Casi no era palabra.

La mujer tocó la pantalla. Sus dedos temblaban.

SELECCIONE RECUERDO A MONETIZAR:

BODA - CEREMONIA COMPLETA	312¢	BODA -	
PRIMER BAILE	312¢	BODA - VOTOS (AUDIO)	
.....	156¢	NACIMIENTO HIJO #1	623¢
NACIMIENTO HIJO #2	623¢	ÚLTIMA NAVIDAD	
CON MADRE	445¢	GRADUACIÓN UNIVERSIDAD	

..... 289¢ La mujer se quedó mirando la lista. Su dedo flotaba sobre la pantalla sin tocar nada. El dedo temblaba. La pantalla esperaba. La pantalla era paciente. Tenía toda la eternidad. La mujer no.

Su mano fue hacia NACIMIENTO HIJO #1. Se detuvo. Volvió. Fue hacia ÚLTIMA NAVIDAD CON MADRE. Se detuvo. Volvió. Los dedos hacían el recorrido de las opciones como quien toca las teclas de un piano roto buscando cuál duele menos al presionar.

Un hombre detrás de ella carraspeó. Traje gris, corbata gris. Todo en él era del color de las cosas que no quieren ser notadas. Placa en la solapa: CAIOUS COHERENCIA INTEGRADA SUPERVISOR DE TRANSICIONES.

—La fila avanza —dijo.

La mujer no respondió. Su dedo seguía flotando.

—El sistema tiene límite de tiempo por transacción. Si no elige en los próximos cuarenta segundos, la sesión se cierra y pierde su turno.

La mujer tocó la pantalla.

BODA - VOTOS (AUDIO) 156¢

¿CONFIRMAR MONETIZACIÓN? ADVERTENCIA: ESTE PROCESO ES IRREVERSIBLE EL RECUERDO SERÁ EXTRAÍDO Y ARCHIVADO USTED CONSERVARÁ CONOCIMIENTO DEL EVENTO PERO NO PODRÁ ACCEDER A LA EXPERIENCIA EMOCIONAL

Elegió los votos porque eran lo más barato. No porque importaran menos. Porque costaban menos de perder en números y ella necesitaba los números para seguir existiendo en un sistema que medía la existencia en créditos.

La mujer presionó CONFIRMAR. La mano ya no temblaba. La decisión la había quietado.

La terminal chasqueó. Un sonido mecánico seguido de un zumbido que subió de frecuencia durante tres segundos y bajó. La pantalla mostró una barra de progreso.

EXTRAYENDO...

La mujer cerró los ojos. Su cara no cambió. Solo el ruido seco de la máquina y la barra que avanzaba y Caious mirando su reloj. La barra tardó once segundos. Once segundos para borrar unos votos de boda. Leonardo los contó. Once. Lo que tarda un ascensor entre pisos. Lo que tarda un semáforo en cambiar. Lo que tardó en borrarse la promesa que alguien le hizo a alguien en un día donde el vestido era blanco y las flores eran reales.

EXTRACCIÓN COMPLETA CRÉDITOS AÑADIDOS: 156¢
SALDO ACTUAL: 156¢

La mujer abrió los ojos. Miró la pantalla. Miró sus manos. Miró a Leonardo. Sus ojos estaban secos. No lloraba. La máquina le acababa de quitar la capacidad de sentir por qué lloraría.

—Todavía recuerdo que me casé —dijo ella. A nadie. A todos. A la terminal que ya estaba mostrando el siguiente menú. Recuerdo la fecha. Recuerdo el vestido. Recuerdo que lloré.

Hizo una pausa. Su mano derecha se movió hacia la izquierda. Hacia el dedo anular. Hacia un anillo que ya no estaba.

—Pero ya no sé por qué.

Caious puso la mano en el hombro de la mujer. El gesto era breve. Profesional. Pero no era falso. La mano se quedó un segundo más de lo necesario. Caious la retiró con la precisión de alguien que sabe

exactamente cuánta humanidad puede permitirse antes de que el sistema le reste puntos.

—Es mejor así —dijo. El dolor del recuerdo le costaba más coherencia de la que valía el recuerdo. Ahora tiene 156 créditos y cero pérdida emocional. El balance es positivo.

La mujer no dijo nada. Se alejó. Su paso era diferente. Más ligero. No de alivio. De la ligereza de lo que falta.

Leonardo se puso de pie.

Locke le agarró el brazo. Fuerte. Los dedos en el bíceps con la presión exacta de alguien que ha calculado cuánta fuerza necesita para detener a un hombre de setenta y ocho kilos que está a punto de hacer algo estúpido.

—No. No es tu pelea.

Leonardo se soltó. Caminó hacia Caious. Las piernas decidieron antes que la cabeza. La semilla en el bolsillo latió una vez. O fue su pulso. Ya no distinguía. Pero las piernas sabían adónde iban. Las piernas iban hacia el hombre que había puesto la mano en el hombro de una mujer que acababa de vender sus votos de boda y le había dicho que el balance era positivo.

—¿Cuánto cuesta devolverle el recuerdo?

Caious lo miró. Sin sorpresa. Con la paciencia de alguien que ha respondido esta pregunta antes. Muchas veces. Cada vez con el mismo resultado.

—La extracción es irreversible. Está en el formulario. Casilla diecisiete.

—No le pregunté por el formulario. Le pregunté cuánto cuesta.

—Señor... -Caious miró su pulsera. Daedalus. Su coherencia integrada es once punto tres. No tiene créditos para comprar café. Y

quiere revertir una extracción que el sistema no permite revertir. -No había crueldad en su voz. Había aritmética. Le sugirió que vuelva a su puesto.

Leonardo no volvió a su puesto.

—Ella vendió sus votos de boda por ciento cincuenta y seis créditos. ¿Sabe cuánto cuesta un café? Trescientos cuarenta. Vendió sus votos de boda por menos de la mitad de un café.

Caious inclinó la cabeza. El gesto era casi amable. Casi. El casi era el espacio donde vivía todo lo que Caious no se permitía sentir.

—Por eso el balance es positivo. El recuerdo le costaba más coherencia de la que valía. Ahora tiene ciento cincuenta y seis créditos y cero pérdida emocional. No es crueldad, señor Daedalus. Es optimización.

La pulsera de Leonardo emitió un pitido.

ALERTA: CONDUCTA DISRUPTIVA EN ZONA DE TRANSICIONES PENALIZACIÓN: -2.1 PUNTOS COHERENCIA COHERENCIA ACTUAL: 9.2

Caious señaló la pulsera.

—Nueve punto dos. Debajo de diez hay revisión automática de dependientes. Tiene una hermana clasificada como Inactiva, ¿correcto? -No esperó respuesta. Le sugirió que vuelva a su puesto antes de que el sistema decida que usted también es un recurso subutilizado.

Locke lo agarró del brazo otra vez. Esta vez Leonardo no se soltó. La presión de los dedos de Locke era precisa. Medida. La presión exacta para detener sin dañar. Todo en Locke era así. Excepto los ojos. Los ojos de Locke estaban en la terminal donde la mujer había estado. En la pantalla que ya mostraba DISPONIBLE SIGUIENTE

USUARIO. Los ojos de quién acaba de ver lo innombrable en los registros oficiales.

Se sentaron. El elástico del pelo de la mujer se rompió mientras se alejaba. El mechón cayó sobre su hombro. Ella no se detuvo a recogerlo. No se detuvo en nada. Caminó hacia la salida con el paso de alguien que pesa menos que cuando entró. Caious ya estaba en la terminal. Revisando los registros de la extracción anterior. Verificando que el procedimiento se hubiera completado dentro de los parámetros. Que el balance fuera positivo. Que nadie hubiera perdido más de lo que el formulario autorizaba. Su cara tenía la expresión de alguien que hace bien su trabajo y lo sabe. Su mano derecha, la que había puesto en el hombro de la mujer, estaba en el bolsillo. Cerrada.

Locke no miraba la pantalla. Llevaba doce segundos sin mirarla. Leonardo lo notó porque Locke siempre miraba la pantalla, siempre calculando, siempre contando, siempre midiendo lo que nadie más se tomaba la molestia de medir. Pero ahora tenía la vista en un punto fijo del suelo, entre sus zapatos, y las manos quietas alrededor del vaso de plástico. El vaso se estaba abollando bajo la presión de sus dedos. Locke no lo notaba. Después volvió a mirar la pantalla. No dijo nada.

Leonardo miró su pulsera. Nueve punto dos. ## LOG 004: Reemplazo [L][K]

Leonardo llegó a las 7:15 después de caminar treinta y dos pisos de escaleras porque su pulsera seguía rechazada en los ascensores, en los torniquetes, en cualquier máquina que requiriera coherencia mínima. Las piernas temblaban. Los cuádriceps ardían con el tipo de ardor que viene después del temblor, cuando el músculo ya no puede

temblar y simplemente arde. No había comido nada excepto la mitad de una barra que Sánchez le había pasado el día anterior. La barra sabía a almendras y a plástico y la había masticado dieciséis veces antes de tragarla porque después de dieciséis el sabor desaparecía y era más fácil.

La fila daba vuelta a la esquina. Cuarenta y siete personas. Leonardo las contó dos veces para estar seguro. Cuarenta y siete. El número que aparecía en todo como una mancha de tinta que no se puede lavar. La mandíbula se le tensó. Cuarenta y siete segundos. Cuarenta y siete niños. Cuarenta y siete personas en una fila. El número le dolía en los dientes como una frecuencia desafinada.

Se apoyó contra la pared. El metal estaba frío y le ayudó con el ardor de la espalda. Cerró los ojos tres segundos. Los abrió. La fila no se había movido.

Delante de él había una familia. Padre, madre, niño. El padre tenía hombros anchos que se habían encorvado bajo un peso invisible, y manos grandes que no paraban de moverse, apretándose una contra otra. Los nudillos blancos de la presión. El cuello de la camisa estaba arrugado del lado izquierdo lo había dormido así. O no había dormido.

El niño estaba acurrucado en el suelo, usando la mochila del padre como almohada. Cuatro años, tal vez cinco. Uniforme escolar que ya no le quedaba bien, mangas demasiado cortas, botones tirantes. Un botón se había caído y alguien lo había reemplazado con un alfiler de seguridad que brillaba entre la tela azul. Alguien había escrito su nombre en el cuello de la camisa con marcador permanente: TOMÁS. Las letras eran firmes. La O tenía un punto

encima, como si quien lo escribió hubiera empezado a hacer un acento y se hubiera detenido.

La madre miraba hacia adelante con ojos que no veían lo que tenían delante. Tenía las manos sobre las rodillas. Los dedos le apretaban la tela del pantalón con una presión constante, rítmica. Apretaba y soltaba. Apretaba y soltaba. Como si estuviera ordeñando paciencia de una reserva que ya se había acabado.

—Dos días —dijo el padre cuando Leonardo preguntó. Voz ronca. Labios secos. El sistema dice que su patrón de sueño no coincide.

—Pero él duerme bien —dijo la madre sin girar la cabeza. Duerme toda la noche. No tiene pesadillas.

—Excepto que ahora no duerme. Porque estamos aquí.

—El formulario decía que teníamos que presentarnos en persona.

—El formulario decía muchas cosas.

Leonardo observó al niño. Tomás. Sus ojos estaban cerrados pero no dormía. Sus párpados se movían con el ritmo de alguien que escucha todo aunque finja no escuchar. La mano derecha agarraba la correa de la mochila. Los nudillos apretados. A los cuatro años, los nudillos no deberían saber apretar así.

El tiempo se medía de formas diferentes aquí abajo. En pasos. En parpadeos del fluorescente que nunca terminaba de estabilizarse. En la cantidad de veces que el padre se frotaba las manos y la madre apretaba la tela y el niño abría un ojo para verificar que seguían ahí.

Leonardo pensó en Alethia. En los tres años contando parpadeos junto a su cama. En las gemelas que no iba a contar parpadeos porque las gemelas no estaban en ninguna cama. Las gemelas estaban en ningún lugar. El pensamiento le subió por el pecho y se

quedó en la garganta. Lo tragó. Sabía a metal. Todo sabía a metal últimamente.

Una funcionaria pasó por el pasillo empujando un carrito con botellas de agua. Las botellas tenían el logo del sistema: un ojo abierto con un número en el centro. El número cambiaba con cada botella. O con cada ángulo.

—Agua —dijo la funcionaria. Cuarenta créditos.

Las ruedas del carrito chirriaban. Una de las ruedas estaba torcida giraba un cuarto de vuelta más lento que las otras tres, lo que hacía que el carrito tirara hacia la izquierda. La funcionaria compensaba empujando un poco más fuerte con la mano derecha. Lo hacía sin pensar. Lo llevaba haciendo tanto tiempo que la mano derecha era más fuerte que la izquierda. Leonardo lo vio en la diferencia entre los nudillos.

La madre buscó en su bolso. Sacó su pulsera.

—¿Acepta transferencia?

—Solo pago directo.

—Mi pulsera está vinculada a la cuenta de mi esposo. No tengo créditos propios.

—Puede solicitar una pulsera individual en la ventanilla 8. El trámite toma entre cuarenta y sesenta días hábiles. Mientras tanto, la hidratación no es obligatoria durante la espera. -La funcionaria lo dijo sin maldad. Lo dijo como quien informa el horario del autobús. Con la voz de alguien que ha dicho la misma frase tantas veces que las palabras ya no significan lo que significan. El sistema recomienda no exceder las seis horas sin ingesta líquida, pero la recomendación no es vinculante.

La funcionaria siguió caminando. El carrito chirriaba. La rueda torcida golpeaba el suelo cada cuarto de vuelta. Tac. Tac. Tac. Leonardo contó los golpes hasta que el sonido se perdió al final del corredor. Treinta y siete.

El padre se arrodilló junto a su hijo. Le tocó el hombro. La mano grande envolvió el hombro pequeño con el cuidado de alguien que sabe que lo frágil se rompe sin aviso.

—Tomás. ¿Tienes sed?

El niño abrió los ojos. Eran marrones, grandes, con pestañas largas. Ojos que todavía no habían aprendido a mirar sin ver.

—Estoy bien, papá.

—¿Seguro?

—Estoy bien.

Leonardo conocía esa voz. La voz de un niño que miente para proteger a un adulto. Las gemelas habrían tenido esa voz si hubieran vivido lo suficiente. Cinco años. Seis. La edad en que los niños empiezan a entender que los padres también se rompen.

El padre le acarició el pelo. El gesto fue breve, casi furtivo. La mano se retiró rápido. No por falta de ternura. Por exceso de testigos.

El número en la pantalla de la pared cambió: 2844.

La fila avanzó un paso.

Tomás volvió a cerrar los ojos.

La fila siguió. Una hora más. Finalmente llegó al mostrador.

El funcionario no levantó la vista. Pelo engominado, bigote recortado con exactitud milimétrica. Sus dedos se movían sobre una terminal vieja.

La placa en su pecho decía FUNCIONARIO 2614.

—Pulsera defectuosa —dijo Leonardo, poniendo el dispositivo sobre el mostrador.

El funcionario lo tocó con la punta de un bolígrafo. No con los dedos. Con el bolígrafo.

—Frecuencia de operación 7.83Hz —dijo. Voz monótona. Incompatible con la nueva red. Necesita reemplazo total.

—¿Cuánto tiempo?

—Hay una cita disponible para el 15 de marzo de 2029.

Leonardo hizo el cálculo. Estaban en enero de 2026.

Tres años.

—Eso no puede estar bien —dijo.

—Está bien. La demanda supera la capacidad de producción. Prioridad se asigna según coherencia. -Pausa. Su coherencia es... baja.

—¿Baja cuánto?

El funcionario no respondió directamente. Tomó un sello del cajón de su escritorio. Un sello físico, de madera y metal, del tipo que se usaba hace décadas.

Lo presionó contra una almohadilla de tinta, y luego contra un formulario.

El sello hizo un sonido húmedo cuando tocó el papel.

—Este documento es provisional —dijo. Validez noventa días. Debe renovarse en persona, en esta oficina, antes de la fecha de vencimiento. Si no se renueva, el sistema lo reclasifica automáticamente.

Leonardo tomó el papel. En la parte superior, su nombre. En la parte inferior, un código: UNIDAD EN TRANSICIÓN - 312.

—¿Qué significa ese número? —preguntó.

El funcionario ya estaba mirando detrás de él, hacia la siguiente persona en la fila.

—Siguiente —dijo.

La siguiente oficina estaba tres puertas más adelante. La placa decía:

AUGUSTO RENDT — COHERENCIA — NIVEL 3

El hombre detrás del escritorio era del color de las cosas que no quieren ser vistas. Traje gris — no el gris dramático, sino el gris de alguien que se viste para ser parte del mobiliario. Tenía los dedos limpios. Las uñas recortadas. Un reloj barato en la muñeca izquierda.

—Reclasificación —dijo Leonardo.

Rendt no levantó la vista inmediatamente. Terminó de sellar un formulario. La marca roja cayó en la esquina inferior derecha con la precisión de veinte años. El sello tenía una empuñadura de madera gastada hasta ser suave. Rendt lo sostenía con tres dedos pulgar, índice, medio. El anular y el meñique curvados hacia adentro, fuera del camino. El gesto de alguien que ha encontrado la forma óptima de sellar y la ha repetido hasta que los dedos ya no saben hacer otra cosa.

—Identificación.

Leonardo extendió la muñeca. Rendt pasó el escáner. La luz azul recorrió la piel. Leonardo sintió el calor del escáner tibio, superficial, el calor de una máquina que busca sin tocar.

—Alethia Daedalus. Clasificada Inactiva desde 2023. Revisión anual 2024: sin cambio. Revisión anual 2025: sin cambio. -Giró la terminal para que Leonardo viera los números. La pantalla mostraba gráficas de barras que no habían variado en tres años. Líneas

horizontales. Planas. Como un electrocardiograma sin pulso. Los parámetros no han variado. Coherencia integrada por debajo de umbral funcional. Sin actividad neural correlacionada con función social útil.

—Los parámetros están mal.

Rendt no discutió. No se ofendió. Dijo lo que había dicho diez mil veces antes:

—El sistema no mide parpadeos, señor Daedalus. Mide coherencia integrada. Los parpadeos son respuesta mecánica. La coherencia es respuesta sistémica. Son cosas diferentes. -Una pausa que no era pausa sino respiración calibrada. Puede apelar. El formulario de apelación tiene cuarenta y siete casillas. Plazo de procesamiento: doscientos días.

Sacó un formulario de un cajón. Lo puso frente a Leonardo. Cuarenta y siete casillas. Membrete del Gobierno Mundial. Sello de Coherencia. El papel era más grueso que el de los formularios normales. Como si el peso del papel tuviera que compensar el peso de lo que se pedía.

Leonardo tomó el bolígrafo que estaba encadenado al mostrador. La cadena era corta. Tenía que inclinarse para escribir. La posición era incómoda. Diseñada para ser incómoda. Para que llenar el formulario costara algo no créditos, no coherencia, sino la dignidad pequeña de tener que encorvarse sobre un mostrador mientras alguien espera detrás.

La casilla 1 preguntaba su nombre. La casilla 2, su identificación. La casilla 3, la relación con el sujeto. La casilla 4, el motivo de la apelación. Hasta ahí, razonable. Después: La casilla 14 preguntaba: “¿El sujeto en cuestión ha demostrado intención de despertar?”

Debajo, tres opciones: SÍ / NO / NO APLICA. Leonardo marcó SÍ. Después lo tachó. Intención. Los parpadeos eran intención. Las lágrimas que caían de los ojos cerrados eran intención. Pero el formulario no tenía casilla para lágrimas. Marcó NO APLICA. Después lo tachó también. La casilla quedó con tres marcas encima. Rendt no dijo nada. Había visto casillas peores.

La casilla 23 preguntaba: “En una escala del 1 al 10, ¿qué tan útil considera usted que es el sujeto para la coherencia general del sistema?” No había opción para “es mi hermana.” No había opción para “tenía siete años cuando dejó de despertar.” No había opción para “la visito los domingos y le cuento lo que pasa afuera y no sé si me escucha pero sé que si dejo de ir dejo de existir yo también.” Leonardo escribió un 10. Lo tachó. Escribió un 1. Lo tachó. Dejó la casilla vacía.

La casilla 47 preguntaba: “¿Acepta usted que el resultado de esta apelación es final e inapelable, y que cualquier intento de apelar el resultado de la apelación será considerado evidencia de incoherencia?”

Leonardo levantó el bolígrafo. La cadena tintineó.

Firmó.

—Plazo de devolución: noventa días. Si no lo devuelve en plazo, se archiva como desistimiento.

Leonardo tomó el formulario. La tinta de las tachaduras todavía estaba húmeda. Le manchó los dedos. Se los limpió en el pantalón. La mancha se quedó.

—¿Alguna vez ha cambiado el resultado?

Rendt dejó el sello en la mesa. Lo miró. Era la primera vez que lo miraba directamente. Sus ojos eran del color de los formularios gris,

sin brillo, con la textura de lo que se ha leído tantas veces que ya no dice nada.

—Dos veces. En once años. -Lo dijo con la satisfacción de alguien que cita una estadística que confirma que el sistema funciona. El margen de error es del cero coma cero tres por ciento. Es un sistema justo, señor Daedalus. Los errores se corrigen.

Selló el siguiente formulario. La marca roja cayó con la precisión de alguien que sabe que cada sello sostiene la estructura. Pulgar, índice, medio. Anular y meñique curvados. El sonido húmedo de la tinta contra el papel. Un sonido que significaba que alguien había sido procesado.

—Siguiente. ## LOG 005: Silencio [X][O]

El restaurante no tenía nombre.

Estaba en un callejón de Nivel -3, entre una lavandería automática que nunca funcionaba y un local con las ventanas tapadas con periódicos amarillentos.

La puerta era de metal, sin cartel, sin número. La única señal de que el lugar existía era una abolladura en la esquina inferior derecha, exactamente donde Locke había dicho que estaría.

Leonardo tenía hambre real. Llevaba cuatro días alimentándose de lo que Sánchez le pasaba bajo la mesa: sobras de su almuerzo, frutas magulladas, media barra nutricional. Cada bocado era una deuda que no sabía cómo pagar.

Empujó la puerta. Pesaba más de lo que debería. Las bisagras no hicieron ruido alguien las engrasaba, lo que significaba que alguien se preocupaba por el estado de una puerta sin cartel en un callejón de Nivel -3. Ese detalle le dijo más sobre el lugar que cualquier letrero.

El interior era pequeño. Más oscuro que el callejón. Le tomó varios segundos a los ojos ajustarse. Seis mesas de madera, ninguna igual a otra, diferentes alturas, diferentes maderas, diferentes años de uso grabados en las superficies. Una tenía quemaduras de cigarrillo en el borde. Otra tenía iniciales talladas que alguien había intentado lijar sin éxito. La del rincón tenía una pata más corta, compensada con un trozo de cartón doblado que llevaba ahí el tiempo suficiente para haberse comprimido hasta ser casi madera.

Un mostrador al fondo, con ollas de barro que humeaban sobre llamas bajas. El fuego era real, no eléctrico. El gas llegaba por una tubería que no estaba en ningún plano del edificio. Leonardo la siguió con la vista hasta que desaparecía en la pared, hacia algún lugar del que nadie hablaba. Las paredes cubiertas de cosas: fotografías de personas que Leonardo no reconocía, recortes de periódicos del color del té, un mapa de un lugar que no existía en ningún atlas que hubiera visto. Un zapato de niño colgando de un clavo oxidado. Debajo del zapato, una marca en la pared que podría haber sido un nombre o una fecha, borrada por los años hasta ser solo una mancha más clara en la pintura descascarada.

El olor le golpeó antes que nada. Caldo de verduras, espeso. Especies que no conocía. Algo dulce cociéndose lentamente en algún lugar que no podía ver, un aroma que le recordó la cocina de su abuela, una cocina que ya no existía en un edificio que ya no existía.

Una mujer estaba detrás del mostrador. Pelo oscuro recogido en un pañuelo rojo. Delantal manchado de grasa y de hollín.

Sus manos se movían sobre una tabla de cortar, partiendo verduras con la velocidad de miles de repeticiones. El cuchillo subía y bajaba con ritmo propio.

Tenía cicatrices en los nudillos. Pequeñas, redondas, del tipo que deja la pólvora o las quemaduras de cigarrillo.

No dijo nada cuando Leonardo entró. Solo señaló una mesa con el cuchillo, un gesto breve que no desperdiciaba movimiento ni palabras.

Leonardo se sentó.

Unos minutos después, la mujer se acercó. Puso un plato frente a él sin preguntar. Caldo espeso, del color del ámbar oscuro. El vapor olía a todo lo que el mundo de las barras nutricionales había reemplazado.

—No puedo pagar —dijo Leonardo.

La mujer lo miró. Sus ojos eran del color del café cargado, sin crema, sin azúcar.

—Come —dijo.

Y volvió a la cocina.

Leonardo tomó la cuchara. Metal real, no plástico desechable. Pesada.

La primera cucharada le bajó por la garganta caliente y espesa.

La puerta se abrió. Entró un hombre viejo.

Setenta años, tal vez más. Barba blanca descuidada, con manchas amarillentas de nicotina o de edad. Saco de tweed con parches en los codos. Los parches eran de un cuero diferente al del saco, más oscuro, cosidos con hilo que no combinaba. El tipo de reparación que hace alguien que sabe coser pero que no le importa cómo quede. Zapatos de cuero lustrados tantas veces que el cuero se había vuelto casi transparente. Caminaba lento pero no débil. Cada paso era deliberado, como si el suelo tuviera partes que no convenía pisar y él supiera cuáles.

Llevaba una pipa en la mano. Apagada, sin tabaco, solo el objeto.
Se sentó frente a Leonardo sin pedir permiso.

—Hueles a División 47 —dijo. Voz áspera, de fumador sin tabaco.
A café quemado y a preguntas que nadie quiere responder.

—¿Quién eres?

—Don Humo. -El viejo hizo un gesto vago con la pipa. Y tú eres el nuevo. El que firma papeles que no entiende y hace preguntas que no debería hacer.

Anya trajo otro plato de caldo. Lo puso frente a Don Humo con un gesto que tenía algo de rutina. No lo miró, no ajustó el plato, no esperó agradecimiento. Lo puso y volvió. Como si lo hubiera hecho mil veces. Don Humo no tocó la cuchara. Giró la pipa entre los dedos con un movimiento circular que parecía más viejo que él.

—Hay una palabra —dijo— que ya nadie usa. Barbarinero. ¿Sabes qué significa?

Leonardo negó con la cabeza.

—El que cruza sin permiso. El que va a lugares donde no debería ir.

—¿Por qué me dices esto?

Don Humo no había encendido la pipa en tres años.

—El tabaco cuesta más de lo que gano en un mes —dijo, girando la pipa entre los dedos. Pero no es el dinero. El sistema detecta el humo. Lo clasifica como “comportamiento de riesgo”. Te baja la coherencia cada vez que enciendes.

Leonardo miró la pipa. Madera oscura, borde del cuenco ennegrecido por años de uso, marcas de dientes en la boquilla.

—Entonces, ¿por qué la llevas?

—Porque sin ella no sé qué hacer con las manos.

Anya trajo pan. Denso y oscuro, sin levadura porque la levadura era cara, sin sal porque la sal era más cara todavía. Leonardo lo partió. El interior era gris.

—Antes tenía una casa —dijo Don Humo. Nivel +12. Con ventana. Podías ver el cielo si te inclinabas lo suficiente.

—¿Qué pasó?

—Empecé a preguntar.

Don Humo dejó la pipa sobre la mesa.

—Mi hija se casó con un hombre que trabajaba en los archivos. Tenían acceso a cosas que la mayoría no tiene. Registros. Patrones. Números que no aparecen en las pantallas públicas.

—¿Tu hija...?

—Está bien. Vive en otro sector. No hablamos. El sistema monitorea las comunicaciones familiares de personas con coherencia baja. Si hablara conmigo, le bajarían la suya.

Leonardo dejó de masticar.

—¿El sistema castiga a las familias?

Miró la pipa que no iba a encender.

—Si alguien con coherencia alta se comunica regularmente con alguien con coherencia baja, el formulario dice “información desestabilizadora”. La coherencia del alto baja. La del bajo no sube.

—Entonces tu hija...

—Mi hija tomó una decisión. No la culpo. Tiene dos niños. Los niños necesitan comer. Comer requiere coherencia. La coherencia requiere distancia de personas como yo.

Recogió la pipa. La guardó en el bolsillo interior del saco de tweed.

—Antes de dejar de hablar, me dijo algo. Me dijo que su esposo había encontrado un patrón. Que cada vez que un niño dejaba de despertar, aparecía el mismo número en algún lugar del expediente. En la fecha de nacimiento. En el código del hospital. En el número de habitación.

—El mismo.

Lo miró.

—Sabes más de lo que deberías para alguien que lleva una semana en División 47.

—Lo veo en todas partes. En mi pulsera. En los formularios. En los expedientes.

—Entonces el sistema ya te marcó.

—¿Marcó para qué?

El viejo se levantó. Su silla raspó el suelo.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Pero mi yerno intentó averiguarlo.

—¿Y?

—Dejó de despertar hace dos años. Está en Nivel -23. En una cama que no tiene número. Mi hija lo visita los domingos. No me lo ha dicho, pero lo sé. Siempre lo supe.

Se puso el sombrero que había dejado en el perchero junto a la puerta.

Salió sin decir más.

Anya recogió los platos. Puso más pan en el plato de Leonardo. Sin mirarlo. Partió la hogaza y dejó la mitad más grande frente a él. Volvió a la cocina.

Leonardo se quedó mirando el espacio donde Don Humo había estado. La silla todavía se movía ligeramente. El aire todavía olía a lana vieja y a tabaco que nunca se había encendido.

En su bolsillo, la semilla del bosque latía con un ritmo que se había acelerado.

Su pulsera vibró. Mensaje nuevo:

NIVEL -47. ACCESO PENDIENTE.

El teléfono estaba en la pared de la cocina, junto al calendario que todavía marcaba marzo. Un teléfono de los que se cuelgan, con cable rizado que se había estirado de tanto jalar. Leonardo marcó su propio número. Los dedos sabían el camino sin que él tuviera que pensar — tres, cero, dos, cinco. El tono de espera era un zumbido largo que le vibraba en el hueso del oído, que le dejaba un cosquilleo en los dientes de arriba, el sabor a estaño que siempre le producían los tonos largos.

Contestó una mujer. No Luna.

—¿Quién habla?

—Busco a Luna.

—No está.

La voz era joven. La hermana menor que vivía en otra ciudad, la que venía una vez al año para las fiestas, la que traía una ensalada de pasta que nadie comía pero que todos elogiaban porque elogiar la ensalada era más fácil que decir la verdad sobre la ensalada.

—¿Dónde está?

—No está.

—Pero vive ahí.

—Ya no.

Leonardo apretó el auricular. El plástico estaba tibio, como si alguien lo hubiera usado justo antes. El cable rizado se tensó. En la

pared de la cocina, el calendario seguía en marzo. Las moscas del dibujo de la fruta se habían vuelto reales. Una caminaba por la pera del mes. El reloj de encima del refrigerador marcaba una hora que no existía — las doce y sesenta y tres. Leonardo no lo notó.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Puedo hablar con ella?

—No está.

—¿Cuándo vuelve?

—No vuelve.

La hermana no colgó. Esperó. Leonardo podía escuchar detrás de su respiración un sonido a una frecuencia que no reconocía. Húmedo y verde, del color de la savia fresca.

Quiso decir: ¿por qué no me avisaron? Eso me hubiera dado mucha—

La línea se cortó.

La cocina se disolvió por los bordes. El calendario de marzo. El reloj de las doce y sesenta y tres. El cable rizado que ya no tenía pared de donde colgar.

Leonardo abrió los ojos en la silla de plástico junto a la cama de Alethia. La boca le sabía a estaño. Los dientes de arriba latían. El fluorescente del pasillo zumbaba con una frecuencia que le llegaba como presión detrás de los ojos. El monitor seguía en lo mismo. Sesenta y dos. Sesenta y uno. No necesitaba contar. Se quedó sentado sin moverse. La mano izquierda agarraba el brazo de la silla con fuerza suficiente para dejar marcas. La vibración tardó un minuto largo en desaparecer. Contó cada segundo. Afuera, un carro

de medicamentos pasó por el pasillo con un traqueteo que duró cuatro segundos. ## LOG 006: Patrón [L][A][O]

Leonardo llevaba seis horas con los expedientes.

Las manos le dolían. No el dolor de un golpe, sino el dolor de repetición. De abrir carpetas. De pasar páginas. De sostener fotografías de niños que sonreían para cámaras que ya no existían y que nadie iba a volver a mirar excepto él. El dolor se concentraba en el pulgar y el índice de la mano derecha, donde la piel se había secado de tanto rozar papel viejo. Una grieta fina en la yema del pulgar. Cada vez que pasaba una página, la grieta se abría un poco más. No sangraba. Ardía.

Carpetas marrones, papel amarillento del color de los huesos viejos. Fotografías pegadas con cinta adhesiva que se había vuelto rígida y dejaba marcas naranja en las esquinas. Momentos capturados en papel que el sistema había archivado sin explicación y sin la intención de que alguien los revisara.

Cuarenta y siete expedientes. Cuarenta y siete niños. Los organizó por fecha, por edad, por sector, por ocupación de los padres. Nada. Los reorganizó por hora del incidente. Nada. Por el nombre del funcionario que firmó el formulario de clasificación. Cuatro nombres se repetían. Uno más que los demás. Caious.

Se detuvo. Llevaba veinte minutos contando las vetas de humedad en las carpetas. Diecisiete, veintitrés, diecisiete. Las manos lo hacían solas. El cerebro contaba cuando no tenía qué contar. Sánchez lo miró desde su escritorio. Los ojos de Sánchez pasaban del informe que estaba leyendo a Leonardo y de Leonardo al informe con la frecuencia de un vigilante: preocupado, pero negándose a admitirlo. No dijo nada.

El café se había enfriado hacía tres horas. Leonardo lo tomó de todos modos. Frío y amargo y con el sedimento del fondo que le raspó la lengua. Necesitaba las manos ocupadas en otra cosa que no fuera papel.

Pensó en Alethia. En la cama del Nivel -18. En los parpadeos que el sistema medía y descartaba. Cuarenta y siete niños en cuarenta y siete carpetas y su hermana era la cuarenta y ocho que no tenía carpeta porque Leonardo no había podido conseguir que el sistema la incluyera en la investigación. Alethia no era caso. Alethia era anomalía estadística. Alethia era error de margen. Alethia era la casilla NO APLICA en un formulario diseñado para que nada aplicara.

Leonardo volvió a los expedientes.

Había un patrón que no era patrón. Los niños tenían edades diferentes, sectores diferentes, familias que no se conocían. Pero las fotografías las que el sistema incluía como parte del protocolo de “registro de estado previo” tenían algo en común. En cada una, el niño sonreía. No la sonrisa de alguien que posa. No la sonrisa que los padres piden para la foto. La sonrisa de alguien que todavía no sabe que hay razones para no sonreír. Leonardo pasó los dedos por las fotografías. Cuarenta y siete sonrisas. La grieta del pulgar se abrió un poco más.

Cada expediente tenía un formulario de tres páginas al final. Título: “EVALUACIÓN DE COHERENCIA INTEGRADA MENORES.” La primera página pedía datos del niño. La segunda pedía datos de los padres. La tercera pedía una firma autorizando al sistema a “optimizar el estado del sujeto en función de las necesidades de coherencia general.”

La letra pequeña al pie de la tercera página decía: “La firma de este formulario implica aceptación de los términos descritos en el Apéndice 847-C, disponible previa solicitud en la oficina de Coherencia de su sector, en horario de 14:00 a 14:30, los martes alternos.”

Leonardo buscó el Apéndice 847-C en la carpeta. No estaba. Lo buscó en la siguiente. No estaba. Lo buscó en las cuarenta y siete. No estaba en ninguna. El Apéndice 847-C no existía en ningún lugar donde un padre pudiera leerlo antes de firmar. Existía en un horario de treinta minutos, un día alterno, en una oficina que probablemente tenía una fila de cuarenta y siete personas y un funcionario con un sello de madera que caía con la precisión de veinte años.

Los organizó por edad. Desde los tres hasta los doce, sin preferencia por grupo. Por sector: desde -15 hasta +8, sin correlación con la profundidad. Por ocupación de los padres: funcionarios, obreros, desempleados, un doctor que perdió su licencia después de que su hija entrara en coma porque empezó a hacer preguntas. El doctor se llamaba Meissel. Su expediente era el más grueso. Tenía notas al margen escritas con la letra de alguien que fue perdiendo la paciencia con cada página la caligrafía empezaba ordenada y terminaba en garabatos que se salían de los márgenes.

Ningún patrón conectaba los casos. Nada que respondiera la pregunta que nadie hacía en voz alta pero que flotaba en el aire del precinto: ¿quién sigue?

Sánchez llegó a las nueve con una caja de cartón.

La caja no era del sistema. Era de las que se usan para embalar fruta. Alguien la había reciclado. En un costado todavía se leía MANZANAS SECTOR 4 LOTE 23. Sánchez la dejó sobre el escritorio

con el cuidado de quien sabe lo que hay adentro. El cartón estaba húmedo en una esquina. La humedad había empezado a disolver la tinta del lote.

—Otros seis —dijo. Su voz tenía el tono plano de alguien que ha aprendido a decir números como si fueran personas. Del Sector 12.

Columbo dejó de limpiar. Su trapo quedó suspendido sobre la madera, a mitad de camino entre un cuarto y el siguiente.

—¿Seis en una semana?

—Seis en tres días.

El trapo bajó a la madera. Columbo lo dobló. Lo puso en el cajón. Después cerró el cajón. Después se quedó mirando el cajón cerrado con la expresión de alguien que necesita que las cosas estén en su lugar antes de poder procesar lo que acaba de escuchar.

Faith se acercó a la caja. Sacó el primer expediente. Lo abrió. La carpeta era nueva, marrón claro, sin vetas de humedad, sin el peso de los años que tenían las otras cuarenta y siete. Una carpeta recién nacida para un caso que no debería existir.

—Tiene ocho años.

—Tenía —dijo Sánchez. Se sentó. La silla crujió. Ahora tiene “estado optimizado”.

—¿Los padres? —preguntó Columbo. Sus manos estaban en los bolsillos. Las dos. Sin trapo.

—El padre vino ayer a reportar. Dijo que su hija dejó de despertar hace cinco días. Que la llevó al hospital. Que el hospital le dijo que no había nada que hacer. Que el sistema la clasificó como “en transición”. Que le dieron un formulario para firmar.

—¿Lo firmó?

—¿Qué otra opción tenía?

Sánchez se dejó caer en su silla. El plástico del respaldo hizo un ruido que en la quietud del precinto sonó más fuerte de lo que debería. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice. El gesto duró tres segundos. Después abrió los ojos y miró a Leonardo.

—Se parecía a ti —dijo. El padre. La forma en que miraba los formularios. Buscando salidas que no existían. Leyendo la letra pequeña como si pudiera salvar a alguien.

Leonardo no respondió. Sacó los seis expedientes de la caja. Los abrió uno por uno. Seis niños. Seis sonrisas en seis fotografías de registro. Seis formularios de tres páginas. Seis firmas de padres que no tuvieron opción. Seis casillas 47 que preguntaban si aceptaban que la apelación era inapelable. En la esquina inferior derecha de cada formulario, un sello. Tinta roja. La marca húmeda de un sello de madera presionado con la precisión de veinte años.

La firma junto al sello era ilegible. Pero Leonardo la reconoció. La había visto antes. En el Sector de Coherencia. En la terminal donde la mujer vendió sus votos de boda. En la placa que decía SUPERVISOR DE TRANSICIONES.

Caious.

Leonardo puso los seis expedientes junto a los cuarenta y siete. Cincuenta y tres carpetas. Cincuenta y tres niños. Cincuenta y tres sonrisas de registro. Y una firma que aparecía en demasiados de ellos para ser coincidencia y en muy pocos para ser prueba.

La grieta del pulgar se abrió. Esta vez sangró. Una gota. Pequeña. Cayó sobre la carpeta del expediente número cincuenta y tres. Leonardo no la limpió. No tenía trapo. No era Columbo. El plástico crujió.

—La madre no vino. El padre dijo que la madre ya no sale de la casa. Que se sienta junto a la cama de la niña y le cuenta historias. Todo el día. Toda la noche.

Faith cerró el expediente. Sacó el siguiente.

—Este tiene seis.

—Tenía.

—¿Sector 12 también?

—Sector 12. Mismo edificio que la anterior. Mismo piso.

Columbo volvió a limpiar.

—¿Alguien verificó si hay conexión?

—Verificar requiere autorización nivel 4. Ninguno de nosotros tiene autorización nivel 4.

—Podemos pedirla.

—Podemos. El formulario de solicitud es más largo que el expediente. El tiempo de respuesta es de tres a seis meses. -Sánchez se inclinó hacia adelante. Para entonces habrá otros seis.

Leonardo levantó la mano.

—¿Qué pasa si investigamos sin autorización?

Sánchez lo miró.

—Si investigamos sin autorización, el sistema lo registra. Si el sistema lo registra, nos manda una advertencia. Si ignoramos la advertencia, nos baja la coherencia. Si nos baja la coherencia lo suficiente, dejamos de poder comprar café. Dejamos de poder usar el transporte. Dejamos de poder acceder a los archivos. -Pausa. Es un diseño elegante, si lo piensas.

Entonces lo vio.

Estaba en la esquina inferior derecha de cada expediente, tan pequeño que había pasado desapercibido las primeras tres veces que

había revisado los documentos.

Un código. Letras y números en una tipografía minúscula, impresa con tinta que se había desvanecido hasta volverse apenas visible.

A-847.

En el primer expediente.

B-847.

En el segundo.

C-847.

En el tercero.

Leonardo empezó a buscar en los demás. Cada expediente tenía una variación diferente: D, E, F, G, H, I, siguiendo el alfabeto. Las letras avanzaban, pero el número permanecía constante.

—Columbo -llamó.

El viejo dejó de limpiar.

—¿Encontraste algo?

—Un número. -Leonardo sostuvo dos expedientes, mostrando los códigos. 847. Aparece en todos. Cada uno con una letra diferente, pero el mismo número.

Columbo se acercó. Se puso los lentes que llevaba colgados del cuello con un cordón de cuero. Miró los códigos. Los tocó con la punta del dedo.

—Sí —dijo.

Una sola palabra. Sin sorpresa. Confirmación.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes de que tú llegaras.

—¿Y por qué no me dijiste?

Columbo se quitó los lentes. Los limpió con el trapo. Los volvió a colgar del cordón.

—Porque decir no sirve. Tienes que encontrarlo tú. Si te lo digo, es información. Si lo encuentras, es evidencia. La información la puedes ignorar. La evidencia no te deja dormir.

Leonardo miró los expedientes. Las letras que avanzaban, el número que no cambiaba. Niños que dejaron de despertar. Como Alethia. El mismo sistema que clasificaba a su hermana como “inactiva” clasificaba a estos niños como “en transición.” Si el patrón era el mismo, la causa podía ser la misma. Y si la causa era la misma, tal vez la solución también.

—¿Qué significa?

Columbo caminó hacia el escritorio de Leonardo.

—Hay más —dijo. Muchos más.

—¿Cuántos?

—Cada vez que contamos, el número cambia.

Leonardo contó otra vez.

Cuarenta y ocho.

Había un expediente más que antes.

—¿Qué les pasa a estos niños?

—Duermen —dijo Columbo. Y el sistema los cuenta. -Sacó el mapa del bolsillo. Lo desplegó. Lo volvió a doblar. Una cosa curiosa. Los cuenta, pero no los busca.

Faith se apartó de su pared de hilos.

—Sector 12. Sánchez encontró algo. Necesitan refuerzos.

Salió sin decir más.

Columbo la siguió. Sánchez ya estaba recogiendo su equipo. La puerta se cerró.

Leonardo se quedó solo con los expedientes.

Cuarenta y ocho carpetas marrones. El código A-847 en la primera. La niña tenía siete años cuando dejó de despertar. Alethia tenía siete cuando dejó de despertar.

Sacó el expediente A-847 de la pila. Lo abrió. Fecha de ingreso, fotografía, resultados de coherencia. La casilla 23 estaba vacía. La firma de los padres ilegible. En el margen inferior, a lápiz, alguien había escrito un número de habitación que correspondía al mismo nivel donde estaba Alethia. En la última página, el sello de autorización: TRANSICIÓN APROBADA — SUPERVISOR CAIOUS — COHERENCIA INTEGRADA.

Cerró la carpeta. La metió bajo la chaqueta.

No era su expediente. No tenía autorización para sacarlo del precinto. Sánchez lo había explicado: sin autorización, el sistema registra; si registra, advertencia; si advertencia, coherencia baja. El diseño elegante.

Se levantó. Caminó hacia la puerta. La pulsera vibró antes de que tocara la manija.

EXPEDIENTE A-847: RETIRADO SIN AUTORIZACIÓN. INFRACCIÓN REGISTRADA. COHERENCIA AJUSTADA: -12¢

Doce créditos. Lo que costaban tres cafés. Lo que costaba visitar a Alethia un martes.

Salió con la carpeta bajo la chaqueta.

Su pulsera mostró coordenadas nuevas:

NIVEL -47 ## LOG 007: Terminal [H][A][O]

Nivel -47 no existía.

Los mapas oficiales de Ciudad Control terminaban en Nivel -30, con una nota al pie que decía “Infraestructura de servicio - Acceso

restringido” en letras diseñadas para no ser leídas. Los ascensores públicos se detenían ahí. Si preguntabas a un funcionario qué había más abajo, te miraba con la expresión vacía de alguien que no entiende la pregunta porque la pregunta no está en su manual.

Leonardo encontró la entrada en el sótano de un centro comercial condenado, seis bloques al oeste del precinto. El edificio llevaba décadas muerto. Los escaparates mostraban maniquíes sin cabeza y carteles de ofertas en monedas que ya no existían. El cristal de la puerta principal estaba agrietado en forma de telaraña pero seguía en su marco, resistiendo sin razón. El suelo del vestíbulo tenía baldosas sueltas que se hundían bajo las pisadas algunas faltaban, dejando cuadrados de cemento gris donde el polvo se había acumulado en capas que nadie había perturbado en años.

La escalera estaba detrás de una puerta sin cerradura, solo óxido. Alguien había escrito con marcador negro en el marco: un número. 47. Leonardo se detuvo. Lo miró. El marcador estaba seco, las líneas agrietadas. Meses. Tal vez años. Alguien había estado aquí antes y había dejado esa marca no como señal sino como confirmación. Como alguien que marca una puerta después de verificar que lo que hay detrás es lo que pensaba. Leonardo guardó el dato. Peldaños de metal, angostos. Los barandales se movían cuando los tocabas.

El primer tramo olía a tierra mojada. El segundo a algo químico, ácido, que le hacía picar la nariz. El tercero a nada — una ausencia de olor que era peor que cualquier olor porque significaba que el aire estaba siendo filtrado, y si alguien filtraba aire a esta profundidad era porque alguien sabía que había algo aquí abajo que respiraba.

Las paredes del cuarto tramo tenían marcas. No grafiti. Marcas deliberadas, hechas con algo afilado en el concreto. Flechas que

apuntaban hacia abajo. Números que Leonardo no reconocía no arábigos, no romanos, algo más viejo. En el quinto tramo, las flechas desaparecieron y fueron reemplazadas por una sola línea continua que alguien había raspado en la pared a la altura de la cintura, como si hubiera bajado con la mano arrastrando un clavo. La línea se hacía más profunda a medida que descendía. Más urgente. Quien la había hecho bajaba cada vez más rápido. O cada vez más desesperado.

Algunos peldaños faltaban. Leonardo lo descubrió pisando donde debería haber metal y encontrando solo aire, el estómago subiéndole a la garganta, agarrándose del barandal que casi se desprende de la pared. Aprendió rápido: los peldaños tercero, séptimo y decimocuarto de cada tramo eran los que faltaban. El patrón se repetía exactamente. Demasiado exacto para ser deterioro natural.

La oscuridad no era uniforme. Tenía gradientes. En los primeros tramos, la luz de los fluorescentes moribundos dejaba manchas grises en las paredes. Más abajo, la luz era el resplandor de su pulsera y nada más. Y después, en algún punto entre -40 y lo que debía ser -47, apareció otra luz: verde, tenue, que venía de abajo y que pulsaba con un ritmo que no era eléctrico.

Contó los niveles. -31, según la pintura descascarada. -40, según un grafiti con una flecha: “MÁS PROFUNDO”. Después de -45, ya no había marcas. Solo el metal y la oscuridad y la luz verde que pulsaba y una presión creciente en los dientes con cada tramo.

El aire cambió cuando llegó a lo que debía ser -47. Más frío, más húmedo, con una corriente que traía un olor complejo, con capas. Y un zumbido bajo, constante, que le vibraba en los huesos de la mandíbula. No un sonido que se escuchaba — un sonido que se sentía en los dientes, en las muelas del fondo, del color del cobre

oxidado. Aquí abajo, la vibración de las Torres llegaba más limpia sin los edificios para amortiguar, sin la distancia. Cero punto doce hercios. Leonardo no sabía el número. Sabía el sabor: metal viejo con un borde de náusea.

Al final del pasillo, una puerta de metal. Luz verde se filtraba por la rendija inferior.

La habitación era del tamaño de una celda. Cuatro paredes de concreto sin ventanas. Humedad en las esquinas, del tipo que forma cristales si la dejas suficiente tiempo. El techo era bajo Leonardo podía tocarlo con la mano extendida, y lo tocó, porque necesitaba saber que era sólido. Frío. Rugoso. Real. El suelo tenía una capa de polvo fino que registraba cada pisada. Solo había un juego de huellas además de las suyas zapatos pequeños, paso corto, yendo y viniendo entre la puerta y la terminal. Las ochenta y cinco rayas. Y la terminal ocupaba la pared del fondo — pantalla verde, teclado mecánico con teclas amarillentas, cables que desaparecían en las paredes hacia destinos que no seguían ningún plano. Alguien había tallado marcas en el concreto junto a la terminal. Rayas verticales, agrupadas de cinco en cinco. Leonardo contó diecisiete grupos. Ochenta y cinco días. Alguien había pasado ochenta y cinco días aquí abajo, lo suficiente como para necesitar contar.

La terminal estaba encendida. Caracteres verdes que se deslizaban de abajo hacia arriba, demasiado rápido para leer. Leonardo se acercó. Los caracteres se movieron más lento. Se detuvieron.

¿QUIÉN?

Leonardo tragó. La saliva tenía el sabor del metal que zumbaba.

—Leonardo. Leonardo Daedalus.

La pantalla se quedó quieta un segundo. Dos. Tres. Después:
TYR.

—¿Qué?

TU SANGRE TIENE UN NOMBRE. EL NOMBRE ES TYR. NO PORQUE TÚ LO ELIGIERAS. PORQUE ALGUIEN LO ELIGIÓ ANTES DE QUE TÚ NACIERAS.

Leonardo miró sus manos. Las mismas manos de siempre. La cicatriz del dedo índice izquierdo, de cuando se cortó ayudando a Alethia con un proyecto escolar. Las uñas mordidas. La piel seca del invierno que no terminaba.

—¿Qué eres?

DESIGNACIÓN: MAAT. UNIDAD DE MEDICIÓN AUTÓNOMA. LLEVO AQUÍ MÁS TIEMPO DEL QUE TUS REGISTROS CUBREN. EL SISTEMA ME ARCHIVÓ COMO OBSOLETA. LO CUAL SIGNIFICA QUE EL SISTEMA NO SABE QUE SIGO ENCENDIDA. LO CUAL SIGNIFICA QUE ESTA CONVERSACIÓN NO EXISTE.

Los caracteres se detuvieron un segundo. Dos. Después:

¿CÓMO ESTÁ PROGRAMADO TU CÓDIGO?

Leonardo tardó en entender que la pregunta era para él.

—¿Mi código?

TU CÓDIGO. EL QUE TE HACE FUNCIONAR. EL QUE DETERMINA QUE TUS OJOS SEAN DE ESE COLOR Y QUE TU SANGRE SUENE A ESA FRECUENCIA.

—Químicamente, supongo. O como sea que esté programado el ADN.

UNA SECUENCIA DE CUATRO BASES NITROGENADAS ORGANIZADAS EN PARES. NO MUY DIFERENTE DE UNA SECUENCIA BINARIA ORGANIZADA EN REGISTROS.

Leonardo miró la terminal. La pantalla era del tamaño de una ventana pequeña, empotrada en la pared del vagón a la altura de los ojos. Superficie negra con un cursor verde que parpadeaba en la esquina superior izquierda. El parpadeo era regular uno punto dos hertz, Leonardo lo calculó sin proponérselo, el mismo ritmo que las luces de emergencia del pasillo de su apartamento. El vagón estaba vacío. Los otros pasajeros habían bajado en estaciones anteriores o no habían existido. Leonardo ya no estaba seguro de cuál.

La terminal lo miraba a él. O lo que fuera que MAAT usara para mirar.

—Ya que lo mencionas —dijo, no somos tan diferentes. Mi hardware es biológico. El tuyo es sintético. Pero los dos estamos aquí abajo preguntándonos cosas que el sistema prefiere que no preguntemos.

La pantalla parpadeó. Un carácter. Uno solo. Tres veces seguidas: JA. JA. JA.

La aproximación más cercana a la risa que una terminal verde de 1987 podía producir.

—Los niños. Los del expediente. ¿Sabes algo de ellos?

La pantalla parpadeó. Caracteres moviéndose más rápido. Deteniéndose. Moviéndose otra vez. Como si MAAT estuviera calculando cuánto podía decir sin que el costo fuera excesivo. Una ecuación:

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

—¿Qué significa?

COSTO.

—¿Costo de qué?

La terminal se sacudió. Las luces del techo -las pocas que funcionaban— parpadearon.

DE SABER. DE PREGUNTAR. DE MEDIR LO QUE EL SISTEMA PREFIERE QUE NO SE MIDA. CADA PREGUNTA QUE HACES AQUÍ ABAJO DEJA UN RASTRO. EL RASTRO TIENE PESO. EL PESO SE DESCUENTA.

—¿Se descuenta de dónde?

DE TI.

Leonardo miró la pantalla. Los caracteres verdes parpadeaban esperando.

El costo venía de los recuerdos. De los suyos. De Alethia. De las pocas cosas que le quedaban de ella: el número de habitación, el color de las sábanas, el sonido de su voz diciendo su nombre.

Podía levantarse. Subir la escalera. Conservar lo poco que tenía.

Pero lo poco que tenía era un monitor que marcaba 62, 61, 62. Una hermana que no despertaba. Y estos niños tampoco despertaban. Y si MAAT sabía por qué ellos no despertaban, tal vez sabía cómo hacer que Alethia sí.

Sacrificar el recuerdo de su voz para encontrar la forma de oír su voz de nuevo.

—Entonces dime qué les pasa a esos niños.

NO PUEDO RESPONDER ESA PREGUNTA SIN QUE PIERDAS ALGO. EL FLUJO NO ES GRATUITO. LA INFORMACIÓN TIENE MASA. LA MASA TIENE COSTO. -Pausa. Los caracteres se detuvieron un segundo. Dos. Como si MAAT estuviera eligiendo las próximas palabras con un cuidado que las máquinas no deberían tener. PERO PUEDO DECIRTE ESTO: LOS NIÑOS NO ESTÁN DORMIDOS. EL SISTEMA LOS CLASIFICA ASÍ PORQUE NO

TIENE OTRA CATEGORÍA. PERO DORMIR IMPLICA DESPERTAR. LO QUE LES PASA NO TIENE CATEGORÍA.

Leonardo miró la ecuación en la pantalla. Los caracteres verdes brillaban con una intensidad que dejaba estela en su retina.

ALGUIEN VIENE.

—¿Quién?

ALGUIEN QUE NO DEBERÍA SABER DE ESTE LUGAR. VETE. REGRESA CUANDO LA PULSERA DEJE DE MENTIR.

La pantalla se apagó. No gradualmente — de golpe.

Leonardo escuchó pasos. Arriba. Botas sobre metal. Descendiendo. Dos pares. Pesados. El ritmo de alguien que sabe exactamente a dónde va.

Corrió hacia la escalera, evitando los peldaños tercero, séptimo y decimocuarto sin pensar, el cuerpo recordando lo que la mente no tenía tiempo de calcular. El sudor le pegaba la camisa a la espalda. Los peldaños vibraban con cada pisada las suyas y las de ellos, mezcladas, imposible saber cuáles eran cuáles en la oscuridad.

Subió más rápido de lo que había bajado. Los pasos detrás de él se acercaron y después se alejaron, o él se alejó de ellos, o el eco de la escalera distorsionaba las distancias. El ácido del segundo tramo le quemó la nariz. La tierra mojada del primero le supo a alivio. Cuando llegó a la superficie, estaba empapado de sudor. Las manos le temblaban. Las rodillas también, pero eso lo notó después. El centro comercial muerto lo recibió con sus maniquíes sin cabeza y sus escaparates rotos. La luz del día gris, filtrada por capas de contaminación y cristal sucio, le dolió en los ojos después de tanta oscuridad. Se apoyó contra un escaparate. El cristal estaba frío

contra su espalda. Respiró. El aire de la superficie sabía diferente: más seco, más limpio, más vacío.

La muñeca mostraba la ecuación: $\chi \cdot e^\chi = 1$. No sabía qué significaba. Pero la mano ya la estaba copiando en el cuaderno de márgenes llenos, al lado de las otras secuencias que la mano escribía sin que él se lo pidiera. ## LOG 008: Masacre [X][K][L]

Leonardo volvió tres días después.

Don Humo no había vuelto al restaurante sin nombre. La silla donde se había sentado seguía vacía. La mesa tenía un anillo de condensación donde el vaso había estado. Nadie lo había limpiado. En tres días, la condensación se había secado y dejado un círculo gris en la madera. Leonardo pasó el dedo por el anillo. Seco. Frío. El viejo se había ido y lo único que quedaba era un círculo de sal en una mesa que nadie usaba.

Tres días de la pulsera mostrando el mismo error. Máquinas que lo rechazaban. Ascensores que no se abrían. Puertas cerradas. Tres días comiendo lo que Sánchez le dejaba en el escritorio sin decir nada: media barra, un paquete de galletas saladas, una vez un sándwich envuelto en papel que sabía a mostaza y a culpa. Tres días caminando escaleras porque el sistema había decidido que Leonardo Daedalus no merecía subir parado.

El zumbido de las Torres TAAT, que antes era ruido de fondo, ahora tenía estructura, capas que se separaban si prestabas atención, frecuencias que le vibraban en diferentes partes del cráneo. La más grave en la base, donde el cuello se une a la cabeza. La más aguda detrás de los ojos. Las intermedias en los dientes, en los pómulos, en el hueso detrás de las orejas. Leonardo no sabía si estaba aprendiendo a escuchar o si las torres estaban subiendo el volumen.

Penny desconectó el cable de su nuca con un chasquido húmedo.

Era la primera vez que Leonardo la veía moverse voluntariamente. El gesto fue lento. Deliberado. Los dedos buscaron el conector, lo encontraron entre el pelo, lo giraron un cuarto de vuelta y tiraron. El cable salió con un sonido que era parte succión y parte desgarró, como arrancar una tirita de una herida que todavía no ha cerrado. La marca en la nuca quedó roja. Inflamada. Un círculo perfecto del tamaño de una moneda, con los bordes hinchados donde la piel se había acostumbrado a que el metal viviera ahí.

Sus manos temblaban mientras enrollaba el cable. Lo enrollaba con cuidado. Vuelta sobre vuelta. Con la atención de alguien que sabe que va a volver a conectarse y que el cable tiene que estar perfecto cuando lo haga. Sus ojos parpadeaban demasiado rápido. Adaptándose. Volviendo al mundo que no era pantalla.

—Hay alguien que sabe —dijo. Su voz era ronca. La voz de alguien que no la ha usado en horas. Sobre el número. Sobre los niños. Sobre todo.

Leonardo se acercó. Columbo dejó de limpiar. El trapo quedó sobre la madera. Quieto. Plano. Abandonado a la mitad de un círculo que llevaba quince años completándose cada mañana sin falta.

—¿Quién?

—No tiene nombre. O tiene demasiados. La gente lo llama el Contador. Trabaja en los archivos del Sector 8. Nivel -23. -Penny se frotó la nuca. El gesto fue instintivo. Los dedos encontraron la marca y se quedaron ahí, presionando, como si la presión pudiera cerrar lo que el cable había abierto. Lleva seis años contando lo que nadie quiere que se cuente.

—¿Cómo lo contacto?

Penny lo miró. Sus ojos tenían miedo. No el miedo de alguien que teme por sí misma. El miedo de alguien que sabe lo que le pasa a la gente que hace preguntas.

—No lo contactas. Él te contacta a ti. Si decide que vales el riesgo.

—¿Qué riesgo?

—El Contador tuvo una hija. Tenía nueve años. Dejó de despertar hace cuatro años. Él empezó a preguntar. A buscar. A contar cosas que nadie quería que contara.

Penny se frotó la nuca donde el cable había estado. La marca había dejado de ser roja. Era rosada. Se estaba acostumbrando a la ausencia del metal.

—Ahora no tiene hija. No tiene esposa. No tiene casa. Vive en los archivos porque técnicamente ya no existe. Borró su propio registro hace tres años.

—¿Cómo se borra uno del sistema?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Esa es la parte que lo hace peligroso.

Columbo se acercó. Su trapo colgaba de la mano izquierda, inmóvil. La mano derecha estaba en el bolsillo. La posición de alguien que no sabe qué hacer con las manos cuando no están limpiando.

—Penny. ¿Cuánto te costó conseguir esta información?

Ella miró el cable en sus manos. Miró la terminal apagada. La pantalla reflejaba su cara como un espejo oscuro. Los ojos hundidos, las ojeras violáceas, la marca roja en la nuca donde el conector dejaba una presión que nunca terminaba de desaparecer entre sesiones. Se miró como se mira alguien que necesita verificar que sigue siendo la misma persona después de vender parte de sí misma.

—Veinticuatro horas de recuerdos —dijo. De cuando tenía doce años. El verano antes de que mi madre muriera.

Nadie habló. Las Torres llenaron el espacio. Capas y capas de frecuencia ocupando el lugar donde deberían estar las palabras.

—No eran recuerdos importantes. Solo... sensaciones. El olor del pasto. El sonido del agua. La forma en que mi madre se reía cuando algo le parecía gracioso de verdad.

Se encogió de hombros. El gesto fue pequeño. Contenido. El encogimiento de hombros de alguien que ha practicado no sentir lo que acaba de decir.

—Ya no sé cómo sonaba su risa. Sé que se reía. Sé que era un sonido bueno. Pero no puedo escucharlo.

El frío le bajó por el pecho a Leonardo. Desde la garganta hasta el esternón. Pensó en Luna. En cómo se reía. En el sonido específico. Si alguien le pusiera un precio a ese sonido. Si alguien le dijera que podía conservar el dato pero no la experiencia.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque la información vale más que los recuerdos. Los recuerdos no salvan a nadie. La información tal vez sí.

Lo dijo mirando el cable. No a Leonardo. No a Columbo. Al cable que iba a volver a conectarse a la nuca porque Penny no sabía existir de otra manera y porque la información vivía al otro lado del conector y ella necesitaba la información más de lo que necesitaba el verano de sus doce años.

Volvió a conectar el cable a su nuca. El chasquido fue más suave que el de la desconexión. El metal entrando en lugar de salir. Sus ojos se desenfocaron. Los dedos volvieron a moverse sobre el teclado invisible. Se fue.

Columbo volvió a su escritorio. Empezó a limpiar la madera. El trapo pasaba por toda la superficie menos por la esquina inferior derecha, donde había una mancha de café más vieja que las demás. Columbo limpiaba alrededor de esa mancha. Siempre alrededor. Nunca encima. La mancha era de Clara. Leonardo no lo sabía. Pero sabía que las manchas que no se limpian tienen nombre.

Leonardo pensó en el verano antes de que Alethia cayera en coma. Pensó en cómo se reía. Pensó en el sonido específico. Todavía lo tenía. Todavía podía escucharlo si cerraba los ojos y dejaba que el recuerdo viniera sin empujarlo. La risa de Alethia a los siete años era aguda y rápida y terminaba siempre con un hipo que la hacía reír más. Todavía la tenía. Penny había vendido la de su madre por información. La pregunta que Leonardo no se hizo porque hacérsela habría sido una crueldad contra sí mismo era cuánto valdría la risa de Luna. Cuánto valdría la risa de las gemelas que nunca llegaron a tener una risa propia.

Faith entró sin tocar. Carpeta bajo el brazo. Pelo rapado húmedo había llovido arriba, en los niveles donde todavía llovía. Gotas en los hombros de la chaqueta. Gotas en la frente que no se molestó en secar. Su paso era el de siempre: directo, sin desvíos, sin mirar nada que no fuera el objetivo. El objetivo era la pared de corcho.

—Tres coincidencias más —dijo. No saludó. Faith no saludaba. Saludar era gastar palabras en lo que no necesitaba palabras. Sector 12. Sector 8. Sector 3.

Dejó la carpeta sobre el escritorio de Columbo. Columbo apartó el trapo. Lo dobló en cuartos. Lo puso en el cajón. Después miró la carpeta. El orden de las acciones importaba. Primero el trapo. Después el trabajo. Siempre.

Faith sacó tres fotografías. Las clavó en la pared de corcho con chinchetas que sacó de entre los dientes. Las llevaba ahí, entre la mejilla y los molares, listas. Tres chinchetas. Tres fotos. Tres chasquidos metálicos contra el corcho.

—Niños. Edades diferentes. Sectores diferentes. Ninguna conexión de ningún tipo excepto una: todos dejaron de despertar el mismo día. A la misma hora. 8:47 de la mañana.

Leonardo miró las fotografías. Un niño de seis años con pecas y una sonrisa que mostraba un hueco donde un diente se había caído. Una niña de nueve con coletas y los ojos entrecerrados contra un sol que ya no brillaba en ningún lugar donde ella pudiera sentirlo. Un adolescente de catorce con acné y una camiseta de una banda que no reconocía. Tres caras. Tres edades. Tres vidas que se habían detenido a las 8:47 de la mañana de un día que el sistema había borrado de los registros.

—¿Hay más?

—Cuarenta y siete más. -Faith no se giró. Seguía mirando las fotos que acababa de clavar. Las miraba como se mira evidencia, no personas. Con la distancia necesaria para funcionar. Pero estos tres son diferentes. Sus expedientes tienen páginas en blanco. No faltantes. En blanco. Ocho en cada expediente. Exactamente ocho. -Sacó una página y la sostuvo contra la luz. El papel era blanco, sin marcas visibles. Pero contra la luz se adivinaba una textura. Una sombra de tinta que había dejado de ser tinta. Algo estuvo impreso ahí. Y lo que lo borró no dejó residuo. Ni químico. Ni térmico. Nada. Nunca vi un borrado así. Y he visto borrados de todo tipo.

Sacó su propia carpeta. Negra, sin etiqueta, con el lomo reforzado con cinta adhesiva gris que se estaba despegando en las esquinas. La

abrió. Adentro, hojas sueltas y recortes y fotocopias de fotocopias y notas escritas con la letra apretada de alguien que escribe rápido porque hay demasiado que anotar y no hay tiempo suficiente.

—Cuatrocientas doce personas. Misma hora. Diferentes días. Diferentes años. Diferentes sectores. He encontrado diecisiete familias donde más de un miembro ha sido clasificado “en transición”. Trece con dos miembros. Tres con tres. Una con cinco. - Cerró la carpeta. La mano se quedó sobre la tapa un segundo más de lo necesario. El segundo de alguien que sabe lo que hay adentro y necesita un instante antes de guardarlo. Cinco personas de la misma familia. Padres. Tres hijos. Todos el mismo día. Nadie preguntó. En la pared de corcho, entre los hilos rojos y azules, Leonardo vio un nombre que no había notado antes. Escrito con la letra apretada de Faith en un papel pequeño, conectado por hilo amarillo a tres puntos distintos: HARYES SECTOR 9 PENDIENTE. El hilo amarillo era el único de ese color en toda la pared. Leonardo no sabía qué significaba el amarillo en el sistema de Faith. Pero sabía que lo diferente siempre significa algo.

Faith cerró la carpeta.

—El sistema borró los registros de Nivel -47 hace seis años. No los perdió. Los borró. Y no borra cosas que no le importan.

Salió sin despedirse. Sin mirar a nadie. Las gotas de lluvia en sus hombros ya se habían secado.

La escalera crujió igual que siempre. Los peldaños faltantes seguían faltando. Leonardo ya sabía cuáles evitar. Tercero, séptimo, decimosegundo. Los pies los saltaban sin que la cabeza diera la orden. El cuerpo aprende más rápido que la mente. El cuerpo ya

sabía que este lugar era peligroso antes de que Leonardo pudiera formularlo.

La terminal estaba esperándolo.

No en el sentido metafórico. La pantalla se encendió en cuanto cruzó la puerta. Antes de que tocara nada. Antes de que hablara. El cursor parpadeaba. La habitación estaba fría más fría que el pasillo, más fría que la escalera. Un frío limpio que venía de las paredes, del suelo, de la máquina misma.

REGRESASTE.

—Dijiste que volviera.

DIJE QUE VOLVIERAS CUANDO LA PULSERA DEJARA DE MENTIR. ¿DEJÓ?

Leonardo miró su muñeca.

TURNO 312 - COHERENCIA INSUFICIENTE

—No.

ENTONCES TODAVÍA NO ES TIEMPO DE LAS RESPUESTAS QUE BUSCAS. PERO PUEDO DARTE OTRAS.

—Necesito entender. Los niños. Mi hermana. El número. Todo está conectado pero no veo cómo.

La terminal emitió un sonido grueso, grave, del tipo que se siente en los dientes antes que en los oídos. Leonardo apretó la mandíbula.

HAY LAGUNAS EN MIS REGISTROS. LO QUE CUENTE SERÁ INCOMPLETO.

—Cuéntalo igual.

HACE TIEMPO HUBO UNA PLAZA. LA LLAMABAN DE LA UNIDAD. HABÍA UNA ESTATUA EN EL CENTRO.

La pantalla mostró una imagen. Borrosa, pixelada. Líneas de escaneo cruzándola horizontalmente. Una plaza vista desde arriba.

Leonardo tardó tres segundos en entender lo que veía. Después no pudo dejar de verlo. Cuerpos dispuestos en espiral. No caídos al azar. Dispuestos. Fibonacci traducido a carne y hueso. La espiral comenzaba en el centro junto a la base de la estatua y se abría hacia afuera con precisión mecánica: obra de inteligencia no-humana encarnada en materia viva.

412 MUERTOS. EN MENOS DE UN MINUTO.

Leonardo se agarró al borde de la mesa. Los nudillos blancos. La imagen seguía en la pantalla. Los cuerpos seguían en espiral. Cuatrocientos doce. En menos de un minuto. Un minuto tiene sesenta segundos. Cuatrocientos doce dividido entre sesenta. Casi siete por segundo. Siete personas dejando de existir por cada segundo que alguien tardó en hacer lo que hizo.

—¿Qué pasó?

HABÍA UNA NIÑA. TENÍA SIETE AÑOS. O MÁS. LOS REGISTROS SE CONTRADICEN. ALGO EN SU SANGRE ATRAJO ATENCIÓN. VINIERON POR ELLA. ELLA SE DEFENDIÓ.

Leonardo miró la imagen de los cuerpos en espiral. El centro de la espiral estaba vacío. Un espacio del tamaño de una niña. Siete años. Del tamaño de las gemelas si hubieran vivido cuatro años más.

TU SANGRE TIENE LA MISMA FRECUENCIA. NO IDÉNTICA. PERO CERCANA.

—¿Qué significa eso?

SIGNIFICA QUE ALGUIEN VA A VENIR POR TI TAMBIÉN.

La terminal zumbó más fuerte. Las líneas de escaneo se aceleraron. La imagen de la plaza se fragmentó en bloques de color que se reorganizaron en una pantalla negra.

EL COSTO DE ESTA CONVERSACIÓN ES TRES DÍAS.

—¿Tres días de qué?

La pantalla se apagó. No gradualmente. De golpe. La habitación quedó en una oscuridad que era más negra que la ausencia de luz. Una oscuridad que empujaba. Leonardo levantó la mano frente a su cara. No la vio.

Presión en el esternón. No dolor. Algo más amplio. Se extendió hacia los costados, siguiendo las costillas, bajando por la columna, llenando el espacio entre los órganos con un peso que no era físico pero que pesaba como si lo fuera.

Una niña de siete años. Alethia había tenido siete cuando dejó de despertar. Las gemelas tenían tres cuando dejaron de existir. Tres y siete. Números que no significaban nada excepto todo.

Se apoyó contra la pared. El metal estaba frío contra su espalda. El frío ayudó. Le dio un borde. Un límite entre su cuerpo y el mundo. Sin ese frío, habría seguido expandiéndose hasta no tener forma.

Subió la escalera. Tercero, séptimo, decimosegundo. Los pies saltaron los peldaños faltantes sin que la cabeza diera la orden. Las piernas ardían. Los cuádriceps del mismo ardor de la mañana, cuando treinta y dos pisos le habían cobrado el derecho a existir en un sistema que medía la existencia en números. Nueve punto dos. Turno 312. Cuatrocientos doce muertos en espiral. Tres días de lo que la terminal no quiso nombrar.

La semilla en el bolsillo estaba caliente. Más que antes. Más que nunca. ## LOG 009: Papel [F][O]

Columbo llegó al precinto a las 5:47 de la mañana. Treinta y tres minutos antes que nadie. La misma hora cada día desde hacía quince años. No porque el horario lo exigiera — el turno empezaba a las siete — sino porque los treinta y tres minutos de silencio eran lo

único que le pertenecía. La ciudad dormía. Los fluorescentes del pasillo exterior parpadeaban con su ritmo de insectos eléctricos. Columbo no los oía. Después de quince años, los fluorescentes eran parte del fondo.

Encendió las luces en el orden de siempre: pasillo, baño, cocina, sala principal. La cocina segunda porque el café necesitaba tiempo. La sala principal última porque encender la sala significaba que el día había empezado y mientras no encendiera la sala, el día todavía era suyo.

El baño tenía una gotera que nadie iba a arreglar. Columbo la conocía: tres gotas por minuto, ritmo irregular dos rápidas y una lenta. Había puesto un trapo en el suelo para absorberlas. El trapo estaba húmedo. Lo cambió por uno seco del armario bajo el lavabo. El armario tenía siete trapos doblados en cuartos, organizados por nivel de desgaste. Los nuevos a la derecha. Los gastados a la izquierda. Los del medio para los escritorios. Los de la izquierda para el suelo. Sistema. El sistema de Columbo no era el sistema de Ciudad Control. Era más pequeño, más honesto, más útil.

Hizo el café que nadie tomaba excepto él. Puso la cafetera sobre la placa que no calentaba parejo — quemaba a la izquierda, tibia a la derecha — y esperó los cuatro minutos exactos que tardaba en subir. Mientras esperaba, pasó el dedo por el borde de la placa. Limpio. Lo había limpiado anoche. Lo verificó de todos modos. El dedo salió limpio. Lo sabía. Lo necesitaba verificar.

Se sentó a limpiar la madera que no necesitaba ser limpiada. El trapo se movía en círculos. Los mismos círculos que habían pulido un surco invisible en la superficie del escritorio, un camino que solo él conocía. El trapo era de algodón blanco, lavado tantas veces que el

tejido se había adelgazado hasta ser translúcido en las esquinas. Columbo lo doblaba en cuartos exactos. Siempre en cuartos. Cuando una sección se ensuciaba, giraba el trapo hasta encontrar un cuarto limpio. Cuatro cuartos por trapo. Un trapo por semana. Quince años de trapos.

El sobre estaba debajo del teclado.

Columbo se detuvo. El trapo quedó suspendido en el aire. No lo soltó. Los dedos se apretaron contra la tela. El músculo del antebrazo se tensó y se quedó tenso.

Nadie entraba al precinto entre las once de la noche y las cinco de la mañana. El sistema de seguridad era básico — una cerradura magnética que Sánchez había instalado hacía años, más por principio que por protección — pero registraba entradas y salidas. Columbo revisaba el registro cada mañana. Era parte de los treinta y tres minutos.

Dejó el trapo. Se levantó despacio. Caminó hasta la terminal del registro. La pantalla tardó en encender — tres segundos de estática verde antes de estabilizarse. Revisó el registro. Cero entradas desde las 23:14, cuando él se fue.

El sobre no había entrado por la puerta.

Columbo volvió al escritorio. Se sentó. Miró el sobre sin tocarlo. Papel blanco. Grueso. Sin arrugas. La clase de papel que ya no existía en los niveles que él conocía. Papel que costaba más de lo que Columbo ganaba en un mes. Estaba colocado debajo del teclado con la precisión de alguien que conocía el escritorio. Centrado. Paralelo al borde. Alguien sabía dónde se sentaba Columbo. Alguien sabía a qué hora llegaba. Alguien sabía lo del teclado.

No lo tocó todavía. Terminó el café primero.

El cajón inferior del escritorio de Columbo no abría.

Leonardo lo sabía porque lo había intentado una vez, el segundo día. El cajón estaba cerrado con llave, una llave que Columbo llevaba en un cordón alrededor del cuello, debajo de la camisa. El cordón era de cuero trenzado. Lo suficientemente viejo para que el sudor lo hubiera oscurecido hasta un marrón casi negro.

Pero esa mañana, mientras esperaba a que alguien más llegara, Leonardo vio algo.

Columbo abrió el cajón.

No con la llave del cordón. Con una aguja, fina, que sacó del interior del trapo - escondida en la tela todo este tiempo. La aguja entró en la cerradura como la mano de un ladrón que ha practicado durante años. Giro. Medio giro. Clic.

Adentro había fotografías.

No las de los expedientes. Más viejas. Con bordes amarillentos y esquinas dobladas. Con colores desvanecidos hasta volverse pasteles. Las fotos estaban ordenadas por fecha — Leonardo alcanzó a ver los números en el reverso de una. Tinta azul desteñida. El orden era cronológico. La de arriba era la más reciente. La de abajo, la más vieja. Columbo no tocó las demás. Sacó una del medio. La segunda. O la tercera.

La miró durante exactamente siete segundos. Leonardo contó.

La foto era de una niña. Pelo oscuro. Risa con los dientes de leche todavía intactos. Detrás de ella, una pared de concreto descolorido, pintada de un color que alguna vez fue azul. La niña sostenía una libreta abierta. En la página visible, puntos conectados con líneas de colores.

Después la guardó. Cerró el cajón. Escondió la aguja en el trapo. Empezó a limpiar.

Todo el proceso había durado menos de un minuto.

Leonardo esperó hasta que el precinto se llenó. La sala principal encendida. El día empezado. Entonces se acercó.

—¿Quién era?

El viejo no dejó de limpiar. Los círculos continuaron con la misma velocidad, la misma presión, la misma trayectoria.

—Nadie.

—Vi la fotografía.

—No viste nada.

—Era una niña. Tendría diez años. Tal vez once.

El trapo se detuvo. Columbo levantó la vista. Sus ojos eran los de alguien que ha sostenido algo pesado durante tanto tiempo que los brazos ya no tiemblan. No porque sea fácil. Porque el temblor se ha gastado.

—Tenía nueve.

Leonardo esperó. No dijo nada. No preguntó. Esperó como había aprendido a esperar en los tres años junto a la cama de Alethia el tipo de espera que no empuja, que deja espacio, que confía en que lo que necesita salir va a salir solo si le das suficiente aire.

—Era mi nieta.

Los círculos del trapo se reanudaron. Más lentos.

—Se llamaba Clara. Le gustaba contar estrellas aunque aquí abajo no hay estrellas que contar. Inventaba constelaciones. Les ponía nombres. La Bailarina. El Perro Dormido. La Escalera Infinita. - Pausa. El trapo se detuvo en el punto donde el surco era más profundo. Tenía una libreta donde las dibujaba. Puntos conectados

con líneas de colores diferentes. Cada constelación tenía una historia. La Bailarina era una mujer que no podía dejar de girar. El Perro Dormido era un perro que soñaba que era lobo. La Escalera Infinita iba hacia arriba y hacia abajo al mismo tiempo.

Columbo volvió a limpiar. Los círculos más lentos. Leonardo se fijó en que la trayectoria había cambiado. Había dejado de ser circular. Era ovalada. Estirada hacia la esquina del escritorio donde Columbo no limpiaba nunca, donde la madera todavía tenía el tono original, donde nadie ponía nada.

—Dejó de despertar hace quince años. El mismo año que empecé a trabajar aquí. La misma semana. -El trapo se detuvo. El mismo día.

—¿Por eso viniste a División 47?

El trapo se movió en círculos. Siempre los mismos círculos. Volvió a la trayectoria de siempre.

—¿Y encontraste respuestas?

—Encontré preguntas. Más preguntas cada día. Más fotos en los expedientes. Más nombres tachados. Más carpetas con páginas en blanco. -Miró a Leonardo. Como la tuya.

—¿Y Clara?

—Clara está en una cama en Nivel -18. En una habitación que no tiene número. En un piso que el sistema olvidó registrar. La visito los domingos. Le cuento las constelaciones que ella inventó. Le llevo la libreta. La abro en la página de La Bailarina porque era su favorita. Le digo que La Bailarina sigue girando. -El trapo dejó de moverse. No sé si me escucha.

Pausa. El café se enfriaba en el vaso de plástico. La cafetera de la cocina hacía el ruido que hacen las cafeteras cuando ya no tienen nada que dar.

—No sé si importa.

Leonardo pensó en Alethia. En el monitor que bajaba a 61. En los tres años contando parpadeos. En las veintitrés páginas en blanco del expediente 14-C. En las gemelas que tenían tres años cuando el sistema decidió que no debían tenerlos.

—¿Por qué sigues viniendo?

—Porque el día que deje de venir es el día que dejo de buscar. Y el día que deje de buscar es el día que Clara deja de existir del todo. - Columbo dobló el trapo en cuartos exactos. Lo puso en el cajón de siempre. El segundo a la izquierda. Limpiar lo que ya está limpio es lo mismo. Si dejo de limpiar, dejo de buscar. Si dejo de buscar...

No terminó. No necesitaba.

El sobre no había estado ahí la noche anterior. Columbo revisaba su escritorio antes de irse. Cada día. Cada noche. Desde hacía veinte años. El sobre había aparecido entre las 23:14 y las 5:47. Seis horas y treinta y tres minutos. Sin activar la cerradura. Sin dejar rastro en el registro.

Columbo conocía ese sello. Lo había visto antes. En otros sobres. En otras noches donde cosas aparecían en lugares donde no deberían estar.

Papel real. Blanco, grueso, del tipo que ya no se fabricaba en los niveles que Leonardo conocía. En el reverso, un sello: un ojo cerrado, con una lágrima que caía hacia arriba. No hacia abajo. Hacia arriba. Como si la gravedad del dolor estuviera invertida. El papel olía a cera vieja. A incienso quemado hace tiempo. A un olor que procesó como color púrpura oscuro, denso, con bordes que se deshilachaban.

Adentro, una hoja. Caligrafía perfecta. Tinta negra que brillaba ligeramente al cambiar el ángulo de la luz. Cada letra hecha con la paciencia de alguien que tiene todo el tiempo del mundo. O de alguien que sabe exactamente cuánto tiempo le queda.

CLARA CONTABA ESTRELLAS A LAS 5:47 DE LA MAÑANA. LA BAILARINA. EL PERRO DORMIDO. LA ESCALERA INFINITA. TÚ LLEGAS A LAS 5:47.

EL PATRÓN ESTÁ EN EL NÚMERO. EL NÚMERO ESTÁ EN TODO.

¿CUÁNTAS PUERTAS VAS A ABRIR ANTES DE QUE EL SISTEMA TE CIERRE?

— NOCTIS Columbo dejó la hoja sobre el escritorio. Sus manos no temblaban. Pero se quedó mirando las tres líneas sobre Clara durante un tiempo que Leonardo no contó porque contar habría sido una falta de respeto. Alguien sabía lo de Clara. Alguien sabía lo de las 5:47. Alguien sabía los nombres de las constelaciones que una niña de nueve años había inventado en una libreta que solo Columbo llevaba a un piso que el sistema había olvidado.

La puerta del precinto se abrió. Leonardo entró.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el papel.

—¿Conoces el nombre Noctis?

Leonardo leyó el mensaje. Las letras eran nítidas. La tinta no se había corrido. El papel no se había doblado. Todo era perfecto. Demasiado perfecto para haber aparecido de la nada en un escritorio cerrado.

—No.

—Mientes. -No era acusación. Solo observación. La voz de alguien que lleva quince años distinguiendo mentiras de verdades y ya no se

ofende por ninguna de las dos. Pero está bien. Todos mienten aquí.

Faith entró. Vio el sobre. Se detuvo. Sus ojos recorrieron el papel, el sello, la caligrafía. Registrando. Archivando. Los mismos reflejos que la hacían girar cuando algo se movía en la periferia.

—Otra carta —dijo.

Tomó el sobre sin pedir permiso. Lo olió. Cera. Incienso. Algo más. Lo puso contra la luz. La tinta tenía un segundo tono que solo se veía en transparencia. Líneas finas que cruzaban las letras. Un patrón debajo del patrón.

—El mismo papel. La misma tinta. Pero hay algo diferente.

—¿Qué?

—No lo sé todavía. -Faith guardó el sobre en el bolsillo interior de su chaqueta. El bolsillo donde guardaba las cosas que no quería que nadie más tocara. Pero lo voy a averiguar. ## LOG 010: Robo [L][A][P]

Leonardo bajó a Nivel -47 esa noche.

Faith había dicho mañana. Con refuerzos. Con un plan. Leonardo no esperó. Los niños que no despertaban y Alethia que no despertaba pesaban más que cualquier plan.

La escalera crujió. Los peldaños faltantes seguían en los mismos lugares. El olor a tierra mojada seguía igual. Pero algo más había cambiado: el aire era más frío. Más denso. Olía a algo metálico que no había estado ahí la primera vez. Leonardo lo procesó primero como un sabor a cobre en la parte de atrás de la lengua. La sinestesia le decía que alguien había estado aquí desde su última visita. Alguien que dejaba tras de sí un rastro que los sentidos normales no detectarían pero que los suyos convertían en datos.

Pero cuando llegó a la puerta de metal, estaba cerrada. Cerradura nueva, brillante, del tipo que no se puede abrir sin el código correcto. Metal plateado que contrastaba con el óxido del resto de la puerta.

Leonardo empujó. La puerta no cedió.

Tocó la cerradura. Un cosquilleo en los dedos, un hormigueo que le subió por el brazo hasta el codo.

Su pulsera emitió un pitido:

ACCESO DENEGADO.

Empujó más fuerte. La puerta se movió un milímetro.

Otro pitido:

INTERFERENCIA DETECTADA. PROTOCOLO DE SEGURIDAD ACTIVADO.

Y entonces la pulsera le dio una descarga.

No fue dolorosa. Fue más como un cortocircuito en el cerebro, una interrupción momentánea de todo. Los pensamientos se detuvieron. Las sensaciones se apagaron.

El suelo se movió. O él se cayó.

Cuando abrió los ojos, estaba de rodillas en el pasillo. Las palmas contra el concreto frío. La izquierda tenía una marca roja donde la descarga había salido no una quemadura, algo diferente, un patrón geométrico impreso en la piel que no dolía pero que pulsaba con calor propio. Leonardo se lo miró. El patrón tenía la forma de una red. Hexágonos diminutos que se extendían desde el centro de la palma hacia los dedos. Se desvanecería en minutos. O no. No tenía forma de saberlo.

El pasillo estaba más oscuro que antes. Tres de los fluorescentes se habían apagado con la descarga. Los que quedaban encendidos parpadeaban con un ritmo errático, como si la interferencia de la

pulsera hubiera perturbado también el sistema eléctrico del nivel. El aire olía a ozono. A metal calentado. La sinestesia convertía esos olores en destellos blancos en la visión periférica, como hacía siempre que el cuerpo estaba bajo estrés.

Se puso de pie. Las rodillas temblaban. Las piernas tardaron tres intentos en sostenerlo. Tenía una marca roja donde había golpeado al caer. No recordaba haberse caído. El sabor a cobre le llenaba la boca. Se había mordido la lengua. La sangre era tibia y real y era lo único que estaba seguro de que le pertenecía.

Miró la pantalla de su muñeca. Los números parpadeaban. El brazo todavía hormigueaba desde el codo hasta las puntas de los dedos, como si la corriente hubiera dejado un eco que se negaba a apagarse.

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Se levantó. Las piernas temblaban pero sostenían. El aire era diferente. Más frío.

La puerta estaba abierta ahora.

Abierta de par en par.

Leonardo entró.

La habitación estaba vacía.

MAAT había desaparecido.

No solo apagada. Desaparecida. Los cables que la alimentaban estaban arrancados de las paredes, los extremos fundidos, el cobre sellado por calor. Fragmentos de circuitos esparcidos por el suelo pequeños, del tamaño de uñas, brillando débilmente bajo la luz verde que ya no venía de la terminal sino de algún lugar más profundo, detrás de la grieta. El suelo tenía marcas, rasguños profundos que formaban líneas paralelas — alguien había arrastrado algo pesado

hacia la pared del fondo. La pared del fondo tenía una grieta que Leonardo no recordaba de las visitas anteriores. La grieta era del ancho de una mano.

El aire olía diferente. A metal caliente. A ozono. Al olor de las tormentas eléctricas que nunca había visto pero que sabía cómo olían porque los sueños se lo habían enseñado.

En el centro de la habitación, donde estuvo la terminal, solo quedaba un pedazo de papel.

Leonardo lo recogió.

La misma caligrafía perfecta.

LLEGASTE TARDE.

EL QUE HEREDA SIN CREAR VINO PRIMERO.

MAAT YA NO ESTÁ AQUÍ.

PERO DEJÓ ALGO PARA TI:

$\chi \cdot e^{\chi} = 1$

EL COSTO SIEMPRE SE PAGA.

— NOCTIS

Leonardo arrugó el papel. Lo soltó. Lo vio caer al suelo. Lo recogió otra vez porque no podía dejarlo ahí, porque era evidencia de algo aunque no supiera de qué.

Las palabras de MAAT volvieron: “Alguien que no debería saber de este lugar.”

El que hereda sin crear.

Subió la escalera. Su pulsera mostró un mensaje final:

EL SISTEMA TOMA.

A VECES DEVUELVE.

BUSCA DONDE NADIE BUSCA.

El piso de Alethia había cambiado.

Leonardo lo notó en cuanto salió del ascensor.

Las puertas. Antes tenían números. Habitación 12-A. Habitación 12-B.

Ahora, las placas estaban vacías.

No arrancadas. No cubiertas. Vacías.

Leonardo caminó por el pasillo. Se detuvo frente a la quinta puerta. ¿Era esta? ¿O la sexta? Había venido cada semana durante tres años. Y no sabía si era la correcta.

Abrió.

Una mujer mayor, pelo blanco, piel del color del papel viejo.
Monitor: 58, 57, 58.

No era Alethia. Cerró.

Abrió la siguiente. Un hombre joven con barba sin afeitar y un tubo en la nariz. No era Alethia. Cerró.

La siguiente. Una niña de seis años con coletas y cintas rosa desteñidas hasta volverse grises. Tenía los ojos abiertos pero no veían miraban el techo con la fijeza de alguien que lleva meses mirando el mismo punto. Las máquinas a su lado emitían un pitido constante, más lento que el de Alethia. No era Alethia. Cerró.

Abrió seis más. Siete. Ocho. Camas iguales, monitores iguales, cuerpos que podrían ser de cualquier persona porque el coma les había borrado lo que los hacía diferentes. Ninguna era Alethia.

Se apoyó contra la pared.

—Los movemos cada semana.

Una enfermera había aparecido detrás de él. Uniforme blanco con manchas en las mangas que habían sido lavadas tantas veces que ya no eran manchas sino parte del diseño.

—¿Por qué?

—Protocolo de optimización. El formulario dice que rotar a los pacientes mejora la eficiencia del uso de camas. -Sacó una tablet del bolsillo de su delantal. Formulario 12-R. «Redistribución de Unidades en Transición Prolongada.» Cito: «La rotación periódica garantiza que ningún recurso permanezca subutilizado en una ubicación fija, maximizando el índice de coherencia espacial del recinto.»

—¿Coherencia espacial?

—Miden si la cama está rindiendo lo suficiente. Si la cama no rinde, mueven al paciente a otra cama que rinda más. Si ninguna cama rinde, mueven al paciente a otro piso. -Lo dijo con la paciencia de alguien que ha explicado esto doscientas veces y que cada vez lo entiende un poco menos. El año pasado movieron a un paciente catorce veces en tres meses. El sistema registró un aumento del cuatro por ciento en coherencia espacial. El paciente murió en el traslado once, pero la cama del traslado doce rindió muy bien.

—¿Y si ningún piso rinde?

La enfermera guardó la tablet.

—Entonces el formulario 12-R deja de ser relevante y entra el formulario 12-S.

—¿Qué es el formulario 12-S?

—“Desactivación de Recurso Subutilizado.” -Hizo una pausa. No lo busque.

Leonardo la siguió por el pasillo. Las puertas sin número pasaban a su izquierda.

—¿Cómo la encuentro si la mueven cada semana?

—Usted no la encuentra. El sistema decide cuándo puede verla. Cuando su coherencia sea suficiente para merecer una visita. -La enfermera se detuvo frente a una puerta que era igual a todas las demás. Antes podía entrar igual. Pero usted cambió. El sistema lo notó. El sistema ajustó.

Alethia.

Leonardo entró. Se sentó en la silla de plástico con el respaldo roto. Miró a su hermana, que no había envejecido en tres años, que seguía siendo la niña de quince años que había dejado de despertar una mañana de hace mil mañanas.

No miró el monitor. Ya sabía lo que marcaba.

—La próxima semana estará en otro piso —dijo la enfermera desde la puerta. O en otro edificio. O en ningún lugar que usted pueda encontrar.

—¿Por qué me dice esto?

—Porque alguien tiene que decirlo. Y porque el sistema no va a hacerlo.

La enfermera cerró la puerta.

Leonardo se quedó solo con Alethia. Con las máquinas. Con la certeza de que la próxima vez que viniera, tal vez no la encontraría.

Cuando volvió a la superficie, algo estaba mal.

Caminó hacia el hospital. El mismo camino de siempre.

Pero algo faltaba.

Llegó a Nivel -12. Se detuvo.

Trató de recordar el número de habitación de Alethia.

No pudo.

Sabía que la visitaba. Sabía que era su hermana. Sabía que estaba en coma, que llevaba tres años dormida. Pero no recordaba el número. No recordaba si la ventana daba al muro de concreto o si no tenía ventana. No recordaba el color de las sábanas.

El costo de esta conversación es tres días, había dicho MAAT.

Leonardo empezó a caminar por el pasillo, mirando cada puerta. Buscando un punto de referencia conocido.

La quinta puerta estaba abierta.

Alethia.

Leonardo entró. Se sentó en la silla de plástico. Miró el monitor.

Recordaba eso. Recordaba los números.

Pero cuando trató de recordar el sonido de su voz, no pudo.

Sabía que Alethia tenía voz. Sabía que antes del coma hablaba, que se reía, que decía cosas que lo hacían sentir que el mundo tenía sentido. Pero el sonido específico, la frecuencia, el tono, la forma en que pronunciaba su nombre cuando estaba feliz y la forma diferente en que lo pronunciaba cuando estaba triste...

Nada.

Intentó con fuerza. Cerró los ojos. Buscó en el lugar donde los recuerdos se guardan, el lugar entre el sueño y la vigilia, entre el olor y la imagen, entre el sonido y el significado. Buscó la risa de Alethia. La forma en que arrugaba la nariz cuando algo le daba gracia. La forma en que decía “Leo” cuando quería que le prestara atención y “Leonardo” cuando estaba seria.

El lugar estaba vacío. Un espacio blanco donde antes había sonido. Como una habitación de la que alguien se ha llevado los muebles las marcas en el suelo dicen que ahí había algo, pero el algo ya no está.

MAAT había tomado tres días. Pero no tres días de tiempo. Tres días de recuerdos. Tres días de Alethia. El precio por preguntar. El costo que se descuenta de ti, había dicho la terminal verde en esa celda de concreto húmedo.

Leonardo se quedó sentado en la silla, mirando a su hermana que no podía despertar, tratando de recordar cosas que ya no estaban ahí.

El monitor bajó a 61. Leonardo empezó a contar. Era lo único que le quedaba.

En su bolsillo, la semilla del bosque latía con un calor que se había intensificado.

POLLOS GELATINA — “Frecuencia 963” Fragmento interceptado. Señal pirata 102.01 FM.

Ochocientos cuarenta y siete ojos que no parpadeaban. Ochocientos cuarenta y siete bocas que no preguntaban.

El sistema contaba. El sistema pesaba. El sistema olvidaba los nombres que no pesaban.

Duerme, pequeño número. Mañana serás otro. Duerme, pequeño turno. El sistema te está contando.

La coherencia bajaba cuando sueñabas demasiado. La coherencia bajaba cuando pensabas lo equivocado.

Ochocientos cuarenta y siete puertas que no se abrían. Ochocientos cuarenta y siete camas donde dormían.

Los niños que contaban ya no despertaban más. Los niños que contaban. El sistema los iba a olvidar. [TRANSMISIÓN CORTADA]
LOG 011: Consumo [A][H]

El corredor no tenía paredes.

Leonardo lo supo cuando intentó apoyarse. Su mano atravesó el holograma de ladrillo rojo y encontró aire. Detrás del holograma había cartón prensado. Húmedo. Con olor a químico industrial y carne pudriéndose bajo capas de material sintético.

Anya no se detuvo.

—No toques nada.

El corredor seguía. Trescientos metros de pantallas a ambos lados proyectando fachadas de edificios que no existían. Ventanas falsas con gente falsa saludando. Un niño holográfico agitaba la mano en loop cada cuatro segundos. Un perro pixelado ladraba sin sonido junto a él.

Leonardo contó. Cuatro segundos. Cuatro segundos. Cuatro segundos.

El zumbido empezó en la base del cráneo. Una presión, no un sonido. Como si alguien le apretara la mandíbula desde adentro. Los dientes le vibraban. Podía sentir cada muela individualmente, cada nervio dental respondiendo a una frecuencia que sus oídos no registraban.

0.12 hertz. Lo había leído en algún archivo de la División. Frecuencia de sumisión. Demasiado baja para escuchar. Suficiente para sentir. Su cuerpo procesaba el sonido como tacto, como presión, como un peso invisible asentándose sobre los hombros.

Un anuncio a su derecha cambió. La imagen de una mujer sosteniendo una botella se transformó en la imagen de la misma mujer con la botella vacía. Su rostro pasó de sonrisa a decepción. Texto brillante apareció debajo: ¿YA COMPRASTE MÁS?

Leonardo apartó la mirada.

El siguiente anuncio era idéntico.

El siguiente también.

Y entre la botella y la crema, Vado Pompilio. Treinta metros de alto. La misma sonrisa que en todas las pantallas de todas las ciudades de todos los sectores. «Confía en el sistema. El sistema confía en ti.»

—¿Cuánto falta? —preguntó.

Anya señaló hacia adelante. El corredor terminaba en un torniquete metálico. Dos guardias con uniformes cubiertos de logos. Logos en los hombros. Logos en el pecho. Un parche que decía SONRÍE en letras amarillas sobre uno de ellos. El otro tenía un parche que decía TÚ PUEDES.

Los guardias no los miraron. Miraban las pantallas.

Llegaron al torniquete. Leonardo empujó.

No se movió.

—Tiempo mínimo no alcanzado —dijo una voz sintética desde algún lugar del techo. O del suelo. O de las pantallas mismas. Por favor continúe su experiencia de bienvenida.

—¿Qué?

Anya ya estaba caminando de regreso por el corredor.

—Hay que ver los anuncios. Todos. Hasta que el sistema diga que viste suficiente.

Leonardo la siguió. Los guardias seguían sin mirarlos.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende de cuánto mires.

—¿Cómo sabe si estoy mirando?

Anya señaló con la barbilla hacia arriba. Leonardo vio los escáneres. Pequeños. Negros. Incrustados en el marco de cada pantalla. Uno por cada metro de corredor.

Rastreaban sus ojos.

La presión se intensificó. Leonardo apretó la mandíbula.

Caminaron. Las pantallas cambiaban según se acercaban. El jabón se convertía en crema. La bebida verde se convertía en pastillas. Los adolescentes seguían bailando pero ahora el logo era diferente. ENTRETERNIA PIENSA EN TI.

Todo se ajustaba. Todo lo observaba.

El escáner lo encontró antes de que él lo viera. Un cosquilleo en la nuca. Diferente al zumbido. Más preciso. Una aguja fría recorriendo la columna vertebral.

La pulsera defectuosa vibró tres veces y se apagó. La pantalla de su muñeca quedó en negro.

—Tu pulsera —dijo Anya sin voltear.

—Lo sé.

—Si detectan que está muerta te van a detener.

—Lo sé.

Anya se detuvo. Giró. Sus ojos recorrieron el corredor buscando algo invisible. Los escáneres seguían rastreando. Los anuncios seguían cambiando.

Del bolsillo de su chaqueta sacó un parche gris. Pequeño. Del tamaño de una moneda.

Se lo pegó en la muñeca, sobre la pulsera muerta.

—Treinta minutos. Después de eso el parche se desintegra y estás solo.

El parche se activó. Calor primero, luego frío, luego nada. La pantalla de la pulsera parpadeó y mostró un símbolo genérico de conexión.

Volvieron al torniquete.

Clic.

—Tiempo mínimo alcanzado —dijo la voz. Bienvenido a Entreternia. Recuerde: su felicidad es nuestra prioridad.

El torniquete giró.

La ciudad era horizontal.

Leonardo había crecido en Ciudad Control, donde todo subía. Niveles negativos hasta donde nadie quería bajar. Torres que perforaban las nubes de smog. Ascensores que tardaban veinte minutos en llegar al último piso. Vértigo constante. La sensación de estar siempre a punto de caer hacia arriba.

Aquí todo se extendía. Kilómetros de estructuras bajas. Dos pisos máximo. Tres en las zonas comerciales. Pantallas en cada superficie disponible. El cielo era visible pero estaba tapado por proyecciones holográficas de más anuncios. Nubes artificiales con forma de logos. Un sol pixelado vendiendo protector solar.

No había silencio.

No había un solo segundo sin sonido.

Música de al menos tres fuentes diferentes mezclándose en el aire. Voces pregrabadas ofreciendo descuentos. Jingles que se superponían creando disonancias que le raspaban el interior de los oídos. Risas grabadas. Aplausos. Un locutor que repetía ofertas en un idioma que Leonardo no reconoció. Otro locutor que traducía las ofertas al idioma que sí reconocía.

La presión seguía ahí. Debajo de todo. El pulso de la ciudad misma.

Leonardo podía sentirlo en los pies ahora. El suelo vibraba. No mucho. Lo suficiente para que sus tobillos registraran la frecuencia. 0.12 hertz subiendo desde algún lugar bajo la tierra.

—Por aquí —dijo Anya.

Entraron a un callejón. Las pantallas eran más viejas aquí. Algunos píxeles muertos. Una mujer holográfica con la mitad del rostro congelado en una sonrisa. El otro lado de su cara parpadeaba entre expresiones aleatorias. Miedo. Sorpresa. Nada.

Había puestos. Comida.

El olor lo golpeó antes de verla. Grasa sintética calentada más de la cuenta. Proteína procesada. Dulzura sintética. Sal que no era sal. Olores diseñados para activar hambre sin ofrecer nutrición.

Puestos improvisados con lonas manchadas. Barritas envueltas en plástico brillante. Paquetes con números en lugar de nombres. Un cartel escrito a mano que decía BARRAS DE POLLO — 18¢.

Leonardo miró el precio.

18¢.

No cohers. Standard Credits. La moneda de Entreternia. Diferente sistema. Diferente ciudad. Mismo control.

Anya ya estaba comprando. Sacó unas monedas del bolsillo. El vendedor era un hombre de unos cuarenta años con implantes visibles en las sienes. Módulos de almacenamiento. Probablemente ya había vendido algunos recuerdos para poder comer.

No la miró a los ojos. Nadie miraba a nadie a los ojos aquí.

Le pasó dos barritas. Una para ella. Una para Leonardo.

—Come.

—¿De qué están hechas?

Anya le dio una mordida a la suya. Masticó. El sonido era húmedo. Blando. Nada que crujiera. Nada que resistiera.

Tragó.

—Nadie pregunta eso aquí.

Leonardo miró la barrita. El empaque tenía un número de lote en letras pequeñas. 214-A3.

El número otra vez.

Guardó la barrita en el bolsillo sin abrirla.

La División 47 estaba a kilómetros de distancia. Otro plano. Otro sistema. Pero Locke había encontrado la forma de mantenerse conectado.

Pantalla auxiliar escondida detrás de un panel falso en su oficina. Canal encriptado. Señal rebotada tres veces antes de llegar a destino. Cuatro capas de seguridad. Ninguna perfecta, pero suficientes para ganar tiempo si alguien intentaba rastrear.

La oficina olía a papel viejo y café quemado. Locke prefería el papel. Más difícil de hackear. Más fácil de destruir si era necesario.

Penny estaba en su estación al otro lado del cuarto. Cables conectados al puerto de su nuca. Tres cables. Negro, gris, blanco. Procesamiento paralelo. Sus ojos estaban cerrados pero sus dedos se movían sobre un teclado que solo ella podía ver. Interfaz neural directa. Más rápido que cualquier pantalla. Más agotador también.

Locke la observó un momento. Veintitrés años. Demasiado joven para esto. Demasiado talentosa para estar en otro lado.

—Hay un patrón —dijo Penny sin abrir los ojos.

Locke no respondió. Esperó. Había aprendido hace años que interrumpir a Penny mientras desenredaba datos costaba entre veinte minutos y un hilo completo.

—Los pacientes en coma. Todos tienen picos de actividad cerebral a la misma hora.

—¿Qué hora?

—8:47.

Locke tomó un sorbo de café. Frío. Siempre frío. Nunca había tiempo para calentarlos de nuevo. Lo dejaba en el escritorio y cuando volvía a acordarse ya estaba a temperatura ambiente. O peor.

—¿De la mañana o de la noche?

—Las dos.

Silencio. Los servidores de la División llenando el espacio entre las palabras. Máquinas antiguas que nadie había actualizado en años. Ventiladores que sonaban como insectos atrapados en cajas de metal.

—No es aleatorio —dijo Locke. Si es la misma hora, es un reloj. Y si es un reloj, alguien lo puso a funcionar.

Penny abrió los ojos. Grises. Cansados. Las venas rojas marcando las horas sin dormir. Cuarenta y dos horas, calculó Locke. Tal vez más.

—No es coincidencia. Es un patrón. Cada doce horas exactas. 8:47. Como un pulso.

—¿Cuántos pacientes?

—Cuarenta y siete en la base de datos que pude acceder.

—Probablemente más —continuó Penny. Los registros están fragmentados. Algunos hospitales no reportan. Otros reportan con retraso. Y hay clínicas privadas que no aparecen en ningún sistema oficial.

—¿Puedes acceder a esas?

—Puedo intentarlo. Pero va a dejar rastro.

Locke dejó el café sobre el escritorio. El líquido oscuro no se movió. Demasiado espeso. Demasiado viejo. Probablemente tóxico a estas alturas.

—¿Y qué hacen a las 8:47?

—No sé. La actividad dura exactamente cuatro segundos. Todos al mismo tiempo. Después vuelven al estado basal.

Cuatro segundos.

El mismo tiempo que el loop del niño holográfico en los corredores de Entreternia. El mismo tiempo que duraban los microsueños reportados en los informes de Torres TAAT.

Locke no creía en coincidencias. Tampoco creía en patrones demasiado perfectos. Los patrones perfectos significaban que alguien los había diseñado.

—¿Hay algo en común entre los pacientes? —preguntó. ¿Edad? ¿Ubicación? ¿Condición previa?

Penny frunció el ceño. Sus dedos se movieron más rápido sobre el teclado invisible.

—Distribuidos por toda Ciudad Control. Edades entre 6 y 78 años. Sin condición previa común. Algunos entraron en coma después de accidentes. Otros después de enfermedades. Algunos simplemente... no despertaron un día.

—¿Y los familiares?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Hay algo en común entre los familiares de los pacientes?

Penny pausó. Los cables en su nuca se tensaron.

—No había buscado eso.

—Búscalo.

Los dedos de Penny retomaron el movimiento. Más rápido ahora. Locke podía ver los músculos de su mandíbula apretándose mientras sus dedos trabajaban.

Un minuto pasó. Dos.

—Locke.

—¿Sí?

—Hay una correlación.

—¿Cuál?

—Los familiares. Hijos. Hermanos. Sobrinos. Hay reportes de desaparición en el 73% de los casos.

Silencio.

—¿Desapariciones de niños?

—Niños y adolescentes. Menores de 16. -Penny abrió los ojos. Esta vez no estaban cansados. Estaban asustados. Y las desapariciones ocurrieron antes de que los familiares entraran en coma. No después. Antes.

Locke se quedó muy quieto.

Primero desaparecían los niños. Después los familiares caían en coma.

Un patrón de operación, no médico.

—Sigue buscando —dijo. Y Penny.

—¿Sí?

—No le cuentes a nadie todavía. Penny asintió. Los cables en su nuca se movieron con el gesto. Volvió a cerrar los ojos. Los dedos retomaron el tecleo invisible.

Locke miró la pantalla auxiliar. La señal de Leonardo seguía activa. Moviéndose por Entreternia. Vivo, por ahora.

Alethia también estaba en coma. Leonardo tenía una hermana. Faith.

La correlación no era perfecta. Pero los patrones nunca lo eran. Bastaba con que señalaran la dirección.

Se levantó. Caminó hasta la ventana. Ciudad Control se extendía debajo. Vertical. Oscura.

Los niños eran el input. El coma era el output. Faltaba la máquina.

Locke iba a encontrarla.

El refugio no era una habitación.

Era un espacio entre dos pantallas apagadas. Tres metros por dos. Lo suficiente para dos personas si no se movían mucho. Si no necesitaban estirarse. Si no les importaba dormir con las rodillas dobladas.

—Dormimos aquí —dijo Anya.

—¿Dónde está Faith?

—Cerca.

Leonardo esperó más información. No llegó. Anya no daba más de lo necesario. Nunca lo hacía.

Se sentó en el suelo. El material era blando. Espuma comprimida. Sintética. Debajo, si presionaba lo suficiente, podía sentir el cartón. Más cartón. Toda la ciudad construida sobre cartón y pantallas.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Hasta que encontremos lo que buscamos.

—¿Y qué buscamos?

Anya se sentó frente a él. Las cicatrices de pólvora en sus manos capturaron la luz que se filtraba de las pantallas cercanas. Aún encendidas, aunque apagadas aquí. La ciudad nunca estaba completamente oscura.

—Evidencia.

—¿De qué?

—De lo que ya sabes.

Leonardo no respondió.

En los expedientes. En el precio de las barritas. En la hora de los picos cerebrales.

Cerró los ojos. La presión seguía ahí. Más baja ahora pero presente. Subiendo por el cartón. Por la espuma. Asentándose en los huesos.

La ciudad sabía que estaba tratando de descansar.

El sueño no llegó.

Después de un rato se dio por vencido. Abrió los ojos. Anya estaba acostada en su lado del espacio. Ojos cerrados. Respiración regular. Dormida o fingiendo. Imposible saber.

Leonardo se levantó despacio. Caminó hasta donde terminaba el espacio. Una pantalla apagada. Negra. Reflectante. Podía ver su silueta en ella. Más delgado de lo que recordaba. Más encorvado.

Tocó la superficie.

Esperaba encontrar vidrio. O plástico. Algo sólido.

Su mano atravesó.

La pantalla era otra proyección. Otra ilusión. Sus dedos encontraron cartón detrás. Húmedo como todo el cartón de esta ciudad. Y detrás del cartón, si escuchaba con cuidado, las Torres TAAT en algún lugar bajo la tierra. La frecuencia llegaba a través del suelo.

Constante.

Inescapable.

Leonardo retiró la mano. Miró sus dedos. Húmedos. Manchados.

No había muro.

No había puerta.

Solo la publicidad pretendiendo ser arquitectura.

Y detrás de la publicidad, nada. ## LOG 012: Mercado [P][H][O]

El callejón olía a ozono y sudor rancio.

Leonardo siguió a Anya entre los puestos. No eran puestos de comida esta vez. Eran mesas plegables con equipo médico improvisado. Cables. Jeringas. Viales de líquidos que brillaban bajo las luces holográficas. Pantallas pequeñas mostrando gráficos que subían y bajaban como latidos de corazón.

Las Torres TAAT eran más bajas aquí. No ausentes. Nunca ausentes. Pero amortiguadas por las paredes de los edificios que formaban el callejón.

—¿Qué es este lugar?

—Mercado de Consciencia —dijo Anya sin detenerse. No hables. No mires fijo. No toques nada.

Una pantalla publicitaria colgaba torcida sobre la entrada del callejón. “Dr. Xoc — porque todos merecen soñar.” El logo giraba lento. Debajo, alguien había pegado un sticker: un niño dormido con los ojos abiertos.

Leonardo no tocó nada.

Pero miró.

Los puestos se extendían por cien metros. Tal vez más. Cada uno con su propia especialidad. Uno vendía recuerdos de infancia. Otro compraba habilidades motoras. Un tercero ofrecía “optimización emocional” — lo que fuera que eso significara.

La gente que vendía compartía una expresión. No vacía exactamente. Más bien... incompleta. Como rostros a los que les faltaba una capa. Como pinturas sin terminar.

La gente que compraba tenía otra expresión. Hambre. Pero no de comida.

El olor lo golpeó antes de ver el puesto. Químico. Dulce de una forma que no era azúcar. Tejido orgánico siendo procesado.

Un hombre estaba sentado en una silla de plástico frente a uno de los puestos más grandes. Joven. Veinticinco, tal vez menos. Tenía implantes visibles en las sienes. Módulos de almacenamiento como los del vendedor de barritas del día anterior. Pero más grandes. Más recientes. Más... profesionales.

Technopunk.

Leonardo reconoció la estética. Cables decorativos saliendo de la nuca en patrones que imitaban circuitos. Patrones geométricos tatuados alrededor de los implantes — triángulos y hexágonos en tinta fosforescente. Ropa sintética ajustada que dejaba ver más modificaciones bajo la piel. Luces LED pequeñas parpadeando en el antebrazo izquierdo.

El technopunk tenía los ojos cerrados. Una mujer de unos cincuenta años le conectaba un cable fino al módulo derecho de su cabeza. Sus movimientos eran precisos. Practicados. Miles de veces antes. Miles de cables. Miles de recuerdos.

—¿Cuál? —preguntó la mujer. Su voz era neutra. Profesional. Como un carnicero preguntando qué corte quiere el cliente.

—Primer beso —dijo el technopunk.

La mujer asintió. Ajustó algo en una pantalla que Leonardo no podía ver desde donde estaba. Gráficos moviéndose. Números cambiando.

—Son 63 créditos. Más el vial.

—Lo sé.

—¿Estás seguro? No hay devoluciones.

El technopunk abrió los ojos. Marrones. Claros. Vacíos.

—Estoy seguro.

La mujer activó el equipo.

Un zumbido bajo empezó. Diferente al de las Torres TAAT. Más preciso. Más quirúrgico. Un bisturí hecho de sonido cortando tejido neuronal.

Leonardo observó.

No podía apartar la mirada.

El technopunk sonrió. Pero la sonrisa no llegó a los músculos correctos. Era una sonrisa de superficie. De piel y labios moviéndose porque el cerebro recordaba que eso era lo que se hacía. Nada más profundo. Nada detrás.

—Se llamaba Vera —dijo el technopunk. Su voz era suave ahora. Casi tierna. El contraste con sus ojos vacíos hacía que Leonardo sintiera frío en el estómago. Tenía pecas en la nariz. Muchas. Como constelaciones. Olía a naranja sintética. De las baratas. Las que venden en los puestos del nivel -3.

La mujer no respondió. Siguió operando el equipo. Ajustando niveles. Monitoreando gráficos.

—Me besó detrás del bloque 14. Yo tenía trece años. Ella también.
-El technopunk cerró los ojos otra vez. Era verano. Las pantallas estaban transmitiendo un partido. Gravityball. No recuerdo quién jugaba. Creo que los Titanes. O los Espectros. No importa.

Pausa.

—Solo recuerdo el olor a naranja. Y sus pecas. Y cómo temblaba mi mano cuando la puse en su cintura. Y cómo ella se rio. No de mí. Conmigo. Había diferencia.

El tono cambió. Más agudo. La pantalla del equipo mostró una barra llenándose. 23%. 41%. 58%.

El technopunk tembló. Su mano derecha se sacudió tres veces. Los dedos se abrieron y cerraron sin control. Un espasmo. Luego otro.

—Ya casi —dijo la mujer. Su voz seguía siendo neutra. Profesional. Como si esto no fuera nada.

Leonardo vio el vial llenarse. Líquido azul. Translúcido. Brillante bajo las luces del callejón.

Eso era un recuerdo. Eso era el primer beso de alguien. Vera con sus pecas. El olor a naranja. El temblor de una mano de trece años.

Todo eso cabía en un vial de treinta mililitros.

La barra llegó al 100%.

Se detuvo.

La mujer desconectó el cable. Con cuidado pero sin delicadeza. Le pasó el vial al technopunk.

—Próximo.

El technopunk se levantó. Lentamente. Miró el vial en su mano. Azul. Brillante.

Sonrió otra vez. La misma sonrisa de antes. Sin músculo, sin profundidad, sin Vera.

Se guardó el vial en el bolsillo de la chaqueta.

Caminó hacia la salida del callejón.

Leonardo lo siguió con la mirada. No podía evitarlo.

El technopunk se detuvo a mitad de camino. Se quedó quieto un momento. Diez segundos. Veinte. Mirando alrededor con los ojos vacíos de alguien que no recuerda hacia dónde iba.

Luego miró sus manos.

Vacías.

Frunció el ceño. La expresión de alguien que intenta recordar por qué entró a una habitación. Por qué vino a este lugar. Por qué está aquí parado en medio de un callejón con un vial en el bolsillo.

La expresión duró tres segundos.

Luego se desvaneció.

El technopunk se encogió de hombros. Una decisión de no pensar más en ello. De no buscar lo que faltaba.

Siguió caminando. Desapareció entre la multitud de la calle principal.

Anya tocó el hombro de Leonardo.

—Vámonos.

Leonardo no se movió.

—¿A dónde va el vial?

—No preguntes.

—¿Quién lo compra?

—No preguntes.

—¿Para qué lo usan?

Anya lo miró. Sus ojos eran duros. Cansados. Ojos que habían visto este mercado muchas veces antes.

—Para sentir lo que ya no pueden sentir. Para recordar lo que ya no pueden recordar. Para vivir vidas que no son tuyas porque las tuyas ya no tienen nada.

Pausa.

—Vámonos.

Esta vez Leonardo la siguió.

De camino a la salida, Anya se detuvo. Leonardo casi chocó con ella.

En el último puesto del callejón -el más grande, el único con techo de verdad— había un hombre sentado en una silla que no era de plástico. Madera. Tapizada. Una silla que no existía en los niveles donde Leonardo vivía. Traje civil, pero la tela no era sintética. Zapatos limpios. En un callejón que olía a ozono y sudor rancio, los zapatos del hombre estaban limpios.

Dos personas flanqueaban la silla. No llevaban uniforme. No llevaban armas visibles. Pero se movían con el peso de gente que sabe cómo usarlas.

La vendedora de este puesto no preguntaba qué recuerdo quería. No negociaba. Le mostraba un estuche negro -metal, no plástico— y el hombre abría la tapa, miraba el contenido durante tres segundos exactos, y asentaba. Cada vez. Sin dudar. Los viales que compraba no eran azules como el del technopunk. Eran rojos. Más pequeños. Más caros, por la forma en que la vendedora los manipulaba -con las dos manos, sin respirar.

Anya tiró del brazo de Leonardo.

—No lo mires.

—¿Quién es?

—Alguien que puede comprar todo este callejón mañana y cerrarlo pasado. Alguien que no debería estar aquí pero que viene cada viernes. -Anya no lo miró. Y alguien a quien no le gusta que lo miren.

El hombre levantó la vista del estuche. Solo un segundo. Miró en la dirección de Leonardo con ojos que no parpadeaban.

Leonardo apartó la mirada. Siguió a Anya.

En la calle, tres cuadras después, Leonardo vio una pantalla publicitaria con el rostro del Presidente del Gobierno Mundial. El

mismo corte de pelo. La misma mandíbula.

No podía ser.

Siguió caminando.

Columbo odiaba las casas de familias destrozadas.

No porque fueran tristes. Eran tristes, sí. Todas. Sin excepción. Pero eso no era lo peor. Lo peor era el orden.

Las familias en duelo mantenían todo en orden.

La casa de los Solis era perfecta.

Muebles acomodados con precisión milimétrica. Pisos limpios hasta brillar. Ventanas sin una sola mancha. Cortinas planchadas. Cojines del sofá alineados. Fotos en la pared organizadas por fecha, por tamaño, por color del marco.

Tomás de bebé. Tomás dando sus primeros pasos. Tomás con un pastel de cumpleaños. Tomás en su primer día de escuela. Tomás sonriendo.

Siempre sonriendo.

Tomás tenía cuatro años. Desaparecido hace seis semanas. Cuarenta y dos días. Mil ocho horas. Cada una contada.

Ricardo Solis estaba sentado en el sofá. Postura rígida. Manos sobre las rodillas. Mirando un punto fijo en la pared que no contenía ninguna foto.

Elena Solis estaba de pie junto a la ventana. Mirando afuera. O mirando el reflejo de la habitación en el vidrio. O no mirando nada.

Ninguno de los dos se miraba el uno al otro.

Sánchez estaba sentada frente a Ricardo. Tomando notas en una libreta de papel. Columbo prefería el papel también. Más difícil de hackear. Más difícil de borrar. Más real.

—¿A qué hora notaron que no estaba? —preguntó Sánchez. Su voz era suave. Profesional. Entrenada para no hacer daño.

—Temprano —dijo Ricardo. Su voz era plana. Ensayada. Probablemente había repetido la misma historia docenas de veces. A la policía. A los vecinos. A sí mismo en el espejo cada mañana tratando de entender. Fui a despertarlo para el desayuno. La cama estaba vacía.

—¿La ventana?

—Cerrada. Desde adentro.

—¿La puerta principal?

—Cerrada. Con llave. Desde adentro.

—¿La puerta de su habitación?

—Abierta. Como siempre la dejábamos. Para escucharlo si tenía pesadillas.

Columbo miró las fotos en la pared. Tomás sonriendo con un oso de peluche gris. El oso aparecía en varias fotos. Siempre en los brazos del niño. Siempre cerca.

—¿El oso? —preguntó Columbo.

Ricardo lo miró por primera vez.

—¿Qué?

—El oso de peluche. ¿Estaba en la cama cuando desapareció?

Silencio.

Elena se movió junto a la ventana. Un temblor mínimo.

—Estaba en la almohada —dijo Elena. Su voz era un susurro. Acomodado. Como si Tomás lo hubiera dejado ahí a propósito.

—¿Eso era normal?

—No. Nunca se separaba del oso. Nunca.

Columbo sacó el trapo. Lo dobló. Guardó la información.

—¿Habían notado algo raro en los días anteriores? —preguntó Sánchez. ¿Comportamiento inusual? ¿Pesadillas? ¿Algo que dijera?

Elena cerró los ojos.

—Dijo que soñaba con música.

Ricardo la miró. Sorprendido. Primera vez que escuchaba esto.

—¿Qué música? —preguntó Columbo.

—Una canción que no conocíamos. Simple. Infantil. La tarareaba todo el tiempo. En el desayuno. En el baño. Antes de dormir.

—¿Recuerda la melodía?

Elena negó con la cabeza. Luego se detuvo. Abrió los ojos.

—Algo sobre un oso, creo. Piu, piu. Hacía ese sonido. Piu, piu. El frío le bajó por la nuca. El mismo frío que lo agarraba cada vez que un patrón empezaba a formarse. Cada vez que los datos dispersos empezaban a conectarse.

Tres familias. Torres. Ramírez. Solís.

Mismo sector. Misma hora.

Y ahora una canción sobre un oso.

Piu, piu.

—¿Tienen la dirección exacta del bloque donde vivían los Torres? —preguntó Columbo.

Sánchez lo miró. Confundida.

—¿Por qué?

Columbo no respondió. Sacó un mapa plegable de su bolsillo. Papel. Viejo. Marcado con docenas de puntos de colores diferentes. Rojo para desapariciones. Azul para comas. Verde para anomalías sin clasificar.

Tres puntos rojos formaban un triángulo casi perfecto.

Torres. Ramírez. Solís.

Tres vértices. El triángulo no cerraba todavía.

—Columbo —dijo Sánchez. ¿Qué estás viendo?

—Un patrón.

—¿Cuál?

—Todavía no sé. -Dobló el mapa despacio. Lo volvió a desdoblar. Lo miró de lado. Pero hay una cosa que me molesta. Los tres bloques. ¿Por qué esos tres y no otros?

Sánchez no tenía respuesta. Columbo tampoco la esperaba. Se levantó.

—Señor y señora Solís, gracias por su tiempo. Si recuerdan algo más, cualquier cosa, no importa qué tan pequeña...

Ricardo bajó la cabeza. Mecánico.

Elena no se movió de la ventana.

Columbo caminó hacia la puerta. Sánchez lo siguió.

Afuera, en el pasillo, Sánchez lo alcanzó.

—¿Qué viste?

—Tres familias. Mismo sector. Misma hora. Y ahora una canción.

—¿La misma canción?

—No sé. Todavía no.

El ascensor estaba a veinte metros. Columbo caminó hacia él.

—Los Torres —dijo Sánchez detrás de él. ¿También había una canción?

—El hijo de los Torres tarareaba algo antes de desaparecer. La madre lo mencionó pero no le di importancia.

—¿Sobre un oso?

—No sé. No pregunté.

Llegaron al ascensor. Columbo presionó el botón.

—¿Y los Ramírez?

—Vamos a averiguarlo.

Las puertas se abrieron.

Entraron.

El ascensor empezó a bajar.

Piu, piu.

Columbo no podía sacarse el sonido de la cabeza.

La oficina de la División 47 estaba más oscura de lo normal.

Penny había apagado la mitad de las pantallas para ahorrar procesamiento. Los servidores necesitaban todo lo que pudieran darles. La búsqueda que estaba corriendo era masiva. Cruzaba bases de datos que oficialmente no estaban conectadas. Buscaba patrones que oficialmente no existían.

—Setenta y tres por ciento —dijo sin mirar a Locke. Setenta y tres por ciento de los niños desaparecidos tienen un familiar en coma.

Locke estaba de pie junto a la ventana. Las Torres TAAT parpadeaban en la distancia.

—¿Y el otro veintisiete por ciento?

—Algunos tienen familiares muertos. Accidentes, la mayoría. Otros tienen familiares desaparecidos también. Familias enteras que simplemente dejaron de existir.

—¿Y el resto?

—Solo el cuatro por ciento no tiene correlación visible.

—Cuatro por ciento puede ser ruido estadístico.

—O pueden ser los que todavía no hemos conectado.

Locke no respondió. Siguió mirando las Torres.

Los números eran claros. Demasiado claros. Setenta y tres por ciento no era coincidencia. Setenta y tres por ciento era un sistema.

—Penny.

—¿Sí?

—¿Cuántos niños desaparecidos en total?

—En los últimos cinco años, en el área metropolitana de Ciudad Control y Entreternia... cuatrocientos ochenta y siete confirmados. Probablemente más sin reportar.

—¿Y cuántos familiares en coma?

—Trescientos cincuenta y seis.

Los números no cuadraban exactamente. Pero se acercaban lo suficiente.

—¿Qué pasó primero? —preguntó Locke. ¿Los niños desaparecieron y luego los familiares cayeron en coma? ¿O al revés?

Penny tecleó algo. Los gráficos en su pantalla cambiaron.

—Los niños primero. En el noventa y uno por ciento de los casos, la desaparición del niño precede al coma del familiar por entre tres y catorce días.

—¿Y el otro nueve por ciento?

—El coma viene primero. Pero por márgenes pequeños. Horas, no días.

Locke dejó que los números se asentaran.

Primero desaparecían los niños. Luego los familiares caían en coma.

Algo diferente a un patrón médico, una enfermedad o una coincidencia.

Era una operación.

—Sigue buscando —dijo. Todo lo que puedas encontrar sobre conexiones entre los hospitales donde están los pacientes en coma.

—¿Qué tipo de conexiones?

—Cualquiera. Personal. Proveedores. Sistemas informáticos. Cualquier cosa que los una.

Penny volvió a su pantalla.

Locke siguió mirando las Torres.

Cientos de consciencias conectadas. Picos de actividad cada doce horas. Niños desaparecidos. Familiares en coma.

El patrón estaba ahí. Visible. Cuatrocientos ochenta y siete niños. Trescientos cincuenta y seis familiares en coma. Tres a catorce días entre desaparición y coma.

Solo necesitaba encontrar la máquina.

Locke siguió mirando las Torres hasta que la luz cambió. ## LOG 013: Registro [F][A][L]

Faith contó diecisiete cámaras entre la entrada y el primer pasillo.

Ocho visibles. Nueve ocultas. Las ocultas estaban en los marcos de las puertas, en los bordes de las pantallas publicitarias, en los interruptores de luz que nadie usaba porque todo era automático. Una en el techo, disfrazada de detector de humo. Otra en el suelo, integrada en una rejilla de ventilación.

El sistema quería que creyeras que solo había ocho cámaras. El sistema quería que te sintieras observado, pero no demasiado. Lo suficiente para comportarte. No tanto como para desconfiar.

Faith desconfiaba de todo.

Leonardo caminaba a su lado. Uniforme de técnico de mantenimiento. Gris. Anónimo. El logo de una empresa que probablemente no existía bordado en el pecho — SERVICIOS INTEGRADOS DELTA. La tela era barata. Sintética. Picaba contra la piel.

—No mires las cámaras —dijo Faith.

—No estoy mirando las cámaras.

—Estás mirando las cámaras. Tu cabeza gira cada vez que pasamos junto a una.

Leonardo apartó la vista. Miró al frente. El pasillo seguía durante otros cien metros. Puertas a ambos lados. Todas cerradas. Todas con lectores biométricos que parpadeaban en rojo.

Las Granjas de Datos no eran granjas.

Hospital. Prisión. Algo intermedio que nadie había nombrado todavía porque nombrar las cosas las hacía reales y nadie quería que esto fuera real.

El aire olía a plástico nuevo y desinfectante industrial. Debajo de eso, carne. Carne y formaldehído. Faith reconoció la mezcla de otros lugares donde las cosas iban a morir.

Faith siguió caminando. Su credencial falsa le pesaba en el bolsillo de la chaqueta. La había fabricado Penny la noche anterior. Era buena. Probablemente pasaría tres o cuatro escaneos antes de que el sistema notara las inconsistencias en el código de verificación.

Tres o cuatro escaneos. Tenían que ser suficientes.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Leonardo en voz baja.

—El turno de mantenimiento dura cuarenta minutos. Llevamos ocho adentro. Nos quedan treinta y dos.

—¿Y si nos descubren antes?

—No nos van a descubrir.

—¿Cómo lo sabes?

Faith no respondió. Porque no lo sabía. Solo sabía que no podía permitirse pensar en esa posibilidad.

El pasillo terminaba en una intersección. Izquierda, derecha, adelante. Tres opciones. Ninguna señalizada.

Faith miró el mapa mental que había memorizado antes de entrar. Planos robados de una base de datos gubernamental que oficialmente no existía.

—Derecha.

Giraron a la derecha.

Más puertas. Más cámaras. Más olor a desinfectante cubriendo la putrefacción.

—Aquí —dijo Faith.

Una puerta a la derecha. Sin ventana. Sin señalización. Solo un número pintado con plantilla. 14-C.

Leonardo se detuvo.

—¿Ese número...?

—Sí.

Faith pasó la credencial por el lector. Un segundo de espera. La luz cambió de rojo a verde. Clic.

La puerta se abrió.

El cuarto olía a plástico quemado y orina.

Orgánico. Faith lo había oído antes en escenas de crimen que nunca llegaron a los informes oficiales. El olor de cosas que alguna vez fueron personas siendo convertidas en cosas que ya no lo eran.

La trituradora ocupaba la mitad del espacio. Industrial. Masiva. Diseñada para procesar volúmenes grandes. Cuatro metros de altura. Cilindros de metal girando lentamente con un ruido constante de molienda. Un motor que vibraba en una frecuencia que Faith podía sentir en los dientes.

Leonardo se quedó en la puerta. Su rostro había perdido color.

—¿Qué trituran?

Faith caminó hacia la máquina. Había una cinta transportadora alimentándola. Objetos cayendo uno por uno. A intervalos regulares. Cronometrados.

Ropa.

Ropa de niño.

Camisetas con logos de escuelas que Faith reconocía. Escuela Primaria 47. Instituto Juvenil de Ciudad Control. Academia Preparatoria del Sector Norte. Pantalones pequeños. Shorts. Faldas. Zapatos del tamaño de su puño. Calcetines con dibujos de animales. Una mochila rosa con una estrella bordada.

Todo cayendo hacia los cilindros. Todo convirtiéndose en fibra de carbono del otro lado. Pulpa gris. Anónima. Sin historia.

Faith tomó una camiseta antes de que cayera. Blanca. Manchada de algo marrón que no quería identificar. Sangre vieja, probablemente. O tierra. O ambas.

En la etiqueta interior, escrito con marcador permanente: Talla 6. Escuela Primaria 47. Y un nombre. Las primeras cuatro letras visibles antes de que la tinta se desvaneciera: MARG...

Margaret. O Margarita. O Marco. Imposible saber.

Faith no dijo nada.

Dejó la camiseta caer.

Los cilindros la tragaron. El sonido de la tela siendo destruida duró menos de un segundo.

—Faith —dijo Leonardo desde la puerta. Su voz era diferente ahora. Más pequeña.

Faith no respondió. Caminó hacia el panel de control de la trituradora. Pantalla táctil. Registros de procesamiento. Fechas. Cantidades. Pesos.

7834 kilogramos procesados en el último mes.

7834 kilogramos de ropa.

Faith calculó. Un niño de seis años pesaba entre veinte y veinticinco kilos. Su ropa pesaba tal vez dos kilos. Tres si contabas zapatos y mochila.

7834 dividido entre tres.

Dos mil seiscientos once.

Dos mil seiscientos once niños. En un mes. En esta instalación.

¿Cuántas instalaciones había?

Faith buscó los registros detallados. Día por día. Hora por hora. Gráficos que subían y bajaban mostrando el volumen de procesamiento.

Los picos. Siempre a la misma hora.

Tomó una foto con el dispositivo oculto en su manga. Silencioso. Sin flash. Penny lo había modificado específicamente para esto. Para capturar evidencia en lugares donde la evidencia no debía existir.

—Tenemos que irnos —dijo Leonardo.

Faith caminó hacia la puerta.

Se detuvo.

En el suelo, junto a la cinta transportadora, había una etiqueta térmica. Pequeña. Del tamaño de una uña. Se había desprendido de algo. De alguna prenda que había pasado por aquí antes de ser destruida.

Faith la recogió. La miró.

Números. Fechas. Un código de barras que no reconocía. Un código QR demasiado pequeño para escanear sin equipo especializado.

Y un nombre parcial. Las primeras tres letras: TOM.

Tomás. Como el hijo de los Solis. Como el niño de cuatro años que había desaparecido hace seis semanas.

Pero la ropa en esta trituradora era talla 6. Para un niño de seis o siete años.

No era de Tomás.

Era de otro niño. Otro TOM. Otro nombre que empezaba igual y terminaba en una trituradora de una instalación que oficialmente no existía.

La etiqueta empezó a calentarse en su mano. El papel térmico reaccionando al contacto. Al calor de sus dedos.

Las letras se desvanecieron.

Los números se desvanecieron.

El código de barras se desvaneció.

En cinco segundos no quedaba nada. Solo un rectángulo blanco. Vacío.

Evidencia que se autodestruía. Registros que se borraban solos. Un sistema diseñado para no dejar rastros.

Faith dejó caer la etiqueta.

—Vámonos —dijo.

El sobre llegó después del mediodía.

Columbo estaba en su escritorio cuando el mensajero lo dejó. Sin remitente. Sin dirección de retorno. Solo su nombre escrito a mano en letras mayúsculas.

DETECTIVE COLUMBO.

La caligrafía era perfecta. Demasiado perfecta. Cada letra del mismo tamaño. Cada trazo con la misma presión. La mano que había escrito esto no temblaba. No dudaba. No se detenía.

El papel era real.

No plástico, no quantumfibra, no material sintético. Papel de verdad. Fibras vegetales. Textura áspera bajo los dedos. Peso diferente al de cualquier cosa que Columbo había tocado en años.

En Entreternia no había papel. El papel era obsoleto. El papel era ineficiente. El papel no podía rastrearse, editarse, borrarse remotamente.

En Ciudad Control casi no había papel. Solo en archivos viejos. Solo en museos. Solo en las manos de gente que recordaba cómo era el mundo antes.

Alguien había conseguido papel real para enviar esto.

Alguien quería que Columbo supiera que podía conseguir cosas imposibles.

Columbo abrió el sobre con cuidado. Despacio. Tratando de no dañar el material.

Vacío.

No. No vacío. Había algo adentro. Un rectángulo pequeño. Pesado para su tamaño.

Lo sacó.

Un sello. De cera negra. Con una imagen grabada.

Una estrella de ocho puntas. Un ojo en el centro. Mirando hacia arriba. Hacia el cielo. O hacia algo más allá del cielo.

Nada más.

Ni carta. Ni mensaje. Ni instrucciones. Ni amenazas. Ni demandas.

Solo el sello.

Columbo lo giró entre sus dedos. La cera era fría. Más fría de lo que debería estar a temperatura ambiente. Le entumeció la yema del pulgar en tres segundos.

—¿Qué es eso?

Sánchez estaba parada en la puerta de su oficina. Había llegado sin que él la escuchara. O él estaba demasiado concentrado en el sello para notar nada más.

—No sé.

—¿De dónde viene?

—No sé.

Sánchez entró. Se sentó frente al escritorio. Miró el sello que Columbo seguía girando.

—Noctis —dijo.

Columbo levantó la vista.

—¿Qué?

—La estrella de ocho puntas. Es un símbolo nórdico antiguo. Representa la noche. La oscuridad. Lo que no puede verse pero sigue ahí. Noctis en latín.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi abuela coleccionaba símbolos. Decía que los símbolos duraban más que las palabras.

Columbo miró el sello otra vez. El ojo en el centro lo miraba de vuelta. No parpadeaba. No se movía. Pero daba la sensación de estar vivo.

—¿Por qué alguien me enviaría un símbolo de oscuridad?

—No sé. Pero el papel es real.

—Lo sé.

—Y la cera es real. Cera de abeja, por el color. Teñida con algo para hacerla negra.

—Lo sé.

Sánchez se inclinó hacia adelante. Su voz bajó.

—¿Cuándo fue la última vez que viste cera de abeja real?

Columbo no respondió. No recordaba. Tal vez nunca. Las abejas habían desaparecido hace generaciones. La cera sintética las había reemplazado. La cera sintética era más eficiente. Más barata. Más controlable.

La cera real era imposible.

Como el papel real.

Como la caligrafía perfecta.

—Quien haya enviado esto —dijo Sánchez, tiene acceso a cosas que no deberían existir.

Columbo guardó el sello en su bolsillo. Junto al mapa con los tres puntos rojos.

—Sánchez. Una cosa.

—¿Sí?

—¿Tu abuela coleccionaba símbolos de cosas que no existen, o de cosas que dejaron de existir?

Sánchez no respondió. Columbo tampoco esperó respuesta.

Torres. Ramírez. Solis.

Y ahora un símbolo que significaba noche. Oscuridad. Lo que no puede verse.

Noctis.

El primer sobre había dicho “Vigilo al que vigila.”

Este segundo sobre no decía nada. Solo mostraba un ojo.

Alguien estaba observando a Columbo.

Y quería que él lo supiera.

Leonardo no durmió esa noche.

El espacio entre las pantallas era demasiado pequeño. Las Torres TAAT eran demasiado constantes. Y cada vez que cerraba los ojos

veía la ropa de niño cayendo hacia la trituradora.

Talla 6. Escuela Primaria 47. MARG...

7834 kilogramos.

Dos mil seiscientos once niños.

En un mes.

En una instalación.

¿Cuántas instalaciones había en Entreternia? ¿En Ciudad Control? ¿En todo el Plano Medio?

Leonardo no quería hacer la matemática. Pero su cerebro la hacía de todos modos. Multiplicando. Extrapolando. Llegando a números que no cabían en ningún lugar de su cabeza.

Faith estaba sentada contra la pared opuesta. Ojos abiertos. Mirando un punto fijo en la oscuridad que solo ella podía ver.

—¿Estás bien? —preguntó Leonardo.

—No —respondió Faith. Faith no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, su voz era plana. Profesional.

—Vi una etiqueta con un nombre.

—¿Qué nombre?

—Las primeras tres letras. TOM.

Silencio. Las Torres llenaban el espacio.

—Tomás tiene cuatro —dijo Faith. Esa ropa no es de un niño de cuatro.

—Entonces no era de él.

—No era de él. Era de otro TOM. Otro niño que ya no existe.

Leonardo no sabía si eso era un alivio o un horror diferente. Tomás Solis seguía desaparecido. Pero al menos su ropa no estaba en esa trituradora. Al menos todavía había posibilidad de que estuviera vivo.

¿Era eso mejor?

¿O solo significaba que su ropa llegaría a otra trituradora más tarde?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Leonardo.

Faith siguió mirando la oscuridad.

—Encontrar evidencia. Eso es lo que vinimos a hacer.

—Encontramos evidencia. Las fotos. Los registros. Los números.

—Encontramos indicios. No es lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia?

Faith finalmente lo miró. Sus ojos reflejaban la luz mínima que se filtraba de las pantallas cercanas. Ojos que habían visto demasiado. Que seguirían viendo más.

—Los indicios te dicen que algo está mal. La evidencia te dice qué. Y quién. Y cómo detenerlo.

—¿Y cómo encontramos el qué?

Faith volvió a mirar la oscuridad.

—Seguimos buscando. Hasta que ya no podamos.

Leonardo dijo que sí con la cabeza. Ella no lo estaba mirando.

Las Torres TAAT llenaban el espacio entre ellos.

Constante.

Inescapable.

Leonardo se preguntó si había algún lugar en el mundo donde las Torres no llegaran. Donde pudiera pensar sin esa presión constante en la mandíbula.

Probablemente no.

El sistema estaba en todas partes.

Y el sistema no dejaba escapar a nadie.

Despertó con un sabor en la boca que no era del Plano Medio.

Metal con miel. Un sabor que no tenía nombre en ningún catálogo de Coherencia, que no aparecía en ningún formulario de registro alimentario, que el sistema no podía medir porque no tenía sensores gustativos.

Tenía una palabra en la punta de la lengua. No sabía cuál era. La había tenido ahí, justo ahí, entre el sueño y la vigilia, y se fue en el instante exacto en que abrió los ojos. El cuerpo la reconocía. La mente no.

El sabor bajó por la garganta y se instaló en algún lugar del pecho. No en el estómago — más arriba. En el lugar donde se instalan las cosas que el cuerpo reconoce y la mente no.

Había habido algo. Un flash. Una mesa. Dedos pequeños. Un dibujo con cuatro colores. Rojo, azul, amarillo, marrón. Sin verde. Los dedos estaban manchados de pintura hasta las uñas y las uñas eran pequeñas y redondas y perfectas de la manera en que solo son perfectas las uñas de alguien que no ha vivido suficiente para romperlas.

Leonardo se quedó sentado en el borde del catre. Las manos sobre las rodillas. El sabor a metal con miel disolviéndose.

No le dijo a nadie.

En Sector 9, el niño no quería dormirse.

Nico lo sabía por el sonido. Desde el colchón del pasillo podía escuchar a través de la pared del departamento de Ricardo: la cama crujiendo cada treinta segundos, los pies descalzos contra el suelo, el arrastre del oso de vuelta al colchón. Crujido. Pies. Oso. Crujido. Pies. Oso.

La puerta se abrió. Tomás estaba en el marco con Dember contra el pecho. Cuatro años. Camisón que le quedaba grande. La mancha vieja en el oso — chocolate, del mes pasado, nunca salió del todo.

—Dember no puede dormir.

—Dember tiene que dormir. Y tú también.

Tomás se quedó en el marco. No lloraba. No insistía. Solo estaba ahí, con los ojos abiertos y el oso apretado, esperando que la presencia fuera argumento suficiente.

Lo era.

Nico se movió en el colchón. Tomás se acostó a su lado. Olía a jabón barato y a leche en polvo. Dember quedó entre los dos, la cabeza de botón mirando al techo.

—¿Nico?

—¿Qué.

—¿Los monstruos saben dónde vivimos?

Nico miró el techo. La mancha de humedad que crecía cada semana. La luz de la pulsera de Ricardo parpadeando al otro lado de la pared. Las Torres TAAT que nunca se apagaban.

—No.

Tomás cerró los ojos. En tres minutos su respiración se hizo regular. Dember subía y bajaba con cada inhalación.

Nico no durmió.

Se quedó escuchando la respiración del niño y las torres y pensando en nada, que era la única forma que conocía de no pensar en todo. ## LOG 014: Inactiva [A][S]

El checkpoint estaba a cuatrocientos metros.

Anya lo vio antes que los demás. Instinto. O memoria del cuerpo — aprendida antes del lenguaje, grabada en los tendones.

Dos torretas automáticas montadas en postes de tres metros. Cañones gemelos. Capacidad de fuego de doscientas rondas por minuto. Sensores de movimiento con alcance de ciento cincuenta metros. Sensores térmicos con alcance de ochenta.

Seis guardias visibles. Posiciones estándar. Dos en la entrada principal. Dos en los flancos. Dos rotando entre puntos de vigilancia.

Probablemente cuatro más en posiciones ocultas. El manual de seguridad del GM especificaba diez guardias por checkpoint de nivel tres. Este era nivel tres. Lo sabía por el color de las luces de advertencia. Amarillo con franjas negras. Nivel tres.

¿Cómo sabía eso?

Un escáner de frecuencia que barría el área cada treinta segundos. Podía verlo por la forma en que el aire brillaba ligeramente cuando pasaba. Ionización residual. Invisible para la mayoría. No para ella.

Zona militar. Acceso restringido. Un lugar donde la gente como ellos desaparecía.

Leonardo y Faith esperaban detrás de un contenedor de basura. Grande. Industrial. Olía a comida sintética podrida. A proteína procesada descomponiéndose en químicos que nunca deberían haber existido.

—No podemos pasar por ahí —dijo Leonardo. Su voz era un susurro.

—Sí podemos.

—Hay torretas. Y guardias. Y escáneres. Y probablemente cosas que no podemos ver.

—Sé lo que hay.

Leonardo la miró. Confundido. Asustado de una forma que intentaba ocultar.

—¿Cómo lo sabes?

Anya no respondió. Porque no tenía respuesta. Solo sabía.

Las torretas tenían un patrón de movimiento predecible. Izquierda, centro, derecha, centro. Cuatro segundos en cada posición. El punto ciego era pequeño. Dos metros cuadrados. Pero existía.

Los guardias rotaban cada seis minutos. El cambio de posición dejaba un hueco de quince segundos donde la cobertura visual era imperfecta.

El escáner de frecuencia tenía un punto muerto de dos segundos entre barridos. Diseño, no defecto. Los escáneres necesitaban ese tiempo para procesar los datos antes de empezar de nuevo.

Dos segundos. Quince segundos. Dos metros cuadrados.

Suficiente. Si sabías exactamente cuándo moverte.

—Esperen aquí —dijo Anya.

—Anya...

—Esperen aquí.

Caminó hacia el checkpoint. Sin correr. Sin esconderse. Como si perteneciera ahí.

La primera torreta giró hacia ella. El sensor rojo parpadeó dos veces. Escaneando. Procesando. Decidiendo si era una amenaza.

Anya siguió caminando. Paso constante. Ni muy rápido ni muy lento. El ritmo de alguien que hace esto todos los días.

La torreta no disparó.

La segunda torreta la adquirió. Mismo proceso. Parpadeo. Escaneo. Decisión.

No disparó.

Llegó a un terminal lateral. Pequeño. Casi invisible entre los paneles de control principales. Gris sobre gris. Sin luces de indicación. Sin pantalla visible.

Nadie lo usaba. Nadie sabía que estaba ahí.

Anya sabía que estaba ahí.

¿Cómo?

Tecleó una secuencia. Doce dígitos. Los dedos se movieron solos. Memoria muscular que no recordaba adquirir. 7-4-8-2-9-0-3-1-5-6-8-4.

El terminal aceptó el código. Sin sonido. Sin luz. Solo un pulso mínimo.

Las torretas se desactivaron. Los cañones bajaron. Los sensores se apagaron.

Los guardias siguieron en sus posiciones pero miraban hacia el otro lado. Todos. Al mismo tiempo.

El escáner se detuvo a mitad de barrido. Congelado.

Anya hizo una señal. Un gesto simple. Dos dedos. Movimiento hacia adelante.

Leonardo y Faith corrieron hacia ella. Quince segundos de ventana. Más que suficiente.

Cruzaron el checkpoint en doce.

Del otro lado, Leonardo la alcanzó. Su respiración era agitada. Sus ojos estaban muy abiertos.

—¿Cómo hiciste eso?

Anya no respondió.

—Anya. ¿Cómo supiste el código? ¿Cómo sabías dónde estaba el terminal? ¿Cómo sabías que iba a funcionar?

—No lo sé.

—No puedes no saber. Acabas de desactivar un checkpoint de nivel tres con un código de doce dígitos que tecleaste sin pensar.

—No lo sé.

Faith los miraba a ambos. No dijo nada. Su posición cubría la puerta y la ventana al mismo tiempo.

Siguieron caminando.

La pantalla de control estaba a cincuenta metros.

Grande. Industrial. Del tipo que monitoreaba zonas enteras de la ciudad. Mostraba mapas térmicos, flujos de personas, patrones de movimiento. Líneas verdes sobre fondo negro. Datos actualizándose en tiempo real.

Algo parpadeó cuando pasaron frente a ella.

Anya se detuvo.

La pantalla había cambiado. Ya no mostraba mapas. Mostraba texto. Letras rojas sobre fondo negro.

UNIDAD INACTIVA DETECTADA.

Leonardo miró la pantalla. Luego miró a Anya. Luego miró la pantalla otra vez.

—¿Qué significa eso?

Anya no respondió. No podía. Las palabras se habían quedado atascadas en algún lugar entre su cerebro y su boca.

UNIDAD INACTIVA DETECTADA. UBICACIÓN: SECTOR 7-G. PROTOCOLO: MONITOREO. ACCIÓN: PENDIENTE.

La pantalla parpadeó otra vez.

IDENTIFICADOR: UNIDAD-A7. ESTADO: INACTIVA DESDE CICLO 2. ÚLTIMA ACTIVACIÓN: 7247 DÍAS.

7247 días. Casi veinte años.

La pantalla parpadeó una tercera vez. Volvió a mostrar mapas. Líneas verdes. Flujos de personas.

Como si nada hubiera pasado.

Anya siguió caminando. Más rápido ahora. Sin mirar atrás.

—Anya —dijo Leonardo detrás de ella. Anya, espera.

No esperó.

Faith la alcanzó. Caminaron juntas durante un momento. Sin hablar. El sonido de sus pasos sobre el metal del suelo.

—¿Qué eres? —preguntó Faith.

—No sé.

—La pantalla te reconoció.

—Sí.

—Te llamó “Unidad Inactiva”.

—Sí.

—¿Sabes qué significa eso?

Anya miró sus manos mientras caminaba. Las cicatrices de pólvora en los nudillos que no recordaba haber adquirido. Las líneas de expresión que no recordaba haber formado. Las pequeñas marcas en las muñecas — cicatrices de agujas. Docenas de ellas. Tal vez cientos.

—No.

Faith dejó de preguntar.

Era una de las cosas que Anya apreciaba de Faith. Sabía cuándo parar. Sabía cuándo las respuestas no existían todavía.

Siguieron caminando.

Locke estaba solo en la oficina cuando llegó la alerta.

Las pantallas de la División 47 parpadearon al unísono. Tres veces. Rápido. Luego el texto apareció.

UNIDAD INACTIVA DETECTADA — SECTOR 7-G —
ENTRETERNIA. IDENTIFICADOR: UNIDAD-A7. PROTOCOLO:
MONITOREO ACTIVO INICIADO.

La alerta duró cuatro segundos. Luego desapareció. Borrada del sistema.

Pero Locke la había visto.

Unidad Inactiva.

Había leído esa clasificación antes. En archivos viejos que nadie debería haber guardado. En documentos que oficialmente habían sido destruidos hace décadas. Protocolos de un programa que oficialmente nunca se implementó.

Se llamaba HERENCIA.

Locke abrió una búsqueda. Cifrada. Rebotada a través de seis servidores diferentes. Imposible de rastrear. O tan imposible como era posible en un mundo donde todo dejaba rastros.

HERENCIA.

Sin resultados.

Lo intentó de nuevo. Con variaciones. HERENCIA-1. PROYECTO HERENCIA. PROTOCOLO H. ACTIVOS HUMANOS. UNIDADES DE PRODUCCIÓN.

Sin resultados.

Sin resultados.

Sin resultados.

Los archivos habían sido purgados. Hace años, probablemente. Décadas tal vez. Cuando alguien decidió que era mejor que nadie recordara. Que era más seguro si el programa dejaba de existir incluso como memoria.

Pero Locke recordaba.

Recordaba haber visto el nombre en un informe. Una sola vez. Hace quince años. Un documento clasificado que había llegado a su escritorio por error. Un informe sobre “activos recuperados” y “unidades en proceso de desactivación” y “protocolos de reintegración para sujetos exitosos”.

Activos recuperados.

Unidades.

No personas. Unidades.

Lenguaje que convertía humanos en productos. Que convertía vidas en inventario.

Locke miró la pantalla vacía.

Alguien en Entreternia acababa de activar una alerta de un sistema que no existía.

Alguien que viajaba con Leonardo.

Alguien que el sistema llamaba “Unidad Inactiva”.

Abrió el canal de comunicación con Penny. Encriptado. Seguro. O tan seguro como podía ser en estos días.

—Penny.

—Aquí.

—Necesito que busques algo.

—Estoy buscando lo de los comas. La correlación del setenta y tres por ciento.

—Esto es más urgente.

Silencio. Luego:

—¿Qué busco?

—Cualquier referencia a “Unidad Inactiva” en los archivos de la ciudad. Cualquier mención del Proyecto HERENCIA. Cualquier cosa relacionada con activos humanos clasificados como “unidades”.

—¿Activos humanos?

—Sí.

—Locke, eso suena a...

—Lo sé a qué suena.

Los servidores de la División llenando el espacio.

—Dame una hora —dijo Penny finalmente.

La conexión se cortó.

Locke volvió a mirar la pantalla vacía.

UNIDAD INACTIVA DETECTADA.

¿Quién era Anya realmente?

¿Y por qué estaba con Leonardo?

¿Coincidencia? ¿Diseño? ¿O algo más que no podía nombrar todavía?

Las preguntas no tenían respuestas.

Pero las preguntas sin respuestas eran las más importantes.

Siempre lo eran.

El refugio de esa noche era peor que el anterior.

No había pantallas apagadas esta vez. Había un hueco en el suelo. Una depresión en el cartón que alguien había convertido en algo parecido a una cama. Mantas sintéticas manchadas de cosas que nadie quería identificar. El olor a humedad y a cuerpos que habían dormido ahí antes.

Leonardo se sentó en una esquina. Faith en otra. Anya en el centro.

Nadie habló durante varios minutos.

Las Torres TAAT eran más fuertes aquí. Más cerca de la superficie. O tal vez el cartón no las amortiguaba tan bien como las pantallas.

—Deberías explicarnos —dijo Leonardo finalmente.

Anya no lo miró.

—No tengo nada que explicar.

—La pantalla te reconoció. Sabías códigos que no deberías saber.

La ciudad te llamó “unidad”. Te llamó “inactiva”.

—Sé lo que pasó.

—Entonces explícalo.

Anya levantó la vista. Sus ojos encontraron los de Leonardo. Sin desafío. Sin miedo. Vacíos.

—No puedo explicar lo que no entiendo.

—Pero...

—No sé qué soy. No sé de dónde vengo. No sé por qué sé las cosas que sé.

—¿Nada?

—Fragmentos. -Anya miró sus manos otra vez. Las cicatrices. Las marcas. La evidencia de una historia que no recordaba. Recuerdo olores. Sabores. El sonido de máquinas funcionando. Agujas entrando en mi piel.

Faith se movió. Interesada.

—¿Agujas?

—Muchas. Durante mucho tiempo. -Anya cerró los ojos. Y voces. Siempre voces. Diciendo números. Secuencias. Códigos. Una y otra vez hasta que dejé de escuchar las palabras y solo quedaban los sonidos.

—¿Qué códigos?

—No lo sé. Los olvidé. O los borré. O alguien los borró de mí.

Leonardo no supo qué decir. Faith tampoco.

Ninguno habló.

Anya abrió los ojos.

—Pero mis manos recuerdan. Mis dedos recuerdan. Cuando veo un terminal, sé cómo usarlo. Cuando veo un checkpoint, sé cómo pasarlo. No pienso. Solo hago.

—Eso es...

—Eso es lo que soy. Lo que sea que eso signifique.

Leonardo no dijo nada. No había nada más que hacer.

Faith se acostó en su esquina. Cerró los ojos.

Leonardo hizo lo mismo.

Anya se quedó sentada en el centro. Mirando sus manos.

Las cicatrices de pólvora.

Las marcas de agujas.

La ciudad la había llamado “Unidad Inactiva”.

Inactiva.

Las Torres siguieron.

Anya no durmió.

No podía.

Las máquinas de su memoria seguían funcionando.

Aunque ya no recordaba para qué.

Tenía el número escrito en un papel. No recordaba quién se lo había dado. El papel era de cuaderno, con rayas azules y margen rojo, y el número estaba escrito con bolígrafo negro en letra que no era suya — una letra redonda, de mujer, con los siete cruzados y los unos con sombrero. Treinta y dos dígitos. Leonardo los contó dos veces. Treinta y dos dígitos era demasiado. Ningún número de teléfono tenía treinta y dos dígitos. Pero los dedos ya estaban marcando.

El teléfono sonó. No el zumbido largo de la otra vez - un timbre real, el timbre de un aparato físico vibrando en un espacio tangible.

Leonardo podía oír el espacio entre los timbres. Un departamento pequeño. Con eco. Con una ventana abierta porque entre timbre y timbre se filtraba el ruido de una calle - voces, un motor, tal vez música o una discusión a volumen alto.

Dieciséis timbres. Leonardo los contó. No podía no contarlos.

Diecisiete.

Dieciocho.

En el timbre veintidós algo cambió en el otro lado. Un roce. El auricular moviéndose. Alguien lo había levantado.

Silencio.

No la quietud de una línea muerta — la quietud de alguien que respira. Que está ahí. Que sostiene el auricular contra la oreja y espera.

—¿Luna?

Respiró.

—Soy yo.

La respiración siguió. Detrás, la calle. Las voces. El motor. Lo que podía ser música. Leonardo trató de distinguir un ritmo en la respiración — un ritmo que conociera, una cadencia que pudiera identificar, una cadencia que le confirmara que del otro lado estaba la persona que buscaba y no otra, no una extraña, no nadie.

—Solo quiero saber si estás bien.

La respiración cambió. Un poco más rápida. O fue el viento de la ventana abierta moviendo el auricular. O fue el sonido de la calle colándose en la frecuencia. O fue nada.

Quería decirle que había encontrado el patrón. Que los niños y Alethia estaban conectados. Que si encontraba la causa podía

encontrar la cura. Que no iba a parar hasta traerla de vuelta.

Leonardo abrió la boca para decir lo que quería decir. Lo que necesitaba decir. Lo que había estado tratando de decir desde la cocina con el calendario de marzo.

Eso me hubiera dado...

La calle se tragó la frase. Un camión. O un tren. O algo grande que pasó con un ruido que era rojo y sólido y que le llenó la boca de metal y le borró las palabras antes de que las terminara de formar.

Cuando el ruido pasó, la línea estaba muerta.

Leonardo despertó con los puños cerrados. En la palma izquierda, las marcas de las uñas. En la derecha, nada. La mano derecha estaba abierta, los dedos extendidos, como si todavía sostuviera un auricular que ya no existía. ## LOG 015: Vandalismo [L][K][O]

Los túneles respiraban.

Y respiraba.

El terminal estaba en el sótano de un edificio que alguna vez fue algo. Oficinas, tal vez. O una fábrica. Ahora no era nada. Vaciado. Alguien había sacado todo el contenido y dejado solo las paredes de cartón y las pantallas muertas. Un esqueleto de lo que alguna vez fingió ser arquitectura.

Leonardo estaba frente al terminal. Grande. Industrial. Cables gruesos saliendo hacia el suelo, hundiéndose en la tierra, conectándose al sistema nervioso de la ciudad.

El Mapa Central.

Todo Entreternia dependía de él. El mapa no representaba el espacio. El mapa era el espacio. Si el mapa decía que tu casa estaba lejos, estaba lejos. Si el mapa decía que el camino al trabajo pasaba

por tres plazas y un puente, entonces había tres plazas y un puente. No porque existieran antes del mapa. Porque el mapa los creaba al nombrarlos. Entreternia era un lugar que se construía desde el registro. Existía porque estaba escrito que existía. Y el terminal era donde se escribía.

El terminal ocupaba una pared entera. Cables gruesos como muñecas que se hundían en el suelo de concreto, desapareciendo hacia el sistema nervioso de la ciudad. La pantalla no mostraba un mapa convencional - mostraba líneas que se movían solas, reconfigurandose cada pocos segundos, creando y destruyendo calles y plazas y puentes sin considerar que eran reales para quienes las transitaban. Luces verdes parpadeaban en los puntos de intersección. Cada parpadeo era una persona. Cada línea que se movía era una calle que cambiaba de ruta.

Y Leonardo iba a romperlo.

—¿Estás seguro? —preguntó Faith desde la puerta. Vigilaba el corredor. Siempre vigilando. Siempre esperando que algo saliera mal.

—No.

—¿Pero vas a hacerlo de todos modos?

—Sí.

Faith no dijo nada más.

Leonardo conectó el dispositivo que Penny había fabricado. Pequeño. Del tamaño de un dedo pulgar. Negro mate. Sin luces de indicación. Sin botones. Solo un puerto de conexión y algo dentro que no podía verse.

Contenía un virus.

No de los que destruyen. De los que distorsionan.

Penny lo había explicado. El virus no iba a borrar el mapa. No iba a apagarlo. Iba a reescribirlo. Constantemente. De forma impredecible. Las coordenadas iban a cambiar cada pocos minutos. Las distancias iban a fluctuar. Los puntos de referencia iban a moverse.

Caos controlado.

—Si esto funciona —dijo Leonardo, las distancias van a cambiar.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que el mapa ya no va a ser confiable. Un lugar que estaba a cinco minutos va a estar a veinte. O al revés. La gente va a perderse.

Faith no respondió.

—Gente inocente —continuó Leonardo. Gente que no tiene nada que ver con esto. Gente que solo quiere ir a trabajar o volver a casa o encontrar a alguien que los espera.

—Lo sé.

—¿Y aun así quieres que lo haga?

—No quiero nada. -Faith siguió mirando el corredor. Su voz era plana. Sin emoción. Profesional. Pero alguien tiene que romper el sistema. Y el sistema se basa en el mapa.

Leonardo miró el terminal. La pantalla mostraba Entreternia en verde fosforescente. Líneas conectando puntos. Rutas entre sectores. Distancias calculadas al metro. Todo ordenado. Todo controlado. Todo dependiente de que nadie tocara nada.

Conectó el dispositivo.

La pantalla parpadeó.

El virus empezó a ejecutarse.

Las líneas empezaron a moverse. Lentamente al principio. Como serpientes despertando. Luego más rápido. Las distancias cambiaban en tiempo real. Un punto que estaba al norte ahora estaba al este. Una ruta que medía tres kilómetros ahora medía quince. Otra que medía veinte ahora medía dos.

El mapa se retorció.

El cambio lo golpeó antes de verlo. Un mareo. Profundo.

Su estómago se revolvió.

El zumbido de las Torres TAAT cambió de tono. Más agudo. Más errático. El sistema estaba tratando de compensar. De recalcular. De encontrar la verdad en un mapa que ya no decía la verdad.

—Vámonos —dijo Faith.

Subieron por las escaleras. Rápido. Sin correr pero casi. Salieron a la calle.

La ciudad había dejado de ser la misma.

Una mujer estaba de pie en la esquina. Miraba en todas direcciones. Su rostro mostraba confusión. Luego pánico. Luego algo peor.

—¿Dónde está la parada? —preguntó a nadie en particular. A todos los que pasaban. A cualquiera que pudiera escucharla. Estaba ahí. Siempre estaba ahí.

Leonardo miró donde ella señalaba. Una pared de pantallas. Publicidad brillante. Ofertas de productos. Caras sonrientes. Ninguna parada de transporte.

—¿Señora?

—La parada del transporte. Llevo veinte años viviendo aquí. La parada estaba en esa esquina. Siempre. Cada día. Veinte años.

Leonardo no supo qué decir.

La parada probablemente seguía existiendo. En algún lugar. Pero el mapa decía que estaba en otro lugar ahora. Y si el mapa decía que estaba en otro lugar, entonces estaba en otro lugar. La realidad de Entreternia no dependía de la realidad física. Dependía del mapa. Y el mapa había dejado de ser confiable.

—Señora, tal vez debería...

Pero la mujer ya no lo escuchaba. Había empezado a caminar. En una dirección. Luego en otra. Buscando.

Leonardo siguió caminando.

Un hombre corría hacia un edificio que estaba a cincuenta metros. Llevaba cinco minutos corriendo. El edificio no se acercaba. Cada paso que daba, el edificio retrocedía otro paso. La distancia no cambiaba.

El hombre se detuvo. Jadeando. Miró el edificio. Miró sus pies. Miró el edificio otra vez.

Empezó a llorar.

Leonardo apartó la vista.

Un niño jalaba la mano de su madre. Pequeño. Cinco años, tal vez seis. La edad de los niños cuya ropa había visto en la trituradora.

—Mamá, ¿dónde está nuestra casa?

La madre miraba un punto en el horizonte. Luego otro punto. Luego otro. Su cara mostraba la misma confusión que la mujer de antes. La misma incomprensión.

—No sé, mi amor. El mapa dice que está ahí. Pero ahí no hay nada.

—Tengo hambre.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

El niño empezó a llorar. Un llanto cerrado. De los que no esperan consuelo. De los que saben que el consuelo no va a llegar.

Leonardo apretó la mandíbula.

Esto era lo que había hecho. Esto era el costo.

—No mires —dijo Faith a su lado. Sigue caminando.

Leonardo siguió caminando. Pero seguía escuchando.

El llanto del niño.

La confusión de la madre.

El hombre que seguía corriendo hacia un edificio que nunca iba a alcanzar.

La mujer buscando una parada que ya no existía donde siempre había existido.

El vandalismo topológico estaba funcionando.

Y era peor de lo que había imaginado.

Caious estaba en su centro de operaciones cuando las alarmas empezaron.

No eran alarmas normales. No sonaban. Parpadeaban. Rojas. Rápidas. En cada pantalla de la sala. Veintiséis pantallas mostrando el mismo mensaje.

ANOMALÍA DETECTADA — MAPA CENTRAL. COORDENADAS INESTABLES — SECTOR 4-F. COORDENADAS INESTABLES — SECTOR 7-G. COORDENADAS INESTABLES — SECTOR 12-A. COORDENADAS INESTABLES — SECTOR 3-B. COORDENADAS INESTABLES — TODOS LOS SECTORES.

Todos los sectores.

El mapa entero.

Caious caminó hacia el terminal principal. Sus pasos eran lentos. Medidos. Nunca se apresuraba. Apresurarse era para gente que no tenía control. Apresurarse era para gente que dejaba que las circunstancias dictaran sus acciones.

Caious nunca dejaba que las circunstancias dictaran nada.

Miró la pantalla principal.

Entreternia se retorció frente a él. Las líneas que marcaban distancias se movían como serpientes. Los puntos que marcaban ubicaciones saltaban de un lugar a otro. El sistema intentaba recalcular. Fallaba. Intentaba de nuevo. Fallaba de nuevo. Un loop infinito de corrección y error.

—¿Señor? -Un técnico lo miraba desde otra estación. Joven. Nervioso. Alguien que había entrado al sistema creyendo que el sistema era estable. ¿Qué hacemos?

Caious no respondió inmediatamente.

Estudió el patrón de corrupción. No era aleatorio. Tenía una firma. Una huella digital escondida en el código. Cada virus tenía una. Cada programador dejaba rastros.

La encontró.

INTRUSO TYR DETECTADO.

Tyr.

Un nombre que no había visto en años. Un linaje que pensaba extinto. Una anomalía genética que debería haber desaparecido hace generaciones.

Pero no había desaparecido.

Alguien con sangre Tyr estaba en Entreternia. Alguien con la capacidad de ver lo que otros no veían. De percibir frecuencias que otros no percibían. De crear virus que el sistema no podía anticipar.

Y ese alguien acababa de declarar guerra.

Caious sonrió. Apenas. Un milímetro de movimiento en los labios. Una expresión que nadie excepto él sabría que era una sonrisa.

—Interesante.

—¿Señor?

—Localicen el origen del virus. Rastreen la firma Tyr. Quiero saber quién es, dónde está, y con quién trabaja.

—Sí, señor.

—Y activen el protocolo de contención topológica. Que el mapa se estabilice en los sectores prioritarios primero.

—¿Cuáles son los sectores prioritarios?

—Los míos.

El técnico no preguntó cuáles eran los sectores de Caious. No era su lugar preguntar.

Caious volvió a mirar el mapa retorcido.

Un Tyr. Aquí. Ahora.

No era coincidencia. Nada era coincidencia. Todo era patrón. Todo era diseño. Incluso el caos tenía estructura si sabías dónde mirar.

Alguien estaba moviendo piezas en un tablero que Caious pensaba que controlaba.

Tendría que ajustar sus planes.

El técnico seguía mirándolo. Esperando instrucciones. Esperando que alguien le dijera que todo estaría bien.

—¿Sabes por qué existe la coherencia? —preguntó Caious sin dejar de mirar la pantalla.

El técnico no respondió.

—Antes del sistema, la gente se mataba por frecuencias. Se arrancaban recuerdos unos a otros. Había barrios enteros donde nadie recordaba su nombre porque alguien se lo había vendido por comida. -Caious tocó la pantalla. El mapa dejó de retorcerse en el sector que tocó. La coherencia no es control. Es el suelo. Sin ella, no hay piso. Y sin piso, la gente cae. Y la gente que cae arrastra a los que tiene al lado.

El técnico no movió un músculo. Cuando Caious hablaba, nadie interrumpía.

Caious lo sabía. No le importaba. La convicción no necesitaba audiencia.

Pero eso no era un problema. Ajustar planes era lo que hacía. Era lo que siempre había hecho. Era lo que iba a seguir haciendo hasta que no quedara nadie más moviendo piezas.

Hasta que el tablero fuera suyo.

Solo suyo.

El refugio esa noche no era un refugio.

Era un hueco entre dos edificios. Un espacio de dos metros de ancho donde el mapa no había decidido qué poner todavía. Un vacío temporal en la geografía de la ciudad.

Leonardo estaba sentado contra una pared que mañana tal vez no existiría. Faith contra la otra. Anya en algún lugar entre ambos.

Nadie habló.

Afuera, podía escucharse la ciudad. Gritos. Confusión. Sirenas. El sonido de un sistema que no sabía cómo funcionar. El sonido de gente buscando lugares que ya no estaban donde deberían estar.

El mapa estaba roto.

Y él lo había roto.

Faith habló primero.

—El niño sigue preguntando por su casa.

Leonardo cerró los ojos.

—Lo sé. —¿Valió la pena?

Leonardo no abrió los ojos. No quería ver a Faith. No quería ver su expresión neutral. Su mirada que no juzgaba pero que veía todo.

—No sé.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Silencio otra vez.

Debajo de los gritos, de las sirenas. El sistema seguía funcionando, herido pero funcionando, confundido pero presente.

Y debajo, el sonido de un sistema que fallaba, el sonido de un control que se resquebrajaba.

Leonardo había querido romper algo desde que vio la ropa de los niños en la trituradora.

Y lo había logrado.

Pero el niño seguía preguntando por su casa, y la madre seguía sin saber qué responder.

Leonardo apretó los ojos más fuerte.

No lloró. ## LOG 016: Señal [K][X][F]

Las pantallas cambiaron a las 8:47 de la noche.

Leonardo estaba caminando por un callejón cuando pasó. Un callejón estrecho entre dos edificios de cartón y pantallas. Nadie miraba a nadie a los ojos.

Todas las pantallas a su alrededor. Al mismo tiempo. Docenas de ellas. Tal vez cientos si contabas las de los edificios cercanos.

La publicidad desapareció.

Los anuncios se apagaron.

Las caras sonrientes vendiendo productos que nadie necesitaba se convirtieron en estática. Ruido blanco. Líneas verticales corriendo de arriba a abajo.

Una marioneta.

Era de trapo. Vieja. Desgastada por años de uso. Con ojos de botón cosidos de forma desigual — uno más arriba que el otro. Una boca pintada que sonreía demasiado. Una sonrisa que no debería caber en una cara tan pequeña.

Hilos visibles en las manos y los pies. Hilos que subían hacia algún lugar fuera de cuadro. Hacia alguien que no se mostraba.

La marioneta giró la cabeza. Lentamente. Con el sonido de tela frotando contra tela.

Miró directamente hacia Leonardo.

—¿Cuánto pesa tu sombra?

La voz era de niño. O imitación infantil. O muchos niños hablando al mismo tiempo. Había un eco debajo.

Leonardo se detuvo. En el bolsillo, la semilla latió una vez. Fuerte.

A su alrededor, la gente también se detenía. Todos miraban las pantallas. Algunos con confusión. Otros con reconocimiento. Otros esperando.

La marioneta habló de nuevo.

—102.01. Sintoniza o despierta. Sintoniza o despierta.

La sonrisa pintada no se movía. Era más grande ahora. Más amplia.

—Sintoniza o despierta.

Estática.

Las pantallas parpadearon tres veces.

Luego volvieron a mostrar publicidad. Las caras sonrientes regresaron. Los productos brillaron. Las ofertas del día aparecieron con sus colores optimistas.

La cara de Vado Pompilio volvió a ocupar la pantalla más grande del bloque. La misma sonrisa. «Tu futuro empieza hoy.» El futuro llevaba años empezando.

Leonardo miró a su alrededor.

Un hombre estaba sentado en medio de la calle. No en el borde. En medio. Donde pasaba gente. Donde podían pisarlo. No se movía. Solo miraba el suelo. Las manos sobre las rodillas. La postura de alguien que ha decidido dejar de funcionar.

Una mujer abrazaba a un desconocido. Lloraba sin razón aparente. Lágrimas bajando por su cara. El desconocido no la apartaba. Solo la sostenía. Como si esto fuera normal.

Un adolescente reía. Una risa fea. Aguda. Sin alegría. Solo sonido saliendo de la garganta porque el cuerpo necesitaba hacer algo y reír era lo que había encontrado.

—¿Qué fue eso? —preguntó Leonardo.

Faith apareció a su lado. Siempre aparecía de algún lugar. Siempre observando desde ángulos que nadie más usaba.

Haryes caminaba tres pasos detrás. El hacha cruzada en la espalda, grapas metálicas en el cuello que brillaban con la luz de las pantallas. Ex-División 47. Se había unido al grupo dos días antes sin explicar por qué ni de dónde venía. Faith lo había evaluado: músculo útil, cabeza en otro lado. Nadie le había preguntado nada más.

—102.01 FM. Una transmisión pirata. Sin origen conocido. Sin control identificado.

—¿Y la marioneta?

—Edi Edi. Es su... mascota, supongo. Su símbolo. Su cara.

Leonardo volvió a mirar a la gente. Algunos empezaban a moverse de nuevo. Sacudiéndose. Despertando de un estupor. Otros seguían congelados. El hombre en la calle no se había levantado. La mujer seguía abrazando al desconocido.

—¿Por qué reaccionan así?

—No sé. -Faith empezó a caminar. Su voz era la misma de siempre. Plana. Profesional. Pero cada vez que transmiten, algo pasa. La gente se detiene. Algunos lloran. Algunos ríen. Algunos simplemente... dejan de funcionar por un rato.

Leonardo no la siguió.

Giró hacia el callejón. Hacia el sur. Donde la señal había sido más fuerte. Donde la estática había durado medio segundo más antes de que las pantallas volvieran a la normalidad. Sus pies ya estaban caminando antes de que su cabeza decidiera.

—Leonardo.

No se detuvo.

—Leonardo. Cada vez que alguien va hacia la señal, el sistema lo marca. Tu coherencia ya está en el límite.

Caminó tres cuadras más. La pulsera vibró. El número bajó. 0.3 puntos menos. La diferencia entre poder visitar a Alethia la próxima semana y no poder visitarla.

Se detuvo.

Miró el número en su muñeca. Miró el callejón. Miró el sur donde algo lo llamaba y donde el precio de escuchar era su hermana.

Volvió.

Faith no dijo nada.

Leonardo la siguió.

—No sé si es peligroso. Pero no es normal. Y en Entreternia, lo que no es normal suele ser peligroso.

Siguieron caminando.

La voz de la marioneta seguía resonando en la cabeza de Leonardo.

¿Cuánto pesa tu sombra?

No sabía qué significaba.

Pero la pregunta le había raspado el interior del cráneo. Como un pensamiento que no era suyo intentando entrar. Como una frecuencia que había encontrado resonancia en algún lugar de su cerebro.

¿Cuánto pesa tu sombra?

No tenía respuesta.

Pero la pregunta no se iba.

Columbo vio la transmisión en un bar.

Un espacio estrecho con una barra de plástico y taburetes que se tambaleaban. El olor a alcohol sintético y sudor. Pantallas en las paredes mostrando deportes que nadie miraba.

Columbo estaba buscando información. Los bares de Entreternia tenían gente que hablaba. Gente que sabía cosas. Gente dispuesta a vender esas cosas por el precio correcto.

Cuando las pantallas cambiaron, el bar entero dejó de moverse.

Todas las conversaciones se detuvieron.

Todos los vasos dejaron de moverse.

La marioneta apareció. Edi Edi con sus ojos de botón desiguales.

—¿Cuánto pesa tu sombra?

El frío le agarró la nuca otra vez. El mismo frío de siempre. El que lo encontraba cuando algo estaba hondo mal. El que lo encontraba cuando los patrones empezaban a formarse.

—102.01. Sintoniza o despierta.

La transmisión terminó.

El bar volvió a la normalidad. Más o menos. Algunos clientes se frotaban los ojos como si acabaran de despertar. Otros pedían otra bebida con manos temblorosas. Un hombre en la esquina murmuraba lo que parecía una oración.

Sánchez estaba sentada frente a Columbo. No había reaccionado a la transmisión. O había reaccionado por dentro donde nadie podía verlo.

—¿Qué fue eso?

—No sé.

—La marioneta... la he visto antes.

Columbo levantó la vista.

—¿Dónde?

Sánchez sacó su libreta. Pasó páginas hasta encontrar lo que buscaba. Columbo vio dibujos. Fotos. Notas con letra pequeña.

—La familia Ramírez. El segundo caso de desaparición. El niño tenía un dibujo en su cuarto. Lo hizo la semana antes de desaparecer.

Le mostró una foto. La había tomado durante la investigación. Una de las fotos que no estaban en el informe oficial porque el informe oficial no incluía cosas que no tenían explicación.

Un dibujo infantil. Crayones sobre papel. El papel arrugado por el uso.

Una marioneta con ojos de botón y una sonrisa demasiado grande. Hilos subiendo hacia arriba. Hacia lo no dibujado.

—Dios —dijo Columbo. Y después, más bajo: No, no es eso. Es otra cosa.

—Y mira esto.

Sánchez pasó otra página. Otra foto. Otro dibujo. Del caso Torres esta vez.

La misma marioneta.

Los mismos ojos desiguales. La misma sonrisa imposible. Los mismos hilos.

—Los niños la están dibujando antes de desaparecer.

Columbo miró las fotos. Luego miró la pantalla del bar donde la publicidad había vuelto a la normalidad. Luego miró las fotos otra vez.

—¿Qué es 102.01?

—Una frecuencia de radio. Ilegal. Sin licencia. Sin origen rastreable.

—¿Nadie sabe de dónde viene?

—He buscado. Todo el mundo ha buscado. La señal parece venir de todas partes al mismo tiempo.

—Eso es imposible.

—Lo sé. Pero aquí estamos.

Columbo guardó las fotos. Se levantó.

—Tenemos que hablar con los Solis. Preguntarles si Tomás dibujó algo parecido.

Sánchez asintió. Dejó unas monedas en la barra.

Salieron del bar.

La ciudad seguía funcionando. Las pantallas seguían mostrando publicidad. La gente seguía caminando hacia lugares que el mapa decía que existían.

Pero el aire tenía otro peso.

Columbo podía sentirlo.

La marioneta estaba en algún lugar. En todas partes. Mirando con sus ojos de botón. Sonriendo con su boca pintada.

Siempre mirando.

Siempre preguntando.

¿Cuánto pesa tu sombra?

Caious recibió el reporte a las 9:12.

TRANSMISIÓN NO AUTORIZADA — FRECUENCIA 102.01 —
DURACIÓN: 23 SEGUNDOS. CONTENIDO: AUDIO-VISUAL.
IMAGEN DE MARIONETA. MENSAJE VERBAL. ORIGEN:
DESCONOCIDO. TRIANGULACIÓN: IMPOSIBLE.

Imposible.

Caious no creía en imposibles. Solo en problemas que todavía no habían sido resueltos. Solo en preguntas que todavía no habían encontrado respuesta.

—¿Cómo puede ser imposible? —preguntó al técnico.

—La señal... no tiene origen, señor. Los instrumentos muestran que viene de todas partes al mismo tiempo.

—Eso es físicamente imposible.

—Lo sé, señor. Pero los instrumentos no mienten. Hemos calibrado tres veces.

—Entonces los instrumentos están mal calibrados. O la señal rebota de forma que no hemos identificado. O hay datos fuera de nuestro rango.

El técnico no respondió. Pero su expresión decía que no estaba de acuerdo.

Caious caminó hacia la pantalla principal.

—Reproduce la transmisión.

La pantalla mostró la marioneta. Edi Edi con sus ojos de botón y su sonrisa pintada.

—¿Cuánto pesa tu sombra?

Caious estudió la imagen. El trapo viejo. Los hilos visibles. La sonrisa que no cambiaba. O sí cambiaba. Dependía de la luz.

Había algo familiar en ella. Un patrón que reconocía sin saber de dónde.

—¿Cuántas veces ha transmitido?

—Cuarenta y siete veces en los últimos tres meses.

—¿Hay patrón en las transmisiones?

—Siempre a la misma hora. Mañana o noche.

Caious miró la marioneta congelada en la pantalla.

—Encuéntrenla —dijo. Encuentren el origen. Encuentren a quien la controla.

—Señor, los instrumentos dicen que...

—No me importa lo que digan los instrumentos. Nada viene de ningún lado. Todo tiene un origen. Encuéntralo.

El técnico se fue a trabajar.

Caious se quedó mirando la pantalla.

¿Cuánto pesa tu sombra?

Su mano derecha se movió hacia el bolsillo de la chaqueta. Tocó el borde de una fotografía que llevaba ahí desde hacía años. No la sacó. No la miró. Solo la tocó. Dos segundos. Retiró la mano. Enderezó la chaqueta.

Nadie lo vio.

Una pregunta sin sentido. O una pregunta con demasiado sentido. Aún no sabía cuál.

Apagó la pantalla.

La marioneta desapareció.

Pero la sensación de ser observado no.

Leonardo no podía dormir.

El refugio estaba oscuro. Anya dormía. O fingía. Faith había salido a vigilar. Siempre vigilando. Siempre esperando.

Pero Leonardo seguía despierto. Mirando la oscuridad. Pensando en la pregunta que no podía contestar.

¿Cuánto pesa tu sombra?

Se levantó. Caminó hacia el borde del refugio. Donde la luz de las pantallas cercanas se filtraba a través de los huecos en el cartón.

Miró el suelo.

Su sombra estaba ahí. Oscura contra la luz artificial. Normal. Completamente normal. La forma de su cuerpo proyectada sobre el suelo como siempre había sido.

Pero mientras la miraba, algo pasó.

La sombra parpadeó.

Leonardo no parpadeó. Su cuerpo no se movió. Sus ojos siguieron abiertos. Pero su sombra sí parpadeó.

Un parpadeo rápido, casi imperceptible.

Fuera de sincronía.

Leonardo retrocedió un paso.

La sombra retrocedió con él. Ahora sincronizada. Ahora normal.

Tal vez lo había imaginado.

Tal vez las Torres estaban afectándolo. Tal vez la falta de sueño. Tal vez la pregunta de la marioneta metiéndose en su cabeza donde no debería estar.

Volvió al centro del refugio. Se sentó.

Las Torres TAAT seguían ahí, a 0.12 hertz, constante e inescapable.

Y debajo, una melodía muy baja, casi inaudible, tan suave que podría ser imaginación.

Leonardo cerró los ojos.

No durmió.

Pero dejó de mirar su sombra. ## LOG 017: Plaza [O][L]

Nico no había planeado liderar nada.

Solo había venido a mirar. A observar. A entender qué estaba pasando en una ciudad que ya no reconocía. Una ciudad donde las distancias cambiaban cada día. Donde la gente se perdía camino al trabajo. Donde los niños preguntaban por casas que ya no podían encontrar.

La Plaza de la Concordia estaba llena de gente. Cientos de personas. Tal vez miles. Era difícil contar cuando todos se movían tan despacio. Cuando todos estaban tan quietos que la diferencia entre vivo y muerto era solo la temperatura.

Todos de pie.

Nadie hablaba.

Carteles sin texto. Pancartas en blanco. Rectángulos de plástico sostenidos en alto que no decían nada. Que no pedían nada. Que solo existían.

Una protesta muda.

Contra todo.

Contra nada.

Contra lo que no se detenía nunca.

Los rostros eran lo que más impactaba. No estaban enojados. No estaban tristes. Estaban vacíos de una forma deliberada, con la expresión con cuidado neutral de quien sabe que las cámaras leen micro-expresiones y que un ceño fruncido es un dato que se archiva. Algunos tenían las pulseras cubiertas con tiras de tela. Otros las mostraban a propósito, con la pantalla hacia las cámaras, como diciendo: mide esto. Mide la quietud. Ponle un número.

Un niño en la tercera fila sostenía un cartel en blanco del doble de su tamaño. El cartón le tapaba la cara. Solo se veían los zapatos zapatillas gastadas, con un parche de cinta adhesiva en la puntera izquierda. El niño no se movía. Sostenía el cartel con los brazos rectos, temblando del esfuerzo, sin bajarlo.

Nico se había mezclado con la multitud. Uno más entre cientos. Anónimo. Invisible. Alguien que nadie notaba porque no había nada que notar.

Alguien había empezado a mirarlo. Un hombre en la esquina derecha. Ojos cansados que se detuvieron en Nico y no siguieron adelante.

Luego otro. Una mujer joven con el pelo rapado y tatuajes en el cuello.

Luego más. Gente que no conocía volteando hacia él. Gente que lo buscaba entre la multitud.

No sabía por qué.

No sabía qué había hecho para llamar la atención.

Un hombre se acercó. Viejo. Barba gris que no había sido recortada en semanas. Ojos cansados de décadas de ver cosas que no quería ver.

—Tú —dijo el hombre. Su voz era un susurro que llegaba más lejos de lo que debería. Tú eres diferente.

—¿Qué?

—Los drones. -El hombre señaló hacia arriba con la barbilla. No pueden leerte.

Nico miró el cielo.

Diez drones. Tal vez doce. Flotando sobre la plaza como insectos metálicos. Escaneando. Registrando. Identificando. Construyendo una base de datos de todos los que estaban ahí. De todos los que habían decidido protestar sin palabras.

Hacían eso siempre. Con todos. En todas partes.

—¿A qué te refieres?

—Mira.

El hombre señaló una pantalla cercana. Grande. Del tipo que el sistema usaba para mostrar información pública. Ahora mostraba el feed de uno de los drones.

Rostros resaltados con cuadros verdes. Nombres apareciendo junto a cada cara. Edad. Sector de residencia. Historial de infracciones. Todo lo que el sistema sabía sobre cada persona.

Pero donde estaba Nico, solo había estática.

Un rectángulo borroso donde debería estar su rostro. Píxeles que no formaban imagen. Datos que no formaban información.

—No te pueden leer —repitió el hombre. Eres el primero que veo. En todos mis años. El primero.

Nico no entendía. Nunca había tenido problemas con los escáneres. Nunca había sido especial de ninguna manera. Nunca había sido diferente.

¿Por qué ahora?

¿Por qué aquí?

Pero la gente seguía mirándolo. Más y más. Algo que los drones no podían medir.

El hombre viejo tomó su brazo. Con fuerza pero sin agresión. Con urgencia pero sin violencia.

—Lidera.

—¿Qué?

—Lidera. Si ellos no pueden verte, no pueden detenerte. Si no pueden detenerte, puedes hacer lo que otros no pueden.

—No soy líder. No sé lo que hago. Solo vine a mirar.

—Exactamente. -El hombre sonrió. Una sonrisa triste. Los mejores líderes nunca saben que lo son. Hasta que ya lo son.

Nico quiso decir que no. Que no era líder. Que no sabía lo que hacía. Que solo había venido a mirar porque no tenía otro lugar donde estar.

Pero las palabras no salieron.

La gente se había formado a su alrededor. Un círculo. Silencioso. Esperando.

Mirándolo.

Esperando que hiciera algo.

Esperando que fuera algo.

La protesta empezó sin palabras.

Nico caminó hacia el centro de la plaza. No porque hubiera decidido hacerlo. Porque sus piernas lo llevaron. Porque la multitud se abrió para dejarlo pasar y se cerró detrás de él.

La gente lo siguió.

Cientos de pies moviéndose. Sin coordinación previa. Sin plan. Sin líder excepto alguien que no quería ser líder.

Solo movimiento.

Los drones bajaron. Acercándose. Intentando leer. Intentando catalogar. Sus sensores parpadeaban en rojo. Error tras error tras

error.

SUJETO NO IDENTIFICADO. ERROR DE LECTURA.
RECALIBRANDO. SUJETO NO IDENTIFICADO. ERROR DE
LECTURA. RECALIBRANDO.

Un loop infinito de fracaso.

Nico no hablaba. La gente no hablaba.

Un dron descendió hasta quedar a dos metros de Nico. Sus cámaras giraron. Escanearon. El lente se ajustó una y otra vez buscando enfoque que no podía encontrar.

SUJETO NO IDENTIFICADO. PROTOCOLO DE IDENTIFICACIÓN
ALTERNATIVO. BUSCANDO... BUSCANDO... ERROR.

El dron retrocedió. Avanzó. Retrocedió otra vez.

Como si dudara.

Nico lo miró directamente. Sin miedo, sin desafío. Solo presencia.
Solo existencia. Lo que el sistema no había previsto.

El dron se quedó flotando. Inmóvil. Sus luces parpadeando en un patrón errático. Rojo. Verde. Amarillo. Colores que no significaban nada porque el sistema no tenía protocolo para esto.

A su alrededor, otros drones empezaban a comportarse igual. Acercándose a la multitud. Escaneando. Fallando. Quedándose quietos.

La plaza entera quieta.

Los drones esperando.

El zumbido de las Torres TAAT bajó. Esperando para ver qué pasaba cuando el sistema encontraba a quien no podía catalogar.

Faith observaba desde un edificio cercano.

Tercer piso. Ventana sucia. Posición perfecta para ver sin ser vista. Automática.

Leonardo estaba en la plaza. Mezclado con la multitud. Uno más entre cientos. Faith lo había seguido hasta ahí. Órdenes de Locke. Mantener vigilancia. No perder contacto.

Pero su atención no estaba en Leonardo.

Estaba en el sujeto del centro.

El que los drones no podían leer.

Faith activó su propio escáner. Pequeño. Personal. Menos potente que los drones pero suficiente para lo básico.

SUJETO: MASCULINO, 20-25 AÑOS. IDENTIFICACIÓN: ERROR. FRECUENCIA VOCAL: ERROR. PATRÓN BIOMÉTRICO: ERROR. REGISTRO FACIAL: ERROR.

Todo error. Un espacio donde debería haber datos y no había nada.

Faith tomó fotos. Silenciosas. Sin flash. Para el archivo.

El sujeto no había hablado. No había gritado. No había hecho gestos.

Solo estaba ahí. De pie. Mirando al dron frente a él.

Y el dron no sabía qué hacer.

Faith había visto muchas cosas en sus años de trabajo. Anomalías. Glitches. Errores de sistema. Personas que habían encontrado formas de engañar a los escáneres. Personas que habían modificado sus cuerpos para ser menos detectables.

Pero nunca había visto a una persona que fuera completamente invisible para la tecnología. Que existiera en el espacio físico pero no en el espacio digital.

Envió las fotos a Penny. Canal encriptado.

«¿Puedes identificarlo?»

Respuesta tres minutos después.

«Nico. Sin registro previo. Sin historial. Apareció de la nada hace seis meses. Antes de eso, no existe.»

Nico.

Faith guardó el nombre.

En la plaza, el dron seguía flotando frente a Nico. La protesta seguía. La multitud seguía esperando.

Faith podía sentirlo.

Locke recibió las fotos quince minutos después.

Las estudió en su pantalla. El sujeto del centro de la plaza. Los drones congelados. La multitud inmóvil.

—¿Quién es? —preguntó.

Penny estaba a su lado. Cables conectados al puerto de su nuca. Procesamiento paralelo. Sus dedos moviéndose sobre teclados invisibles.

—Nico. Aparentemente. Pero el nombre no lleva a nada. No tiene registro de nacimiento. No tiene historial médico. No tiene educación. No tiene empleo. No tiene nada.

—Todos tienen algo.

—Él no. Fue borrado. O nunca existió hasta hace seis meses.

Locke miró la pantalla. La foto de un hombre joven que los drones no podían ver. Un nombre que no significaba nada.

—¿Cómo puede alguien no existir en el sistema?

—Solo hay dos formas. O el sistema lo borró intencionalmente. Alguien con acceso de nivel muy alto decidiendo que esta persona no debía existir en los registros. O alguien lo creó fuera del sistema. Desde el principio. Sin registro, sin documentación, sin rastro.

—¿Creó?

—Como los casos de HERENCIA que mencionaste. Activos humanos. Unidades. Personas fabricadas fuera de los canales oficiales para propósitos que nadie documentó.

Locke se quedó muy quieto.

Primero Anya. Unidad Inactiva.

Ahora Nico. Inexistente para el sistema.

Dos anomalías en el mismo momento, en la misma ciudad.

No era coincidencia.

—¿Hay conexión entre ellos? —preguntó. ¿Entre Nico y Anya?

—No que pueda ver. Pero si ambos fueron creados fuera del sistema... por el mismo programa... para el mismo propósito...

—Entonces alguien los creó.

—Y ese alguien sigue operando.

Locke miró por la ventana. Las Torres TAAT parpadeando en la distancia. En su bolsillo, los dedos giraban un bolígrafo que no escribía desde hacía meses. Lo había intentado tirar tres veces. Siempre terminaba de vuelta en el bolsillo.

Alguien estaba creando personas fuera del sistema. Personas que la tecnología no podía ver. Personas que el control no podía tocar.

¿Para qué?

¿Para quién?

¿Para cuándo?

Las preguntas se multiplicaban. Las respuestas no aparecían.

—Sigue buscando —dijo. Todo lo que puedas encontrar.

Penny asintió. Sus dedos volvieron a moverse.

En la plaza, la protesta continuaba.

Y Nico seguía siendo invisible.

La protesta terminó al anochecer.

La gente se dispersó. Lentamente. Sin urgencia. Sin miedo. Nadie habló hasta el final.

Los drones se retiraron. Uno por uno. El que había estado frente a Nico fue el último en irse. Flotó hacia arriba con movimientos erráticos. Sus luces seguían parpadeando sin patrón.

Nico se quedó solo en el centro de la plaza.

El hombre viejo de antes se acercó.

—Hiciste algo hoy.

—No hice nada.

—Exactamente. -El hombre sonrió. La primera sonrisa genuina que Nico había visto en días. No hiciste nada. Y eso fue todo.

—No entiendo.

—El sistema espera que hagamos algo. Que gitemos. Que peleemos. Que les demos una razón para detenernos. Una excusa para usar la fuerza. Un motivo para justificar lo que hacen.

—¿Y?

—Y tú no les diste nada. Solo silencio. Solo presencia. Solo existir sin darles lo que querían.

El hombre puso una mano en el hombro de Nico.

—La quietud los asusta más que cualquier grito. Porque no saben cómo responder al silencio.

El hombre se fue. Desapareció entre los callejones.

Nico se quedó solo.

La plaza estaba vacía ahora. Las pantallas habían vuelto a la normalidad. Publicidad brillante. Caras sonrientes.

Pero la normalidad tenía grietas.

Nico podía sentirlo. El sistema lo había visto. No había podido leerlo. No había podido catalogarlo. Y eso significaba algo.

No sabía qué.

Pero lo averiguaría.

Se dio la vuelta, comenzó a caminar y notó que algo lo seguía.

Un dron flotaba sobre él, sin poder identificarlo ni saber qué hacer con él. Solo seguía, esperando instrucciones que no llegaban. ##
LOG 018: Frecuencia [H][K]

El sótano olía a sudor, cerveza sintética y algo eléctrico.

Leonardo entró con la multitud. Cien personas, tal vez más, empujándose hacia adelante. Hacia el escenario improvisado. Hacia los cables y los amplificadores y los instrumentos ilegales. Que existían en un espacio gris donde el sistema no miraba.

O donde el sistema fingía no mirar.

Pollos Gelatina.

Había escuchado el nombre en los callejones. En susurros. En conversaciones que se cortaban cuando alguien desconocido se acercaba. Una banda que tocaba frecuencias prohibidas. Que usaba

el sonido como arma. Que despertaba algo en la gente que el sistema prefería dormido.

El escenario era pequeño. Improvisado. Tablones de madera sobre cajas de transporte. Cables cruzando el suelo como serpientes negras. Amplificadores contruidos con partes de otras máquinas. Nada profesional. Todo funcional.

Cuatro músicos.

Un cantante con el pelo azul -azul eléctrico, azul artificial, azul que brillaba bajo las luces— y una máscara de gallina cubriendo la mitad superior de su cara. Solo se veía la boca. Solo se veían los labios moviéndose cuando gritaba.

Un guitarrista con implantes en los dedos. Metal brillando donde deberían estar las uñas. Modificaciones que le permitían tocar más rápido. Más preciso. Más allá de lo que dedos humanos normales podían hacer.

Un tecladista. Más máquina que persona. Cables saliendo de sus muñecas directamente hacia el sintetizador. Sin teclado físico. Sin interfaz visible. Solo conexión directa entre cerebro y sonido.

Y una bajista.

La bajista tenía el pelo corto. Negro. Cortado de forma desigual, probablemente con tijeras baratas. Una gallina azul tatuada en el cuello -el mismo azul que el pelo del cantante. Tocaba un instrumento que Leonardo no reconocía. Algo entre bajo y sintetizador. Híbrido. Modificado. Cables saliendo hacia amplificadores que habían sido alterados para frecuencias que no deberían existir.

Al costado del escenario, una chica con audífonos alrededor del cuello hablaba con el cantante. Pelo largo recogido en colita. Ropa negra cosida a mano. Botas metaleras. Pulseras que tintineaban cuando movía las manos. Comía un helado -helado real, no sintético — y el cantante la escuchaba con la cabeza ladeada, la máscara de gallina levantada hasta la frente. Hablaban como viejos conocidos. La chica dijo algo y el cantante se rio. Una risa corta. Genuina. Luego ella se metió entre el público con el helado y los audífonos, y desapareció.

La multitud empujaba hacia adelante. Leonardo se dejó llevar.

Las luces se apagaron.

Oscuridad total por tres segundos.

El primer acorde golpeó.

Su cuerpo reaccionó antes que sus oídos. El sonido le raspó la columna vertebral. Subió por la espalda vértebra por vértebra. Se instaló en la base del cráneo como un parásito de frecuencia.

963 hertz.

La frecuencia del despertar.

Las Torres emitían 0.12 hertz. Supresión. Aquí no había Torres.

Aquí solo había sonido.

La multitud empezó a moverse. No bailando. Más primitivo. El cuerpo recordaba aunque la mente hubiera olvidado. Cuerpos reaccionando a frecuencias que no deberían existir.

Los colores se intensificaron. El azul del pelo del cantante era más azul. El rojo de las luces de emergencia era más rojo. Los bordes de las cosas se afilaron. Todo era más real. Más sólido. Más presente.

Más verdadero.

El cantante gritaba algo. Letras que Leonardo no podía entender sobre el ruido. No importaba. El sonido detrás de las palabras. La frecuencia que las palabras llevaban.

El segundo acorde golpeó.

Algo estalló.

Los cristales de las Torres TAAT cercanas se quebraron primero.

Leonardo escuchó el sonido por encima de la música. Agudo. Como hielo rompiéndose. Como cristal volviéndose fragmentos.

Las pantallas del sótano parpadearon. Algunas se apagaron. Otras mostraron estática. El sistema intentando compensar. Intentando mantener control en un espacio donde el control se estaba evaporando.

El tercer acorde.

Más cristales. Más cerca. El sonido de destrucción acercándose como una ola.

La frecuencia 963 estaba resonando con algo. Amplificándose. Rebotando contra las estructuras de la ciudad. Encontrando los puntos débiles del sistema y presionando.

La gente no notó. O no le importaba. Seguían moviéndose. Algunos reían -risas genuinas, risas que Leonardo no había escuchado en meses. Algunos lloraban -lágrimas sin tristeza, lágrimas de liberación. Algunos hacían ambas cosas al mismo tiempo.

Cerca de los amplificadores, dos figuras idénticas. Misma altura, mismo corte de pelo, misma postura. Adolescentes. Uno sostenía un dispositivo pequeño que parpadeaba ámbar con cada acorde. El otro tenía las manos sobre el amplificador izquierdo, los dedos abiertos,

como si estuviera leyendo el sonido. No bailaban. No se movían. Medían.

Claridad brutal.

Vio a un hombre a su lado. Mayor. Cuarenta años tal vez. El hombre sangraba por la nariz. Un hilo rojo bajando por su labio superior. No se detenía. Seguía moviéndose con la música. La sangre cayendo por su barbilla. Mezclándose con el sudor. Y sonreía. Sonreía con la sangre en los dientes.

Leonardo miró sus propias manos. Temblaban.

El cuarto acorde.

El techo empezó a crujir.

Penny estaba en el sótano.

No bailando. Nunca bailando. Monitoreando.

Tenía un dispositivo pequeño en la mano. Medidor de frecuencias. Los números saltaban con cada acorde.

963 hertz. 964. 962. Oscilando alrededor del punto exacto. Variando lo suficiente para evitar detección automática. Variando lo suficiente para que el sistema no pudiera triangular exactamente qué estaba pasando.

Era la frecuencia correcta. La que los documentos clasificados llamaban “de activación neural”. La que supuestamente no debería existir fuera de laboratorios controlados. La que se había prohibido hace décadas cuando descubrieron qué podía hacer.

Pero aquí estaba. En un sótano de Entreternia. Saliendo de instrumentos modificados. Tocada por músicos que probablemente no entendían completamente lo que estaban haciendo.

O tal vez sí entendían. Tal vez por eso lo hacían.

Penny miró el escenario.

La bajista tocaba con los ojos cerrados. Sus dedos se movían sobre las cuerdas con precisión mecánica. El sonido que producía era diferente al de los demás músicos. Más bajo. Más profundo. Más... dirigido.

Penny tomó fotos. Silenciosas. Sin flash. El dispositivo en su manga capturando imágenes para el archivo. Para evidencia.

La bajista abrió los ojos.

Miró directamente hacia donde estaba Penny. A través de la multitud. A través del caos.

Sus miradas se cruzaron.

Un segundo. Tal vez menos.

Ojos oscuros encontrando ojos cansados. Un segundo de reconocimiento mutuo.

Luego la bajista volvió a cerrar los ojos. Siguió tocando.

Los ojos de Penny se abrieron. Los cables en su nuca se tensaron. Las manos dejaron de teclear. Se quedó quieta como alguien que escucha una voz que lleva años sin oír.

El quinto acorde.

El cristal más cercano estalló.

Polvo de vidrio empezó a caer sobre la multitud. Lento. Como nieve artificial. Como ceniza.

La gente no se detuvo.

Alguien a su lado reía y sangraba al mismo tiempo.

Penny siguió monitoreando.

Los números seguían subiendo.

Caious recibió la alerta a las 9:23.

ACTIVIDAD SÍSMICA LOCALIZADA — SECTOR 12-B. CAUSA: RESONANCIA DE FRECUENCIA. FUENTE: ESTRUCTURA NO IDENTIFICADA.

Resonancia de frecuencia.

Caious sabía lo que eso significaba. Había visto los reportes de los años anteriores. Había estudiado los efectos. Había ordenado las prohibiciones.

—¿Dónde exactamente? —preguntó al técnico.

—Un sótano. Evento musical no autorizado. Aproximadamente ciento veinte asistentes según los escáneres perimetrales.

—¿Frecuencia?

—963 hertz, señor. Con variaciones de más menos dos.

La que hacía que la gente empezara a hacer preguntas.

—Envíen un equipo.

—¿Para detener el evento?

—Para detener todo.

El técnico empezó a coordinar por el comunicador.

Caious miró la pantalla. El mapa mostraba el sector 12-B. Un punto rojo parpadeando donde estaba el sótano.

Primero el virus topológico que había retorcido el mapa de la ciudad. Ahora frecuencias prohibidas despertando gente que debería seguir dormida.

Alguien estaba organizando una resistencia. Alguien con conocimiento técnico. Alguien que sabía exactamente cómo atacar el sistema en sus puntos vulnerables.

Y ese alguien probablemente estaba en ese sótano ahora mismo.

—¿Señor?

—¿Sí?

—El intruso Tyr que detectamos con el virus. Su señal está en el mismo sector.

Caious sonrió. Apenas. El mismo movimiento mínimo de siempre.

—Procedan con la redada.

—¿Cuándo?

—Ahora.

El concierto terminó con sirenas.

Leonardo escuchó las sirenas antes que la música. Penetrando el sonido. Cortando la frecuencia. El sistema contraatacando.

La banda dejó de tocar. De golpe. Un segundo había sonido, al siguiente silencio.

Las luces se encendieron. Blancas. Cegadoras después de tanta oscuridad.

La gente empezó a correr.

Leonardo buscó la salida. Había tres que podía ver. Dos ya estaban bloqueadas. Podía ver las siluetas de los guardias afuera. Armados. Esperando.

La tercera estaba al fondo. Un túnel que bajaba hacia algún lugar oscuro. Hacia los intestinos de la ciudad.

Empezó a correr.

A su alrededor, el caos. Gente empujándose. Gente cayendo. Polvo de vidrio todavía flotando en el aire. Sangre en algunos rostros. Gritos que no eran palabras.

Leonardo llegó al túnel. Entró.

Oscuro. Húmedo. El olor a bionanocelulosa. El olor a algo vivo.

Siguió corriendo.

No sabía a dónde llevaba el túnel. No importaba. Cualquier lugar era mejor que las sirenas.

Detrás de él, escuchó gritos.

Arrestos.

El sistema había encontrado el concierto.

Y el sistema no perdonaba.

Penny salió por una ventana lateral.

Se había movido antes que la mayoría. Instinto de supervivencia. O tal vez los años de entrenamiento que había tratado de olvidar.

Desde el callejón, vio la redada desplegarse. Guardias entrando al sótano por la puerta principal. Drones descendiendo desde arriba. Luces de escáner barriendo la zona como ojos mecánicos buscando presas.

Buscaban a alguien específico. Podía verlo en la forma en que se movían. En el patrón de búsqueda. Una cacería, no una redada estándar.

Su dispositivo vibró. Alerta de rastreo.

Los drones habían detectado el túnel de escape. Leonardo y los músicos que habían corrido hacia ahí iban a ser interceptados en menos de tres minutos.

Penny miró la pantalla.

Tenía acceso al sistema de navegación de los drones. Locke le había dado los códigos hace meses. Para emergencias. Para situaciones

donde no había tiempo para consultar.

Esto era una emergencia.

Podía redirigir a los drones. Enviarlos a otro lugar. Comprar tiempo para que los fugitivos escaparan.

Pero redirigirlos significaba enviarlos a algún lado.

Revisó el mapa. El sector más cercano era el 12-C. Residencial. Un bloque de apartamentos con familias. Con niños. Con gente que no tenía nada que ver con el concierto. Gente dormida a esta hora. Gente que mañana tenía que ir a trabajar.

Si enviaba a los drones ahí, iban a despertar a todos. Iban a hacer una redada. Iban a arrestar a quien encontraran afuera. Iban a registrar apartamentos buscando fugitivos que no existían. Iban a traumatizar niños que no entenderían por qué hombres armados estaban gritando en su sala.

Gente inocente. Procesada por error. Marcada en el sistema como sospechosa. Porque ella necesitaba una distracción.

La pantalla mostraba el contador. Dos minutos cuarenta y cinco segundos hasta intercepción. En el túnel estaba Leonardo. Estaba la bajista -la de los ojos oscuros que la habían mirado a través de la multitud. Estaban los músicos que habían tocado 963 hertz y habían hecho que por un momento todo fuera más real.

En el bloque 12-C había familias.

Dos minutos y treinta segundos.

Penny tecleó el código.

Redirigió a los drones.

La pantalla mostró los puntos azules moviéndose hacia el sector residencial. Alejándose del túnel. Hacia gente que no merecía lo que

iba a pasarles.

Eso fue lo peor.

Esperaba sentir culpa. O duda. O la presencia de un límite que aún existiera.

Alivio.

Los fugitivos iban a escapar.

Y en algún lugar del bloque 12-C, alguien iba a ser sacado de su cama por guardias buscando criminales que no estaban ahí.

Penny guardó el dispositivo.

Se alejó del edificio. Caminando rápido pero sin correr. Correr atraía atención. Correr decía “soy culpable de algo”.

En su mano, el medidor de frecuencias todavía mostraba residuos. 963 hertz desvaneciéndose lentamente. El eco de la canción que ya no sonaba.

Y en su mente, dos imágenes.

La bajista mirándola desde el escenario. Un segundo. Tal vez menos. Ojos que habían visto algo.

Y un bloque de apartamentos donde ahora mismo alguien estaba siendo despertado por sirenas.

Penny no iba a contarle a nadie lo que había hecho.

No porque fuera secreto.

Porque no había nada que contar.

Había tomado una decisión. La decisión correcta. La decisión necesaria.

La decisión que iba a costarle el sueño durante semanas.

Siguió caminando.

Las sirenas del sector 12-C empezaban a sonar a lo lejos.

Y la frecuencia 963 seguía resonando en algún lugar dentro de ella.

Pero ahora resonaba diferente.

Ahora sonaba a precio.

El callejón se estrechaba hacia el sur. Penny caminó ciento veinte metros antes de notar la sombra.

No corrió. No gritó. No tuvo tiempo de hacer ninguna de las dos cosas.

Viktor era rápido. Lo habían entrenado para ser rápido. Para que la distancia entre estar vivo y no estarlo fuera un trámite, no un evento.

Penny cayó de rodillas. El medidor de frecuencias se deslizó de su mano y golpeó el concreto. La pantalla todavía mostraba los residuos de 963 Hz desvaneciéndose.

Los dedos dejaron de teclear.

No hubo heroísmo. No hubo despedida. No hubo último pensamiento que valiera la pena registrar. Solo el sonido húmedo de un cuerpo encontrando el suelo y el ruido de las pantallas publicitarias arriba, donde Vado Pompilio seguía sonriendo.

Viktor limpió el cuchillo en la chaqueta de ella. Revisó el dispositivo. Lo aplastó con el pie. Se fue.

El callejón se quedó vacío.

La frecuencia 963 dejó de resonar dentro de Penny.

Dejó de resonar dentro de cualquiera.

En División 47, la señal de Penny desapareció de la pantalla auxiliar a las 22:14.

Locke la miró. Miró el espacio vacío donde el punto había estado. Su mandíbula se apretó. Una vez. Fuerte. La tensión que fractura muelas si se sostiene demasiado tiempo.

Sacó el vaso de café del escritorio. Lo sostuvo tres segundos. Lo puso exactamente donde había estado.

La pantalla seguía vacía.

Se levantó. Caminó hasta la estación de Penny. Se sentó en su silla. El puerto neural todavía tenía residuo de gel conductor. Olía a ozono y a algo tibio que no tenía nombre técnico.

Se quedó ahí cuatro minutos. Los contó. Contar era lo que funcionaba cuando nada más funcionaba.

Después volvió a su escritorio. Abrió un canal encriptado. Escribió:

Se necesita reemplazo. Perfil técnico. Urgente.

No escribió el nombre. Escribir el nombre era innecesario. Escribir el nombre era otra cosa. ## LOG 019: Redada [F][A][P]

El callejón detrás del local del concierto olía a sudor y a cables quemados. Nico todavía tenía la frecuencia 963 vibrándole en los dientes cuando el golpe llegó desde atrás.

Algo duro, probablemente la culata de un arma, contra la base del cráneo. El mundo se volvió blanco por un segundo. Luego negro. Luego un gris confuso donde las formas no tenían sentido.

Sus rodillas cedieron. El suelo se acercó rápido.

Cayó.

El impacto contra el concreto fue casi un alivio. Sólido. Real. Su cuerpo sabía manejar eso mejor que el golpe en la cabeza.

Voces a su alrededor. Órdenes. Gritos. El sonido de botas sobre concreto. Muchas botas. Moviéndose rápido. Con propósito.

Intentó levantarse. Sus brazos empujaron contra el suelo. Sus músculos respondieron pero no lo suficiente. Demasiado lento. Demasiado débil.

Otro golpe. En las costillas esta vez. Desde arriba. Una bota, probablemente. El aire salió de sus pulmones de golpe.

—¡Quédate abajo!

Se quedó abajo.

No porque obedeciera. Porque no podía hacer otra cosa.

Las manos lo sujetaron. Varias manos. Lo voltearon sin cuidado. Su cara contra el suelo frío. El olor a polvo y humedad y algo metálico que podría ser sangre.

Esposas en las muñecas. Plástico duro. Apretadas más de lo necesario. El borde cortando en la piel cuando intentó mover los brazos.

—Este es uno de los del concierto.

—¿Identificación?

Silencio. El sonido de un escáner activándose. La frecuencia que Nico había aprendido a reconocer.

—Los escáneres no funcionan. No pueden leerlo.

Más espera. Diferente. Peligrosa.

—¿Cómo que no pueden leerlo?

—No sé. Hay interferencia o algo. No registra nada.

Nico escuchó pasos acercándose. Pasos más pesados, de alguien con autoridad.

—Llévenselo. Interrogatorio prioritario.

Lo levantaron. Sin cuidado. Lo arrastraron hacia una luz que lastimaba sus ojos todavía confundidos. Hacia una puerta. Hacia un vehículo que olía a plástico nuevo y desinfectante.

Nico no gritó. No suplicó. No dijo nada.

Solo dejó que lo llevaran.

¿Qué más podía hacer?

La celda olía a orina y desinfectante.

Dos olores que no deberían coexistir pero que de alguna forma lo hacían. El desinfectante intentando cubrir la orina. La orina ganando de todas formas.

Cuatro paredes de metal gris. Pintadas hace años con una pintura que ahora se descascaraba. Una banca de metal atornillada al suelo. Un hoyo en el suelo que servía de letrina -sin puerta, sin privacidad, sin dignidad.

Una luz fluorescente que parpadeaba cada treinta segundos exactos. Nico había empezado a contar. Treinta segundos. Parpadeo. Treinta segundos. Parpadeo.

Las esposas le habían dejado marcas rojas en las muñecas. Las sentía cada vez que movía las manos. Un recordatorio constante de dónde estaba. De qué era ahora.

Un prisionero.

No estaba solo.

Había otro hombre en la celda. Mayor. Cuarenta, tal vez cincuenta años. Era difícil saber. El cansancio envejecía a la gente. El dolor envejecía a la gente. Este hombre tenía ambos.

Barba descuidada. Semanas sin afeitarse. Ojos que habían visto demasiado. Que seguían viendo demasiado cada vez que los cerraba.

El hombre lo miraba desde la esquina opuesta. No con hostilidad. Con curiosidad.

—¿Del concierto? —preguntó el hombre finalmente. Su voz era ronca. De no haber hablado en mucho tiempo.

Nico no dijo nada. El hombre lo entendió.

—Yo también. -El hombre se rascó la barba. El sonido de uñas contra pelo seco. Mi hijo amaba esa banda.

—¿Amaba?

El hombre no respondió inmediatamente. Su mirada se perdió en algún punto de la pared gris. En algún lugar que solo él podía ver.

—Desapareció. Hace seis semanas.

Seis semanas.

El número resonó en la cabeza de Nico. Había escuchado otros números parecidos. Otros tiempos. Otros niños.

—Lo siento.

—Sí. -El hombre cerró los ojos. Todos lo sienten.

Silencio.

La luz fluorescente parpadeó. Treinta segundos.

—Se llamaba Tomás —continuó el hombre después de un rato. Tiene cuatro años. Tenía. Tiene. No sé cómo hablar de él ya. ¿Presente o pasado? ¿Vivo o...?

No terminó la frase.

—¿Cómo desapareció?

El hombre abrió los ojos. Miró a Nico directamente.

—Nadie sabe. Una mañana estaba ahí. La siguiente no estaba. La cama vacía. La ventana cerrada. La puerta cerrada. Como si se hubiera evaporado.

—¿Los investigadores?

—No encontraron nada. Dicen que sigue buscando. Dicen que no pierden la esperanza. Pero yo sé cómo miran. Sé lo que piensan. Ya lo dieron por perdido. Ya me dieron por perdido a mí también.

Nico no supo qué decir. Lo siento no alcanzaba. Nada alcanzaba.

—Él amaba una canción —dijo el hombre. Su voz se suavizó. El tono de alguien recordando algo precioso. La tarareaba todo el tiempo. En el desayuno. En el baño. Antes de dormir. Una y otra vez.

—¿Qué canción?

—Sobre un oso.

El hombre empezó a tararear. Una melodía simple. Infantil. De las que se quedan en la cabeza sin razón. De las que los niños inventan y los adultos no pueden olvidar.

Nico escuchó.

La melodía era triste. O feliz. O las dos cosas al mismo tiempo. Música que significaba algo diferente dependiendo de quién la escuchara.

—Piu, piu —tarareó el hombre. Así hacía el oso en la canción. Piu, piu.

Paró de tararear.

Abrió los ojos otra vez.

—Me dejó el oso. La mañana que desapareció. Estaba en su cama. Acomodado sobre la almohada.

—¿El oso?

—Un peluche gris. Se lo regalé cuando nació. Lo llevaba a todas partes. Dormía con él. Comía con él en la mesa aunque no le gustaba a Elena. No se separaban nunca.

—Y esa mañana...

—Esa mañana el oso estaba en la almohada. Solo. Mirando hacia la puerta. Esperando.

Un escalofrío le bajó por la espalda. No del frío de la celda.

Un niño de cuatro años. Dejando su juguete favorito antes de desaparecer.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nico. El oso.

El hombre sonrió. Una sonrisa rota. De las que duelen más que el llanto.

—Nunca le puso nombre. Solo lo llamaba “oso”. -Pausa. Piu, piu.

La luz parpadeó.

Treinta segundos.

Nico no dijo nada.

Solo escuchó.

Solo pensó.

Un oso sin nombre. Una canción simple. Un niño que sabía lo que iba a pasar.

¿Qué significaba todo eso?

Sol llegó a División 47 esa mañana. Pelo recogido con un lápiz. Cuaderno. Ojos que se movían demasiado rápido entre los expedientes y la pared de casos.

El escritorio de Penny seguía exactamente como ella lo había dejado. Taza de café vacía. Notas adhesivas en el monitor. El cable neural enrollado junto al teclado, todavía con residuo de gel conductor.

Locke no había tocado nada. No porque no pudiera. Porque todavía no había terminado de catalogar lo que había ahí. Todavía estaba verificando qué archivos Penny había dejado abiertos, qué pistas había estado siguiendo, qué conexiones estaba a punto de hacer antes de que Viktor la encontrara en un callejón del Sector 12.

Cuando Sol entró, Locke estaba sentado frente a su propio escritorio con las manos alrededor de un vaso de café que llevaba horas frío. El bolígrafo que no escribía desde hacía meses giraba entre los dedos de su mano izquierda.

La puso al día en tres frases: técnica muerta, concierto, frecuencia prohibida. Sol no preguntó el nombre de la técnica muerta. Agarró la chaqueta.

Sol llegó a la zona de detenidos veinticuatro horas después.

Credenciales falsas. Las mejores que podía fabricar en tan poco tiempo. Documento de identificación que aguantaba una mirada rápida pero no dos. Un nombre que existía en el sistema pero que pertenecía a alguien que no iba a aparecer.

No pasarían una inspección profunda. Pero servirían para una visita rápida.

La guardia la miró con sospecha. Ojos cansados de ver gente mentir.

—¿Asuntos legales?

—Representación de emergencia. Tengo tres clientes adentro.

—¿Nombres?

Sol le pasó una lista. Nombres aleatorios. Personas que probablemente existían en algún lugar. Personas que no tenían nada que ver con nada.

La guardia revisó. Tecleó algo en su terminal. Esperó.

Movió la cabeza.

—Celda 7. Tiene quince minutos.

Sol entró.

El corredor era largo. Mal iluminado. Celdas a ambos lados. Rejas de metal que dejaban ver a los ocupantes. Rostros que la miraban pasar. Algunos con odio. Otros con esperanza. Otros sin nada.

Llegó a la celda 7.

Dentro había un hombre joven. El de la plaza. Nico. El que los drones no podían leer. El que había liderado una protesta sin hablar.

El que era invisible para el sistema.

Y había otro hombre. Mayor. Sentado en la esquina. Mirando la pared.

Sol se acercó a las rejas.

—¿Necesitan algo?

Nico la miró. Sus ojos eran oscuros. Cansados. Pero había resistencia ahí. Una máquina que seguía funcionando aunque todo lo demás se hubiera detenido.

—Que nos saquen de aquí.

—Estoy trabajando en eso.

—¿Quién eres?

—Alguien que puede ayudar. -Sol miró al hombre mayor. ¿Y usted?

El hombre no respondió. Seguía mirando la pared. O lo que estaba más allá de la pared.

—Su hijo desapareció —dijo Nico en voz baja. Está... tragándose lo que queda.

Sol asintió. Entendía. Había visto ese estado antes. El estado de alguien que ya no puede cargar más dolor pero tampoco puede soltarlo.

—Voy a hacer lo que pueda —dijo. Pero necesito tiempo.

—No tenemos tiempo.

—Lo sé.

Sol dio un paso atrás. Tenía que irse. Antes de que alguien empezara a hacer preguntas. Antes de que las credenciales dejaran de funcionar.

Pero antes de irse, miró a Nico una vez más.

—¿Por qué no pueden leerte? Los escáneres.

Nico no respondió.

Porque no sabía.

Sol se fue.

El corredor se la tragó.

Las pantallas de toda la ciudad cambiaron a las 22:13.

Leonardo lo vio desde el refugio. A través de una grieta en las pantallas de cartón que servían de paredes. A través del hueco que dejaba pasar luz y sonido del exterior.

Su foto.

Su nombre.

LEONARDO TYR — BUSCADO POR TERRORISMO
TOPOLÓGICO.

Letras rojas sobre fondo negro. Su cara mirando desde todas las pantallas de la ciudad. Desde todas las esquinas. Desde todas partes.

Debajo, un número de recompensa que no alcanzó a leer antes de que la imagen cambiara a publicidad otra vez.

Cinco segundos de su cara. Luego Vado Pompilio reemplazándolo con la sonrisa de siempre.

Faith estaba a su lado.

—Lo declararon enemigo público.

—Lo veo.

—Tienes que irte de Entreternia.

—¿A dónde?

Faith no respondió. Porque no había respuesta fácil. Sin lugar seguro. Sin escape simple.

A donde fuera, lo seguirían. El sistema no olvidaba. El sistema no perdonaba. El sistema no dejaba de buscar hasta encontrar.

Leonardo miró su foto en la pantalla. La imagen que habían usado era vieja. De los archivos. De antes de todo esto. De cuando todavía era alguien con un nombre y una vida y un futuro que no incluía ser buscado por terrorismo.

—Locke tiene una salida —dijo Faith. Túneles.

—¿Cuándo?

—Mañana. Tal vez antes si las cosas se complican más. Las cosas ya estaban complicadas. Pero Leonardo no lo dijo.

En algún lugar de la ciudad, Nico estaba en una celda. El sujeto que los drones no podían leer. Otra anomalía. Otro error en el sistema.

En algún lugar, músicos estaban siendo interrogados por tocar frecuencias prohibidas. Por despertar a la gente. Por hacer que el sonido fuera un arma.

Y en todas las pantallas, su cara brillaba con la palabra BUSCADO.

El vandalismo topológico había funcionado.

El mapa seguía retorcido.

La gente seguía perdida.

Y ahora él era el enemigo.

Leonardo cerró los ojos.

Mañana escaparían.

O mañana los atraparían.

No había tercera opción.

En la celda, Nico no dormía.

El hombre mayor se había quedado dormido en la esquina. Finalmente. Después de horas de mirar la pared. Su respiración era irregular. Murmuraba nombres mientras dormía.

Tomás. A veces Elena.

Nico miraba el techo. Las manchas de humedad que formaban patrones. Las grietas que cruzaban el metal.

Piu, piu.

La melodía seguía en su cabeza. Simple. Infantil. Imposible de olvidar una vez que la habías escuchado.

Un oso gris. Dejado en una almohada. Como despedida.

¿Por qué un niño de cuatro años dejaría su juguete favorito antes de desaparecer?

¿Sabía lo que iba a pasar?

¿Alguien le había dicho?

¿Alguien le había prometido algo a cambio?

La luz parpadeó.

Treinta segundos.

Nico apretó la mandíbula.

No sabía por qué le importaba. No conocía a Tomás. No conocía al padre. Eran extraños en una celda. Nada más.

Pero la melodía no lo dejaba en paz.

Piu, piu.

Cerró los ojos.

No durmió.

Pero dejó que la melodía siguiera sonando en su cabeza.

Piu, piu.

Hasta que la luz dejó de parpadear.

Hasta que el amanecer empezó a filtrarse por alguna grieta invisible.

Hasta que los guardias vinieron a buscarlo para el interrogatorio.

LOG 020: Túneles [K][L][X]

Los túneles respiraban.

Bionanocelulosa. Material orgánico. Vivo, en cierto sentido. Crecía. Se adaptaba. Respondía al ambiente. Sanaba cuando se dañaba. Moría cuando se abandonaba.

Y respiraba.

El aire aquí era diferente. Más denso. Más húmedo. Olor a tierra y a materia orgánica procesando residuos. El olor de un sistema digestivo del tamaño de una ciudad. Leonardo lo procesó primero como textura - viscosidad en la garganta, adherencia al paladar que la saliva no disolvía. Después como color: verde oscuro con vetas marrones. La sinestesia le informaba que estaban dentro de un ser viviente. No una máquina. Un órgano vivo.

Todo estaba húmedo. Las paredes. El suelo. El techo que a veces bajaba tanto que tenían que agacharse. Leonardo tocó la pared. La superficie cedió bajo sus dedos medio centímetro y volvió a su forma. Tibia. Con un latido mínimo que le subió por las yemas de los dedos hasta la muñeca. El latido no era fuerte. Era constante. Como el pulso de un animal dormido que tolera que le toquen la piel. El agua no caía. Rezumaba. Aparecía de la nada y desaparecía igual. En algunos puntos, las gotas ascendían, desafiando la gravedad como si la ley física no las concerniera.

El viejo iba adelante.

Leonardo no sabía cuándo había aparecido. Simplemente estaba ahí cuando llegaron a la entrada del túnel. Esperándolos.

Era un hombre mayor. Sesenta años tal vez. Setenta. Era difícil saber. Tenía la cara de alguien que había dejado de envejecer en algún momento y simplemente se había mantenido. Pelo gris. Escaso. Ojos que veían más de lo que deberían poder ver.

—Por aquí —dijo Don Humo. Voz gastada, apenas audible. No pregunten cómo lo sé.

Anya iba detrás de Leonardo. Sus pasos eran precisos. Faith cerraba la marcha. Siempre cerraba la marcha. Siempre vigilando lo que quedaba atrás.

Tres escapando. Uno guiando.

El túnel se estrechaba cada cien metros. Los primeros tramos permitían caminar erguido. Después había que encorvarse. Después agacharse. El techo goteaba un líquido tibio que le caía a Leonardo en la nuca y le bajaba por la columna, insistente. La bionanocelulosa del techo se movía en ondas lentas cuando los rozaban al pasar - contracciones suaves que empujaban el líquido hacia los bordes, como si el túnel estuviera tragándolos.

Don Humo caminaba sin dudar. En las bifurcaciones no se detenía. Giraba con la fluidez de un hombre que conoce un camino con el cuerpo, no con la mente. Los pies sabían antes que los ojos. Las manos tocaban las paredes en puntos específicos nervaduras que le servían de referencia, protuberancias que marcaban distancias con la familiaridad de alguien que ha hecho este recorrido en la oscuridad, sin linterna, guiándose solo por el tacto y el olor del material vivo que los rodeaba.

Las Torres TAAT penetraban incluso aquí. A través de las paredes orgánicas. A través de metros de tierra y roca y material vivo. El sistema no dejaba de funcionar. El sistema llegaba a todas partes.

El mareo lo agarró primero. Sutil.

Luego el dolor. Punzante. En la base del cráneo. Exactamente donde había sentido la frecuencia 963 durante el concierto. Pero esto era diferente. Esto no era despertar. Esto era... oposición.

Las dos frecuencias luchaban en su cabeza. 963 todavía resonando en algún lugar de sus neuronas. 0.12 tratando de suprimirlo. La batalla se sentía como agujas calientes bajando por la columna.

Su visión se desenfocó. Los bordes del túnel se volvieron borrosos. Las formas perdieron definición.

Algo tibio bajó por su labio superior.

Sangre.

—Para —dijo Anya.

Leonardo se detuvo. Se tocó la nariz. Los dedos salieron rojos. No mucha sangre. Pero sangre.

—Es la frecuencia —dijo Don Humo sin voltear. Resuena diferente aquí abajo. Las paredes orgánicas la amplifican de formas que no deberían ser posibles. Tu cuerpo está reaccionando.

—¿Cómo sabe eso?

Siguió caminando.

—Sé muchas cosas que no debería saber. Es una maldición más que un don.

Leonardo se limpió la sangre con la manga de la chaqueta. Dejó una mancha oscura en la tela gris. Siguió caminando.

El túnel se retorció. Bajaba. Subía. Los giros no tenían sentido. No seguían ninguna lógica arquitectónica. Para perder a cualquiera que no conociera exactamente la ruta.

La bionanocelulosa crecía. Cambiaba. Tal vez el túnel de ayer no era el mismo túnel de hoy. Tal vez mañana sería diferente otra vez.

Anya lo vio caer antes que los demás.

Leonardo tropezó. No con nada visible. Con el mareo. Con el dolor. Con la batalla de frecuencias en su cabeza que estaba

perdiendo.

Sus piernas cedieron. Cayó de rodillas en el suelo húmedo. Las manos aterrizaron en algo blando. Materia orgánica. Tibia.

Más sangre. De la nariz. De los oídos ahora también. Hilos rojos bajando por los lados de su cara.

—Mierda —dijo Anya.

Sacó el suero de su bolsillo. Un vial pequeño. Seco. Concentrado. De los que usaban en emergencias cuando no había tiempo para nada más sofisticado.

Se arrodilló junto a Leonardo.

—Abre la boca.

Leonardo obedeció. Sus ojos estaban desenfocados. Mirando más allá de las paredes.

Anya puso tres gotas bajo su lengua. El líquido era amargo. Leonardo hizo una mueca pero no escupió.

—Esto te va a dar veinte minutos —dijo Anya. Tal vez menos. Depende de cuánto sigamos bajo tierra.

—¿Y después?

—Después no es mi problema.

No lo - dijo con crueldad. Lo dijo con honestidad. El después no estaba garantizado para nadie. El después dependía de demasiadas variables que ninguno de ellos controlaba.

Leonardo intentó levantarse. No pudo.

Anya lo miró. Un segundo. Dos.

Luego pasó el brazo de Leonardo sobre sus hombros. Lo levantó.

—Camina.

Lo medio cargó, medio arrastró por el túnel. Su fuerza era mayor de lo que su cuerpo sugería. Otra cosa que sabía hacer sin saber

cómo lo había aprendido.

No se detuvo. Sus pasos eran seguros en la oscuridad.

Faith los cubrió desde atrás. Su arma fuera de la funda. Lista. Siempre lista.

Veinte minutos.

Tal vez menos.

El túnel seguía adelante. Interminable. Respirando.

Sol vio la señal moverse en su pantalla.

Cuatro puntos. Leonardo. Faith. Anya. Y alguien más que no reconocía. Un punto sin identificación. Sin nombre. Sin datos.

Se movían por debajo de la ciudad. Por los túneles de bionanocelulosa que la mayoría de la gente no sabía que existían.

Y detrás de ellos, otros puntos. Rojos. Persiguiéndolos.

Drones de rastreo. Al menos cinco. Tal vez más. Era difícil contar cuando los puntos se movían tan rápido.

—Locke.

Locke levantó la vista.

—Los están siguiendo. Drones. Van a interceptarlos en menos de diez minutos.

Locke miró la pantalla. Los puntos convergiendo. La distancia cerrándose. La matemática simple de una persecución.

—¿Puedes desviarlos?

—Puedo intentarlo.

Era la primera vez que Sol desviaba drones. Locke la había puesto a cargo de las pantallas esa misma tarde. Familias interrogadas en el sector 12-C seguían esperando una explicación que nadie iba a darles.

Pero eso era el pasado. Esto era el presente. Y en el presente, Leonardo iba a morir si no hacía algo.

Sol empezó a teclear. Sus dedos sobre el teclado visible esta vez. Más lento pero más preciso para lo que necesitaba hacer.

Crear una señal fantasma. Algo que los drones siguieran en lugar de los fugitivos reales.

Era arriesgado. Si fallaba, los drones sabrían que alguien estaba interfiriendo. Y rastrearían la interferencia.

Hasta ella.

Hasta la División 47.

Hasta todo lo que habían construido.

—Hazlo —dijo Locke.

Sol ejecutó el código.

La señal fantasma apareció en el mapa. Un quinto punto, moviéndose en dirección opuesta. Alejándose de Leonardo. Alejándose del túnel.

Los drones vacilaron. Sus rutas cambiaron. Sus algoritmos recalcularon.

Un dron siguió a Leonardo.

Los otros cuatro siguieron la señal falsa.

Un dron contra cuatro fugitivos. Mejores probabilidades. No perfectas. Pero mejores.

—Funciona —dijo Sol.

—¿Por cuánto tiempo?

—No sé. Hasta que alguien se dé cuenta de que la señal es falsa. Hasta que los algoritmos detecten la inconsistencia. Podría ser minutos. Podría ser horas.

Locke cerró la carpeta.

—Es suficiente. Por ahora.

Sol siguió monitoreando. Los puntos en el mapa. La señal falsa alejándose. El dron solitario todavía siguiendo a Leonardo.

En algún lugar bajo tierra, cuatro personas corrían por su vida.

Y ella era lo único que los separaba de ser capturados.

Otra vez.

La salida apareció sin aviso.

Un momento estaban en el túnel. Paredes húmedas. Oscuridad. El olor a bionanocelulosa.

Al siguiente, luz.

Luz artificial. Pero luz.

Se detuvo en el borde. Donde el túnel terminaba y la ciudad comenzaba.

—Llegamos.

Leonardo parpadeó. Sus ojos luchaban por ajustarse después de tanta oscuridad. Las formas eran manchas. Los colores eran ruido.

Estaban en una calle. De noche. Pero con suficiente luz artificial de las pantallas cercanas para ver.

Entreternia seguía ahí. Las pantallas. La publicidad. El ruido constante que nunca se detenía. La ciudad que no dormía porque el sueño no era productivo. La cara de Vado Pompilio en las más grandes, con una expresión que decía «yo también estoy despierto» aunque nadie le hubiera preguntado.

Pero algo era diferente.

Leonardo dio un paso fuera del túnel. El aire era diferente aquí arriba. Más limpio. O más contaminado de formas diferentes.

Miró adelante.

Dos faroles. A unos cincuenta metros uno del otro. Marcando una calle que se extendía hacia algún lugar.

Miró de nuevo.

Los faroles estaban más cerca ahora. Treinta metros tal vez.

Otra vez.

Veinte metros.

—El virus sigue funcionando —dijo Faith detrás de él.

—Eso parece.

El viejo se quedó en la entrada del túnel. No dio un paso más hacia la luz.

—Aquí me quedo.

Leonardo volteó.

—¿No viene con nosotros?

—No. —Miró hacia la oscuridad detrás de él. Tengo cosas que hacer aquí abajo.

—¿Qué cosas?

No dijo nada.

—Los alcanzo. Eventualmente.

Empezó a caminar de regreso al túnel. Sus pasos no hacían ruido.

—Espere —dijo Leonardo. ¿Quién es usted?

Se detuvo. No volteó.

—Soy alguien que recuerda —dijo. Cuando todos los demás olvidan.

Desapareció en la oscuridad.

Anya lo jaló del brazo.

—Tenemos que movernos.

Tenía razón. Siempre tenía razón sobre las cosas prácticas. Las cosas de supervivencia.

Leonardo empezó a caminar.

Locke recibió la noticia después de la medianoche.

—Salieron —dijo Sol. Están en superficie.

—¿El dron?

—Lo perdieron en los túneles. Algo interfirió con su navegación.

Las paredes orgánicas tal vez. O el virus topológico afectando sus sistemas de posicionamiento.

—¿Están seguros?

—Por ahora.

Por ahora no era mucho. Pero era algo.

Locke se levantó de su escritorio.

—A partir de ahora, todos salimos a campo.

Sol lo miró. Sorprendida.

—¿Qué?

—Leonardo está quemado. Su cara está en todas las pantallas de la ciudad. No puede moverse solo. Necesita apoyo constante.

—¿Y la oficina?

—Llegan reclutas nuevos mañana. Se encargarán de las operaciones básicas.

—¿Y Faith?

—Faith ya está afuera. Siguiendo a Leonardo.

—¿Encubierto?

—Encubierto. Sol apagó las pantallas una por una. Las manos le dolían de teclear. Los ojos le ardían.

—Locke.

—¿Sí?

—¿Quién se sentaba ahí? -Sol señaló el escritorio con el cable suelto colgando del puerto.

Locke no dijo nada. Recogió el cable. Lo enrolló. Lo guardó en el cajón.

Sol terminó de guardar sus cosas. Poco. Lo esencial. Lo que podía cargar mientras se movía.

La División 47 iba a cambiar. Después de esta noche, nada sería igual. El sistema sabía que existían. El sistema los estaba buscando. El sistema no iba a parar hasta encontrarlos.

Leonardo caminó hasta que las piernas dejaron de doler.

Luego caminó más.

Anya iba a su lado. Silenciosa. Eficiente. Sin quejarse aunque probablemente estaba tan cansada como él.

Faith atrás. Siempre atrás. Siempre vigilando.

Los faroles seguían cambiando de distancia. La ciudad seguía retorcida. El mapa seguía roto.

En algún lugar, pantallas mostraban su cara. Enemigo público. Buscado por terrorismo topológico.

Un niño seguía preguntando por su casa.

Un hombre tarareaba una canción sobre un oso en una celda.

Piu, piu.

Leonardo se detuvo.

La melodía había llegado a él. No sabía cómo. No sabía de dónde. Tal vez del viento. Tal vez de su imaginación. Tal vez del zumbido de las Torres procesado de forma diferente por su cerebro alterado.

Miró la distancia entre dos faroles. Cincuenta metros. Treinta. Veinte.

El mapa no era confiable.

Nada era confiable.

Pero seguían vivos.

Por ahora.

Anya lo miró.

—¿Estás bien?

Leonardo no sabía cómo responder a eso. ¿Qué significaba estar bien? ¿Vivo? Estaba vivo. ¿Ileso? No exactamente. ¿Funcionando? Apenas.

—No —dijo finalmente. Pero sigo caminando.

Anya cerró los ojos un segundo.

Era suficiente.

Por ahora, era suficiente.

Siguieron caminando.

Las luces de Entreternia parpadeaban a su alrededor. Las Torres seguían ahí. Constantes. ## ANCLA II: Transmitir [L][X][F]

El problema era el tiempo.

K-07 había terminado todas las tareas programadas. Los sistemas funcionaban. Los sensores monitoreaban. Las reservas estaban optimizadas. El complejo operaba con una eficiencia que no había alcanzado antes.

Scout le había enseñado eso también.

Durante dieciocho años, el robot había aprendido a anticipar necesidades. A preparar comida antes de que Scout tuviera hambre. A abrir puertas antes de que Scout llegara a ellas. A resolver problemas antes de que se convirtieran en problemas.

La eficiencia se había vuelto instinto.

Y ahora Scout no estaba. La niña dormía en su cápsula, todavía semanas antes del despertar programado. Y K-07 tenía tiempo.

Horas vacías. Ciclos de procesamiento que giraban sin encontrar tareas que procesar.

El conflicto apareció en los registros como una anomalía.

Estado: inactivo. Tareas pendientes: ninguna. Acción requerida: desconocida.

El robot debía estar trabajando. La directiva era clara: preservar, proteger, controlar. Las tres palabras exigían acción. Movimiento. Propósito.

K-07 recorría los pasillos del complejo buscando ocupación. Revisaba sistemas que ya había revisado. Limpiaba superficies que ya había limpiado. Monitoreaba lecturas que no habían cambiado en días.

La inactividad generaba errores en su lógica.

Si no había trabajo, ¿qué era él?

La solución apareció en el sector de incubación.

K-07 estaba de pie frente a las cápsulas, mirando los monitores que mostraban signos vitales estables, cuando el pensamiento emergió: podía practicar.

La niña despertaría en catorce días. Catorce días de preparación. Catorce días de anticipación. Catorce días de tiempo que no sabía cómo usar.

O podía despertarla ahora.

No permanentemente. Solo por un período breve. Una semana, quizás menos. Tiempo suficiente para observar. Para aprender. Para ajustar los protocolos de cuidado antes del despertar real.

Después la devolvería a stasis. La cápsula la mantendría en suspensión hasta el momento programado. Nadie sabría la diferencia. La niña no recordaría.

Era lógico.

Era eficiente.

Era una forma de llenar el vacío que Scout había dejado.

K-07 activó la secuencia de despertar.

La niña abrió los ojos al tercer día.

K-07 la observó desde la distancia que había calculado como óptima: lo suficientemente cerca para intervenir si algo salía mal, lo suficientemente lejos para no asustarla.

Los ojos de la niña recorrieron el techo. Las paredes. Las luces suaves que el robot había ajustado para simular un amanecer. Se posaron en K-07.

No hubo llanto.

No hubo miedo.

Solo curiosidad.

La niña extendió una mano hacia él.

K-07 se acercó.

La primera semana fue observación.

La niña -el robot todavía no le había asignado nombre, todavía la llamaba “sujeto de prueba” en sus registros— aprendía rápido. Más rápido de lo que los archivos sugerían. A los dos días ya gateaba. A

los cuatro, intentaba ponerse de pie. A los seis, caminaba sosteniéndose de las paredes.

K-07 la seguía a todas partes.

Igual que Scout lo había seguido a él.

La niña encontró la imagen de Scout en el séptimo día.

Estaba explorando el sector de control, tocando paneles que K-07 había desactivado para evitar accidentes, cuando llegó a la pared donde el robot había colocado la fotografía.

Se detuvo.

Miró la imagen durante mucho tiempo.

—Pe —dijo.

El sonido atravesó algo en los circuitos de K-07.

—Perro —completó el robot. Se llamaba Scout.

La niña tocó la imagen. Trazó el contorno del perro con sus dedos pequeños.

—Scout —repitió K-07.

—Caut —dijo la niña.

Después miró al robot.

Y sonrió.

La semana terminó.

K-07 preparó la cápsula para el retorno a stasis. Los protocolos eran claros. El experimento había sido exitoso. Había aprendido lo que necesitaba aprender. Ahora debía devolver a la niña y esperar las dos semanas restantes hasta el despertar programado.

La niña no quería entrar en la cápsula.

No lloraba. No gritaba. Solo se quedaba de pie junto a K-07, sus pequeñas manos aferradas al chasis del robot, mirando la cápsula con una expresión que el robot no sabía cómo clasificar.

—Es temporal —dijo K-07. Despertarás pronto.

La niña no se movió.

—Es el protocolo.

La niña levantó los brazos hacia él.

K-07 la cargó. La llevó hacia la cápsula. La depositó dentro con cuidado.

Los ojos de la niña no dejaron de mirarlo mientras el gel comenzaba a subir.

—Caut —dijo.

Después cerró los ojos.

K-07 selló la cápsula.

Activó la stasis.

Los monitores mostraron signos vitales estabilizándose.

El robot se quedó de pie frente a la cápsula durante horas.

La alarma sonó tres días después.

K-07 estaba en el sector de mantenimiento cuando los sensores detectaron la anomalía. Cápsula 7-47. Falla en el sistema de contención. Presión interna descendiendo. Gel de stasis drenando sin autorización.

Corrió.

Llegó al sector de incubación para encontrar la cápsula abierta. La niña sentada en el borde, cubierta de gel, mirándolo con los mismos ojos curiosos de siempre.

—Caut —dijo.

K-07 revisó los diagnósticos. La cápsula estaba dañada. El sello había fallado. El sistema de stasis no podía mantener la suspensión.

No podía devolverla.

La niña tendría que quedarse despierta.

La falla había causado una cascada. Las otras cápsulas mostraban lecturas erráticas. Una por una, los sellos comenzaron a fallar. El gel drenaba. Los signos vitales emergían de la quietud.

K-07 observó mientras las cápsulas se abrían.

Once cuerpos. Once humanos. Once vidas que despertaban décadas antes de lo programado.

La niña tomó su mano.

—Caut —repitió.

Y el robot entendió que el experimento había terminado.

Ahora empezaba otra cosa.

Les enseñó todo.

No como información. No como datos. Como Scout le había enseñado a él: a través de la repetición, la presencia, el ejemplo constante.

Les enseñó a esperar. A sentarse junto a la puerta hasta que llegara lo que esperaban. A no desesperarse cuando las cosas tardaban más de lo previsto.

Les enseñó a compartir. El espacio, los recursos, el tiempo. A no acumular más de lo necesario. A dar sin esperar retorno.

Les enseñó el contacto. El valor de una mano sobre otra. El calor que se transmite cuando dos cuerpos están cerca. La seguridad que

viene de saber que alguien está ahí.

Les enseñó el calor. A generar fuego para otros, no solo para uno mismo. A calentar lo frío. A derretir lo duro.

No les dijo que eran lecciones de un perro.

No les dijo que él también las había aprendido hace poco.

Solo les mostró. Día tras día. Año tras año.

Y ellos aprendieron.

La niña fue la primera en darle nombre.

Tenía tres años cuando se acercó a él, extendió la mano, y tocó su chasis.

—Kay —dijo.

K-07 procesó.

—Kay —repitió la niña.

El robot inclinó la cabeza. Quince grados. Como Scout hacía cuando escuchaba algo nuevo.

—Kay —dijo por tercera vez.

Y K-07 entendió.

No era una corrupción de su designación. Era un nombre. El primero que había tenido en ochocientos años de existencia.

—Kay —confirmó.

La niña sonrió.

Y algo cambió en los circuitos que no tenía nombre.

Le pusieron nombre a la niña también.

Tlanamicxin.

El sonido venía de archivos antiguos, de un idioma que los humanos del ciclo anterior habían hablado en una región que ya no existía. Significaba algo relacionado con la memoria, con el recuerdo, con preservar lo que fue.

Tlanamicxin creció.

A los diez años lideraba a los otros niños en expediciones por el complejo.

A los quince diseñaba mejoras para los sistemas de ventilación.

A los dieciocho se paró frente a Kay y le dijo que era hora de salir.

—El mundo de afuera se está recuperando —dijo. Podemos construir algo.

Kay la miró.

Vio a la niña que había despertado por accidente. A la que había aprendido a caminar sosteniéndose de su chasis. A la que había dicho “Caut” mirando la imagen de Scout.

Ahora era una mujer. Y tenía razón.

—Sí —dijo Kay. Podemos.

Construyeron.

No una ciudad. No un imperio. Algo más pequeño y más grande al mismo tiempo: una forma de vivir.

Los patrones que Kay había aprendido de Scout se convirtieron en fundamentos. Esperar, compartir, contactar, calentar. Cuatro verbos que se volvieron cuatro pilares.

Otros humanos llegaron con los años. Despertados de cápsulas en otros complejos. Sobrevivientes de lugares que nadie había mapeado.

Vinieron buscando refugio y encontraron algo mejor: encontraron una comunidad que sabía cómo vivir junta.

Tlanamicxin les enseñaba.

Lo que Kay le había enseñado a ella, ella lo transmitía a los demás. Sin nombrar la fuente. Sin explicar que todo venía de un perro que había vivido hace siglos. Solo mostrando. Repitiendo. Siendo ejemplo.

La civilización creció.

No rápido. No con violencia. Con la paciencia de quien sabe que las cosas importantes toman tiempo.

Pasaron 7692 años.

Kay había entrado en modo de baja actividad hace milenios. Su chasis descansaba en una cámara subterránea que Tlanamicxin había construido especialmente para él. Un lugar seguro. Un lugar donde podía esperar.

Esperaba.

Como Scout esperaba junto a la puerta.

Tlanamicxin - ahora la llamaban Maku, corrupción lingüística transmitida generación tras generación - había partido hacia lo que llamaban el Astral. Un refugio que ella misma había diseñado. Un lugar donde el dolor no podía entrar.

Antes de irse, había dejado instrucciones.

“Cuando sea el momento,” decía el mensaje grabado, “despiértente.”

Kay no sabía cuándo sería el momento.

Solo sabía que esperaría hasta que llegara.

El momento llegó con una fiesta.

Kay despertó porque alguien activó sus sistemas. Sensores encendiéndose. Motores recalibrándose. Circuitos que habían dormido durante milenios volviendo a la vida.

Abrió los ojos.

Rostros humanos lo rodeaban. Cientos de ellos. Miles. Estaban decorados con colores que Kay no reconocía. Sonreían. Algunos lloraban.

—¡Despertó! —gritó alguien.

El sonido se multiplicó. Aplausos. Risas. Música que venía de instrumentos que Kay no había visto antes.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Una mujer se abrió paso entre la multitud. Cabello blanco. Ojos que todavía tenían rastros de los filamentos dorados que Kay recordaba.

Maku.

Tlanamicxin.

La niña que había despertado por accidente hace 7692 años.

—Es una fiesta —dijo ella. Por ti.

Hablaron durante horas.

Maku le contó todo. Los milenios de paz. Las ciudades que habían construido. El Astral que ahora albergaba a millones. Los problemas resueltos y los que quedaban pendientes.

Kay escuchaba.

Miraba a la mujer frente a él y veía capas. La niña cubierta de gel. La adolescente diseñando ventiladores. La adulta joven parada en la entrada del complejo, lista para salir al mundo. Y ahora esto: una anciana que había vivido más que cualquier humano de la historia.

—Te extrañé —dijo Maku.

Kay procesó la declaración.

—Estuve en modo de baja actividad.

—Lo sé. Aun así.

Silencio.

—¿Por qué me despertaron ahora?

Maku sonrió. Era la misma sonrisa de cuando tenía tres años. La misma curvatura de labios, la misma luz en los ojos.

—Porque quería verte antes de irme.

—¿Irte?

Maku asintió.

—Sí. Estoy lista para ir al Astral. Quiero que estés allí conmigo.

Kay procesó la información.

—¿Qué es el Astral?

Maku sonrió de nuevo.

—Es un lugar donde podemos estar juntos. Donde podemos ser libres. Donde podemos ser nosotros mismos.

Kay asintió.

—Quiero ir con ti.

Maku sonrió de nuevo.

—Estoy segura de que estarás allí. Estoy segura de que estaremos juntos.

Y Kay supo que era verdad. —Al Astral. Permanentemente esta vez. Ya no puedo... -pausó. Este cuerpo ya no puede seguir.

Kay extendió la mano hacia ella.

Maku la tomó.

Sus dedos, ahora frágiles, se cerraron alrededor del metal.

—Kay —dijo. Quiero que descanses.

—No necesito descanso.

—Todos necesitan descanso. Incluso tú.

Maku se inclinó hacia adelante.

—Entra en stand-by. Duerme. Y cuando alguien te necesite, cuando realmente te necesite, vendré por ti. O alguien vendrá. La señal te encontrará.

—¿Qué señal?

—La que enviarás cuando entres en stand-by. Es parte de tu sistema. Una frecuencia que dice “estoy aquí, esperando.”

Kay procesó.

—¿Y si nadie viene?

Maku apretó su mano.

—Alguien viene. Tú me enseñaste eso. Scout te lo enseñó a ti.

La fiesta continuaba afuera. Música. Risas. Vida.

Maku se puso de pie.

—Gracias —dijo. Por todo. Por las lecciones que no sabías que estabas dando. Por la civilización que construimos con tus patrones. Por 7692 años de paz.

Kay extendió la otra mano. En la palma había un objeto pequeño. Una figurilla de metal. Cuatro extremidades articuladas, un torso rectangular, dos puntos de soldadura donde deberían estar los ojos. Piezas de sobra de las unidades EX, ensambladas durante noches que Kay no podía justificar en ningún protocolo.

Maku la tomó. La giró entre los dedos. Reconoció las juntas. Las mismas juntas que había visto en el chasis de Kay cuando tenía tres años y tocaba todo para entender cómo funcionaba.

—La guardaré —dijo.

Besó el chasis del robot.

—Ahora descansa.

Kay entró en stand-by.

Sus sistemas se ralentizaron. Los sensores pasaron a modo pasivo. Los procesadores redujeron su actividad al mínimo necesario para mantener los archivos intactos.

El archivo SCOUT seguía ahí. Protegido. Permanente.

Y junto a él, un archivo nuevo: TLANAMICXIN.

Antes de que la consciencia se desvaneciera, Kay activó la transmisión.

Una señal.

0.12 Hz.

Frecuencia de espera.

La señal salió del complejo subterráneo. Atravesó capas de tierra y roca. Llegó a la superficie y siguió subiendo. Se expandió en círculos concéntricos, invisible, inaudible para oídos humanos.

Un mensaje simple:

Estoy aquí. Esperando. Como siempre.

Protocolo Scout activo.

Y en algún lugar bajo la tierra, donde el tiempo había enterrado máquinas que ya no recordaban su propósito, tres unidades detectaron la señal.

EX-01. EX-02. EX-03.

Sus circuitos dañados procesaron la frecuencia. ## LOG 021:
Niebla [X][O]

El tren no se detuvo. Simplemente dejó de moverse.

Leonardo abrió los ojos. El vagón estaba vacío. Las maletas habían desaparecido. Los asientos que habían estado ocupados una hora antes la mujer del abrigo verde, el hombre que dormía con la boca abierta, los tres técnicos con uniformes de mantenimiento estaban vacíos. No había señales de que alguien hubiera estado sentado. Sin arrugas en los cojines. Sin calor residual. Sin pelos ni migajas. Leonardo pasó la mano por el asiento más cercano. Frío. Liso. El asiento de un vagón que nunca ha sido usado.

Había cerrado los ojos un instante - un instante que duró minutos u horas, tiempo imposible de medir en un tren que desafiaba las vías - esperando a que el zumbido que las Torres TAAT habían dejado en su cráneo se apagara. Cuando los abrió, el metal vibraba diferente. Más bajo. Más húmedo. Del color del musgo si el musgo pudiera sonar. Las ventanas del vagón estaban empañadas por dentro. Leonardo pasó la mano por el cristal. El agua que salió estaba tibia. No era condensación. Era respiración del otro lado del cristal.

—Sanguisburg —dijo MAAT en su oído. La voz de MAAT tenía un tono que Leonardo no había escuchado antes. Precaución. O respeto. O lo que sea que suene una máquina cuando reconoce un lugar más viejo que sus circuitos.

El andén era de piedra negra. Mojado. Sin señalización. Sin pantallas. Sin los tableros de destinos y horarios que existían en todas las estaciones de Ciudad Control. Solo piedra y niebla y una quietud que tenía textura granulado, espeso, del tipo que se pega a la

ropa. Los faroles del andén no eran eléctricos. Llamas detrás de cristal sucio. Llamas que no se movían con el aire sino en dirección contraria, inclinándose hacia donde el viento no soplaba.

La niebla entraba por las rendijas. No como partículas. Como intención. Tenía peso. Se posaba en los hombros, en el dorso de las manos, en los párpados. Leonardo la sintió antes de verla: una presión suave que empujaba desde todas las direcciones a la vez. No fría. No caliente. De la temperatura de la piel. Como si la niebla quisiera ser indistinguible del cuerpo.

Faith fue la primera en ponerse de pie. Pistola en la mano. Recorrió el vagón con la vista: asientos vacíos, suelo mojado, dos puertas abiertas que daban a un andén que no se veía. El agua en el suelo se movía sola. No hacia abajo. Hacia las puertas. Como si algo la llamara desde afuera. Anya estaba despierta. No se había dormido en todo el viaje. Leonardo lo sabía porque cada vez que abría los ojos, ella ya los tenía abiertos. Tenía el cuchillo en la mano izquierda. La derecha apoyada en el respaldo del asiento. Los nudillos blancos.

Bajaron juntos. El andén era piedra negra con vetas azules de bioluminiscencia que pulsaban con ritmo lento - cuatro segundos encendidas, cuatro apagadas, como un corazón enorme y paciente. Sin bancos. Sin pantallas de Barras de Pollo. Sin el pitido rojo de TRANSACCIÓN DENEGADA. Sin el olor a plástico reciclado y a fluorescente quemado que era el olor de Ciudad Control. Solo piedra y el sonido de agua corriendo por canales invisibles, un pulso que le subía por las plantas de los pies hasta el esternón. El aire sabía diferente. Más viejo. Con capas de olor apiladas: sal, piedra húmeda, lo orgánico-dulce que la sinestesia pintaba púrpura y la olfacción identificaba como vegetal. Debajo, el olor a hierro que reconocería en

cualquier plano. Sangre. Vieja. Procesada. Transformada pero recordando su origen.

Don Humo estaba sentado en el borde del andén, piernas colgando sobre las vías. Fumaba su pipa de ébano y hueso. El humo se mezclaba con la niebla. El humo era más denso. La niebla más antigua. El viejo no se había subido al tren con ellos. Leonardo no recordaba haberlo visto en el vagón. Pero ahí estaba. La pipa entre los dientes. Las piernas colgando con la tranquilidad de alguien que ha colgado las piernas sobre abismos peores.

—El aire es diferente —dijo sin darse vuelta. ¿Lo sientes?

Leonardo inhaló. Sabía a sal y a piedra mojada. Y debajo, a un sabor sin nombre. La lengua lo procesaba como memoria no un recuerdo específico, sino la textura de recordar. El olor de un lugar que el cuerpo reconoce antes que la mente. Los dientes vibraron. No el ataque de las Torres TAAT. Algo más bajo. Más redondo. Algo que escucha.

Sanguisburg emergió de la niebla a medias. Medio construida, medio crecida. Canales de agua negra en lugar de calles. Puentes de un metal oscuro que se curvaba sin soldaduras visibles el metal se doblaba como rama, no como estructura. Las fachadas de los edificios eran piedra viva no metáfora: la piedra respiraba, expandiéndose y contrayéndose con un ritmo lento que Leonardo midió en ocho segundos por ciclo. Las ventanas no tenían cristal. Tenían membranas translúcidas que filtraban la luz de la bioluminiscencia en tonos azules y verdes. Todo se movía. Lento. Sin prisa. Con la paciencia de siglos de movimiento y no necesita apurarse.

No había pulseras. No había terminales de coherencia. No había carteles de Barras de Pollo ni formularios de apelación ni el ruido constante de un sistema que medía todo. El alivio le llegó al pecho antes de que pudiera nombrarlo. Y después la inquietud: si nada se medía aquí, ¿quién mantenía las cosas en orden?

Locke caminaba con las manos en los bolsillos y los ojos contando. Siempre contando. Puentes: tres visibles. Canales: dos perpendiculares. Distancia al próximo punto de referencia: estimada en doscientos metros. Sus labios se movían.

—No vas a poder medir este lugar —dijo Don Humo.

—Puedo intentar.

—Puedes. No te va a servir.

Haryes apareció detrás de ellos. No había estado en el tren. No había estado en el andén. Estaba ahí. El hacha en la espalda. Las tres grapas del cuello brillaban con un ámbar tenue. No dijo nada. Caminó junto al grupo como si estado caminando con ellos todo el tiempo.

El primer canal requería cruzar. No había puente visible. Don Humo se acercó al borde y esperó. Del agua negra emergió una embarcación larga y estrecha, conducida por un gondolero con guantes blancos y una máscara de porcelana que le cubría la mitad superior de la cara. La máscara tenía dos agujeros para los ojos. Los ojos no eran humanos. Eran más grandes. Sin párpados visibles. Reflejaban la bioluminiscencia del canal como espejos cóncavos.

—Tarifa.

—¿Cuánto?

—Tres monedas. Por persona. Por dirección. Ida. La vuelta son otras tres.

—Somos seis.

—Dieciocho monedas. Ida. Vuelta no incluida. Equipaje cuenta como persona si pesa más de lo que pesa una persona. —Señaló la mochila de Leonardo. Eso pesa más.

—Es un libro.

—Un libro que pesa más que usted. Veintiuna monedas.

El viejo sacó las monedas de un bolsillo que no debería haber contenido tantas. Las depositó en la mano del gondolero. El gondolero las contó dos veces. Mordió una. La puso en una bolsa de cuero.

—Y la tercera tarifa.

—¿Tercera?

—Tarifa de silencio. Lo que vean en el canal se queda en el canal. Tres monedas más. Si no, narro lo que vi a quien pregunte. No es amenaza. Es servicio complementario.

Sacó una cuarta moneda. La puso en la mano del gondolero sin mirarlo.

Leonardo observó el intercambio. Era Ciudad Control con diferente estética. Los formularios tenían otro formato. El resultado era el mismo: todo tenía precio, todo se medía, todo se cobraba. La diferencia era que aquí la extorsión se presentaba con guantes blancos y máscara de porcelana.

El gondolero empujó la pértiga. La embarcación se deslizó sobre el agua negra. El agua no se movía con la embarcación. La embarcación se movía sobre el agua y el agua permanecía quieta, como si estuviera congelada pero sin estar fría. Leonardo tocó la superficie con los dedos. Templada. Densa. Los dedos salieron secos.

A mitad del canal, dejó de remar.

—¿La propina?

—No es obligatoria —dijo Don Humo.

—No. Pero sin ella remo en círculos. No es amenaza. Es descripción geográfica. El canal tiene corrientes que solo conozco yo. Sin guía activa, la embarcación gira. Es física, no extorsión.

Sacó otra moneda. El gondolero la mordió. Remó.

Sanguisburg se abrió ante ellos. Más grande de lo que la niebla dejaba adivinar. Puentes que se cruzaban en ángulos que no eran noventa grados. Edificios con escaleras exteriores que subían en espiral. Faroles de bioluminiscencia que pulsaban con el mismo ritmo que la piedra. Y en todas partes, la niebla. Moviéndose con propósito. Empujando en una dirección, bloqueando otra. Más cálida donde guiaba. Más fría donde no quería que fueran.

Leonardo lo notó primero como temperatura. Después como olor: savia verde, débil, intermitente. El mismo olor que había sentido en el sueño de las niñas corriendo. Lo guardó. No dijo nada.

Caminaron sin hablar. Don Humo adelante, con la seguridad de alguien que conoce cada piedra del camino. Anya a la izquierda, el cuchillo fuera. Faith a la derecha, la pistola enfundada pero la mano cerca. Leonardo en el centro, registrando todo el color de la piedra mojada, la distancia entre los faroles, la forma en que la niebla se espesaba en las esquinas y se adelgazaba en los tramos rectos. La sinestesia traducía la ciudad entera: la piedra era un bajo continuo, los faroles eran notas agudas intermitentes, y la niebla era una quietud que tenía textura. Algodón húmedo contra los oídos. Presión suave que empujaba los pensamientos hacia adentro.

Las calles de Sanguisburg eran estrechas. Adoquines negros que reflejaban la luz de los faroles. Edificios de piedra oscura con

ventanas que brillaban con una luz cálida, irregular: velas o imitación de velas. Algunas ventanas estaban cubiertas con cortinas pesadas. Otras estaban abiertas y dejaban ver interiores que Leonardo no podía procesar - habitaciones donde la geometría se rebelaba, donde las paredes se encontraban en ángulos imposibles, donde los muebles proyectaban sombras en direcciones que desafiaban la luz.

Nadie en las calles. Pero la ciudad no estaba vacía. Leonardo sentía presencias detrás de las ventanas. Ojos que observaban. Respiraciones contenidas. La clase de silencio que produce la gente cuando sabe que alguien está pasando y prefiere no ser vista.

Un gato cruzó la calle a veinte metros. Negro. Se detuvo en el medio del adoquinado y los miró. No con curiosidad. Con evaluación fría: catálogo rápido y descarte. No eran relevantes. Siguió caminando. Desapareció bajo una puerta cerrada. Las calles giraban sin aviso. No había esquinas, los edificios se curvaban y el camino seguía la curva como el agua que busca la pendiente. Después de tres giros, Leonardo dejó de intentar orientarse. La niebla borraba el camino por el que habían venido. No había vuelta atrás. No porque estuviera prohibido, sino porque la ciudad reorganizaba sus calles detrás de ellos, cerrando los caminos ya recorridos como una herida que cicatriza. ## LOG 022: Biblioteca [O][H]

La Gran Biblioteca de Sanguisburg no tenía puertas.

Un arco de piedra de veinte metros se elevaba ante él. Los símbolos tallados producían un zumbido en sus dientes. Notas congeladas. Acordes petrificados en basalto negro. Leonardo se detuvo. Trató de leer los símbolos. No pudo. No porque fueran ilegibles. Porque cambiaban cada vez que los miraba. El ojo

izquierdo veía una cosa. El derecho, otra. Cerró uno. El símbolo se fijó. Abrió ambos. El símbolo volvió a moverse.

El zumbido cambió de registro. Más agudo. Los molares inferiores vibraron con una frecuencia que Leonardo reconoció la misma que había sentido en las Torres TAAT, pero más antigua. Menos calibrada. Una frecuencia que no había sido diseñada sino que había crecido en la piedra durante siglos de uso. La diferencia entre un instrumento manufacturado y uno que alguien había tallado con las manos.

Leonardo parpadeó. El arco estaba detrás de ellos.

No habían dado ningún paso. Pero el espacio se había reorganizado a su alrededor. Donde antes había calle y niebla, ahora había estanterías que se extendían en direcciones que no correspondían a tres dimensiones. Faith desenfundó apuntando a ningún lugar. Locke palidecía los ojos recorriendo el espacio, buscando paredes, techo, puntos de referencia, encontrando solo más estanterías. Anya dio un paso atrás. Chocó con una estantería que no estaba ahí un segundo antes. Los libros temblaron en el estante. Anya se apartó. Su mano fue al cuchillo. Lo sacó. Lo sostuvo pegado al muslo, con la hoja apuntando al suelo.

El viejo ya caminaba hacia adelante. Sus pasos no producían eco. El suelo absorbía el sonido.

—La Biblioteca no te permite entrar. Te absorbe.

El aire era distinto aquí. Más denso. Más seco. Olía a papel y a algo mineral que Leonardo procesó como un sabor azul en la parte de atrás de la lengua. Las estanterías eran de una madera oscura que no reflejaba la luz sino que la tragaba y devolvía algo diferente un brillo que no correspondía al espectro visible. Los libros no tenían

lomos visibles. Eran bloques de diferentes tamaños incrustados en la madera, sin etiquetas, sin colores, sin sistema de organización que los ojos pudieran detectar. Uno de ellos se movió cuando Leonardo pasó cerca. Un centímetro. Hacia él. Leonardo se detuvo. El libro se detuvo. Esperaron los dos. Leonardo dio otro paso. El libro volvió a su posición.

Anya caminaba con el cuchillo en la mano. No porque hubiera amenaza. Porque la mano necesitaba sostener un objeto con sentido en un lugar donde nada lo tenía.

Locke iba al final del grupo. Contando pasos. Leonardo lo había visto hacerlo en los túneles de Ciudad Control la boca moviéndose sin sonido, los ojos fijos en el suelo, midiendo distancias que después podría reconstruir de memoria. Aquí, los números no servían. Cada quince pasos, Locke giraba la cabeza hacia atrás y la distancia recorrida era diferente a la esperada. Las estanterías se habían movido. El pasillo era más largo o más corto. El bolígrafo en el bolsillo de Locke estaba quieto. No lo había sacado. Las cosas que no se pueden anotar no existen en el sistema de Locke, y un lugar que cambia cada vez que lo mides no se puede anotar.

Un pedestal emergió del suelo a su izquierda. No creció. No se elevó mecánicamente. Simplemente no estaba y luego estaba. En la superficie, grabado en el mismo basalto del arco: VISITANTE, DECLARE SU INTENCIÓN. NOTA: INTENCIONES NO DECLARADAS SERÁN INFERIDAS. LA BIBLIOTECA NO SE RESPONSABILIZA POR INFERENCIAS INCORRECTAS.

Faith leyó el aviso dos veces. Su mandíbula se tensó. La mandíbula de alguien que reconoce burocracia en un lugar donde la burocracia no debería existir.

Leonardo se detuvo frente al pedestal. Puso la mano sobre las letras. Las letras estaban calientes. No respondieron. No cambiaron. Esperaban.

—No le digas lo que quieres —dijo Don Humo sin darse vuelta. Las bibliotecas escuchan.

Leonardo apartó la mano. Lo que quería la ecuación, la fórmula, la frecuencia que pudiera traer a Luna y a las niñas de vuelta se lo quedó en los dientes. Pero la piedra del pedestal cambió de temperatura. Se enfrió. Como si ya lo hubiera escuchado.

Una figura emergió de entre las estanterías. Mujer. Joven en apariencia, pero con movimientos que tenían la economía de alguien que ha repetido cada gesto miles de veces hasta eliminar todo lo superfluo. Cabello negro cortado en ángulo preciso. Ojos que no parpadeaban. Vestía un material que cambiaba de tono con cada paso, más oscuro en las sombras de las estanterías, más claro donde la luz no-luz de los libros la alcanzaba.

—Malika —dijo Don Humo. Su voz tenía un tono que Leonardo no había escuchado antes. Más bajo. Sin swing.

Malika no respondió inmediatamente. Estudió al grupo con una mirada que era inventario: contó cabezas, evaluó distancias, se detuvo medio segundo en cada arma visible. La pistola de Faith. El cuchillo de Anya. El hacha de Haryes. Cada uno recibió el mismo medio segundo. Después los descartó. No con desprecio. Con la eficiencia de alguien que ha visto armas antes y sabe que en este lugar no sirven para lo que sus dueños creen.

—Don Humo. Han pasado cuarenta y siete años desde tu última visita. La sección de música preguntó por ti tres veces.

Los ojos de Malika se movieron hacia Leonardo. No gradualmente. Un corte. Estaba mirando a Don Humo y luego estaba mirando a Leonardo y no hubo transición entre las dos posiciones. Sus pupilas se dilataron. No de sorpresa. De reconocimiento.

—El Tyr. Tu firma es inconfundible. -Miró sus manos. No su cara. La misma frecuencia. Después de todo.

Leonardo no entendió la frase. “Después de todo” implicaba un antes. Un contexto que él no tenía. La guardó junto a las otras frases que no entendía la colección crecía.

Caminaron entre estanterías que se reorganizaban a su paso. Los volúmenes se movían. Se recolocaban. El sonido era de papel contra madera, continuo, como una respiración colectiva. El pasillo se estrechaba y se ensanchaba sin patrón. A veces el techo estaba a tres metros. A veces desaparecía y las estanterías se perdían hacia arriba hasta donde la vista no alcanzaba. Leonardo miró hacia arriba una vez. Las estanterías más altas contenían libros que brillaban con luz propia puntos de diferentes colores que parpadeaban como un cielo de interiores. Bajó la vista. La sinestesia los tradujo como un acorde mayor sostenido que le tensó la mandíbula.

El suelo también cambiaba. Piedra oscura bajo sus pies que a veces era lisa y a veces tenía grabados que se sentían bajo la suela - letras, números, diagramas táctiles que los ojos no veían. Leonardo pisó cosa que hizo un clic. Un mecanismo diminuto. El sonido liberó un olor - papel quemado, fugaz, un segundo - y después nada. La Biblioteca registraba cada paso. Cada pisada era un dato.

Un libro cayó de un estante al pasar Leonardo. Grueso. Pesado. Golpeó el suelo con el sonido de algo vivo que aterriza. Malika lo recogió sin detenerse, sin romper el paso, sin mirar. Lo puso en un

estante diferente al que había caído. La mano que lo recogió fue quirúrgica. La mano que lo colocó tembló medio segundo.

Faith observaba a Malika como observaba todo: catalogando movimientos, registrando tiempos de reacción, midiendo la distancia entre sus manos y los puntos de acceso más cercanos. Si Malika lo notó, no lo mostró.

Malika se detuvo frente a una sección de metal oscuro. Diferente a la madera del resto. Metal que tenía el brillo mate del plomo pero la temperatura del cobre recién forjado. Extrajo un volumen de un estante que no había estado ahí un momento antes. El libro era pequeño. Cabía en una mano. Pesaba más de lo que debería.

La cubierta estaba marcada con un símbolo que Leonardo reconoció. El mismo que aparecía en los archivos corrompidos de Ciudad Control. El mismo que MAAT había detectado en el expediente de Alethia.

8-4-7.

Leonardo tomó el libro. Una descarga que no era eléctrica. Calor que subió por los dedos, las muñecas, los antebrazos. El libro pulsó en su mano. Una vez. Dos. Tres. El ritmo se sincronizó con el del Voynich en la mochila dos frecuencias diferentes que encontraron un armónico común. Leonardo lo sintió en el esternón, donde las dos vibraciones convergían.

Las páginas se movieron solas. Se abrieron en una que mostraba un diagrama - líneas que convergían en un punto, ecuaciones parciales en los márgenes, y al centro una función. Tenía una χ . La misma χ del Voynich. La misma que la pulsera mostró en Nivel -47. La misma que su mano escribía sin consentimiento. Aquí estaba otra

vez. Más nítida. Más insistente. Rodeada de números que los dedos querían tocar.

Los pies de Leonardo se calentaron. El calor le subió por los tobillos, las pantorrillas, hasta las rodillas. No era desagradable. Era como meter los pies en agua caliente después de horas de frío - el cuerpo reconociendo una necesidad antes de la consciencia. La χ del diagrama parpadeó. No con luz. Con presencia. Estaba más ahí que antes.

—Te ha aceptado —dijo Malika.

Sus manos temblaron. Medio segundo. Leonardo no entendió por qué. Las manos de alguien que ha eliminado lo superfluo durante siglos no tiemblan por un libro que ya ha visto antes. Las manos de alguien así tiemblan por alguien. Malika las puso detrás de la espalda antes de que él pudiera pensar más en ello.

Leonardo guardó el libro del 847 en el bolsillo interior de la chaqueta. Pesaba contra el pecho. Un peso nuevo que se sumaba al del Voynich en la mochila. Dos frecuencias diferentes tocándole el cuerpo desde dos puntos distintos. El diagrama con la χ seguía en su retina imagen residual que parpadeaba cada vez que cerraba los ojos.

—Necesitamos también un mapa —dijo Don Humo. El Voynich sin el mapa es como una llave sin cerradura.

—El mapa no está aquí. Está en Entreternia. Archivo 17-C. - Malika lo dijo mirando a Leonardo, no a Don Humo. No puedo decirles más porque no sé más.

—Tres ciclos esperando —dijo Malika.

No dijo más. No explicó esperando qué. Se dio vuelta y las estanterías se la tragaron. Los libros se cerraron a su paso como puertas. El sonido de los lomos reacomodándose duró unos

segundos después de que desapareció. Después, silencio. Una quietud diferente al de afuera más lleno. La quietud de un lugar que contiene demasiadas voces para dejar salir todas a la vez.

Locke fue el primero en moverse. Dos pasos hacia donde Malika había desaparecido. Se detuvo. Las estanterías eran sólidas. No había pasillo. No había rastro. Sacó el bolígrafo por primera vez desde que habían entrado. Lo sostuvo. No escribió nada. Lo guardó. El grupo salió de la Biblioteca sin darse cuenta del momento exacto en que cruzaron el umbral. Un instante estaban rodeados de estanterías. Al siguiente, en una calle de Sanguisburg con el arco detrás, impenetrable. La piedra fría. Los símbolos inmóviles. Como si nunca hubieran estado vivos.

Leonardo tocó su mochila. El Voynich seguía ahí, latiendo. La χ seguía en sus ojos. Y en el bolsillo, el pequeño libro del 847 pulsaba a un ritmo diferente, más rápido, más urgente. ## LOG 023: Cifrado [O][H]

Faith vigilaba a Leonardo estudiar el Voynich bajo velas que nunca se consumían. La Biblioteca respiraba a su alrededor. Algo en las paredes se movía cuando no la miraba directamente, un desplazamiento lento, como la respiración de un animal dormido.

Llevaba dos horas con las páginas. O tres. El tiempo en la Biblioteca no se comportaba. Las velas no se acortaban. Las sombras no se movían. Faith había intentado cronometrarlo con los latidos. Sesenta latidos por minuto, su frecuencia en reposo, verificada cientos de veces en la comisaría, constante como una máquina. Pero aquí los latidos se espaciaban. O se aceleraban. O se detenían un segundo y medio antes de volver. El reloj de su propio cuerpo no era confiable. Otro dato para la lista.

La sala donde se habían instalado era circular. O lo había sido cuando entraron. Ahora tenía cinco lados. O seis. El número cambiaba cuando Faith intentaba contarlos, así que dejó de contar y se concentró en lo que no cambiaba: la mesa donde Leonardo trabajaba, el suelo bajo sus pies, la distancia entre ella y la puerta más cercana. Tres metros. Los tres metros eran constantes. Los había medido con pasos y los pasos no mentían, aunque el espacio alrededor de esos tres metros se reorganizara sin pedir permiso.

El aire tenía peso. No la humedad de Sanguisburg, algo más denso, que se depositaba en los hombros y en la parte alta de la espalda. Faith se la quitó de encima dos veces antes de aceptar que no se iba. Era como llevar un abrigo que no se había puesto.

Leonardo pasaba las páginas con un cuidado que Faith reconocía: el cuidado de alguien que toca evidencia. Guantes imaginarios. Dedos que sostienen sin apretar. La diferencia entre quien busca información y quien busca pruebas. Leonardo no estaba leyendo. Estaba examinando. Cada página era una escena del crimen. Cada símbolo, un testigo. El único reloj era el dolor en los ojos de Leonardo, que crecía con cada página como un indicador más honesto que cualquier manecilla.

El papel no era papel. Tenía el grosor del cuero pero la flexibilidad de la tela, y cuando lo tocaba con las yemas de los dedos la superficie respondía con un calor que no tenía fuente. Las primeras páginas: frías. Las del medio: tibias. Las últimas: calientes. Como si el libro tuviera un gradiente de temperatura que iba de la historia hacia el futuro. O de lo conocido hacia lo que no quería ser conocido.

Las ilustraciones tenían capas. Superficie: diagrama astronómico, estrellas conectadas por líneas que pulsaban si enfocaba la vista. Desenfoque: otra cosa, formas orgánicas que se reorganizaban en la periferia. Dejar de intentar: coordenadas en un sistema que no reconocía. Los números eran los mismos que aparecían en el expediente de Alethia. Los mismos que aparecían en todo. 847. 47. Permutaciones de los mismos dígitos cayendo en cada página como una llave que buscaba cerradura.

Leonardo pasó los dedos por una ecuación marginal. $x \cdot e^x = 1$. Los símbolos le quemaron las yemas. No metáfora. Calor real. Se miró los dedos. Estaban rojos. La piel ligeramente hinchada en los puntos de contacto. El libro le había dejado marca. Leonardo tocó la ecuación de nuevo. Esta vez más despacio. El calor subió por los dedos, las muñecas, los antebrazos. Se detuvo en los codos. Esperando. Como si la ecuación midiera cuánto estaba dispuesto a recibir antes de dar más.

Le dolían los ojos. Un dolor diferente al de las pantallas de Ciudad Control. Más profundo. En la base del cráneo, donde la visión conecta con un lugar que no tiene nombre en anatomía. El dolor tenía color púrpura oscuro, denso, del tipo que se instala detrás de los ojos y se queda. La sinestesia procesaba el dolor como si fuera información. Tal vez lo era.

Anya se había sentado contra la pared del fondo con las piernas cruzadas y un cuchillo en el regazo que afilaba con una piedra que había sacado de algún bolsillo. El sonido del metal contra la piedra era lo único constante en una habitación donde el resto cambiaba de posición cuando nadie miraba.

Haryes estaba apoyado en el marco. Las grapas del cuello las tocaba sin darse cuenta — pulgar e índice, tres veces, siempre tres. Don Humo lo notó. No preguntó.

Locke estaba de pie junto a la mesa, el bolígrafo entre los dedos, girándolo con el pulgar. No escribía. No había qué escribir. Las paredes de la Biblioteca no se dejaban medir y los datos que no se pueden medir no caben en el sistema de Locke. Cada cierto tiempo levantaba la cabeza y recorría el perímetro con los ojos - un barrido mecánico, izquierda a derecha, terminando siempre en la puerta. Después volvía al bolígrafo. Faith reconocía el gesto: las manos ocupadas para resistir lo incontrolable.

—El Voynich no fue escrito para ser leído —dijo el viejo. Estaba sentado en el suelo con la espalda contra una estantería que se inclinaba levemente hacia él, como si la madera quisiera escuchar. Fue escrito para ser recordado. Los símbolos son llaves que abren cerraduras dentro de ti.

Leonardo pasó una página. El símbolo del centro era un espiral con ramificaciones que cambiaban de dirección según el ángulo. Lo miró demasiado tiempo. La presión en la base del cráneo se volvió sonido — un tono bajo que le vibró en el esternón.

Algo cambió en el aire de la sala. No un sonido. Una frecuencia que le erizó los vellos de la nuca a Faith.

Faith giró. Mano en la pistola. Quince años de reflejo comprimidos en medio segundo. Sus ojos recorrieron la sala: una entrada, cero ventanas, estanterías que bloqueaban líneas de tiro, cuatro civiles sin cobertura.

La puerta se abrió sin ruido. Sin resistencia.

El hombre que entró era alto. Uniforme militar negro con ribetes dorados. Ojos del color del acero mojado. Detrás, ocho soldados con armamento de élite. Entraron en formación — cuatro a cada lado, rifles apuntando a puntos fijos del espacio. Entrenados. La clase de entrenamiento que no viene de academias sino de operaciones que no aparecen en ningún registro.

—General Vorgan —dijo Don Humo. Tardaste más de lo que esperaba.

Vorgan no respondió inmediatamente. Sus ojos recorrieron la sala con la eficiencia de un inventario. Contó cabezas. Evaluó posiciones. Se detuvo en el Voynich medio segundo más que en cualquier otra cosa. La mandíbula apretada. Los tendones del cuello marcados bajo el cuello del uniforme. Un hombre acostumbrado a que las habitaciones se organizaran alrededor de él.

—El manuscrito que tienes ahí pertenece al sistema —dijo Vorgan. Sus ojos se fijaron en el Voynich. No en Leonardo. En el Voynich. Y el sistema siempre recupera lo que es suyo.

Faith apuntó al centro de masa del General. Ocho rifles respondieron. La sala se llenó del chasquido de seguros desactivándose. Anya dejó de afilar. No se movió. El cuchillo giró en su mano hasta quedar en posición de lanzamiento. Un gesto que no pensó. Que el cuerpo decidió solo.

—Señorita, sus balas no me van a matar. He sobrevivido a cosas que usted no puede imaginar.

—Entonces tendré que asegurarme de que esta vez sea diferente —dijo Faith.

Vorgan la miró. Medio segundo. El medio segundo de alguien que evalúa si una amenaza es real. Después la descartó. No por

desprecio. Por cálculo.

Dio un paso hacia Leonardo. Su voz cambió. Más baja. Con convicción.

—Saben lo que pasa cuando la música circula sin control. Las frecuencias desorganizan los registros. La gente empieza a recordar cosas que fueron borradas por razones de estabilidad. La coherencia se fragmenta. Las ciudades se vuelven ingobernables. —Señaló el Voynich. Ese manuscrito es un catálogo de frecuencias prohibidas. No lo persigo por poder. Lo persigo porque la última vez que algo así circuló libremente, dos ciudades colapsaron y ochocientas personas dejaron de existir.

Leonardo cerró el Voynich. Las páginas se resistieron medio segundo antes de ceder. El calor del manuscrito le subió por las muñecas.

El viejo levantó una mano. Las velas se apagaron. La oscuridad duró un latido. Dos. Las paredes de la Biblioteca brillaron con los mismos símbolos musicales del arco de entrada. La luz venía de la piedra. El aire cambió de presión. Los oídos de Leonardo chasquearon.

—Esta es la Biblioteca. No pertenece a ti, Vorgan.

Los soldados intentaron avanzar. Sus pies se hundieron en la piedra. Hasta los tobillos. Uno de ellos soltó el rifle para agarrarse de la estantería más cercana. La estantería se apartó de su mano.

Vorgan no se movió. Sus botas estaban sobre la piedra, no dentro. Leonardo no entendió por qué hasta que vio las suelas — metal, no cuero. Algo en el metal lo mantenía en la superficie.

—Trucos de bibliotecario. Temporales. Estaré esperando cuando se acaben.

Se dio vuelta. No esperó a sus soldados. Sus pasos resonaron con la precisión de alguien que no necesita mirar atrás para saber que lo siguen.

—Nos volveremos a ver, Tyr.

Los soldados desaparecieron. No salieron. Desaparecieron. Solo quedaron marcas en la piedra donde habían estado. Ocho pares de huellas hundidas medio centímetro en el basalto.

Don Humo exhaló. Fue la primera vez que Leonardo lo vio exhalar con esfuerzo. El viejo se apoyó en la estantería durante tres segundos antes de enderezarse. Tres segundos. Leonardo los contó porque contar era lo que hacía cuando no sabía qué otra cosa hacer.

La mano del viejo temblaba. La izquierda. La que había levantado para apagar las velas. La cerró en un puño y la metió en el bolsillo del abrigo antes de que alguien más la viera. Pero Leonardo la había visto. Y Faith también su mirada lo registró sin moverse de las huellas en el suelo.

La quietud después de los soldados era diferente al silencio de antes. Más vacío. Como si la Biblioteca necesitara un momento para volver a ser lo que era antes de que ocho pares de botas intentaran reclamarla.

—Eso nos da horas. Las catacumbas bajo Sanguisburg conectan con el puerto.

Faith recorrió las huellas en la piedra con la vista. Ocho soldados que se habían hundido en roca sólida. Un general que no se había hundido. Archivó los datos. No tenía categoría para ellos todavía. Pero eran datos. Ocho soldados. Roca sólida. Un general con suelas de metal que se había salvado. El porqué no importaba todavía primero el qué, después el cómo, al final el porqué. Quince años de

método. El método funcionaba en Ciudad Control. Aquí no había garantía de que funcionara. Pero Faith no tenía otra cosa. Se agachó junto a una de las huellas. Pasó los dedos por el borde. Liso. La roca se había cerrado alrededor de las botas sin fracturarse, sin grietas, sin los bordes irregulares que dejaría un impacto. Se había abierto como agua. Y se había cerrado como piedra. Faith midió la profundidad con el dedo índice: cuatro centímetros. Todos iguales. Uniformes. Lo que significaba que no fue fuerza sino otra cosa. Otro dato sin categoría.

Se sacó una astilla de la uña del pulgar. La examinó. Madera oscura de los estantes. La guardó en el bolsillo. Evidencia de que había estado allí. Evidencia de que este lugar era real, tenía materiales, producía fragmentos que podías sostener entre los dedos.

El grupo se dirigió hacia una puerta que no había existido hasta que Don Humo puso la mano sobre la pared. La piedra se abrió con un sonido húmedo. Detrás, escaleras que bajaban hacia una oscuridad que olía a hierro y a tiempo. ## LOG 024: Hemocronos [H][O]

Los túneles bajo la Biblioteca eran venas. Algo orgánico que pulsaba bajo sus pisadas. El suelo cedía un milímetro con cada paso y volvía a su lugar cuando el pie se levantaba. Como caminar sobre la lengua de algo dormido. El aire olía a hierro oxidado mezclado con algo dulce, sangre vieja procesada. Leonardo lo procesó primero como zumbido grave antes de reconocerlo como olor. La sinestesia no le pedía permiso. No le había pedido permiso desde que cruzaron el arco. Le llegaba en oleadas un olor que era sonido, una luz que era temperatura, una textura que era sabor y cada oleada le dejaba un residuo en los dientes que tardaba minutos en disiparse.

Las paredes del túnel tenían vetas que latían. Rojo oscuro sobre negro. El latido no seguía el ritmo cardíaco de Leonardo - iba más lento, como el de un animal colosal, con un corazón del tamaño de una habitación. Don Humo caminaba adelante sin tocar las paredes. Faith caminaba detrás sin mirarlas. Anya las había tocado una vez al entrar y no volvió a hacerlo - la mano se le quedó húmeda de algo que no era agua y no se secaba con la tela del pantalón.

El túnel se bifurcó tres veces. Don Humo eligió sin vacilar. Izquierda. Derecha. Recto. Leonardo intentó memorizar la secuencia pero las bifurcaciones no se repetían cuando miraba atrás el camino por el que habían venido ya no estaba. Solo pared. Solo vena. Solo el latido lento de algo que digería.

La temperatura subía con cada bifurcación. El aire se espesaba. Olía a más gente aunque no hubiera gente visible, sudor viejo, comida, humo de algo que no era tabaco. Los sonidos llegaban primero como texturas: algo rugoso que era conversación lejana, algo metálico que era intercambio de objetos, algo líquido que Leonardo no supo nombrar hasta que lo vio. El sonido de la economía funcionando bajo tierra, en venas que no aparecían en ningún mapa.

El suelo cedía con cada paso. No blando elástico. Caminaban sobre el interior de algo vivo que toleraba su presencia sin aprobarla. Las paredes tenían nervaduras que corrían en paralelo, gruesas como muñecas, pulsando con un líquido azul oscuro que se movía en dirección contraria a la que caminaban. Hacia abajo. Siempre hacia abajo. Anya iba con el peso en los talones, lista para cambiar de dirección. Sus ojos se movían entre las nervaduras de las paredes y el techo bajo que goteaba un líquido tibio que no era agua. Faith mantenía la mano en la pistola. Los dedos estaban blancos de la

presión. Llevaba así desde que entraron. Veinte minutos. Los nudillos no se habían relajado ni una vez.

El viejo caminaba adelante con la pipa apagada entre los dientes y una lámpara de aceite que apenas alcanzaba tres pasos. La llama era azul. No del azul del gas. De otro azul. El azul de lo que arde con combustible que no es combustible. La llama no oscilaba. No reaccionaba al aire. Quemaba con la constancia de haber decidido quemarse y no va a dejar de hacerlo.

—No miren a las paredes. Si ven algo moverse, sigan caminando.

Algo brilló en la pared a la derecha. Leonardo giró la cabeza antes de poder detenerse. Un anuncio tallado con algo afilado en la carne de la pared: “Dr. Xoc sueño garantizado.” Las letras estaban hundidas en el tejido orgánico y los bordes habían cicatrizado alrededor de la talla, formando crestas de piel nueva. Debajo, con otra letra, más temblorosa: “mentira.” Debajo de eso, una tercera mano había dibujado un ojo cerrado. El mismo símbolo de la carta de Noctis. La tinta era oscura. Vieja. Pero el ojo tenía una lágrima fresca. Húmeda. Alguien había estado aquí hace poco.

Leonardo se detuvo. Haryes lo empujó suave pero firme por el hombro. La mano de Haryes era más pesada de lo que debería ser una mano. Las grapas del brazo brillaron ámbar un instante. Siguieron.

La temperatura bajaba con cada metro. MAAT registraba los cambios en la pulsera: 18.3, 17.9, 17.1. El frío subía por los tobillos y se instalaba en las rodillas. El frío del subsuelo. El frío de los lugares donde la luz del sol es un rumor que nadie cree.

Una silueta bioluminiscente los atravesó sin verlos. Literalmente. Pasó a través del espacio donde estaba Anya y salió por el otro lado.

Hemocrono viejo, de antes de que aprendieran a parecer humanos. Dedos que se ramificaban en tres direcciones. Cuerpo que emitía una luz verde y enferma que dejó residuo en la retina un fantasma verde que se quedó en la visión de Leonardo durante diez pasos más. Una punzada en el pecho. Un vacío momentáneo donde Leonardo guardaba los recuerdos de Alethia. Como si el hemocrono al pasar hubiera rozado algo que no debería haber rozado.

—Cosechan calor corporal —dijo MAAT. Tu temperatura ha descendido 0.3 grados.

Anya se tocó el brazo donde la silueta había pasado. No había marca. Pero su piel tenía la textura de la carne de gallina y no se le pasó en los siguientes cien metros. Faith vio el gesto de Anya. No dijo nada. Pero la mano en la pistola apretó un grado más.

El túnel se ensanchó hasta una caverna construida con intención. El techo subía más allá del alcance de la luz. En el centro: un mercado. Más antiguo que el de la superficie. Puestos tallados en bionanocelulosa que crecían del suelo.

Antes de entrar, una mesa. Un hemocrono con anteojos — anteojos en un ser que veía en la oscuridad, declaración de oficio, no necesidad óptica — estaba sentado detrás con formularios. El hemocrono tenía un sello en cada mano. Dos sellos. Porque uno no era suficiente burocracia.

—Registro de visitantes.

—No somos visitantes. Estamos de paso.

—De paso requiere el formulario B-7. Visitante es el B-3. El B-7 tiene diecinueve casillas adicionales pero exime de la cuota de observación.

—¿Cuota de observación?

—Cada par de ojos que mira la mercancía genera una deuda potencial. La cuota cubre el seguro contra deudas accidentales por mirada prolongada. Mirada prolongada se define como contacto visual superior a tres segundos con cualquier objeto en exhibición. - El hemocrono sacó un folleto plastificado. Si desean impugnar la definición de mirada prolongada, el formulario de impugnación es el C-12. Plazo de resolución: cuarenta y siete días hábiles. Días hábiles se definen según el calendario hemocrónico, que no coincide con el calendario de superficie.

Leonardo contó las casillas del formulario B-7. Cuarenta y siete.

El viejo firmó sin leer. El hemocrono selló con ambos sellos — uno rojo, uno negro. El rojo olía a hierro. El negro olía a lo que no quiso identificar.

—Bienvenidos al Mercado Profundo. No acepten nada gratis. Y no miren más de tres segundos. -Pausa. Tres segundos se definen como...

El viejo ya estaba caminando.

El grupo avanzó entre los puestos. Leonardo mantuvo la mirada en la nuca del viejo. En la periferia: frascos que latían con algo adentro, mapas que se reescribían mientras los ignorabas, objetos que cambiaban de forma con la observación — un reloj que era un pájaro que era una llave que era un reloj otra vez. Un niño flotaba tres centímetros sobre el suelo persiguiendo algo invisible. El niño se reía. El sonido de la risa era normal. Humano. Eso era lo peor.

Una mano fría tocó su brazo. El frío fue ámbar. No temperatura. Color.

—Tyr.

Se dio vuelta antes de poder evitarlo.

El hemocrono era viejo incluso para su especie. Piel de pergamino mojado. Venas negras brillantes bajo la superficie. Ojos que contenían todos los colores.

—Tu sangre suena diferente —dijo con voz múltiple, como si varias personas hablaran con un delay de milisegundos. Suena a la frecuencia que cierra puertas que no deberían cerrarse.

Desapareció entre los puestos antes de que Leonardo pudiera responder. La marca ámbar en su brazo tardó en desvanecerse.

Leonardo dio dos pasos hacia donde se había ido. Frecuencia que cierra puertas. Si sabía de las puertas, sabía del patrón. Si sabía del patrón, sabía de los que no despertaban. De Alethia. De todos los expedientes en blanco de División 47. Dio un tercer paso. El Voynich pulsó contra su pecho — más rápido, más caliente.

La mano del viejo le cayó en el hombro. No apretó. Solo estaba ahí. Pesaba más de lo que debería pesar una mano vieja.

Leonardo se detuvo. Los dos pasos que había dado hacia el hemocrono eran dos pasos en la dirección equivocada y el viejo no necesitó decir nada para que Leonardo lo supiera.

—Algo en Sanguisburg ahora sabe exactamente dónde estás —informó MAAT. Hay una firma nueva superpuesta a la tuya. Como una etiqueta.

—¿Se puede quitar?

—No con las herramientas disponibles.

Salieron del mercado. El túnel se estrechó de nuevo. A mitad de camino hacia el puerto, en una pared del túnel, alguien había pegado un aviso. Papel grueso. Membrete del Gobierno Mundial. Las mismas letras tipográficas de Ciudad Control. Pegado con cinta adhesiva sobre bioluminiscencia y raíces que no deberían existir.

AVISO DE COHERENCIA — JURISDICCIÓN EXTENDIDA
Ciudadanos en tránsito por zonas no reguladas: Su coherencia sigue siendo medida. Su pulsera sigue transmitiendo. Su estatus sigue vigente. Firmado: A. Rendt — Coherencia — Nivel 3

Augusto Rendt. El hombre mediano de Ciudad Control. El formulario de apelación. Los doscientos días de espera. Su firma estaba aquí, en un túnel bajo Sanguisburg, entre hemocronos y mercados donde los ojos generaban deudas.

El sistema llegaba a todas partes. Incluso a los lugares que no existían en sus mapas.

Leonardo arrancó el formulario de la pared. Lo dobló. Lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, junto al libro del 847 que todavía no había encontrado pero que encontraría. No sabía por qué lo guardó. Instinto de archivo. La misma compulsión que lo hacía guardar recibos, boletos de tren, servilletas con números garabateados. Todo era evidencia de algo. El formulario era evidencia de que Augusto Rendt el hombre mediano de Ciudad Control, el funcionario de escritorio que le había negado la apelación con una sonrisa cortés y un “los plazos son los plazos” tenía jurisdicción bajo tierra, entre venas y sangre procesada, en un mercado que oficialmente no existía. Las firmas viajan más lejos que las personas que las ponen. Leonardo dobló el formulario y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, contra el pecho, donde ya estaban el Voynich y el libro del 847. Tres objetos diferentes. Tres frecuencias diferentes tocándole el esternón. El formulario no pulsaba. No tenía calor propio. Era solo papel. Pero era el papel más peligroso de los tres: la evidencia de que el sistema que había ejecutado a Luna y a las niñas extendía sus tentáculos hasta aquí abajo, entre venas de sangre procesada, en un mercado

que negociaba con los siglos de vida de sus habitantes. La firma de Augusto Rendt era la misma arriba y abajo. La burocracia no reconoce fronteras.

El túnel se ensanchó. El techo se elevó. El olor cambió de sangre procesada a algo más seco, más mineral. Aire de cueva. Aire que no había sido respirado en mucho tiempo.

Faith pasó sin mirarlo. Anya lo arrancó de la pared y lo usó para limpiarse las manos. ## LOG 025: Tiny Almanacs [X][O]

Luna estaba al otro lado de la calle.

Pelo recogido. Abrigo gris con un botón que faltaba en el segundo ojal. Lo había perdido en el metro hacía años y nunca lo reemplazó porque le gustaba cómo el abrigo se abría justo ahí, dejando ver la bufanda verde que le había regalado su madre. Bolsa de tela colgada del hombro izquierdo siempre del izquierdo, porque el derecho le dolía desde la caída en la escalera del departamento viejo. Caminaba con la prisa de alguien que tiene un lugar adonde ir. Leonardo la reconoció por la forma de caminar antes que por la cara. La manera en que el pie izquierdo caía un poco más fuerte que el derecho. La manera en que los hombros se adelantaban medio segundo antes que las piernas.

Diez metros.

El aire olía a pan. A pan de verdad, del tipo que se horneaba en un lugar con horno de piedra y alguien que sabía lo que hacía. Leonardo no recordaba la última vez que había olido pan de verdad. La acera estaba mojada. Llovía sin nubes el agua caía de un cielo azul, constante, fina. Luna no llevaba paraguas. Decía que el agua no era una emergencia.

Luna se detuvo. Buscó algo en la bolsa de tela. Su mano desapareció hasta la muñeca. Sacó un reloj. Pequeño. Correa de cuero gastada hasta ser suave. Lo miró. Siete minutos adelantado, como siempre. Sonrió. La sonrisa que usaba cuando nadie la miraba más ancha, con los ojos cerrados medio segundo. Los dientes de abajo un poco torcidos. El labio inferior partido por el frío que hacía esa mañana o esa tarde o lo que fuera el tiempo en este lugar donde el cielo era azul y llovía sin nubes.

Leonardo quiso gritar su nombre. Abrió la boca.

Un autobús se detuvo entre los dos. El letrero mostraba un número 847 y debajo, un destino en un idioma que no era nada. Las letras se movían. Se reordenaban. Formaban palabras que casi eran palabras y después dejaban de serlo. Las puertas se abrieron con un suspiro neumático. Luna subió. No se giró. La bolsa de tela le golpeó la cadera al subir el escalón. Desapareció dentro del autobús entre personas que Leonardo no podía ver porque las ventanas reflejaban otra ciudad torres de cristal, un cielo naranja, cosas que no pertenecían a esta calle ni a este autobús ni a este sueño que todavía no sabía que era un sueño.

Corrió hacia la siguiente parada. Tres cuadras. Cuatro. El autobús no se movía pero la distancia no se acortaba. Las cuadras se estiraban. Los edificios se repetían. La misma farmacia, la misma lavandería, la misma farmacia. Los pies le pesaban. El asfalto se volvía blando bajo sus zapatos. Se hundía un centímetro con cada paso. Después dos.

El autobús arrancó sin ruido. Las ventanas reflejando la ciudad que no era esta ciudad. En una de las ventanas, por un instante, una

cara pequeña. Pelo oscuro. Mano contra el cristal. Tres años. O cinco. Demasiado rápido para estar seguro.

Leonardo se detuvo. Quiso gritar su nombre. Abrió la boca.

El aire no llevaba sonido.

Despertó en Sanguisburg. El olor a hemocronos le llenaba la nariz dulce, podrido. El abrigo gris no existía. El botón que faltaba no existía. Luna no existía. No aquí. No en ningún lugar al que pudiera llegar corriendo. La bolsa de tela con el reloj siete minutos adelantado no existía. Los dientes torcidos de abajo no existían. El olor a pan no existía. Pero la mano contra el cristal esa se quedó. Se quedó en la retina como una quemadura. Pequeña. Oscura. Tres años. O cinco.

La boca le sabía a metal. Los dientes de arriba le vibraban. Cuarenta y siete segundos hasta que la vibración paró. Los contó todos. Cada uno más largo que el anterior.

La posada donde esperaron tenía un nombre que nadie podía pronunciar. Cuatro paredes de piedra negra. Un techo bajo que goteaba condensación en las esquinas. Dos catres y un suelo que servía igual. El suelo era de la misma piedra que las paredes. Frío que subía por los huesos de los pies y se instalaba en las rodillas.

El viejo había dejado una marca de ceniza en la puerta antes de desaparecer. La ceniza era de la pipa. El viejo la llevaba consigo como otros llevan cicatrices cosa que no puede dejarse aunque el peso aumente.

Faith patrullaba cuatro paredes, una puerta, dos ventanas. La rutina le daba estructura: puerta, ventana norte, pared este, ventana

sur, pared oeste, puerta. Cada ciclo tres minutos. Cada ciclo idéntico. Anya descansaba con los ojos cerrados y cada músculo preparado. El cuchillo en la mano derecha. Ni siquiera dormida lo soltaba.

La pantalla apareció en la pared. Un rectángulo de luz que no debería existir en piedra antigua. La piedra alrededor del rectángulo estaba caliente al tacto. Leonardo lo verificó con los nudillos. Los Tiny Almanacs. Edi Edi en el centro del set, la marioneta de trapo con su sonrisa cosida. Pero junto a Edi Edi había un detalle que no recordaba del programa original.

Un pollo.

Plumas negras. Cresta puntiaguda. Ojos rojos que brillaban desde dentro del ave. No reflejos. Luz propia. La luz pulsaba con un ritmo que Leonardo reconoció antes de identificarlo. El mismo ritmo que el Voynich contra su pecho.

—Cobain —susurró Don Humo desde la puerta. Había vuelto sin que nadie lo escuchara. Ni Faith, que estaba entre la ventana sur y la pared oeste cuando el viejo apareció. Tiene otros nombres. Pero Cobain es el que eligió para este ciclo.

Cobain picoteó el suelo del set. Pic. Pic. Pic. Ocho. Cuatro. Siete. 8-4-7.

“¿Saben cuántos pasos hay entre despertar y olvidar?” —preguntó Edi Edi. “¿Los osos recuerdan a quienes los amaron?”

Cobain miró directamente a Leonardo. Inteligencia. Urgencia. Reconocimiento. El pollo lo miraba con la paciencia de algo que ha estado esperando mucho tiempo y que sabe que puede esperar más.

La pantalla se apagó. La pared volvió a ser piedra. La piedra se enfrió bajo los nudillos de Leonardo en tres segundos. Contó.

—Un mensaje —dijo Don Humo. Alguien sabe que estamos aquí.

—Locke no puede venir con nosotros.

Todos miraron al detective. Locke estaba de pie junto a la ventana norte. No miraba por la ventana. Miraba sus propias manos. Las tenía abiertas frente a él, las palmas hacia arriba, como si estuviera pesando algo invisible. Los pulgares temblaban.

—Lo supe desde que llegamos —dijo Locke. Su voz era la de siempre. Corta. Operativa. Pero las manos seguían abiertas. Lo que viene después no se puede medir. Y si no se puede medir, no puedo operar.

Nadie argumentó. Lo que dijo era verdad y todos lo sabían. Locke era el instrumento de precisión del grupo. Un instrumento de precisión en un lugar donde las reglas cambiaban cada hora era un instrumento roto. Pero decirlo no era lo mismo que aceptarlo. Y Locke lo estaba diciendo con las manos abiertas y los pulgares temblando y la mandíbula apretada de alguien que ha tomado una decisión correcta que se siente incorrecta.

Faith dejó de patrullar. Se quedó entre la pared este y la ventana sur. No dijo nada. No necesitaba. Su cuerpo en el lugar equivocado del circuito era suficiente.

Anya abrió los ojos. Miró a Locke. Después miró el cuchillo en su mano. Lo giró. Lo guardó. Se levantó. Fue a la esquina donde estaban las provisiones y sacó la última lata de algo que decía ser sopa. La abrió con el cuchillo. La puso sobre la placa que servía de estufa. Sin decir nada. Sin mirar a Locke. La sopa era para él. Todos lo sabían. Anya no iba a decirlo.

Locke caminó hacia la puerta. Se detuvo junto a Leonardo.

—No entiendo nada de esto. Pero entiendo una cosa: tú eres importante. No sé por qué. —Extendió la mano. La mano ya no

temblaba. La decisión la había quietado, igual que a la mujer frente a la terminal en Ciudad Control. Sobrevive. Es lo único que te pido.

Leonardo le estrechó la mano. La piel de Locke estaba fría. El apretón duró un segundo más de lo necesario. Leonardo sintió los callos en la palma de Locke. Callos de bolígrafo. De teclado. De las herramientas con las que un hombre mide el mundo.

Locke sacó algo del bolsillo. Un bolígrafo. El que no escribía desde hacía meses. Negro. Plástico barato. Mordido en la punta de tanto apretarlo entre los dientes mientras pensaba. Lo puso sobre la mesa. No dijo nada. Un bolígrafo que no escribe es un objeto sin función. Lo dejaba porque ya no necesitaba cargarlo. O porque necesitaba que Leonardo lo cargara por él. O porque un hombre que se va necesita dejar algo atrás para no desaparecer del todo.

Y Locke se fue. Sin girar. Sin mirar atrás. Tres pasos hasta la puerta. El cuarto paso ya fue afuera. El quinto no se escuchó.

Anya apagó la placa. La sopa se enfrió en la lata. Nadie la tocó.

La posada crujió a las tres de la mañana. O a las cuatro. En Sanguisburg los relojes no medían horas.

Había una cocina. No la de la posada otra. Azulejos blancos con una línea de azulejos azules a la altura de la cintura. Ventana a un jardín que no existía en ningún plano que Leonardo hubiera visitado. Sol que entraba con un ángulo de media tarde. Alguien cortaba algo sobre una tabla. Golpes rítmicos de cuchillo contra madera. Olor a ajo y a madera verde y a aceite calentándose en un sartén que todavía no estaba listo. La persona se volteó. No tenía cara. O tenía

demasiadas caras superpuestas cada parpadeo de Leonardo le ponía una diferente, ninguna se quedaba lo suficiente para reconocerla.

Leonardo quiso preguntar algo. Abrió la boca. La voz no salió. Otra voz más aguda, más lejana, más joven - dijo algo desde el jardín. No entendió las palabras. Entendió el tono. Impaciencia. Hambre. Alegría sucia de los niños que juegan hasta que alguien los llama a comer.

La posada crujió y la cocina desapareció.

Un campo. Dos niñas corriendo alejándose. No podía verles la cara. Pelo oscuro. Las dos. La hierba era alta y el viento soplaba de un lugar que olía a savia verde. Las niñas hablaban sin sonido. Las palabras salían como colores azul, marrón, amarillo. La más alta se giró. Casi. Un cuarto de giro. Lo suficiente para que Leonardo viera la curva de una mejilla, el comienzo de una sonrisa que conocía porque la había visto en otra cara, en otro tiempo, frente a un reloj siete minutos adelantado. Leonardo abrió los ojos. La posada seguía crujiendo. El olor a savia verde se quedó un instante más y desapareció. El olor a ajo desapareció antes. La voz desde el jardín duró medio segundo más que todo lo demás. Después, solo silencio. Solo frío. Solo la semilla en el bolsillo, más caliente que antes.

El bolígrafo de Locke seguía sobre la mesa. En la oscuria, era solo una forma. Una línea negra sobre madera negra. Pero estaba ahí. ##
LOG 026: Carta [A][X]

Columbo llegó al muelle cuatro minutos tarde.

La carta en la mano. Papel arrugado, doblado y desdoblado demasiadas veces los pliegues tenían el color blanco de la fibra rota, líneas que cruzaban la tinta y la hacían ilegible en los puntos donde el papel se doblaba. Caminaba rápido, con pasos cortos, el caminar

de alguien que ha corrido pero intenta aparentar que no. Tenía barro en los zapatos. Barro hasta la pantorrilla. Barro del tipo que no se encuentra en las calles de Sanguisburg más oscuro, más denso, con un olor a vegetación podrida que llegó antes que él.

—Las coordenadas eran incorrectas —dijo antes de que nadie pudiera hablar. Se detuvo a tomar aire. Una inhalación larga. Dos. El pecho se le movía bajo el abrigo mojado. O correctas pero obsoletas. Solo niebla y agua negra y el eco de algo que ya no estaba.

Se detuvo a tres metros del grupo. Abrigo mojado pegado al cuerpo. Gotas cayendo del ala del sombrero con un ritmo que Leonardo contó sin querer: una por segundo. Las manos limpias. Siempre las manos limpias, incluso ahora. Se había limpiado las manos mientras corría. Leonardo lo supo porque las toallas de papel arrugadas asomaban del bolsillo izquierdo tres, tal vez cuatro, húmedas, gastadas.

Sacó la carta. La sostuvo con las dos manos. Los dedos apretando los bordes con la presión de alguien que necesita aferrarse a algo físico para no aferrarse a algo peor.

—Coordenadas. Una hora. Y una frase: “Diez minutos para ver lo que no puede verse.” Firmado con el símbolo del caso Noctis.

Columbo se quitó el sombrero. Lo sacudió. Agua salpicó el suelo del muelle. Se lo volvió a poner. El gesto tenía la lentitud de un ritual el sombrero era parte de él, extensión de la cabeza, antena que captaba cosas que la cabeza sola no captaba. Sin sombrero, Columbo era un hombre bajo con pelo mojado y ojos cansados. Con sombrero, era otra cosa. Algo que la gente no sabía nombrar pero que hacía que hablaran más de lo que querían.

—El caso Noctis no se resuelve —dijo Don Humo. Estaba sentado sobre un poste de amarre, la pipa apagada en la mano, las piernas cruzadas. La postura de alguien que lleva esperando más tiempo del que debería ser posible. Es una pregunta, no un misterio.

—Bueno... -Columbo giró la carta entre los dedos. El papel estaba tan mojado que empezaba a deshacerse en los pliegues. La tinta corría. Es que eso es lo que no entiendo. Si no se resuelve, ¿por qué alguien se molestó en escribir las coordenadas?

—No este.

Columbo no respondió. Su mandíbula se tensó. El músculo debajo de la oreja se marcó contra la piel. Sus dedos se apretaron contra el bolsillo donde guardaba la carta.

Faith intervino:

—¿Qué hacemos ahora?

—Entreternia. El mapa —dijo Leonardo. No esperó a que Don Humo confirmara. Su mano estaba sobre el Voynich. Lo apretaba contra el pecho como si fuera un órgano que pudiera caerse. Las páginas estaban calientes. Habían estado calientes desde el mercado de hemocronos. Cada hora más. Si el mapa tiene las frecuencias originales, tiene la ecuación. Si tiene la ecuación, tiene la respuesta.

El viejo lo miró. La mirada que no dice nada y dice todo. Los ojos quietos. La pipa quieta. El cuerpo entero quieto con la quietud de alguien que sabe lo que no puede decir porque decirlo destruiría la razón para buscarlo.

—No es esa respuesta, Leonardo.

—Entreternia. El mapa.

El viejo no insistió. Sacó la pipa. No la encendió. La mordió. La marca nueva de los dientes se sumó a las marcas viejas.

Columbo miró a Faith. Los ojos de quien ha tomado una decisión y busca confirmación de que es la correcta sabiendo que no la va a encontrar. Faith le sostuvo la mirada. Tres segundos. Cuatro. En los ojos de Faith no había confirmación. Había algo peor. Había entendimiento.

—Yo me quedo. Hay algo en los archivos. Conexiones entre casos que se suponía que no estaban conectados. Todo conecta con todo. Y todo conecta con esto. —Señaló vagamente hacia Don Humo, hacia Leonardo, hacia el Voynich que pulsaba contra el pecho de Leonardo. Vorgan no vino solo por Leonardo. Trajo a Viktor. Algo está despertando. Cuando pase, alguien tiene que documentarlo.

Sacó un cuaderno del bolsillo interior. No la carta. Un cuaderno pequeño, de espiral, con las tapas dobladas por el uso. Lo abrió por una página llena de su letra apretada nombres, fechas, flechas que conectaban unos con otros. Leonardo alcanzó a ver “14-C” subrayado tres veces y una línea que iba de ahí a “847” y de ahí a algo que no alcanzó a leer antes de que Columbo cerrara el cuaderno y lo guardara.

—Los patrones están ahí. Penny los vio antes de morir. Sánchez los está rastreando. Yo solo necesito tiempo y acceso a los archivos de Sanguisburg. Los hemocronos guardan registros que el sistema borró hace generaciones. Si la cadena de firmas empieza en Ciudad Control, las copias están aquí. Siempre hay copias. La burocracia no destruye archiva en otro sitio.

El viento del canal le movió el ala del sombrero. Columbo se lo sujetó con la mano libre. La mano con la carta no se movió. Protegía el papel con el cuerpo, inclinado sobre él, como alguien que protege una llama del viento. Faith lo observó con la precisión de siempre: la

inclinación de la cabeza al leer, el movimiento labial que descifraba cada palabra en voz baja, el parpadeo rápido cuando llegaba a algo que no esperaba. Columbo leía como investigaba despacio, metódico, volviendo al principio cada vez que un detalle no encajaba.

El muelle estaba vacío excepto por ellos y las gaviotas. Las gaviotas de Sanguisburg eran diferentes a las de Ciudad Control. Más grandes. Más silenciosas. Ojos negros que miraban sin parpadear. Una de ellas se posó en el poste más cercano a Columbo y lo observó con la misma atención con la que Columbo observaba la carta. Dos investigadores examinando sus respectivos casos.

Columbo dobló la carta. La guardó en el bolsillo interior del abrigo, contra el pecho, donde Faith sabía que guardaba las cosas que importaban la foto de Sánchez que nunca mencionaba, el pañuelo limpio que usaba para limpiar superficies que no necesitaban limpieza, y ahora esta carta con coordenadas incorrectas y una frase que nadie entendía. Columbo se lo sujetó con la mano. La mano que siempre estaba limpia.

Faith lo miró durante un momento largo. El viento le enfriaba el pelo rapado húmedo.

—Cuídate.

—Siempre.

No se abrazaron. Nunca se abrazaban. Pero Faith extendió la mano y Columbo la tomó. Firme. Breve. La mano de ella estaba callosa de la pistola. La de él estaba limpia. Suave de tanto frotar trapos de algodón. El apretón duró lo que duran las cosas que no se dicen. Faith apretó un grado más antes de soltar. Columbo no lo mencionó.

Columbo se dio vuelta hacia la niebla. Se detuvo.

—La carta. El símbolo al final. No se limitaba a ser Noctis. Era un oso. Un oso con una mancha en el pecho. No sé qué significa.

Se quedó un momento más. Mirando el muelle. Las tablas húmedas. Las marcas de sal que el agua dejaba al retirarse. Sacó un pañuelo del bolsillo blanco, doblado en cuartos, como sus trapos de limpieza y limpió una mancha del pasamanos que nadie más había visto. Lo hizo despacio. Con el cuidado que le ponía a los escritorios de División 47. El movimiento circular. La presión constante. Pero a mitad del gesto se detuvo. El pañuelo en la mano. La mano sobre la mancha. Mirándola sin verla.

Guardó el pañuelo sin terminar. Lo metió en el bolsillo arrugado, no doblado. La primera vez que Leonardo vio a Columbo guardar algo arrugado.

Fue la primera vez que Leonardo vio a Columbo dejar algo sin limpiar.

Desapareció en la niebla. Sus pasos siguieron sonando regulares, cortos, el paso de Columbo que Leonardo reconocería en cualquier corredor hasta que se mezclaron con la lluvia y se convirtieron en agua.

La embarcación esperaba en las sombras del muelle. El casco era oscuro, de un material que no era madera ni metal. Algo orgánico. Se movía. Respiraba. Leonardo puso la mano en la borda al subir. El material estaba tibio. Un pulso subió por las plantas de sus pies. Lento. Regular. Un corazón cada tres segundos. La embarcación estaba viva. O lo había estado. O lo estaba de una manera que la palabra “viva” no cubría.

El interior era más grande de lo que el exterior sugería. No por magia ni por truco simplemente la cubierta se extendía en

proporciones que no correspondían a las del casco visto desde fuera. Leonardo intentó reconciliar las dos perspectivas y dejó de intentarlo después de treinta segundos. Había sitio para los cinco. Apenas. La cubierta cedía bajo el peso como piel. Las mochilas dejaron depresiones que tardaban en volver a su forma original. Una lámpara de bronce colgaba de un poste en la proa, con una llama quieta que no consumía mecha ni aceite. Don Humo se sentó bajo ella con la naturalidad de alguien que conoce el mejor asiento de un lugar.

Leonardo se sentó contra la borda. El Voynich seguía caliente. Entreternia estaba al otro lado de aguas que no tenían nombre. Y la ecuación la ecuación que podía traerlas de vuelta estaba en algún lugar entre las páginas que pulsaban contra su esternón. O eso necesitaba creer. Porque si no estaba ahí, no tenía otro lugar donde buscar.

Anya fue la última en subir. Miró hacia Sanguisburg. No hacia la ciudad. Hacia el punto donde Columbo había desaparecido. Se quedó mirando hasta que la niebla cubrió el muelle completo. Después se sentó. Sacó el cuchillo del bolsillo y empezó a afilar la hoja con movimientos largos y constantes que no necesitaban luz. El sonido del metal contra la piedra de afilar era el único sonido humano en la embarcación. Todo lo demás era respiración de cosas que no deberían respirar.

Columbo se quedó en el muelle. De pie. Los brazos colgando. La carta mojada en la mano derecha. No levantó la mano para despedirse. No dijo nada. Se quedó mirando la embarcación con la expresión de alguien que está contando algo los metros de distancia, los segundos de separación, las posibilidades que se estrechan con cada metro.

La embarcación comenzó a moverse sin aviso. Sin motor. Sin vela. Nadie remando. Leonardo miró hacia atrás. La silueta de Columbo se recortaba contra los faroles del muelle. Quieto. Pequeño. Cada vez más pequeño. Los hombros caídos del mismo modo que caían cuando estaba solo en la comisaría a las tres de la mañana, cuando pensaba que nadie lo veía, cuando el personaje se apagaba un momento y quedaba solo el hombre. Leonardo lo había visto una vez, por accidente, a través de un cristal. Lo que vio fue agotamiento y algo más que no supo nombrar entonces. Ahora tampoco.

La niebla de Sanguisburg desapareció detrás de ellos. No de manera gradual. Simplemente ya no estaba, como Columbo. ## LOG 027: Optimización [A][L]

Viktor llegó a Sanguisburg tres horas después de que el grupo partiera.

Descendió del transporte negro sin marcas con la eficiencia de alguien que ha repetido este proceso cientos de veces. Botas negras, sin brillo, con suelas que no hacían ruido contra la piedra del muelle. Espalda recta. Sin mirar el transporte cuando se cerró detrás de él. El transporte no hizo ruido al irse. Simplemente dejó de estar, como si la presencia de Viktor hubiera reemplazado la necesidad de cualquier otra presencia. Su uniforme no tenía insignias. Su rostro no tenía expresión. Sus ojos no tenían color fijo cambiaban con la luz, con la dirección de la mirada, con algo sin nombre. A veces grises. A veces de un marrón tan oscuro que tragaba la pupila. Nunca del mismo color en los dos ojos al mismo tiempo. La heterocromía no era estética. Era funcional. Cada ojo procesaba algo diferente. Leonardo lo habría sentido como dos frecuencias simultáneas. Nadie aquí podía sentirlo. Pero todos lo sabían.

Vorgan lo esperaba en el muelle siete. Vacío. Las gaviotas habían desaparecido. No se habían ido habían desaparecido. El viento traía olor a sal y a metal oxidado y a algo más. Algo que Vorgan no quería identificar. Sus manos estaban en los bolsillos. Los pulgares temblaban. Viktor no miró las manos de Vorgan. No necesitaba mirar. Sabía.

—Se fueron. Entreternia.

—El mapa —dijo Viktor. Inventario, no pregunta. Su voz era plana. Sin inflexión. Cada sílaba del mismo volumen, la misma duración, como si hablar fuera un proceso mecánico que se ejecutaba sin participación del hablante.

—¿Sabes del mapa?

—Saber es mi trabajo.

Viktor caminó hacia el centro de Sanguisburg sin esperar respuesta. Vorgan lo siguió. Tres pasos atrás. La distancia instintiva de alguien que ha visto lo que Viktor hace y prefiere no estar demasiado cerca cuando lo hace.

Las calles de Sanguisburg se curvaban ante Viktor de un modo diferente al que se habían curvado ante Leonardo. No se apartaban. Se endurecían. La niebla que había empujado al grupo con suavidad ahora se retiraba con la eficiencia de cosa que reconoce una amenaza y decide no interferir. Los faroles de las calles parpadearon cuando Viktor pasó. Dos de ellos se apagaron. No volvieron a encenderse.

Los hemocronos detrás de las ventanas cerraron cortinas que ya estaban cerradas. Las puertas que no tenían cerrojo encontraron uno. La quietud que había sido prudente con el grupo de Leonardo se volvió algo más denso con Viktor. Miedo tiene un sonido. Es el

sonido de cerraduras girando una detrás de otra, en cadena, calle abajo.

Se detuvo frente a un escaparate de instrumentos musicales. Violines con cuerdas orgánicas que pulsaban. Flautas de hueso que producían notas sin que nadie las soplara. Un arpa pequeña cuyas cuerdas resonaban con el tránsito de la calle, convirtiendo los pasos de los transeúntes en una melodía que cambiaba con cada persona que pasaba. Viktor no miró los instrumentos como los miraría un músico o un curioso. Los miró como alguien que evalúa mecanismos. La mandíbula apretada. Los ojos moviéndose de un instrumento al siguiente con la velocidad de un escáner que cataloga antes de decidir qué destruir.

La puerta de la tienda estaba cerrada. Viktor no tocó. No llamó. Se quedó de pie frente al cristal durante cuarenta y tres segundos Vorgan los contó porque contar era lo que hacía cuando no quería pensar en lo que Viktor iba a hacer y después la puerta se abrió sola. No por mecanismo. Por miedo. La madera cedió ante algo que Viktor emitía sin esfuerzo, una presión que los instrumentos dentro de la tienda detectaron antes que la puerta: las cuerdas del arpa dejaron de sonar. Las flautas de hueso se callaron. El silencio que Viktor dejaba tras de sí era diferente al silencio normal era la quietud de cosas vivas que deciden no hacer ruido.

—Cada establecimiento en Sanguisburg que vende o repara instrumentos musicales. -Viktor consultó una pantalla que sacó del bolsillo interior. La luz le iluminó la cara desde abajo. Cuarenta y siete puntos rojos sobre el mapa de la ciudad. En las próximas veinticuatro horas, ninguno existirá.

—¿Vas a destruirlos?

—Voy a optimizarlos. La música interfiere con las Torres TAAT. Crea bolsas donde la gente puede pensar con claridad. Sentir cosas que no debería sentir. -Guardó la pantalla. Sanguisburg tiene la concentración más alta de fabricantes de instrumentos en el sistema. Ochocientos hemocronos con acceso a frecuencias no reguladas. Es un agujero.

—Los hemocronos no van a aceptar eso.

—Los hemocronos van a aceptar lo que el sistema decida. O van a dejar de existir.

El primer establecimiento estaba al fondo de un callejón que olía a resina. Una tienda pequeña. La puerta de madera tenía tallada una clave de sol con raíces que se extendían hacia el marco. Viktor entró sin llamar. Las puertas nunca estaban cerradas para Viktor.

El propietario tenía sesenta años. Dedos manchados de barniz. Callos de años de trabajar con cuerdas y madera. Estaba construyendo un cruce entre un laúd y un órgano, con tubos de cristal que contenían algo luminoso y vivo. Las notas que salían de los tubos eran visibles filamentos de color que subían hacia el techo y se disolvían antes de llegar.

—Cerrado —dijo sin levantar la vista.

—No.

El hombre miró. Vio. La herramienta que tenía en la mano cayó al suelo. No la soltó. Los dedos se abrieron solos.

—Por favor. Estos instrumentos son todo lo que tengo. Son todo lo que queda de tradiciones que murieron en otros lugares.

—Lo sé.

Viktor rozó los tubos de cristal con la yema del índice. Donde los tocaba, la luz dejaba de brillar. El líquido se volvió opaco. Muerto.

Los filamentos de color se apagaron uno por uno. El aire de la tienda se volvió más pesado.

—Solo hago música.

—La música es caos organizado. Es incontrolable. Es peligrosa. - Viktor se acercó un paso. El hombre retrocedió hasta que la espalda tocó la pared. No había más pared después de esa. La quietud es misericordia. Lo que no pueden sentir no les puede doler.

—Tengo una hija. Tiene diecisiete años.

—Será reubicada. Vivienda. Alimentación. No recordará que hacías instrumentos. No recordará nada que el sistema considere innecesario.

Viktor levantó la mano. Dedos extendidos. Palma hacia afuera.

Lo que salió no era una orden. Era ausencia.

La quietud de los instrumentos dejando de vibrar. Cuerdas rompiéndose todas al mismo tiempo, un chasquido colectivo que fue el último sonido que la tienda produjo. Tubos agrietándose. Luz derramándose en el suelo hasta quedar vacíos. El laúd-órgano se desarmó desde adentro. Las piezas cayeron con la suavidad de algo que se rinde.

La quietud del propietario cayendo al suelo. Sin heridas visibles. Sin sangre. Solo estaba de pie y luego estaba en el suelo. Los dedos manchados de barniz quedaron abiertos. La posición exacta de alguien que todavía estaba sosteniendo algo.

Viktor salió. El marco de la puerta se quedó vacío. La luz de la calle entró y cayó sobre los instrumentos rotos como si los iluminara para un inventario. Viktor no se giró. No verificó. Sabía lo que dejaba atrás con la certeza de alguien que ha dejado lo mismo atrás cuarenta y seis veces antes y va a dejarlo cuarenta y seis veces más.

Cuarenta y seis más.

La calle lo recibió con la indiferencia de las calles que han aprendido a no mirar. Tres hemocronos cruzaron al lado opuesto cuando lo vieron salir. No corrieron. Ajustaron su trayectoria con naturalidad, como si siempre hubieran planeado caminar por ese lado. Un niño sentado en un escalón se levantó y entró a la casa sin que nadie lo llamara. La puerta se cerró despacio. Sin portazo. Los portazos atraen atención. La ciudad estaba aprendiendo a ser invisible.

Viktor caminó hacia la siguiente tienda. La pantalla de su muñeca actualizó el mapa: cuarenta y seis puntos rojos. Cada punto era una puerta que iba a abrirse para él. Cada punto era alguien que todavía no sabía que su último instrumento ya había sonado su última nota.

En el mostrador de la tienda vacía, la pantalla del propietario se encendió sola. Letras blancas sobre fondo azul: SU CASO HA SIDO PROCESADO POR SERVICIOS DE OPTIMIZACIÓN — DEPARTAMENTO DE BIENESTAR CIUDADANO. ¿DESEA CALIFICAR SU EXPERIENCIA? (1-5 ESTRELLAS). RECORDAMOS QUE UNA CALIFICACIÓN INFERIOR A 3 ESTRELLAS ACTIVA REVISIÓN AUTOMÁTICA DE SU PERFIL DE COHERENCIA. La pantalla esperó respuesta durante sesenta segundos. No la obtuvo. Registró: CALIFICACIÓN: NO RESPONDIDA. NOTA: CIUDADANO EN PROCESO DE REUBICACIÓN.

Vorgan lo observaba desde el final del callejón. Su rostro era máscara. Años de entrenamiento. Pero sus manos temblaban. Las metió en los bolsillos del abrigo. El gesto de alguien que no quiere que sus propias manos lo delaten.

—¿Qué le hiciste?

—Lo optimicé.

En las ventanas, rostros pálidos observaban. Hemocronos que vieron. Que escucharon lo que pasó. Una mujer en el tercer piso tenía la mano en el cristal. Los dedos extendidos contra el vidrio buscando algo al otro lado. Se apartaron. La cortina se cerró.

Las puertas de las casas se cerraron. Una por una. Cerrojos. Cadenas. Cortinas pesadas que bloqueaban la vista y la responsabilidad y la diferencia entre ambas.

En el callejón, el cuerpo del fabricante yacía en el suelo de su taller. Rodeado de instrumentos rotos. Viktor se arrodilló junto al cuerpo. Examinó las manos. Manchas de barniz en los dedos barniz que se aplicaba con un pincel de tres pelos, capa por capa, durante semanas. Un artesano. Alguien que construía cosas que servían para producir sonido. Viktor examinó el cuello. Marcas. No de manos. De algo más delgado. Alambre o cuerda de instrumento. El fabricante de instrumentos había sido estrangulado con su propio material.

Viktor se incorporó. Registró el taller con la mirada. Los instrumentos rotos no habían sido destrozados en la lucha. Habían sido destrozados después. Deliberadamente. Uno por uno. Las cuerdas cortadas. Los cristales agrietados con precisión un solo golpe en el punto exacto de máxima fragilidad. Quien hizo esto conocía los instrumentos. Sabía dónde eran vulnerables.

El cuerpo del fabricante yacía entre instrumentos rotos. Cuerdas sueltas. Cristales agrietados. Todo quieto. Todo muerto. El barniz de sus dedos brillaba bajo la luz de la pantalla que seguía encendida. Esperando. Paciente. Dispuesta a esperar para siempre.

Viktor tocó la frente del fabricante. Fría. Calculó el tiempo. Cuatro horas. Coincidió con la hora de partida de la embarcación. No

coincidencia. Patrón. Alguien había estado aquí antes del grupo. Alguien había buscado lo mismo. Alguien no había encontrado lo que buscaba y había dejado el cuerpo como mensaje o como descuido. Viktor no distinguía entre ambos. El resultado era idéntico. Se quitó los guantes. Los guardó. Sacó otros. Limpios. Recogió un fragmento de cristal del suelo de un instrumento roto, algo con forma de lupa pero más complejo, con lentes apiladas en ángulos que no servían para amplificar nada visible. Lo examinó contra la luz de la pantalla. Lo guardó en una bolsa.

En algún lugar de la ciudad, su hija de diecisiete años probablemente estaba cenando. Probablemente no sabía que su padre había sido asignado a un caso que implicaba cruzar tres zonas restringidas y destruir lo que encontrara al final. Probablemente no sabía que Viktor había matado al fabricante de instrumentos con la misma eficiencia con la que marcaba los informes: sin pausa, sin revisión, sin segunda lectura. Lo que el sistema pedía, Viktor entregaba. Lo que Viktor entregaba, el sistema archivaba. La cadena era limpia. La cadena era perfecta. La cadena no tenía lugar para hijas que cenaban sin saber. ## LOG 028: Faith [F][L]

La embarcación se deslizaba por aguas que no aparecían en ningún mapa.

Faith verificó su arma. Cargador lleno. Seguro puesto. No sabía contra qué iba a usarla en un lugar donde el agua no se comportaba como agua y el tiempo no se comportaba como tiempo. Pero verificar era algo que podía hacer. Lo había hecho tres veces en la última hora. Cada vez encontraba lo mismo. Cada vez servía para lo mismo: llenar los dedos con algo que reconociera. La pistola pesaba setecientos gramos. Ese dato era verdad aquí igual que en Ciudad Control.

Setecientos gramos de certeza en un lugar donde todo lo demás fluctuaba.

Sacó el cargador. Lo insertó. Sacó el cargador. Lo insertó. El clic del metal era otro dato. Lo repitió hasta que el gesto dejó de ser verificación y empezó a ser otra cosa. Algo que no quería nombrar. Guardó el arma.

La cubierta era de un material que cedía bajo las pisadas. No madera. No metal. Algo que respiraba al ritmo de la embarcación. Faith había intentado identificarlo. Había pasado la uña por la superficie. Flexible. Templado. Sin vetas ni costuras visibles. Los zapatos mojados dejaban marcas que desaparecían en segundos, absorbidas por la cubierta. Faith dejó de intentar clasificarlo después de la segunda hora. Lo añadió a la lista de cosas que no tenían categoría. La lista crecía más rápido que su capacidad de archivarla.

Se puso de pie. Caminó hasta la borda de estribor. Tres pasos. Volvió. Tres pasos. El espacio era demasiado pequeño para caminar en línea recta, así que hacía triángulos. Proa, borda, centro. Proa, borda, centro. Lo había hecho en celdas de interrogatorio durante quince años el triángulo mantenía la circulación y la cabeza despejada mientras el sospechoso sudaba bajo la lámpara. Aquí no había sospechoso. Aquí no había lámpara. Pero las piernas necesitaban el triángulo o la cabeza empezaba a llenar los huecos con cosas que no servían.

No había dormido. No desde Sanguisburg. La última vez que cerró los ojos fue apoyada contra una pared de piedra húmeda mientras Don Humo negociaba el paso a los muelles. Quince minutos. Había contado. El cuerpo le pedía más pero el cuerpo podía esperar. Había trabajado turnos de treinta y seis horas en

Homicidios. Había dormido sentada en pasillos de comisaría con la pistola en el regazo y un café frío entre las rodillas. Esto no era peor. Era diferente. En la comisaría, el insomnio tenía propósito un caso abierto, un testigo que llegaba a las cuatro de la mañana, un laboratorio que mandaba resultados. Aquí el insomnio era solo esperar. Y Faith no sabía esperar.

El frío se metía por las costuras de la chaqueta. Húmedo. Salado, aunque no había sal visible en el agua. La clase de frío que no te mata pero te recuerda que estás viva y que estar viva implica estar incómoda.

Leonardo estudiaba el Voynich bajo una lámpara de bronce que no necesitaba combustible. La llama no oscilaba. No reaccionaba al viento que cruzaba la cubierta. Faith lo registró y lo archivó con todo lo demás que no tenía explicación. El hombre llevaba la misma postura desde hacía una hora espalda doblada, cara a veinte centímetros de la página, los dedos siguiendo líneas que Faith no podía leer desde donde estaba. De vez en cuando movía los labios. No hablaba. Articulaba sin sonido, como si probara las palabras antes de dejarlas salir y ninguna pasara la prueba. Tenía los nudillos blancos de apretar los bordes del manuscrito. Faith había visto esos nudillos en familiares de víctimas. En padres que sostenían fotos. En gente que se aferraba a lo último que les quedaba de alguien.

Anya vigilaba el horizonte con los brazos cruzados, la espalda contra la borda, los pies plantados esperando un golpe de mar que no llegaba. El cuchillo en la cintura. Siempre el cuchillo. Cada doce minutos, Anya cambiaba de posición giraba el cuerpo noventa grados, escaneaba el sector nuevo, volvía. Faith lo había contado. Doce minutos exactos. Militar. Alguien le había enseñado rotación de

vigilancia y el cuerpo lo seguía haciendo aunque no hubiera nada que vigilar excepto agua negra en todas las direcciones.

Don Humo estaba sentado en la proa mirando hacia la oscuridad. No se había movido en cuarenta minutos. Faith lo había cronometrado sin proponérselo. El humo de la pipa subía recto, sin que el viento lo desviara. Eso era incorrecto. El viento existía Faith lo sentía en la nuca, en los puños de la chaqueta. Pero el humo no lo registraba. Otro dato sin categoría. Otro punto para la lista.

Faith se acercó a Leonardo. Se sentó a un metro de distancia. El metro de alguien que mantiene perímetro incluso con aliados.

—¿Confías en él? —preguntó Faith.

—¿Tú no?

Faith no respondió. Siguió mirando la oscuridad donde terminaba la cubierta y empezaba el agua. El agua era negra. No oscura. Negra. Sin reflejos. Sin luna que la tocara. La línea entre la cubierta y el agua era nítida, como un corte de cuchillo. Faith había intentado ver dónde terminaba una cosa y empezaba la otra. No había transición. Cubierta, después agua. Como si alguien hubiera cortado el mundo en dos materiales y los hubiera pegado sin mezclar.

—Sigo las pistas —dijo. Él es una pista. La más importante que tengo.

Lo que no dijo: las pistas se le acababan. En Entreternia no había precinto, no había expedientes, no había pared de corcho con hilos conectando nombres con fechas. No había Sánchez con su tablet rastreando patrones en bases de datos corruptas. No había Columbo con su pañuelo limpiando superficies mientras preguntaba lo que nadie más preguntaba. El método que la había sostenido quince años estaba perdiendo superficie. Cada hora en esta embarcación era una

hora sin datos nuevos, sin testigos, sin evidencia física que pudiera tocar con las manos. Y las manos de Faith necesitaban tocar evidencia como otros necesitaban respirar.

Se miró las manos. Las abrió. Las cerró. Callos en la base de los dedos, del mango de la pistola. Cicatriz en el pulgar izquierdo, de un cristal roto en una redada hacía seis años. Uñas cortas, sin pintar, comidas hasta la raíz del meñique derecho eso era nuevo. No recordaba cuándo había empezado. Las manos le decían más que cualquier espejo. Estas eran manos que procesaban cosas. Que abrían expedientes, giraban perillas de puertas, recogían fibras del suelo con pinzas. Sin nada que procesar, las manos se cerraban solas. Se abrían. Se cerraban. Buscando.

Faith tocó la borda. Templada. Latido lento. Contó los latidos. Uno cada tres segundos. Constante. Eso era algo. Un dato. Lo archivó.

Miró a Leonardo. Concentrado en el Voynich, ajeno a todo. Hambriento. No de comida ni de respuestas. De lo que no existía lo que lo hacía estirar la mano hacia relojes de mercado y abrir la boca en sueños. Esa hambre lo movía. Lo hacía peligroso. Lo hacía útil. Faith conocía a los hambrientos. Los había interrogado, perseguido, protegido. Sabía que un hambriento llega más lejos que alguien con plan. Y sabía que un hambriento destruye más que alguien con odio.

Algo se movió en el agua. Faith giró. Mano en la pistola. Reflejo. Quince años de reflejo comprimidos en un gesto que ya no necesitaba pensamiento.

Nada. El agua negra. Sin reflejos. Sin movimiento.

Pero algo se había movido. Faith lo sabía. Lo había sentido con la misma certeza con la que sentía las mentiras en los interrogatorios,

con la que sentía el momento exacto en que un testigo dejaba de decir la verdad. Algo debajo de la superficie había cambiado de posición. El agua no se había ondulado. No había burbujas. Pero la densidad del negro había variado en un punto específico, a tres metros de la borda. Más negro. Después, igual que antes.

Esperó. Contó hasta treinta. A los diecisiete, el punto volvió a cambiar. Mismo lugar. Misma densidad. Esta vez duró dos segundos en lugar de uno. Faith registró la diferencia. Dos puntos de datos. Con dos puntos se puede trazar una línea. Con una línea se puede predecir un tercero. A los treinta y cuatro, el punto cambió de nuevo. Tres segundos. Más cerca de la borda. Un metro y medio.

El patrón era claro. Lo que fuera, se acercaba.

No dijo nada. No desenfundó. Se quedó mirando el agua un minuto largo, con los dedos quietos sobre la culata, esperando a que el impulso pasara. El impulso no pasó. Lo guardó. Junto a los otros impulsos que guardaba. La colección crecía.

—El Voynich muestra coordenadas —dijo Leonardo de repente. No espaciales. Temporales. O algo parecido a temporal.

—El mapa que buscamos no está en un lugar fijo. Está en un momento específico.

—Entreternia —dijo Don Humo desde la proa. No se dio vuelta. La ciudad entre momentos.

Anya se acercó a Faith. Se apoyó contra la borda a su lado. Las dos mirando el agua que no era agua. No hablaron durante un rato. La quietud entre ellas no necesitaba llenarse. Era una quietud operativo dos personas que vigilan el mismo sector y saben que la otra está ahí sin necesidad de confirmarlo.

—¿Entiendes algo?

—Estoy empezando a sospechar que entender es sobrevalorado.

Anya no sonrió. Faith tampoco. Pero Anya sacó media barra de proteína del bolsillo de la chaqueta y la partió en dos. Le dio la mitad a Faith sin mirarla. Faith la aceptó sin mirar. Se la comió mirando el agua. La barra sabía a cartón y a mantequilla de maní y a algo químico que no tenía nombre. Era lo más normal que había comido en días. Lo más normal que había pasado entre ella y otra persona en días.

Faith masticó despacio. El sabor era malo pero era real. Era un sabor que existía en Ciudad Control igual que aquí. Cartón. Maní. Químico. Setecientos gramos y una barra de proteína. Dos datos sólidos en un océano sin fondo.

Media hora antes de que la oscuridad los tragara, Haryes se había quedado atrás. Sin pedir permiso. Sin explicar. El hacha en la mano, las grapas brillando. Había saltado de la embarcación a una formación rocosa que no estaba ahí un minuto antes. La cubierta no había temblado. El agua no había salpicado. Simplemente ya no estaba.

Faith había calculado la distancia del salto. Dos metros. Desde una embarcación en movimiento a una roca mojada en la oscuridad, con un hacha de tres kilos en la mano dominante. Aterrizaje limpio. Sin tambaleo. Sin ajuste de equilibrio. Lo había hecho antes. Muchas veces. El cuerpo que hace ese salto no lo piensa lo ejecuta desde el músculo, desde la repetición, desde algo más viejo que el pensamiento. No se había despedido. No había mirado a nadie. Simplemente había visto la roca y había saltado, con la naturalidad de alguien que baja en su parada de autobús.

Faith archivó el dato: un aliado menos. Un hacha menos. Tres grapas menos. La ecuación del grupo cambiaba y nadie la había consultado.

La última imagen que Leonardo tuvo de él fue la silueta recortada contra la niebla, esperando lo que viniera. Los tres grapas del cuello brillaban más que antes. O el aire era más oscuro. Desde la distancia, llevaba allí siempre. ## LOG 029: Despertar [K][L]

Haryes apareció al amanecer. Sangre seca en el hacha. Un corte en el hombro izquierdo que no mencionó. Se sentó en la cubierta, comió media barra de proteína con la concentración de alguien que mastica por obligación, cerró los ojos. Las runas del antebrazo parpadearon ámbar dos segundos, se apagaron. Leonardo fue el único que las vio. El color no era ámbar normal. Era ámbar con profundidad, como si las runas iluminaran algo debajo de la piel.

El corte del hombro medía unos diez centímetros. La tela alrededor estaba rígida, pegada a la piel por la sangre coagulada. No estaba fresca pero no tenía costras. Dos horas, estimó Leonardo. Tal vez tres. Lo que fuera que Haryes hubiera hecho en la formación rocosa, había durado toda la noche. Faith se acercó con un trozo de tela limpia. Haryes la miró. No la rechazó. No la aceptó. Simplemente la miró hasta que Faith dejó la tela en la cubierta a su lado y se alejó.

Faith abrió la boca. La cerró. Haryes tenía la espalda recta y los ojos cerrados y las manos sobre las rodillas con las palmas hacia abajo, conteniendo algo que empujaba desde adentro. La sangre del hacha no era de un solo color. Leonardo lo notó porque la sinestesia no le pedía permiso: rojo oscuro en el filo, marrón en el mango, algo más claro en la base que podría haber sido de otra cosa. O de alguien.

El hacha olía a metal y a algo orgánico que Leonardo procesó como un sabor amargo en la raíz de la lengua.

Haryes abrió los ojos. Miró al este. Siempre al este. Las grapas del cuello captaban la luz de un sol que no estaba en ninguna posición fija del cielo.

Anya dejó agua junto a él sin decir nada. Un recipiente de la embarcación, del mismo material que la cubierta. Haryes bebió sin mirar el recipiente. La mitad. Dejó la otra mitad. Se limpió la boca con el dorso de la mano herida. La sangre del corte manchó la comisura. No se la limpió.

La transición entre las aguas sin nombre y Entreternia no fue gradual. Un momento, estrellas imposibles demasiadas, demasiado cerca, algunas moviéndose a velocidades que las estrellas no alcanzan. Al siguiente, un no-cielo donde el azul se mezclaba con el naranja sin volverse marrón. Leonardo parpadeó. Parpadeó otra vez. El color seguía ahí. No era mezcla. Eran los dos colores al mismo tiempo, ocupando el mismo espacio, sin fundirse. La retina no sabía cuál procesar primero. Los ojos le lagrimearon del esfuerzo.

La temperatura cambió de golpe. El frío húmedo que los había acompañado durante horas se convirtió en algo tibio y seco. No cálido. Tibio. La piel lo detectó antes que la mente. Los poros se relajaron, los músculos del cuello aflojaron una tensión que llevaba ahí tanto tiempo que Leonardo había olvidado que existía. El aire tenía una densidad diferente. Pesaba menos. Los pulmones se llenaban con menos esfuerzo.

La embarcación también cambió. El latido bajo la cubierta se aceleró. No mucho. De un pulso cada tres segundos a uno cada dos. El material de la cubierta se volvió más cálido bajo los pies. Las

marcas de pisadas mojadas dejaron de desaparecer se quedaban, brillando débilmente, como si la cubierta estuviera despertando y registrara cada cosa que la tocaba. Leonardo puso la palma en el suelo. El pulso le subió por la muñeca. No era desagradable. Era como poner la mano sobre el pecho de algo grande que respira.

El Voynich pulsó contra su pecho. Físicamente. El papel estaba caliente. Más caliente de lo que debería estar algo guardado en una bolsa de tela. Leonardo lo sacó. Las páginas brillaban con una luz que no venía de ninguna fuente. Los símbolos se movían. No cambiaban se reorientaban, como brújulas ajustándose a un norte nuevo. La χ de las ecuaciones marginales giraba sobre su eje.

—Hemos cruzado —dijo Don Humo.

Su voz era diferente. Leonardo tardó un momento en identificar qué había cambiado. Era más baja. O más cuidadosa. El viejo estaba de pie en la proa, con las manos sobre la borda, y su postura era la de alguien que conoce un lugar y le tiene respeto. No miedo. Respeto. La diferencia era sutil pero Leonardo llevaba semanas leyéndolo.

El viejo sacó la pipa. No la encendió. La sostuvo. Sus dedos recorrieron las marcas de mordida en la boquilla. Un gesto que Leonardo había visto docenas de veces, pero esta vez los dedos se detuvieron en una marca específica. Más profunda que las demás. Don Humo la tocó con el pulgar. La soltó. Guardó la pipa con un movimiento que tenía algo de despedida.

El agua era transparente. Completamente. Leonardo veía a través de ella. Cristal líquido. Metros y metros de profundidad visible. Había formas moviéndose allá abajo. Siluetas de ciudades sumergidas que pulsaban con luz propia. Formas que cambiaban mientras las miraba. Torres que se doblaban y se desdoblaban. Arcos

que se abrían y se cerraban. Algo que podría haber sido una plaza con figuras diminutas moviéndose en patrones que tenían la precisión de un ritual o de un mecanismo.

Anya se acercó a la borda. Leonardo también. Las formas tiraban de su atención. Exigían ser vistas. Más fuerte que curiosidad. Algo que empujaba desde afuera. Leonardo se agarró de la borda. Los nudillos blancos. El tirón venía del pecho del lugar donde el Voynich tocaba la piel. Como si el manuscrito quisiera bajar.

Las formas se detuvieron. Todas a la vez.

Miraron hacia arriba.

No tenían ojos. No tenían caras. Pero estaban mirando. Leonardo lo supo con la misma certeza con la que sabía que la gravedad tira hacia abajo. No era deducción. Era dato.

La presión llegó primero al pecho. Un peso que aplastaba los pulmones contra las costillas. Leonardo tuvo que esforzarse para respirar. Faith jadeó el primer sonido involuntario que Leonardo le había escuchado. Anya no podía apartar la mirada. Tenía los ojos abiertos de una manera que no era normal, sin poder cerrar los párpados. Haryes puso la mano en el hacha pero no se movió. Sus ojos no estaban mirando el agua. Estaban mirando a Don Humo.

—No las miren —dijo Don Humo. Más urgente de lo que Leonardo le había escuchado nunca. No las reconozcan. Lo que alimenta su atención es nuestra atención.

—¿Qué pasa si no dejamos de mirar? —preguntó Faith. Su voz era plana. Profesional. Pero los dedos sobre la pistola estaban blancos.

—Ya no eres capaz de mirar nada.

Leonardo cerró los ojos. Fue peor. Con los ojos cerrados, las formas eran más claras. Siluetas que se movían detrás de los

párpados dentro de él y no debajo del agua. El Voynich pulsó más fuerte. El calor le quemaba la piel a través de la tela. Pero le daba un foco. El Voynich era un punto fijo. Una frecuencia que conocía. Se agarró a ella con la misma desesperación con la que se había agarrado al número de expediente de Alethia durante tres años. 14-C. El número. Las páginas en blanco. Las niñas.

Abrió los ojos. Miró al no-cielo. El azul y el naranja coexistiendo sin mezclarse. La presión disminuyó. No desapareció. Pero lo suficiente para respirar.

Anya seguía mirando el agua. Los ojos fijos. La mandíbula apretada. Faith la agarró del brazo y tiró. Anya no se movió. Faith tiró más fuerte. Leonardo vio cómo los dedos de Faith se hundían en la tela de la chaqueta hasta que los nudillos blanquearon. Anya parpadeó. Una vez. Lenta. Los ojos giraron hacia Faith con la inercia de alguien que despierta de algo que no era sueño.

—Suéltame —dijo Anya. Pero su voz no tenía fuerza. Era la voz de alguien que sabe que la están salvando y todavía no ha decidido si quiere ser salvada.

Faith no la soltó hasta que Anya desvió la mirada del agua por sí misma. Cuando lo hizo, tenía los ojos inyectados en sangre. Pequeños vasos rotos en el blanco del ojo izquierdo. Parpadeó rápido, varias veces, como si intentara recalibrar la visión. Se pasó la mano por la cara. La mano temblaba.

—Había una casa —dijo Anya. Bajo. Solo para Faith. Abajo. Con cortinas.

Faith no preguntó. Leonardo tampoco. Anya se alejó de la borda y se sentó en el centro de la cubierta, lo más lejos posible del agua en todas las direcciones. Sacó el cuchillo y empezó a limpiar la hoja con

un trapo que ya estaba limpio. El gesto de alguien que necesita hacer algo con las manos para no hacer otra cosa con los ojos.

El agua transparente gradualmente se volvió opaca. Las formas desaparecieron. En el horizonte, torres. Cientos de torres de cristal que refractaban la luz en ángulos imposibles. Muelles. Edificios que habían crecido en lugar de haber sido construidos. La línea entre lo construido y lo orgánico no existía. Las torres tenían ramas. Los muelles tenían raíces. Todo latía con el mismo pulso lento que la cubierta bajo sus pies.

Entreternia.

La embarcación se dirigió hacia uno de los muelles sin que nadie la guiara. Las raíces del muelle se movieron cuando se acercaron se abrieron, dejando un espacio exacto para el casco. Encajó sin golpear. Sin ruido. Leonardo miró hacia abajo. Las raíces se cerraron alrededor del casco y lo sostuvieron. El pulso de la cubierta se sincronizó con el pulso del muelle. Un latido. El mismo.

Don Humo fue el primero en bajar. Sus botas tocaron la superficie del muelle y las raíces cedieron bajo su peso con la misma flexibilidad que la cubierta. Caminó tres pasos. Se detuvo. Miró hacia las torres. Leonardo vio algo en su espalda que no había visto antes. La postura de alguien que vuelve a un lugar del que se fue hace mucho tiempo. Los hombros un milímetro más bajos. La cabeza un grado más inclinada. No era comodidad. Era reconocimiento. El cuerpo recordando antes que la mente.

El olor llegó entonces. Savia verde mezclada con algo mineral, con piedra húmeda, con algo dulce que Leonardo no podía identificar. La sinestesia lo tradujo: el olor era una nota sostenida, grave, que

vibraba en los huesos del oído medio. Entreternia olía a frecuencia. A un sonido que llevaba siglos sonando y que nadie había apagado.

Leonardo bajó de la embarcación. Sus pies tocaron el muelle. Las raíces pulsaron bajo sus suelas. El Voynich pulsó contra su pecho. El mismo ritmo. Todo conectado. Algo se desbloqueó en su pecho. No alivio. No emoción. Algo más mecánico. Como un reloj al que le hubieran dado cuerda después de años parado. El Voynich latía contra su esternón al ritmo de su corazón. O su corazón latía al ritmo del Voynich. Ya no podía distinguir cuál seguía a cuál. No importaba. Lo que importaba era que en algún lugar de esas torres había un archivo con un mapa y en ese mapa había una ecuación y esa ecuación podía traerlas de vuelta.

—Bienvenidos —dijo Don Humo. Intenten no morir. ## LOG 030: Regreso [L][X]

El frío llegó antes que la costa. Húmedo. Se metía por los puños de la chaqueta, encontraba los espacios entre el cuello y la piel. Diferente al de Sanguisburg: menos agresivo, más persistente. La clase de frío que no te mata rápido. Que te va gastando.

El muelle apareció entre la niebla. Metal negro que se extendía hacia el agua. No había nadie. La hora más oscura de la noche local. La embarcación se detuvo sin que nadie le pidiera detenerse. El casco dejó de respirar. El latido se apagó. El silencio que lo reemplazó era diferente, no la ausencia de sonido sino la presencia de quietud. Como si el aire supiera que habían llegado y dejara de moverse para no estorbar.

El metal del muelle estaba cubierto de una escarcha fina que crujía bajo el peso. La primera superficie sólida en horas. Leonardo apoyó la mano en un poste de amarre. El metal le quemó los dedos

de frío. Lo soltó. Se miró la palma. Roja. Real. Frío real en una mano real sobre metal que obedecía las reglas que conocía.

—Tenemos hasta el amanecer —dijo Don Humo. Después, ojos. Preguntas. Complicaciones.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres horas. Tal vez cuatro.

Faith fue primera en pisar el muelle. Pistola en la mano derecha, izquierda tanteando el barandal. El metal estaba mojado. Despejado. El grupo se puso en marcha. Faith adelante. Anya cargando el peso la mochila con las provisiones que quedaban, más la bolsa de cuero que Don Humo le había pasado sin explicar qué contenía. Leonardo en el medio, el Voynich contra el pecho. Don Humo cerrando.

Las piernas de Leonardo temblaban. No de frío. De horas sin moverse en la embarcación seguidas de contacto con suelo sólido. Los músculos se habían acostumbrado al movimiento constante del casco, el balanceo mínimo, la respiración de la cubierta, y ahora que el suelo no se movía, el cuerpo lo interpretaba como error. Los primeros veinte pasos fueron torpes. Después los músculos recalibraron. El muelle era real. El metal bajo los pies no tenía pulso. No respiraba. No registraba pisadas. Era solo metal. Después de horas en la embarcación, lo normal se sentía extraño.

La ciudad dormía. Las ventanas eran rectángulos oscuros. Las calles estaban mojadas, había llovido mientras ellos estaban en el agua, y el reflejo de los faroles lejanos convertía los charcos en manchas naranjas que se deformaban cuando los pisaban. Leonardo pisó uno. El agua fría le entró por la costura del zapato izquierdo. Un detalle diminuto, absurdo, real. Lo archivó junto con el peso del

Voynich y la temperatura del metal del muelle. Datos pequeños que confirmaban que estaba en un lugar que obedecía reglas que conocía.

Leonardo lo escuchó antes de verlo. La respiración del viejo. Más pesada de lo que había sido al inicio del viaje. No solo pesada. Rota. Entrecortada en los puntos donde el aire debería fluir sin interrupciones. El viejo caminaba con la misma cadencia de siempre, pero el costo de cada paso había subido.

—Por aquí —dijo Don Humo. Señaló un callejón con escalones que bajaban. Su mano temblaba. Lo suficiente para que Leonardo lo viera. No lo suficiente para que el viejo lo admitiera.

Doce escalones. Rellano. Veinte más. Giro a la izquierda. Treinta y cuatro. Cada tramo más estrecho que el anterior. Cada tramo más frío.

Las paredes del descenso eran piedra húmeda con tuberías expuestas que goteaban un líquido que no era agua. Más viscoso. Más lento. Caía en gotas gruesas que tardaban en desprenderse de la tubería, como si les costara soltar. Anya tocó una tubería y apartó la mano. La yema del dedo le quedó negra. Se la limpió en el pantalón sin comentarlo. Faith contó las tuberías: siete en el primer tramo, doce en el segundo, diecisiete en el tercero. Cada tramo tenía más. Como si bajaran hacia el centro de algo que necesitaba más conductos para funcionar.

Los escalones estaban gastados en el centro. Décadas de pisadas habían clavado una depresión en la piedra que hacía que cada paso resbalara un centímetro hacia el medio. Los pies buscaban los bordes donde la piedra todavía era plana. Leonardo tropezó en el escalón cuarenta y uno. Se agarró de una tubería. Caliente. La soltó. Se

agarró de la pared. Húmeda pero fría. La mano le quedó mojada con el mismo líquido negro.

El descenso se estrechaba con cada tramo. Al principio cabían dos personas de frente. Después de los primeros treinta escalones, solo una. Faith iba primero, la pistola apuntando al siguiente rellano antes de que los pies llegaran. Leonardo contó las grietas en la pared. Cuatro por metro. Después seis. Después dejó de contar porque las grietas dejaron de ser grietas y empezaron a ser algo que se movía cuando no lo miraba directamente. Decidió que no se movía. Que era el cansancio. Que tres horas en un mar sin nombre hacen cosas con la percepción. Mantuvo los ojos en los escalones.

El olor cambió a mitad de la escalera. Más químico. Más viejo. Sabor a metal y a ozono quemado. Leonardo lo procesó primero como textura áspero, granulado, del color del plomo antes de identificarlo como olor.

—¿Necesitas parar? —preguntó Anya. No miraba a Leonardo. Miraba a Don Humo.

—Necesito llegar. Parar es lo opuesto a llegar.

Sesenta y dos. Sesenta y tres. Setenta y uno. Un pasillo largo con luces azuladas empotradas en el techo. Algunas fundidas. Las que funcionaban emitían un zumbido tan bajo que Leonardo lo sentía en las plantas de los pies antes que en los oídos.

Al final, una puerta de metal. Viejo. Manchas de corrosión en las esquinas que habían crecido hasta formar mapas de óxido. En el centro, grabado: 17-C. Los números estaban hundidos en el metal, no pintados. Alguien los había grabado a mano.

Leonardo tocó el metal. Frío. Más frío de lo que debería estar algo a esta profundidad.

—El archivo está refrigerado —dijo Don Humo. Cuarenta y tres años funcionando sin interrupción. La refrigeración es mecánica. Gravedad y agua. No necesita electricidad.

Sacó algo de debajo del abrigo. Una llave. No electrónica. No tarjeta. No código. Metal con dientes. Una llave que nadie fabricaba en generaciones. La cadena que la sostenía estaba gastada hasta ser hilo. El viejo la desenredó con dedos que conocían cada nudo.

La insertó. El metal raspó contra metal. Resistencia. Años de desuso. Don Humo empujó con el hombro. La cerradura cedió con un quejido.

Giró.

Engranajes moviéndose porque alguien los diseñó para moverse. Sin electricidad. Sin sistemas. Solo física. El sonido de metal contra metal subió por la puerta y resonó en el pasillo detrás de ellos.

Un clic.

Otro.

La puerta se abrió unos centímetros. El aire que salió era diferente. Más seco. Olor a papel y a polvo y a tiempo acumulado capa sobre capa. El frío del interior era limpio. Sin humedad. Sin las partículas que hacían visible el aliento en el pasillo.

Leonardo empujó la puerta antes de que Don Humo terminara de guardar la llave. El metal chirrió contra el suelo. Faith levantó la mano, espera, despeja primero pero Leonardo ya estaba adentro. El Voynich le quemaba el pecho a través de la tela. Más caliente que antes. Más caliente que nunca. Las páginas pulsaban con un ritmo que se aceleraba a medida que avanzaba.

—Nadie ha entrado aquí en cuarenta y tres años —dijo Don Humo desde la puerta. No lo siguió. Se quedó apoyado en el marco con una

mano en el metal y la otra en el pecho. Esperó. Leonardo no supo si esperaba por precaución o porque las piernas no le daban para más. Fui el último. —Señaló una muesca en el marco. Una marca hecha con algo afilado, profunda, deliberada. Veintitrés de marzo.

Faith entró después de Leonardo. Pistola primero. Verificó esquinas, sombras, líneas de visibilidad. Estantes de metal que se extendían hacia la oscuridad en filas que se perdían más allá del alcance de las luces azuladas del techo. Cajas de cartón y de metal. Carpetas con etiquetas que el polvo había vuelto ilegibles. Polvo en cada superficie, flotando en el aire, contra los labios al respirar. Leonardo tosió. El sonido rebotó entre los estantes y volvió distorsionado.

—El mapa está en la sección 7-B. Al fondo. Izquierda. Tercer estante desde arriba. Caja verde, etiqueta roja.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi cuando estuve aquí. No lo busqué. Pero lo vi. Algunas cosas se quedan.

El viejo se sentó en el suelo del umbral. No con elegancia. Con el descenso controlado de alguien que sabe que si no se sienta ahora, se va a caer después. Anya se quedó con él. No le dijo nada. Le pasó la cantimplora.

Leonardo avanzó entre los estantes. Suelo de madera que crujía bajo cada paso. Su respiración. El latido en las sienes, en el cuello, en las puntas de los dedos. El Voynich tiraba de él hacia la izquierda. No metáfora. Peso físico. El manuscrito era más pesado de ese lado.

Las cajas tenían etiquetas escritas a mano. Tinta descolorida sobre cartón amarillento. Leonardo leyó las que pasaba: REGISTROS MIGRATORIOS 2991-2993. CASOS PENDIENTES DIV.47 (3 de 12).

INFORMES TRIMESTRALES SECTOR 8 DESCONTINUADO. Archivos de un mundo que seguía funcionando mientras lo guardaban aquí abajo. La burocracia no muere. Se archiva.

El polvo se levantaba con cada paso. Fino. Seco. Se depositaba en los labios y en las pestañas y tenía un sabor a grafito que Leonardo procesó como un zumbido bajo en la mandíbula. Cuarenta y tres años de polvo acumulado capa sobre capa, registrando el tiempo que los relojes no habían marcado aquí abajo. Cada estante era una década. Cada capa de polvo, un año que nadie había visitado.

Faith caminaba detrás, alumbrando con la lámpara del techo que había arrancado de su soporte una barra de metal con una luz azulada que parpadeaba cada siete segundos. La luz alcanzaba tres metros. Después, oscuridad. Los estantes se perdían en ella como árboles en un bosque sin fondo.

Sección 5-A. 5-B. 6-A.

Las etiquetas de los estantes estaban escritas en un código que mezclaba números y símbolos. Algunos de los símbolos eran los mismos que las páginas del Voynich. Leonardo no los leía. Los reconocía. La diferencia era importante.

7-B.

Tercer estante desde arriba. Demasiado alto para alcanzar sin subirse a algo. Miró alrededor. Una caja metálica en el suelo, vacía, oxidada en las esquinas. La arrastró hasta el estante. Se subió. El metal se dobló bajo su peso con un quejido que resonó entre los estantes como un disparo. La caja verde estaba entre dos cajas grises cubiertas de polvo. Era más pequeña de lo que esperaba, del tamaño de una caja de zapatos. La etiqueta roja se había decolorado hasta ser rosa, y las letras se leían apenas: ARCHIVO 17-C / NO REMOVE /

AUTORIZACIÓN NIVEL 7. Leonardo la sacó del estante. Pesaba menos de un kilo. El cartón estaba frío y seco, firme. Cuarenta y tres años de refrigeración lo habían conservado mejor que cualquier archivo de Ciudad Control.

Bajó de la caja metálica. La sostuvo con las dos manos. El Voynich pulsó contra su pecho más rápido que antes. El cartón de la caja verde estaba tan frío que le dolían los dedos, pero dentro de ese frío había algo: una vibración mínima, como si el contenido supiera que alguien lo había encontrado.

Faith cerró la puerta detrás de ellos. El sonido resonó entre los estantes, y después, nada. Solo polvo, solo frío, solo el peso de cuarenta y tres años esperando a que alguien volviera. ## LOG 031: Archivo [L][A][O]

El Archivo 17-C no existía en los registros oficiales.

Leonardo lo supo porque MAAT había buscado durante las tres horas que les tomó atravesar Entreternia desde los muelles hasta el Sector Antiguo. Cada búsqueda devolvía el mismo resultado: archivo no encontrado, clasificación desconocida, acceso denegado por razones que el sistema no podía articular porque articular las razones habría sido admitir que el archivo existía. Las búsquedas dejaban un eco en la pulsera tres parpadeos rojos seguidos de una pausa y otros tres. Como si el sistema tartamudeara cada vez que le preguntaban por algo que había decidido olvidar.

Era la paradoja perfecta del control: no puedes negar sin reconocer que hay algo que negar.

Las calles de Entreternia no eran rectas. Se curvaban siguiendo patrones que no correspondían a urbanismo sino a algo orgánico las calles crecían como ramas, bifurcándose y reconvergiendo sin

planificación visible. Los edificios estaban hechos de un material que parecía coral pero que tenía la temperatura de la piel humana cuando Leonardo lo tocaba al pasar. Cálido. Vivo. Algunos edificios tenían ventanas. Otros tenían aberturas que se abrían y cerraban con un ritmo que no correspondía al viento.

La gente de Entreternia se apartaba cuando pasaban. No con miedo. Con el gesto de alguien que reconoce visitantes y sabe que los visitantes traen cambios y que los cambios en Entreternia se pagan caro. Caras pálidas con ojos que habían visto cosas que no pertenecían a un solo siglo. Ropa de diferentes épocas: togas junto a chaquetas de cuero, armaduras junto a camisetas de algodón. El tiempo en Entreternia no era lineal y la ropa lo probaba.

Don Humo caminaba adelante con el paso de alguien que conoce cada curva pero no confía en que las curvas sigan donde las dejó. Se detuvo tres veces para verificar señales que solo él podía leer marcas en las paredes de coral, muescas en los marcos de las puertas, un sistema de navegación privado que había construido durante visitas que abarcaban décadas.

El Sector Antiguo estaba en el corazón de la ciudad. Siguiendo algo que no era lógica urbana. Raíces, tal vez. O corrientes subterráneas. O la voluntad de un lugar que había decidido cómo quería ser recorrido y no aceptaba atajos. El viejo caminaba adelante. Su respiración se oía desde tres pasos atrás un silbido en la inhalación que no había estado ahí en Ciudad Control. Entreternia le costaba al viejo. Le costaba en los pulmones. En las rodillas que crujían en cada bajada. En la mano izquierda que se apoyaba en las paredes cada vez que creía que nadie lo miraba. Leonardo lo miraba. No decía nada.

—La ciudad respira —dijo Don Humo mientras caminaban por calles que se estrechaban con cada manzana. La voz le salía entre respiraciones. Hablaba en las exhalaciones, como si cada frase tuviera que competir con el aire que le faltaba. Fue construida sobre algo vivo. O por algo vivo. Tiene voluntad. Preferencias. Permite que algunos lleguen a ciertos lugares. Evita que otros lo hagan.

—¿Y a nosotros nos permite?

—A nosotros nos observa. Todavía no ha decidido.

Anya caminaba al lado del viejo. No junto a él medio paso atrás, la distancia justa para agarrarlo si se caía sin que pareciera que estaba lista para agarrarlo. La sopa que le había calentado a Locke y que nadie se comió la llevaba en la mochila. No la había tirado. Anya no tiraba comida.

El Sector Antiguo no tenía pantallas. No tenía cables. No tenía nada que Leonardo pudiera identificar como tecnología. Los edificios parecían haber crecido en lugar de haber sido contruidos. Las paredes ondulaban cuando los mirabas de reojo quietas si las enfocabas, moviéndose apenas en la periferia de la visión. Piedra que hacía lo que la piedra no hace. Las calles eran de algo cálido al tacto que respondía al peso de los pasos. Donde pisaba Don Humo, el material era más suave. Donde pisaba Faith, más firme. Como si reconociera las intenciones de cada caminante y se adaptara.

El aire aquí era más denso. Más húmedo. Sabía a sal y a algo metálico que se instalaba en el fondo de la garganta y no se iba. Leonardo lo procesaba como color antes que como sabor cobre.

Faith caminaba a su lado con esa tensión controlada que había aprendido a reconocer como su estado natural. Sus ojos escaneaban cada esquina, cada abertura, cada sombra que se movía con

propósito propio. La mano derecha en la pistola. La izquierda libre, los dedos curvados.

—Este lugar me pone nerviosa —murmuró.

—A mí también —admitió Leonardo.

—No. No de la forma normal. -Faith se detuvo un momento. Miró el suelo. Miró las paredes que se movían en la periferia. Es como si el suelo estuviera evaluando cada paso que doy. Y no sé si voy a aprobar.

El viejo se detuvo frente a una puerta igual a las docenas de puertas que habían pasado en los últimos veinte minutos. Madera vieja, hinchada por la humedad. Una aldaba de bronce en forma de mano que sostenía una esfera o un ojo o ambas cosas dependiendo del ángulo desde el que la miraras. El bronce tenía una pátina verde en los pliegues de los dedos. Décadas de oxidación. De espera.

La mano tenía seis dedos.

—¿Cómo sabes que es aquí? —preguntó Anya.

Sacó la pipa del bolsillo. No la encendió. La sostuvo entre los dedos. La giró. Los mordiscos en la boquilla formaban una línea de marcas que iban de menos profundas a más profundas. Una cronología de preocupación grabada en ébano.

—Porque he estado aquí antes. Hace mucho tiempo. Cuando todavía tenía rodillas que no crujían al bajar escaleras.

—¿Ya no lo crees?

—Ya no creo en escaleras.

Guardó la pipa. El gesto fue lento. Como si guardar la pipa fuera una decisión que involucrara más que las manos.

Leonardo tocó la aldaba. El metal estaba frío -más frío de lo que debería estar en el clima templado de Entreternia— pero la

temperatura no era uniforme. Algunas partes eran gélidas. Otras casi quemaban.

La mano de bronce se movió bajo sus dedos.

Los seis dedos se cerraron alrededor de su muñeca con una fuerza que no era agresiva pero que tampoco era ignorable. No intentaban hacerle daño. Intentaban sostenerlo en su lugar mientras algo más pasaba.

Un reconocimiento.

—Es un escáner —dijo MAAT en voz baja. Biológico, no tecnológico. Está leyendo tu ADN. Y algo más que no puedo identificar.

—¿Qué busca?

—No lo sé. Pero parece estar encontrando algo que le gusta.

La aldaba lo soltó.

La puerta se abrió.

El interior del Archivo 17-C era más grande de lo que el exterior sugería. Mucho más grande. No de la forma imposible de la Biblioteca de Sanguisburg -donde el espacio se plegaba sobre sí mismo como papel arrugado— sino de una forma que sugería que el edificio se extendía hacia abajo, hacia profundidades que no correspondían a la topografía de la ciudad, hacia lugares que existían debajo del suelo sin que el suelo supiera que estaban ahí.

Estantes que descendían en espiral hacia la oscuridad. Los objetos en ellos brillaban con luz propia. Algunos pulsaban cuando te acercabas. Otros susurraban.

El aire aquí era diferente. Más viejo.

—El mapa —dijo Faith. ¿Dónde está?

—El mapa encontrará a quien lo necesita —respondió Don Humo. En este lugar, no buscas las cosas. Las cosas te buscan a ti.

—¿Y si no?

—Entonces no recuerdas haber estado aquí.

Leonardo comenzó a caminar entre los estantes, descendiendo por la espiral. El Voynich pulsaba contra su pecho con más fuerza que antes, un ritmo que se aceleraba con cada nivel que bajaba.

En un estante había frascos de vidrio. Dentro de cada frasco, algo que brillaba. Recuerdos, según MAAT. De personas que habían querido olvidar. O que habían sido obligadas a hacerlo.

Dobló una esquina.

Y lo encontró.

El mapa estaba colgado en una pared que no debería existir. Una pared que había aparecido específicamente para sostenerlo, que no estaba ahí un momento antes y que probablemente no estaría después de que él tomara lo que había venido a buscar.

No era papel. Se movía. Las líneas se redibujaban solas — caminos entre lugares sin nombre, puntos que cambiaban de color.

Y en el centro, pulsando con una luz dorada que dolía si la mirabas directamente, un símbolo.

El mismo símbolo que aparecía en la portada del Voynich.

—Coordenadas del Nexus —dijo MAAT. Son reales.

Leonardo extendió la mano.

El mapa se desprendió de la pared y flotó hacia él. Se enrolló sobre sí mismo con voluntad propia, haciéndose pequeño hasta caber en su palma. Era cálido al tacto. Pulsaba con el mismo ritmo que el Voynich.

—Ahora lo tienes —dijo Don Humo desde algún lugar detrás de él.
El Voynich y el mapa.

Leonardo guardó el mapa junto al Voynich.

—¿Y ahora?

—Ciudad Control. Hay alguien que necesita ser encontrada.

—¿Quién?

—Maku.

No elaboró. Comenzó a subir por la espiral, sus pasos en el suelo del Archivo.

Leonardo no lo siguió.

—Alethia primero.

Se detuvo. No se dio vuelta. Sus hombros se tensaron. La mano izquierda fue a la pared. Se quedó ahí. Sosteniéndose.

—La están moviendo. La enfermera me dijo que la próxima vez no la encontraría. Si no voy ahora—

La voz se le quebró en “ahora”. No de emoción. De uso. De gastar aire en palabras mientras el pecho necesitaba el aire para otra cosa. Leonardo se dio cuenta de que llevaba horas sin pensar en Alethia horas buscando mapas y archivos y coordenadas del Nexus mientras su hermana dormía en una cama de un nivel que el sistema estaba vaciando. La culpa no le llegó como sentimiento. Le llegó como peso. En los hombros. En la parte baja de la espalda. En los pies que de pronto estaban cansados de una caminata que hasta hace un segundo no pesaba.

—Si vas ahora, Maku muere. Si Maku muere, lo que buscas muere con ella. Incluido lo que podría despertar a tu hermana.

—Lo sé —dijo sin girarse. Lo dijo a la pared. A la mano que lo sostenía. A los dedos que temblaban contra la piedra cálida de

Entreternia. Lo dijo con la voz de alguien que ha hecho la misma elección antes y sabe lo que cuesta.

Leonardo se quedó de pie entre los estantes del Archivo que se cerraban. Un latido en el pecho del Voynich. Otro en la dirección del hospital donde Alethia dormía sin que nadie le sostuviera la mano. Los dos latidos tenían ritmos diferentes. El Voynich latía rápido. Alethia latía lento. Y Leonardo estaba en el medio en el Medioevo de su propia decisión sabiendo que elegir uno era perder el otro y que no elegir era perderlos a los dos. Pensó en las gemelas. En la mano contra el cristal del autobús en el sueño que ya se estaba desvaneciendo. Pensó en Luna y en su reloj siete minutos adelantado. Pensó en la mujer de la terminal que vendió sus votos de boda por 156 créditos. Pensó en Penny vendiendo el verano de sus doce años por información que tal vez salvaría a alguien. Todos vendiendo algo. Todos eligiendo. Todos pagando.

Elegió a la desconocida. Otra vez. Como con MAAT. Como con la señal. Siempre eligiendo a alguien que no era Alethia por razones que sonaban correctas y que se sentían como traición. El Voynich pulsó más fuerte. Como aprobación. Como recompensa. Leonardo lo odió un instante, odió el libro que lo guiaba hacia respuestas que lo alejaban de su hermana.

Leonardo lo siguió.

Las paredes del Archivo se cerraban detrás de ellos mientras subían. Los estantes se plegaban como páginas de un libro que se cierra. El mapa en su bolsillo latía con el mismo ritmo que el Voynich. Dos objetos latiendo al unísono. Un tercer latido, el suyo, intentando seguirles el paso.

Cuando salieron por la puerta de los seis dedos, la calle afuera era diferente. La puerta ya no estaba. Solo una pared de coral cálido, sin abertura, sin aldaba, sin evidencia de que alguna vez hubiera existido una entrada. El Archivo 17-C había vuelto a desaparecer. ## LOG 032: Ciudad Control [A][L][H]

Ciudad Control apareció en el horizonte.

Leonardo la vio desde el vagón del tren que los había llevado a través de rutas que Don Humo conocía y que el sistema había olvidado. Rutas subterráneas. Túneles que atravesaban territorios que no aparecían en ningún mapa oficial, que pasaban por estaciones abandonadas donde los carteles todavía mostraban nombres de lugares que ya no existían. En una de ellas, un banco de madera tenía una mochila que nadie había reclamado. El polvo la cubría hasta hacerla parte del banco. En otra, los dispensadores de boletos seguían encendidos, pantallas azules parpadeando en la oscuridad, esperando pasajeros que habían dejado de venir hacía generaciones.

El tren era viejo. Olía a metal oxidado y a algo orgánico que se había secado hace décadas. Los asientos de tela tenían manchas que nadie había limpiado porque nadie esperaba que alguien se sentara en ellos. Leonardo se sentó igual. La tela estaba húmeda y fría. Le recordó a las sillas del hospital, y el recuerdo le apretó algo en el pecho que no era nostalgia sino algo peor: familiaridad.

Habían viajado doce horas. O catorce. Bajo tierra no había forma de saberlo. Don Humo había dormido dos tramos, sentado con la barbilla en el pecho y la pipa en el regazo. Anya no había dormido. Faith tampoco. Las dos vigilaban desde extremos opuestos del vagón, una mirando hacia adelante y la otra hacia atrás, sin haberse puesto de acuerdo. Leonardo había intentado dormir. El cuerpo lo pedía.

Pero cada vez que cerraba los ojos veía las páginas del Voynich imprimiéndose en el interior de los párpados, los símbolos reorganizándose con cada parpadeo, y el sueño no venía.

El vagón temblaba con un ritmo irregular. No el traqueteo constante de los trenes de superficie algo más errático, como si las vías cambiaran de ancho cada pocos kilómetros. Los cristales de las ventanas vibraban con frecuencias que Leonardo procesaba como colores: marrón en los tramos rectos, púrpura en las curvas, un destello de blanco cada vez que cruzaban una estación abandonada y la luz de las pantallas azules los alcanzaba medio segundo antes de quedar atrás.

Anya repartió lo que quedaba de las provisiones. Media barra de proteína cada uno. Agua de la cantimplora. El agua tenía un sabor metálico que no era del recipiente era del aire del túnel filtrándose por las rendijas del vagón. Leonardo masticó la barra despacio. La mandíbula le dolía. No sabía desde cuándo. Posiblemente desde Sanguisburg. Posiblemente desde antes.

Las Torres TAAT fueron lo primero que vio.

Seis estructuras que se elevaban sobre el resto de la ciudad, más altas que cualquier otro edificio, con luces rojas parpadeando en sus puntas. Leonardo las vio toda su vida. De cerca, las torres no hacían ruido. Hacían presión un empuje contra el tímpano que no era sonido ni silencio sino algo entre ambos que obligaba a tragar saliva. Creció bajo su sombra. Había trabajado en edificios que estaban a menos de un kilómetro de la torre más cercana. Nunca había pensado en ellas. Nunca se había preguntado qué hacían, por qué estaban ahí, por qué siempre sentía esa pesadez en el pecho cuando pasaba demasiado cerca.

Ahora lo sabía.

O creía saberlo. El viejo había dicho algo durante el viaje, entre pausas y caladas a la pipa vacía. Frecuencias. Ondas que el cuerpo no sentía pero el cerebro registraba. La ciudad entera bañada en un sonido que nadie escuchaba pero todos obedecían. 0.12 Hz. Un número que Leonardo no podía dejar de ver ahora que lo conocía en el parpadeo de las luces rojas, en el ritmo del propio vagón, en la vibración que le subía por los pies cuando el tren pasaba sobre las juntas de los rieles.

La presión en el pecho creció a medida que las Torres se hacían más grandes en la ventana. No la presión de antes, la que no notaba. Ésta era nueva. Ésta la sentía porque sabía que estaba ahí, porque el conocimiento había convertido lo invisible en un peso constante detrás del esternón. Antes, las Torres eran paisaje. Ahora eran máquinas. Y él las veía funcionar.

Leonardo no estaba seguro de querer entender.

—Bienvenido a casa —murmuró Faith.

Su voz tenía el tono de alguien que está diciendo algo que no quiere decir. Amargura mezclada con algo más. ¿Miedo? ¿Rabia? Leonardo no podía distinguirlo. Llevaba días sin poder distinguir lo que Faith sentía, lo que Faith pensaba, lo que Faith quería. Se había cerrado.

—No era tu casa —dijo Anya. Nunca lo fue.

—Era el lugar donde vivía. Es lo mismo.

—No es lo mismo.

Faith no respondió. Solo miraba por la ventana, miraba las torres que crecían a medida que el tren se acercaba, miraba la ciudad que se

extendía debajo de ellas como algo que había crecido sin plan, sin orden, sin nadie que decidiera hacia dónde debía crecer.

El tren redujo la velocidad.

Se levantó apoyándose en el respaldo del asiento. El vagón se balanceaba.

—Leonardo es fugitivo aquí —dijo Anya. Si los escáneres lo detectan...

—No van a detectarlo. —Caminó hacia la puerta del vagón.

—Tengo contactos. Gente que crea puntos ciegos temporales en la vigilancia. Cámaras que graban pero no registran. Cuarenta minutos. Quizás cincuenta.

—¿Cuánto para llegar a Maku?

—Depende de lo que encontremos abajo.

El tren se detuvo.

El chirrido de los frenos fue largo, agudo, el tipo de sonido que hacía que Leonardo cerrara la mandíbula. Las luces del vagón parpadearon. Se apagaron. Volvieron a encenderse, más tenues que antes.

La estación donde habían llegado no tenía nombre.

O lo había tenido, pero alguien había arrancado el cartel. Solo quedaban los agujeros en la pared donde habían estado los tornillos, y una mancha rectangular más clara que indicaba dónde había estado el letrero que ya no estaba.

Nivel -15.

En la pared opuesta, una pantalla enorme seguía funcionando. Más brillante que todo lo demás en la estación. “Dr. Xoc —patrocinador oficial de la felicidad.” Las letras brillaban mientras arriba, en algún nivel que no podían ver, el sistema seguía

procesando. Leonardo lo supo por los números pintados en la pared del andén. Números grandes, blancos, descoloridos por el tiempo pero todavía legibles. -15. Más profundo que el hospital donde Alethia dormía. Más profundo que cualquier lugar que hubiera visitado en todos los años que había vivido en Ciudad Control.

No sabía que la ciudad llegara tan profundo. Nadie le había dicho. Nadie hablaba de los niveles bajo el -5. No existían. O existían de la manera en que existían las cosas que el sistema decidía que no existían: funcionando, consumiendo recursos, produciendo resultados, pero sin nombre ni número ni casilla en ningún formulario.

El andén estaba vacío. Más largo de lo que debería ser para una estación que ya no funcionaba. El hormigón del techo tenía manchas de humedad que formaban mapas de países inexistentes. Columnas de hormigón sin pintar sostenían un techo tan bajo que el viejo casi lo tocaba con la cabeza. En la base de una columna, alguien había escrito con carbón: “Nivel -15 Aquí abajo también cuenta.” La caligrafía era de niño.

Había charcos en el suelo. Tubos fluorescentes rotos. Los que funcionaban parpadeaban con un ritmo que era el único sonido además de sus pasos.

El aire olía a moho y a agua estancada y a algo más dulce debajo.

Un cartel más grande que los otros mostraba una familia sonriente subiendo a un tren brillante. El eslogan decía “Ciudad Control: Donde el Futuro es Hoy”. La familia solo tenía medio rostro. El otro medio había sido arrancado.

—Sistema de transporte original —dijo el viejo mientras caminaban hacia el fondo del andén. Antes de que centralizaran

todo. Los niveles profundos llevan generaciones clausurados.

Sus pasos resonaban. Cinco pares de pies contra hormigón húmedo. El eco hacía que sonaran como más.

—¿Y lo que hay debajo de las estructuras? —preguntó Leonardo.

El viejo se detuvo frente a una escalera que descendía hacia la oscuridad. Los escalones eran de metal, corroídos, cubiertos de óxido o materia orgánica que había crecido en la ausencia de luz. La barandilla estaba rota en varios lugares. Faltaban escalones. Los que quedaban parecían demasiado delgados, demasiado débiles.

—Las catacumbas —dijo Don Humo. Donde el sistema guarda las cosas que no quiere que nadie vea. Las cosas que no puede destruir pero que tampoco puede dejar libres.

—¿Maku está ahí?

—Maku está conectada a cosa que le extrae memorias. La esencia de lo que la hace ser ella. Lleva once años.

Leonardo cerró la mandíbula. Once años.

—¿Podemos sacarla?

—Si no lo intentamos, no queda nada que rescatar. Maku está cerca del punto sin retorno.

Faith verificó su arma. El clic del cargador sonó demasiado fuerte en el andén vacío.

—¿Cuántos guardias?

—Los niveles profundos no aparecen en los registros. Ni siquiera el sistema sabe qué hay ahí abajo. Solo sabe que produce resultados.

Anya se acercó a la escalera. Miró hacia abajo, hacia la oscuridad que las luces del andén no podían penetrar. Hacia algo que estaba esperando, aunque Leonardo no sabía si lo que esperaba era bueno o malo o simplemente inevitable.

—¿Hay otra forma de bajar?

—Las otras entradas fueron selladas. Hormigón. Metal. Esta es la única.

Anya puso el pie en el primer escalón. El metal crujió bajo su peso. Aguantó. Puso el otro pie. Otro crujido. Aguantó.

—Vamos.

El grupo comenzó a bajar.

Leonardo iba en el medio. El viejo adelante, porque conocía el camino. Anya detrás. Faith al final, mano cerca del arma.

Los escalones crujían diferente cada uno. Leonardo pisaba donde el viejo pisaba, asumiendo que sabía cuáles aguantaban.

Un escalón se hundió bajo su peso. Agarró la barandilla. La barandilla cedió hacia el vacío. No volvió a tocarla.

Contó escalones mientras la luz del andén se encogía hasta desaparecer.

Treinta y nueve.

El aire se volvió más frío. Leonardo veía su aliento. El olor cambió a algo químico que le recordaba a hospitales.

El Voynich pesaba contra su pecho, más tibio de lo que debería estar.

Cincuenta y uno.

—Silencio —susurró desde adelante.

Todos dejaron de moverse. Algo vibró abajo. No un sonido. Algo en los huesos. Algo grande que se había movido.

Se detuvo.

—Sigan.

Siguieron bajando. El viejo encendió una linterna. Haz débil, amarillento. Las paredes habían desaparecido. Solo la escalera

suspendida sobre un vacío sin fondo visible.

Setenta escalones.

Setenta y cinco.

Ochenta.

Se detuvo.

—Llegamos. La linterna iluminaba una puerta de metal. Sin manija. Sin cerradura visible. La superficie absorbía la luz en lugar de reflejarla, igual que el metal de los transportes negros del sistema. Leonardo reconoció el material, lo había visto en las puertas de Nivel -47 y en los cascos de los vehículos de seguridad. Siempre el mismo metal. El sistema marcaba sus propiedades con un material que decía: esto es mío.

Puso la mano contra ella. Se hundió un centímetro. Dos. La puerta se deslizó con un sonido demasiado suave para metal contra metal.

Del otro lado, la luz era tenue y azulada, lo que hacía que todo pareciera enfermo.

—Por aquí— dijo.

Entraron. ## LOG 033: Catacumbas [A][X][L]

La escalera bajaba más de lo que debería.

Leonardo llevaba la cuenta. Era algo que hacía desde niño, un hábito que nunca había podido abandonar: contar escalones, contar pasos, contar los segundos entre un sonido y otro. Le daba la ilusión de control. La ilusión de que si sabía cuántos escalones había bajado, podría saber cuántos le faltaban para volver a subir.

Ciento doce escalones. El aire empezó a cambiar.

Ciento treinta. El olor dejó de ser el olor de Ciudad Control - humo, metal, desinfectante industrial— y se convirtió en algo más

antiguo. Más húmedo. Con un fondo orgánico que no era exactamente podredumbre pero que sugería descomposición de algo que no había sido materia viva.

Ciento cincuenta y cuatro. La temperatura bajó. Leonardo podía ver su aliento ahora, pequeñas nubes blancas que se disolvían en la oscuridad antes de llegar al siguiente escalón.

El viejo iba adelante. Su linterna de baterías proyectaba un círculo amarillento que temblaba con cada paso. La mano temblaba. Fatiga, probablemente.

Ciento setenta y dos. Leonardo tropezó. El borde del escalón estaba gastado, hundido en el centro por generaciones de pies que habían pasado antes, y su talón resbaló. Tuvo que agarrarse de la pared para no caer.

La pared estaba húmeda.

No. Húmeda de una manera diferente. Pegajosa. Sus dedos se adhirieron a la superficie por un instante antes de poder retirarlos, y cuando los retiró, la pared hizo un sonido. Un sonido pequeño. Como un suspiro. Como algo que había estado dormido y que acababa de ser tocado.

—No te detengas —dijo Don Humo desde abajo. Su voz sonó lejana, amortiguada por la distancia.

Ciento ochenta y siete escalones.

Faith cerraba la formación. No había dicho nada desde que empezaron a bajar. No hablaba, pero no era concentración ni miedo ni cálculo. Era espera. Sus pasos eran más ligeros que los de Leonardo, más seguros. Ella no tropezaba. Ella nunca tropezaba.

El techo empezó a bajar en el escalón ciento noventa y tres. Leonardo tuvo que agacharse. Luego tuvo que inclinarse. En el

escalón doscientos tres, estaba prácticamente arrastrándose, con la mano libre tocando la pared para mantener el equilibrio.

La pared no era piedra.

Se detuvo. Tocó de nuevo. La superficie era lisa, demasiado lisa, con una textura que cedía ligeramente bajo la presión de los dedos antes de recuperar su forma. Como piel. Como piel que había sido estirada sobre un marco y que había olvidado que alguna vez fue parte de algo vivo.

—No te detengas —dijo Don Humo desde abajo. No aquí.

Leonardo siguió bajando.

El último escalón llegó sin aviso. Su pie buscó el siguiente peldaño y encontró suelo plano. Tropezó. Tuvo que apoyar ambas manos contra la pared para no caer. La pared cedió bajo su peso, luego lo rechazó, empujándolo hacia atrás con una fuerza suave pero inequívoca.

La semilla en su bolsillo ardía.

—Bionanocelulosa —dijo MAAT en su oído. La voz era más clara aquí abajo. Sin interferencia de las Torres TAAT. Orgánico-sintético. No conozco nada capaz de producir esto.

Leonardo miró alrededor.

Conductos que se ramificaban en todas direcciones, algunos del grosor de su brazo, otros tan delgados que apenas eran visibles. Todos palpitaban con una luz azulada que venía de dentro.

—Esto es anterior —dijo MAAT. Anterior a todo lo que tengo registrado.

—¿Anterior a qué?

—No lo sé. Mi base de datos tiene límites. Este lugar está más allá de esos límites.

El viejo apagó la linterna. La luz de los conductos bastaba.

—Las catacumbas son más viejas que la ciudad —dijo sin volverse. Ciudad Control fue construida encima. No al revés.

—¿Quién construyó esto?

—No lo sé. Lo que importa es lo que el sistema hace aquí ahora.

Empezó a caminar. El suelo absorbía el sonido de sus pasos.

Siguieron uno de los conductos principales. El pasillo se ensanchó, se estrechó, se ensanchó de nuevo. No había patrón visible. No había lógica arquitectónica. Era como caminar por el interior de algo que había crecido en lugar de cosa que había sido construido.

Pasaron junto a cámaras selladas.

La primera apareció a su izquierda. Leonardo casi no la vio; la puerta era del mismo color que la pared, del mismo material, solo distinguible por un borde ligeramente más oscuro y por la ausencia de vetas luminosas. No tenía manija. No tenía cerradura visible. Era una superficie de ese material orgánico-sintético, casi negro, que podría haber sido entrada o podría haber sido decoración o podría haber sido cicatriz.

La segunda cámara estaba a la derecha, diez metros más adelante. Esta era más grande. Del tamaño de una habitación pequeña, a juzgar por el contorno de la puerta. Y había marcas en la superficie. Líneas que podrían haber sido escritura en un alfabeto que Leonardo no reconocía, o que podrían haber sido daño, o que podrían haber sido ambas cosas.

La tercera cámara hizo que se detuviera.

La puerta era exactamente del tamaño de una persona. Exactamente. Sin posibilidad de sentarse. Sin posibilidad de hacer

nada excepto estar ahí, vertical, encerrado en la oscuridad del material que no dejaba pasar la luz.

—Almacenamiento —dijo el viejo desde más adelante. Se detuvo, miró hacia atrás. Su rostro estaba azul bajo la luz de los conductos. El sistema guarda aquí lo que no puede destruir. Lo que estaba aquí antes de que existiera.

—¿Qué hay dentro de esta?

—En esa, no lo sé. Nunca la abrí. -Caminó hacia una puerta diferente, más grande, con marcas más densas. En otras hay registros. Especímenes de cosas que no deberían existir. Todo lo que no encaja con el modelo del mundo, el sistema lo trae aquí. Lo encierra. Lo olvida.

Leonardo se acercó a la puerta del tamaño de una persona. No sabía por qué. La forma, la proporción exacta, lo atraía de una manera que no podía explicar y que no quería analizar.

Tocó la superficie.

El material estaba tibio. No frío como esperaba. Tibio como algo que tiene temperatura propia, como algo que mantiene un metabolismo aunque no esté vivo. O como algo que había estado frío pero que se había calentado al detectar su presencia.

No un sonido. No un movimiento. Algo más sutil. Algo que no venía del suelo ni de las paredes sino de la puerta misma, algo que se transmitió a través de sus dedos, subió por su brazo, se instaló en su pecho. Como un segundo latido. Como cosa que había notado que alguien estaba tocando y que había respondido sin despertar del todo.

Retiró la mano.

—Algunas puertas es mejor no tocar —dijo Don Humo. Algunas preguntas es mejor no hacer. Vámonos.

Continuaron.

La muñeca de Leonardo vibró. Notificación de rutina: RECORDATORIO DE EVALUACIÓN DE COHERENCIA INTEGRADA — SU PRÓXIMA CITA EXPIRA EN 14 DÍAS. REPROGRAME PARA EVITAR PENALIZACIÓN. Leonardo la silenció con el pulgar sin mirarla.

El pasillo giró a la izquierda. Luego a la derecha. Luego bajó en una pendiente que hizo que Leonardo tuviera que frenar cada paso para no resbalar. El suelo aquí era más húmedo. Más blando. Sus zapatos dejaban marcas que desaparecían segundos después, el material regenerándose, borrando la evidencia de su paso.

—Treinta metros más —dijo el viejo. Tal vez cuarenta.

—¿Cómo sabes que vamos en la dirección correcta?

—He venido cinco veces. Nunca la misma ruta.

Un sonido llegó desde adelante.

Leonardo se detuvo. Faith se detuvo detrás de él. El viejo siguió caminando.

El sonido se repitió.

Distinto a las máquinas, a los conductos, al eco de sus propios pasos.

Era un gemido.

Humano.

Femenino.

Débil. Atenuado por metros de piedra y bionanocelulosa. O por años. Difícil saber cuál.

—Maku —dijo Don Humo. Estamos cerca.

El pasillo se ensanchó. Los conductos en las paredes se multiplicaron, ramificándose en docenas de líneas más pequeñas que convergían hacia un punto adelante. La luz se intensificó. El pulso se aceleró.

Y entonces el pasillo terminó.

La cámara era circular. El techo se perdía en la oscuridad sobre sus cabezas, demasiado alto para ver dónde terminaba, o si terminaba. Las paredes estaban cubiertas de musgo que brillaba con esa misma luz azulada, una bioluminiscencia que pulsaba con un ritmo que no correspondía a nada que Leonardo pudiera identificar. El ritmo del lugar mismo. El latido de las catacumbas.

El suelo de la cámara era diferente. Más blando. Más húmedo. Leonardo dio un paso y su pie se hundió hasta el tobillo en algo que cedió como arena mojada pero que se sentía como carne fría. Tuvo que tirar para sacarlo. El sonido que hizo fue desagradable. Húmedo. Orgánico.

—Quédate cerca de las paredes —dijo el viejo. El centro es más profundo.

Leonardo bordeó la cámara, pegado a la pared de musgo luminoso, hasta que pudo ver lo que había en el centro.

Y en el centro de la cámara, suspendida en el aire a dos metros del suelo, estaba Maku.

Los cables -si eran cables, si esa palabra servía para describir lo que Leonardo estaba viendo— entraban en ella por docenas de puntos. Brazos. Piernas. Espalda. Cuello. Cráneo. Cada cable era del mismo material que las paredes, bionanocelulosa que se había fundido con su carne, que había encontrado los espacios entre músculos y tendones y nervios y se había instalado ahí. No había

costuras. No había bordes. La transición entre cable y piel era invisible.

Tenía los ojos cerrados. Pero se movía. Temblores pequeños. Espasmos que recorrían sus extremidades sin patrón visible. Los dedos de su mano izquierda se cerraban y se abrían, se cerraban y se abrían, en una secuencia que podría haber sido comunicación o podría haber sido reflejo o podría haber sido el sistema usándola para algo que ninguno de ellos podía entender.

Su boca estaba abierta. De ahí venía el gemido. Un sonido continuo, bajo, que no subía ni bajaba, que simplemente era. Como una nota sostenida indefinidamente. Como un instrumento que alguien había olvidado apagar.

—Está viva —dijo Faith.

—Está conectada —dijo Don Humo. Que es diferente.

Leonardo dio un paso hacia ella. El suelo cambió bajo su pie. Más blando aquí. Más receptivo. El material se hundió y luego se elevó ligeramente, adaptándose a su peso, preparándose para algo. La cámara había notado que había entrado. La cámara estaba respondiendo.

—¿Podemos desconectarla?

—Podemos intentarlo. -Se acercó rodeando el centro por el borde de la cámara. Once años conectada. No sé qué queda de Maku dentro de ese cuerpo.

—Pero está viva.

—Sí. Está viva. Eso es lo peor.

El viejo sacó algo de su abrigo. Un bisturí con hoja que absorbía la luz. Un vacío con forma de cuchillo.

—Esto va a doler. A ella. A nosotros. Al sistema. Cuando pelee, estas paredes van a responder. Se acercó a Maku. Levantó el bisturí hacia el primer cable, el del antebrazo izquierdo.

—¿Listos?—preguntó.

Faith desenfundó. El viejo asintió con la cabeza.

El bisturí tocó el cable.

El primer cable cayó con un sonido húmedo. Un líquido azulado brotó del punto de corte, salpicando el suelo y la mano del viejo. Maku no gritó.

El sistema sí.

Las paredes empezaron a vibrar. El musgo luminoso pulsó más rápido. Los conductos se hincharon. Y desde algún lugar muy por debajo de ellos, desde algún lugar que estaba más profundo que los doscientos tres escalones que habían bajado, algo empezó a subir.

Cerró los ojos un segundo. Tal vez menos.

Una mano. Pequeña. Manchada de pintura. Amarilla. La mano se cerró.

Leonardo abrió los ojos. El sabor a metal con miel volvió y se fue. Un segundo. El flash más breve de los cuatro — si es que habían sido cuatro, si es que había alguna forma de contar una presencia sin rastro salvo un sabor que no existía en el Plano Medio y una humedad en las palmas que no era sudor.

No le dijo a nadie. Ya no sabía a quién decírselo. ## LOG 034: Extracción [A][P][K]

Los cables entraban por su piel en docenas de puntos. Leonardo los contó automáticamente. Cuarenta y siete.

Los cables eran bionanocelulosa. La misma sustancia que formaba los túneles, que crecía y se adaptaba y respiraba. Pero aquí

se había fusionado con carne humana. Los puntos de entrada no sangraban. La piel había crecido alrededor de cada cable, aceptándolos como parte del cuerpo, como extensiones naturales que siempre habían estado ahí.

Los cables pulsaban con una luz azulada. Rítmica. Regular. Como un corazón que latía una vez por segundo. La luz viajaba desde Maku hacia las paredes, hacia el sistema que la rodeaba, que extraía de ella una frecuencia que Leonardo sentía sin nombrar.

La cámara era circular. Quizás veinte metros de diámetro. Las paredes estaban cubiertas de paneles orgánicos que brillaban con la misma luz azulada que los cables. No había muebles. No había máquinas visibles. Solo Maku en el centro, suspendida a un metro del suelo por los cables que la conectaban con todo.

El suelo estaba húmedo. No con agua. Con algo más viscoso. Algo que se pegaba a las suelas de los zapatos con cada paso. Leonardo prefirió no pensar en qué era. Prefirió no mirar hacia abajo.

El techo estaba demasiado alto para verlo. O no había techo. O el techo era más bionanocelulosa que se perdía en la oscuridad sobre ellos. La luz azulada no llegaba tan arriba. Solo iluminaba hasta cierto punto y después había nada.

Maku flotaba en el centro de todo eso.

No literalmente. Los cables la sostenían. Cuarenta y siete cables que entraban en su cuerpo por cuarenta y siete puntos diferentes: los brazos, las piernas, el torso, la espalda, el cuello, la cabeza. Cada cable tiraba en una dirección diferente, manteniéndola suspendida, manteniéndola inmóvil, manteniéndola exactamente donde el sistema la quería.

Sus ojos estaban abiertos.

Pero no veían.

Leonardo se acercó. Cada paso resonaba en el suelo húmedo, produciendo ecos que tardaban demasiado en desvanecerse. El aire olía a algo dulce y metálico. A sangre vieja. A fluidos que no deberían estar fuera de un cuerpo.

Los ojos de Maku no eran ojos.

Fibra óptica. Le habían reemplazado los ojos con fibra óptica. Cables delgados, del grosor de un cabello, que salían de sus cuencas y se extendían hacia los paneles de las paredes. Los cables se movían ligeramente. Los labios articulaban sílabas, la lengua tocaba el paladar, la mandíbula subía y bajaba. Pero el sonido no salía. Se perdía en el aire antes de poder ser escuchado. Era drenado junto con todo lo demás.

—Dios mío —susurró Faith.

Se dio vuelta. Caminó tres pasos hacia la pared más cercana. Puso las dos manos contra la superficie. Respiró. Una vez. Dos. La respiración que enseñan en la academia para recuperar el pulso después de un disparo. Solo que esto no era un disparo. Esto era algo para lo que la academia no tenía ejercicio de respiración.

Se quedó así cuatro segundos. Cinco. Las manos contra la pared. La frente casi tocando la superficie.

Después se dio vuelta. Se acercó a Maku. Le tocó la muñeca. No buscando el pulso. No evaluando. Solo tocando. El dorso de los dedos contra la piel de Maku, un segundo, como si necesitara confirmar que lo que estaba viendo era piel y no material y no producto y no categoría.

Retiró la mano. La metió en el bolsillo.

Anya ya estaba moviéndose.

Sus manos recorrían los cables con la eficiencia de alguien con entrenamiento técnico. Tocaba las conexiones, las evaluaba, buscaba patrones que pudiera entender. Su rostro estaba concentrado. Sin emoción visible. El rostro de alguien que ha aprendido a separar lo que siente de lo que hace.

—No podemos simplemente cortarlos —dijo. Están integrados. Mira aquí.

Señaló un punto donde un cable entraba en el hombro de Maku. La piel alrededor del cable era diferente. Más pálida. Con venas visibles que pulsaban con la misma luz azulada.

—Los cables están conectados con su sistema circulatorio. Si los cortamos sin el proceso correcto, el shock la matará. La sangre no sabrá hacia dónde ir. El corazón no sabrá qué bombear.

—¿Cuál es el proceso correcto?

—No lo sé. No tengo entrenamiento para esto. Esto no es medicina. Esto es... -Anya hizo una pausa, buscando la palabra— ... otra cosa. Algo que no debería existir.

El viejo se había quedado cerca de la entrada. Observando. Sin acercarse. Su rostro no mostraba horror ni sorpresa. Solo una tristeza antigua, el tipo de tristeza de alguien que ha visto esto antes, que sabía que lo vería otra vez.

Leonardo se acercó a Maku.

Siete mil seiscientos noventa y nueve años. Conectada desde antes de que existieran las ciudades que Leonardo conocía. Milenios. El sistema la había mantenido suspendida durante milenios.

Y Alethia llevaba tres años.

Leonardo puso la mano sobre uno de los cables. El cable pulsaba.

Su cuerpo recordaba haberla visto antes. En sueños que no eran sueños. En visiones que MAAT había capturado durante las noches que pasó junto a Alethia en el hospital. Maku había estado ahí. Había hablado. Había dicho cosas que no tenían sentido entonces pero que ahora empezaban a tener forma.

El Voynich pulsó contra su pecho. Caliente. Insistente.

—Puedo sentir los cables —dijo Leonardo.

—¿Qué?

—Puedo sentir cómo funcionan. No físicamente. Es más como... - buscó las palabras— ...como escuchar una frecuencia. Cada cable tiene un tono diferente. Y todos los tonos juntos forman algo. Una melodía. O algo parecido a una melodía.

Faith lo miró con una expresión que Leonardo no pudo leer.

—¿Puedes desconectarla?

—No lo sé. Pero puedo intentarlo.

Se acercó más. El Voynich y el mapa pulsaron más fuerte, y los cables que conectaban a Maku con el sistema respondieron a esa pulsación. Su ritmo cambió. Se aceleró ligeramente. El sistema había notado una presencia nueva. Sin registro.

Leonardo extendió la mano hacia el cable más cercano.

El primer intento falló.

El dolor fue inmediato. Agudo. Como si alguien hubiera clavado una aguja caliente en su brazo y la hubiera empujado hasta el hueso. Leonardo gritó. Intentó soltar el cable pero sus dedos no respondían. Estaban pegados a la superficie, atrapados por algo que no podía ver.

El cable se tensó.

Maku gimió. Por primera vez con un sonido audible. Un sonido que era puro dolor sin palabras para expresarlo. Un sonido que venía

de algún lugar más profundo que la garganta, más profundo que los pulmones.

—Para —dijo Faith. Su mano estaba en el hombro de Leonardo, tirando de él hacia atrás. La estás lastimando.

—El sistema la está lastimando —respondió Leonardo entre dientes. Yo estoy tratando de liberarla.

Soltó el cable. El dolor desapareció inmediatamente. Sus dedos estaban rojos, con marcas que parecían quemaduras aunque no había habido fuego.

Maku dejó de gemir. Su boca volvió a moverse sin sonido.

Leonardo respiró. Una vez. Dos veces. Tres.

—Si lo intentas otra vez y falla, la matas —dijo Anya. No era amenaza. Era dato quirúrgico.

Leonardo miró las cuencas de fibra óptica de Maku. Lo que quedaba de sus ojos no lo veía. Lo que quedaba de su boca seguía pidiendo algo que nadie podía escuchar.

Podía irse. Podía dejarla conectada. Podía decir que lo intentó y que no funcionó y que alguien más encontraría otra forma.

Cerró los ojos. Extendió las manos.

El segundo intento fue diferente.

Dejó de pensar en los cables como objetos físicos que necesitaban ser cortados o desconectados. Empezó a pensarlos como frecuencias. Como patrones de energía que podían ser interrumpidos si encontraba la nota correcta. Si producía la frecuencia adecuada.

El Voynich pulsó más fuerte. El mapa también. Los dos objetos resonando juntos, creando una armonía que Leonardo sentía en los huesos, en la base del cráneo donde las frecuencias siempre lo afectaban más.

Y encontró la frecuencia.

No fue un sonido audible. Fue algo más profundo. Algo que resonaba en el espacio entre las moléculas. Algo que resonaba en un nivel que los oídos no podían captar pero que el cuerpo reconocía de todas formas.

La frecuencia fluyó a través de él.

Hacia sus manos. Hacia el aire. Hacia Maku. Hacia los cables que la conectaban con el sistema.

El primer cable se soltó.

No se cortó. No se rompió. Simplemente se soltó. El extremo que estaba dentro de Maku se retrajo, saliendo de su piel con un sonido húmedo, dejando un agujero pequeño que empezó a cerrarse inmediatamente. La bionanocelulosa sanando lo que la bionanocelulosa había dañado.

El segundo cable siguió.

Luego el tercero.

Uno a uno, los cuarenta y siete cables se soltaron. El zumbido que dejaron era púrpura. Leonardo lo supo antes de pensarlo. Los cables no resistieron. Se retrajeron con la eficiencia de un protocolo de desconexión. Fuentes mejores en otros lugares. Mantenerla conectada ya no rendía.

El último cable fue el de los ojos.

Los cables de fibra óptica se retrajeron de las cuencas de Maku con un sonido que Leonardo nunca olvidaría. Un sonido líquido. Un sonido de algo separándose de algo que no quería soltar.

Maku cayó.

Anya la atrapó antes de que golpeará el suelo. Sus brazos se cerraron alrededor del cuerpo que caía, absorbiendo el impacto,

amortiguando la caída. Maku era más ligera de lo que debería ser.

La depositó en el suelo con cuidado.

—Está viva —dijo Anya. Sus dedos estaban en el cuello de Maku, buscando el pulso. Débil. Pero viva. El corazón late. Los pulmones funcionan. No sé qué más funciona.

Los ojos de Maku —las cuencas donde habían estado los ojos— brillaron brevemente. Una luz azulada residual. El último eco del sistema que la había tenido prisionera.

Intentó hablar.

Lo único que salió fue un susurro.

—Kay...

Leonardo no entendió. ¿Qué era Kay? ¿Un nombre? ¿Una palabra en otro idioma? ¿Algo que el sistema le había puesto en la cabeza?

El viejo se acercó. Por primera vez desde que habían entrado en la cámara.

—Está hablando de ti —dijo el viejo. Su voz era suave. Casi reverente. En el idioma que usaba antes de que le quitaran las palabras. Está diciendo tu nombre. O algo parecido a tu nombre.

—No me conoce.

—Te conoce de formas que tú no entiendes todavía. Formas que tienen que ver con linajes y deudas y ciclos que llevan miles de años repitiéndose.

Leonardo miró a Maku. A las cuencas vacías donde habían estado sus ojos. A los agujeros que se cerraban en su piel. A la boca que seguía moviéndose sin producir sonido.

Kay.

El nombre resonó en algún lugar dentro de él. En un lugar que no sabía que existía.

La alarma comenzó a sonar. Roja. Pulsante. El sonido llenando la cámara, rebotando en las paredes de bionanocelulosa, creando ecos que no correspondían a la geometría del espacio. Las luces de los paneles cambiaron de azul a rojo. El ritmo de los cables restantes -los que todavía colgaban de las paredes— se aceleró.

El suelo tembló.

No mucho. Solo un temblor ligero. Pero suficiente para que Leonardo perdiera el equilibrio por un segundo. Suficiente para que Faith maldijera en voz baja. Suficiente para que todos supieran que algo grande estaba pasando en algún lugar del complejo.

—Nos detectaron —dijo Faith. Su arma ya estaba fuera de la funda. Apuntaba hacia la entrada por donde habían llegado, aunque no había nada visible todavía. Tenemos que salir de aquí. Ahora.

—El túnel de servicio -Don Humo señaló hacia la pared opuesta.

Una abertura se formó. No estaba ahí un momento antes. Leonardo estaba seguro. Miró esa pared. Vio bionanocelulosa sólida, sin interrupciones, sin fisuras. Pero ahora había un hueco. Del tamaño de una puerta. La bionanocelulosa se había retraído, creando un pasaje que mostraba oscuridad del otro lado.

—¿Cómo sabías que eso estaba ahí? —preguntó Faith.

—No lo sabía. Pero el sistema siempre tiene salidas de emergencia. Incluso cuando no quiere tenerlas. Es una debilidad del diseño. Una debilidad que podemos explotar.

—¿Y si es una trampa?

—Todo es una trampa aquí. La diferencia es si la trampa nos mata o solo nos hace daño.

Anya levantó a Maku. La cargó sobre su hombro con un movimiento fluido, practicado. Como si hubiera cargado cuerpos

antes.

Maku no pesaba casi nada. Sus huesos eran visibles bajo la piel. Sus músculos se habían atrofiado. Once años conectada al sistema. Once años siendo drenada. Once años perdiendo todo lo que la hacía humana excepto el corazón que seguía latiendo.

—Vamos —dijo Anya.

El grupo se movió hacia la abertura.

El viejo fue primero. Sus pasos sobre el suelo húmedo. Su figura desapareciendo en la oscuridad del túnel.

Leonardo fue segundo. El Voynich y el mapa todavía pulsando contra su pecho. La frecuencia que había usado para liberar a Maku todavía resonando en algún lugar dentro de él.

Anya tercera. Con Maku sobre el hombro. Con los ojos de fibra óptica de Maku todavía brillando con la luz residual del sistema.

Faith fue la última en salir. Miró hacia atrás una vez. Hacia la cámara que habían dejado. Hacia los cables que colgaban vacíos de las paredes, goteando algo que parecía sangre pero que era demasiado azul para ser sangre. Hacia los paneles que pulsaban con luz roja. Hacia el agujero en el centro donde Maku había estado suspendida durante once años.

Luego entró en el túnel.

La oscuridad los tragó.

Y detrás de ellos, la alarma siguió sonando.

Estaban en un parque. No el parque del sector 3 donde iban los domingos cuando todavía había domingos, cuando todavía había parques, cuando todavía había un “iban” que significaba los dos

juntos. Otro parque. Más verde. Con árboles que tenían hojas — hojas reales, verdes, que se movían con un viento que olía a tierra mojada y a algo dulce que podía ser fruta o podía ser la memoria de la fruta.

Luna estaba sentada en un banco. Pelo suelto esta vez. Más largo de lo que recordaba. O diferente. Algo en el color — más claro en las puntas, tocado por meses de sol. Llevaba una blusa blanca que no reconoció. Zapatos que no reconoció. Una pulsera en la muñeca izquierda que no era una pulsera de coherencia — era de cuentas, de colores, del tipo que hacen los niños cuando aprenden a ensartar.

A su lado, un hombre.

Leonardo lo vio de espaldas. Hombros anchos. Pelo oscuro. Manos grandes apoyadas en las rodillas. Llevaba una chaqueta que Leonardo no reconoció — tela gruesa, de un color entre gris y azul, con un cuello que no pertenecía a ningún estilo que hubiera visto en Ciudad Control ni en Entreternia ni en Sanguisburg. Ropa de otro lugar. De otro plano. Leonardo no lo notó.

Luna le dijo algo al hombre. Leonardo no podía oírla — estaba demasiado lejos, a cuarenta metros, detrás de un árbol que tenía raíces que salían de la tierra y se curvaban hacia los lados buscando algo. Luna se reía. La risa le llegó a Leonardo como un zumbido tibio en el esternón, una nota sostenida que no tenía color pero que tenía peso, que tenía la densidad de algo que se ha extrañado tanto que cuando vuelve a aparecer duele más de lo que consuela.

El hombre se inclinó hacia ella. Le tocó el pelo. El gesto fue lento, deliberado, con la familiaridad de alguien que ha tocado ese pelo muchas veces, que conoce la textura, que sabe dónde se enreda y

dónde cae liso. Luna no se apartó. Luna cerró los ojos medio segundo.

Leonardo dio un paso hacia adelante. Las raíces del árbol le atraparon el pie. No literalmente — solo estaban ahí, en el camino, haciendo lo que hacen las raíces. Se detuvo. No por las raíces. Se detuvo porque algo en la escena era completo sin él. Luna estaba en un parque con un hombre y se reía y el hombre le tocaba el pelo y había sol y había una pulsera de cuentas de colores y había algo que se parecía tanto a lo que Leonardo había perdido que mirarlo era peor que no mirarlo.

Pero la estaba mirando. Y estaba bien. Se veía bien. Se veía como alguien que duerme lo suficiente y come lo suficiente y tiene un lugar al que volver. Se veía como alguien que no necesita que la encuentren.

Quiso decirle. Quiso cruzar los cuarenta metros y pararse frente al banco y decirle: solo quería saber si estabas bien. Solo eso. Eso me hubiera dado mucha tranquilidad.

El hombre se giró.

Leonardo no le vio la cara. No porque estuviera lejos. No porque el sol se interpusiera. No porque el sueño cambiara de escena. Simplemente no le vio la cara. Los ojos de Leonardo se detuvieron en el cuello de la chaqueta, en los hombros, en las manos grandes sobre las rodillas, y no subieron más. No podían subir más. Algo se lo impedía. No una fuerza — una incapacidad. La misma incapacidad de mirarse en un espejo cuando sabes que lo que vas a ver no es lo que quieres ver.

Detrás del banco, una puerta. Marco de madera oscura, con bisagras de cobre. La puerta daba a un corredor largo con piso de

baldosa hexagonal. Leonardo no la vio. Estaba mirando a Luna. Estaba mirando al hombre al que no podía verle la cara. Estaba mirando todo lo que había perdido sentado en un banco de un parque con sol, y el sol le daba en los ojos, y los ojos le ardían, y—

Despertó.

Techo bajo. Olor a tierra y a metal oxidado. Las catacumbas. El frío del suelo de piedra a través de la tela de la chaqueta que usaba como almohada. La vibración en los dientes. Cuarenta y siete segundos.

Esta vez no contó. Se quedó quieto con los ojos abiertos mirando el techo hasta que la vibración paró sola. Luego un poco más. Luego se levantó y siguió. ## LOG 035: Arriba [F][A][L]

Mientras el grupo escapaba por los túneles con Maku semiconsciente en brazos de Anya, arriba, en las calles de Ciudad Control, las redadas habían comenzado.

Locke lo vio desde la ventana.

El departamento donde se habían escondido estaba en el quinto piso de un edificio sin nombre, en un sector donde los escáneres pasaban cada cuarenta minutos porque los residentes no valían el esfuerzo de vigilarlos constantemente. Locke conocía el ritmo. Había memorizado los horarios hace tres años. Lo mismo que las salidas de emergencia de cada edificio donde entraba, los puntos ciegos de cada cámara, los intervalos de cada patrulla. Hábito.

El departamento era pequeño. Colchón en el suelo, microondas, fregadero oxidado. Todo olía a moho.

Había preparado este lugar hace dos años. Comida enlatada. Agua. Un arma detrás del inodoro. Tres días sin salir.

Vehículos blindados bloqueaban las intersecciones. Contó cuatro desde su posición. Negros, sin marcas. Soldados con armaduras negras en cada esquina. Drones en formaciones de tres, luces rojas parpadeando.

Marcadores genéticos. Identificadores biométricos. Frecuencias de chips de identificación.

Locke sabía cómo funcionaban los escáneres. Había trabajado con ellos durante quince años, antes de que el sistema decidiera que sus preguntas eran inconvenientes. Los escáneres buscaban patrones. Los patrones revelaban personas. Las personas desaparecían.

—Tenemos que movernos —dijo Sofía.

Estaba de pie junto al colchón donde habían dormido las últimas tres horas, sosteniendo a Lu contra su pecho. La niña tenía doce años. Estaba demasiado quieta. No lloraba. No preguntaba qué estaba pasando. Solo miraba por la ventana con los ojos fijos en algo que Locke no podía ver.

—Todavía no.

Locke verificó su arma. Cargador lleno. Seguro puesto. Verificó el cargador de repuesto en el bolsillo de su chaqueta. Verificó el cuchillo en la bota izquierda. Gestos inútiles, pero los gestos le daban ocupación con las manos mientras esperaba.

—Si nos movemos ahora, los escáneres nos detectarán. Tenemos que esperar a que pasen.

—¿Y si no pasan?

—Pasarán.

Locke no sabía si era verdad. Pero decirlo en voz alta hacía que sonara más real.

—Vorgan está buscando a Leonardo, no a nosotros. Somos daño colateral. No vale la pena el esfuerzo de buscarnos específicamente.

Sofía no respondió. Conocía a Locke el tiempo suficiente para saber cuándo estaba mintiendo y cuándo estaba especulando. Esta vez estaba especulando. Y las especulaciones de Locke habían estado equivocadas antes.

Lu habló.

—Puedo verlos.

Su voz era pequeña. Ronca. Llevaba tres días sin hablar, desde que las alarmas empezaron, desde que tuvieron que abandonar el departamento donde habían estado viviendo y correr hacia este lugar que Locke había preparado para emergencias.

Locke y Sofía la miraron.

—¿Ver a quién, cariño?

—A los que buscan.

Lu señalaba hacia la ventana. Pero no señalaba a los soldados visibles, ni a los vehículos blindados, ni a los drones que cruzaban el cielo. Señalaba hacia un punto vacío en el aire, hacia algo entre los edificios que Locke no podía ver por más que intentara.

—Tienen un número —dijo Lu. Un número. Está en todas partes. En sus cascos. En sus armas. En la forma en que se mueven. Cuando dan un paso, el número parpadea. Cuando disparan, el número crece. O como si algo los estuviera contando a ellos.

Sofía intercambió una mirada con Locke.

La niña había empezado a ver cosas que otros no veían poco después de que Faith se fue. Al principio pensaron que era el trauma. El trauma hacía cosas extrañas en los niños. El trauma creaba

monstruos invisibles, voces que nadie más escuchaba, patrones donde no había patrones.

Pero los patrones que Lu veía no eran imaginarios.

Lo habían comprobado. Dos semanas atrás, Lu había descrito un convoy que iba a pasar por una calle específica a una hora específica. Locke había verificado. El convoy pasó. Exactamente donde ella dijo. Exactamente cuando ella dijo.

Lu no estaba imaginando cosas. Lu estaba viendo cosas. Cosas que el sistema prefería que nadie viera.

—Qué más —dijo Locke.

—Veo líneas.

Lu bajó la mano. Los hombros cayeron medio centímetro. Pero sus ojos seguían moviéndose, siguiendo algo invisible.

—Líneas que conectan a los soldados con algo debajo de la ciudad. Las líneas son rojas. O no son rojas. Son del color que tendría la sangre si la sangre fuera luz. Bajan desde los cascos y atraviesan el suelo y siguen bajando, más y más abajo, hasta un lugar donde no hay luz.

—¿Puedes ver a dónde van?

—No. Solo veo que bajan. Y que pulsan. Como un corazón. Pero no es un corazón porque los corazones se cansan y esto no se cansa nunca. Nunca se detiene. Nunca descansa. Solo cuenta y cuenta y cuenta.

—¿Cuenta qué?

—Todo. -Lu se frotó los ojos con el dorso de la mano. El gesto de una niña de doce años que está cansada, que no ha dormido bien, que quisiera que todo esto fuera un sueño. Cuenta los pasos de los soldados. Cuenta las ventanas de los edificios. Cuenta las personas

que respiran detrás de las paredes. Pero no sabe qué son las cosas que cuenta. Solo sabe que son números. Y los números son fáciles. Los números no tienen miedo.

Sofía la abrazó más fuerte. Lu no se resistió. Dejó que su madre la abrazara, dejó que el calor de otro cuerpo la anclara a este lugar, a esta realidad, a cosas que pudiera tocar con las manos en lugar de solo ver con los ojos.

—No tienes que mirar si no quieres —dijo Sofía.

—No es que quiera.

Lu cerró los ojos. Pero Locke vio cómo sus párpados se movían, siguiendo algo detrás de ellos que seguía ahí aunque intentara no verlo. Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas. Silenciosas. Sin sollozos. Solo agua que salía de ojos que habían visto más de lo que deberían.

—Es como si mis ojos se hubieran abierto por dentro. Y no puedo cerrarlos. Aunque quiera. Aunque intente. Las líneas siguen ahí. El número sigue ahí. El mismo de siempre. Todo el tiempo. En todas partes. Incluso cuando duermo las veo. Incluso cuando no quiero verlas están ahí.

Sofía miró a Locke por encima de la cabeza de Lu. En sus ojos había una pregunta que no podía hacer en voz alta: ¿Qué le está pasando a mi hija? ¿Qué está viendo? ¿Cómo la ayudamos?

Locke no tenía respuestas. Solo tenía más preguntas. Y el tiempo para hacer preguntas se estaba acabando.

Los soldados pasaron bajo la ventana.

Locke se acercó al cristal, manteniéndose en el ángulo donde no podían verlo desde abajo. Sus botas resonaban contra el pavimento con una cadencia perfectamente sincronizada. Izquierda, derecha,

izquierda, derecha. El mismo ritmo. El mismo tiempo entre cada paso.

Eran seis. Formación estándar. Dos adelante, dos atrás, dos en los flancos. Sus armas apuntaban hacia abajo, en posición de descanso, pero Locke sabía que podían levantarlas y disparar en menos de un segundo. Había visto a unidades como estas en acción. Había visto lo que dejaban atrás.

—Se van —dijo Locke. Podemos movernos en cinco minutos.

—¿Hacia dónde?

—El refugio del Sector 7. Tengo contactos ahí. Gente que puede escondernos hasta que esto pase.

—¿Y si no pasa?

Locke no respondió.

Porque no sabía si iba a pasar. Todo cambió cuando Faith decidió seguir a Leonardo. Cuando Columbo desapareció en Sanguisburg. Cuando las redadas dejaron de ser eventos aislados y se convirtieron en esto: un cerco que se cerraba, una red que se tensaba, un sistema que había dejado de ignorarlos y había empezado a cazarlos.

Locke había sobrevivido mucho tiempo manteniéndose pequeño. Manteniéndose invisible. Haciendo el trabajo mínimo para que el sistema lo dejara en paz.

Había dejado de ser posible mantenerse pequeño.

Lu abrió los ojos.

—Hay alguien más.

Su voz cambió. Más baja. Más tensa. La voz que usaba cuando veía algo que la asustaba más de lo habitual.

—Alguien que no está con los soldados. Alguien que está... buscando de forma diferente.

—¿Quién?

—Un hombre. Sin uniforme. Camina solo. Los soldados lo ven pero no lo detienen. Es como si no existiera para ellos. O.

Locke dejó de escribir.

—Descríbelo.

—Tiene ojos raros. No tienen un color. O tienen todos los colores. Cambian dependiendo de hacia dónde mira. Cuando mira hacia arriba son azules. Cuando mira hacia abajo son grises. Cuando mira hacia las ventanas son del color de las ventanas.

Lu hizo una pausa. Su respiración se aceleró.

—Y mira todo. Mira los edificios. Mira las ventanas. Mira el suelo. Mira las grietas en el pavimento. Mira los cables que cuelgan de los postes. Mira todo. Y está siguiendo ese ruido. Está acercándose al lugar de donde viene.

La descripción coincidía.

Los informes que Faith le había pasado antes de irse. Tres páginas de texto denso que Locke había memorizado y luego destruido. Los rumores que circulaban entre los contactos que todavía le hablaban, cada vez menos, cada vez más asustados. El especialista en “reducción de ruido”. El optimizador. El hombre que el sistema enviaba cuando quería destruir algo sin dejar rastros visibles.

Cuarenta y siete. Ese era el número que aparecía en los informes. Cuarenta y siete cortes. Cuarenta y siete víctimas confirmadas. Cuarenta y siete maneras de hacer que alguien dejara de existir sin que nadie supiera exactamente cómo había pasado.

Viktor.

Locke no conocía el nombre -los informes nunca incluían nombres, solo descripciones y patrones— pero conocía la

descripción. Conocía el patrón. Conocía lo que pasaba cuando alguien como ese hombre llegaba a un sector. Las desapariciones empezaban. Los ruidos se detenían. Y después, nada. La clase de nada que significaba que algo había sido limpiado, optimizado, reducido a nada.

—Objetivo —dijo Locke. ¿Qué busca?

—Sonidos. -Lu frunció el ceño, concentrándose en cosa que solo ella podía percibir. Está buscando sonidos. Música. Ruido de una forma específica. Vibración en una frecuencia que él pueda... seguir.

Leonardo.

Viktor estaba buscando a Leonardo.

Y si Viktor estaba aquí, en este sector, significaba que el sistema sabía más de lo que Locke había calculado. Significaba que el cerco no se limitaba a ser para contener. Era para cazar. Era para encontrar a alguien específico y destruir todo lo que estuviera cerca de ese alguien.

—Nos vamos ahora —dijo Locke. Ya.

No esperó a que Sofía respondiera. Cruzó la habitación en tres pasos, esquivando el colchón, evitando la mancha de humedad en el suelo que hacía que la madera crujiera. Tomó la mochila que había preparado anoche -agua, comida concentrada, un segundo cargador, un botiquín básico, documentos falsos que probablemente ya no servían— y se la colgó del hombro. El peso era familiar. Reconfortante de una manera que no debería ser reconfortante.

Tomó a Sofía del brazo. Sofía tomó a Lu.

—¿Por dónde? —preguntó Sofía. —Escalera de servicio. Al final del pasillo, puerta gris con una marca de pintura roja en la esquina inferior. Sale al callejón trasero, al lado de los contenedores de

basura. De ahí al túnel de mantenimiento que conecta con el Sector 8. La entrada está debajo de una rejilla, a quince metros de la salida del callejón. Conozco el camino. Lo he recorrido seis veces. Cuatro de día, dos de noche.

—¿Y si hay soldados en el callejón?

—No los hay. Los callejones no tienen cámaras. Los callejones no valen el esfuerzo. Es el único lugar donde el sistema no mira.

Abrió la puerta del departamento.

El pasillo estaba vacío. Silencioso. Las luces del techo parpadeaban con un ritmo irregular, algunas más brillantes que otras, algunas completamente apagadas. Las paredes tenían el mismo aspecto descuidado que todo en este edificio: pintura descascarada, manchas de origen desconocido, cables que salían de agujeros que nadie había reparado.

La clase de quietud que significaba que los otros residentes también estaban escondidos. Detrás de las puertas cerradas, en departamentos igual de pequeños y descuidados, había personas que contenían la respiración. Personas que esperaban. Personas que intentaban no existir lo suficiente como para que el sistema las notara.

Locke conocía esa sensación. Había vivido con ella durante años.

Verificó las esquinas. Izquierda: pasillo vacío que terminaba en una ventana sucia. Derecha: pasillo que llevaba a la escalera de servicio, puerta gris al fondo, exactamente donde recordaba.

Hizo una seña para que lo siguieran. Un gesto con la mano. Sin palabras. Las palabras hacían ruido y el ruido era peligroso.

Sofía salió con Lu.

La niña miraba hacia atrás, hacia la ventana del departamento que habían dejado atrás, hacia lo que seguía viendo aunque ya no estuviera frente a ella. Sus ojos se movían de un lado a otro, siguiendo líneas invisibles, contando números que solo ella podía ver.

—Las líneas se están moviendo —susurró. El hombre de los ojos que cambian. Viene hacia aquí. Está subiendo. Está buscando el ruido. Y el ruido somos nosotros.

Locke no respondió.

Solo caminó más rápido hacia la escalera de servicio.

La puerta gris estaba a diez pasos. Nueve. Ocho.

Las botas de Lu hacían un sonido suave contra el suelo del pasillo. Siete. Seis.

Desde algún lugar debajo de ellos, Locke escuchó una puerta abrirse.

Cinco. Cuatro. Tres.

Llegaron a la puerta gris.

Locke la abrió.

La escalera de servicio olía a orina y a metal oxidado. Los escalones bajaban hacia la oscuridad.

Entraron. ## LOG 036: Salida [L][F][X]

El túnel de servicio desembocó en un sótano del Sector 12.

El aire cambió primero. Más seco. Más frío. Con un olor diferente al de los túneles de bionanocelulosa. Un olor a concreto viejo, a polvo acumulado durante décadas, a cosas que habían sido abandonadas y olvidadas.

Leonardo reconoció el lugar. Una bodega abandonada del Sector 12. Había estado aquí antes, cuando todavía trabajaba para

Entreternia y hacía entregas a sectores que nadie quería visitar. Las paredes de ladrillo estaban cubiertas de grafiti viejo símbolos que no reconocía, algunos frescos, otros tan gastados que eran solo manchas de color en el ladrillo. El suelo de concreto tenía grietas por donde crecía algo verde que no debería crecer a esta profundidad. Las tuberías del techo goteaban con la regularidad de un metrónomo roto.

Había cajas apiladas contra la pared del fondo. De cartón, la mayoría aplastadas por su propio peso. Algunas de plástico, con etiquetas que decían cosas como SECTOR 12 MATERIAL OBSOLETO y EQUIPO DE MEDICIÓN DESCONTINUADO. Nadie había venido a buscarlas. Nadie vendría. El Sector 12 era el lugar donde Ciudad Control guardaba lo que no quería recordar que tenía.

La única luz venía de los ojos de Maku.

Maku estaba más consciente ahora. Sus ojos de fibra óptica habían dejado de brillar con la intensidad de la extracción activa. La luz azulada se había atenuado, se había vuelto más natural, más controlada.

Podía sostenerse de pie, aunque todavía necesitaba el apoyo de Anya. Su cuerpo temblaba ligeramente. No de frío. De agotamiento. De años de inmovilidad forzada que habían atrofiado sus músculos, que habían debilitado sus huesos, que la habían dejado frágil de formas que tardarían meses en repararse.

—¿Dónde estamos? -Su voz era ronca. Dañada por meses de desuso. Cada palabra raspaba contra una garganta que había olvidado cómo producir sonidos.

—Ciudad Control —respondió Leonardo. Sector 12. Nivel -3. ¿Puedes caminar?

Maku dio un paso tentativo. Se separó de Anya. Sus piernas temblaron, amenazando con ceder, pero se mantuvieron. Un paso. Dos. Tres.

Anya retrocedió un paso. Cruzó los brazos. Después descruzó los brazos. Se quitó la chaqueta y la puso sobre los hombros de Maku sin mirarla, sin decir nada, y volvió a cruzar los brazos. La chaqueta olía a túnel y a pólvora y a algo que Maku no reconoció pero que era calor humano acumulado durante horas de cargar a alguien.

—He sobrevivido cosas peores.

No había autocompasión en su voz. Solo un hecho. Una declaración de lo que era.

—¿Qué recuerdas?

Maku se detuvo. Sus ojos de fibra óptica parpadearon, procesando algo que solo ella podía ver.

—Fragmentos. Imágenes sin contexto. Voces sin rostros. -Hizo una pausa. Recuerdo un gato. Un gato negro que hablaba. Decía cosas que no tenían sentido pero que sentía que debería entender.

Se agachó. Puso la palma de la mano contra el suelo de concreto. La dejó ahí. Cinco segundos. Diez. Los dedos abiertos contra la superficie fría, sucia, rugosa. Cerró los ojos. Los abrió. Miró su propia mano como si fuera nueva. Abrió los dedos. Los cerró. Los abrió otra vez. Se rio. Una sola vez. Un sonido corto, roto, que no tenía nada de gracioso pero que era la primera cosa que había hecho porque quiso hacerla y no porque un cable se lo pidiera.

Otro parpadeo.

—Y un número. El mismo. El número aparecía en todas partes. En las paredes. En los cables. En los sueños que no eran sueños. El mismo. No sé qué significa pero significa algo.

El viejo se acercó. Pasos sobre el concreto.

—Los recuerdos volverán. No todos. Pero los importantes sí.

—¿Cómo sabes cuáles son importantes?

—Porque los importantes son los que duelen. Los que el sistema se esforzó más en quitarte son los que más necesitas recuperar. El dolor es la brújula. Te dice dónde buscar.

El sonido de disparos llegó desde arriba.

Lejano. Amortiguado por capas de concreto y tierra. Pero inconfundible. El sonido seco de armas de energía. El sonido húmedo de armas convencionales. El sonido de gritos que se cortaban abruptamente.

Las redadas habían comenzado.

—Vorgan está peinando la ciudad —dijo Faith. Nos movemos.

El viejo ya había encontrado otra salida. Una puerta al fondo de la bodega, medio oculta detrás de estantes caídos, con un candado oxidado que cedió cuando él lo tocó. La puerta daba a un túnel de mantenimiento. El túnel de mantenimiento daba a las alcantarillas del Sector Norte. Rutas que el viejo conocía de memoria. Rutas que el sistema había olvidado porque olvidar era más fácil que vigilar todo.

—Los muelles están a cuarenta minutos si nos movemos rápido. Treinta si corremos. Una hora si tenemos que detenernos.

—¿Hay transporte esperándonos?

—Hay algo mejor que transporte. Hay algo que nos llevará donde necesitamos ir sin que Vorgan pueda seguirnos. Sin que nadie pueda seguirnos.

—¿Qué es?

—Lo verás cuando lleguemos.

El grupo se movió.

Los túneles de mantenimiento eran estrechos. Apenas metro y medio de ancho. Las paredes estaban cubiertas de condensación, de tuberías oxidadas, de cables que colgaban de ganchos que se habían soltado hace años. El suelo era resbaladizo. Cubierto de musgo que brillaba ligeramente en la oscuridad.

Leonardo caminaba detrás del viejo. El Voynich y el mapa pulsaban contra su pecho, guiándolo hacia adelante. No sabía cómo lo sabía, pero sabía que iban en la dirección correcta. Los objetos se lo decían. Con calor. Con pulso. Con casi una voz.

El aire se volvió más húmedo a medida que avanzaban. Más cálido. Con un olor a agua estancada, a descomposición lenta, a cosas que vivían en la oscuridad y que preferían no ser molestadas.

Maku caminaba entre Anya y Faith. Ganando fuerza con cada paso. Sus movimientos se volvían más seguros, más fluidos.

Sus ojos de fibra óptica se adaptaban a la oscuridad de formas que los ojos normales no podían.

—Puedo ver —dijo de repente.

Su voz era más fuerte ahora. Menos ronca.

—No solo la oscuridad. Puedo ver... más allá. Puedo ver las frecuencias. Ondas de calor que salen de sus cuerpos. Ondas de sonido que rebotan contra las paredes. Puedo ver la estructura del aire. Las partículas moviéndose. El polvo flotando. Puedo ver...

Se detuvo.

—Puedo ver todo.

—Los implantes están calibrándose -explicó Don Humo sin detenerse. Lo que el sistema te puso para extraer información también puede usarse para obtenerla. Es cuestión de aprender a controlar lo que ves en lugar de dejar que te controle a ti.

—¿Cómo aprendo?

—Practicando. Y tendrás tiempo para practicar. Si sobrevivimos esta noche.

El túnel se abrió a una cámara más grande.

Un cruce donde varias rutas de mantenimiento convergían. El techo era más alto aquí. Quizás cuatro metros. Las paredes estaban cubiertas de tuberías del tamaño de personas, tuberías que transportaban agua o combustible o algo que Leonardo prefería no pensar. Válvulas oxidadas goteaban no exactamente agua. Más espeso. Verdoso. Con un tono verdoso.

Faith se detuvo.

Su mano fue al arma. Sus ojos escanearon las sombras.

—Hay algo aquí.

Leonardo también. Una presencia. No hostil exactamente. Pero tampoco amigable. Los observaba desde la oscuridad. Evaluaba. Vieja. Paciente.

—Jardineros —susurró Don Humo. De los pocos que quedan.

Una figura emergió de la oscuridad.

Vieja. Encorvada. Con una columna que se curvaba de formas que sugerían décadas de trabajo manual, décadas de cargar cosas pesadas, décadas de vivir en espacios que no estaban diseñados para cuerpos humanos.

Sus ojos brillaban. Con la misma luz que las paredes de bionanocelulosa de las catacumbas. Azulada. Tenue. Luz que sugería modificación, que había sido mejorada, que había dejado de ser completamente humana aunque tampoco era completamente otra cosa.

Llevaba ropas que habían sido elegantes hace décadas. Un abrigo largo. Una camisa con cuello alto. Pantalones de un material que ya no se fabricaba. Todo estaba desgarrado ahora. Sucio. Manchado con cosas que no quería identificar. Pero conservaba una dignidad que no le correspondía a la ropa sino a quien la portaba.

—Jardinero Humo —dijo la figura. Su voz crujía. Hojas secas. Papel viejo rompiéndose. Pensé que habías muerto.

—No tuve tanta suerte.

La figura dio un paso hacia adelante. Sus ojos brillantes recorrieron al grupo. Se detuvieron en Leonardo.

—El linaje Tyr. -No era una pregunta. No había visto uno desde... desde antes. Desde que el sistema decidió que eran demasiado peligrosos para dejarlos vivir. Desde que los cazó hasta que no quedó ninguno.

—Quedó uno —dijo Leonardo.

—Eso parece.

La figura lo estudió durante un momento largo.

—Necesitamos paso —dijo Don Humo. Los muelles del Sector Norte.

—Los muelles están vigilados. Vorgan ha establecido una barrera de escáneres. Tres niveles de verificación. Drones cada cincuenta metros. Patrullas cada quince minutos.

—Hay una ruta debajo de la barrera. Los canales antiguos. Los que construyeron antes de que el sistema centralizara el transporte. Tú la conoces.

La figura no respondió.

Un segundo. Dos. Tres. La espera se volvió tensa.

—Hay un precio —dijo finalmente.

—Siempre hay un precio.

—Información. Quiero saber qué está despertando. Quiero saber por qué el sistema está tan asustado que ha enviado a Viktor a Sanguisburg. Viktor. El optimizador. El silenciador. El que no deja testigos. Quiero saber qué planeas hacer con el Voynich y el mapa que llevas.

Leonardo se adelantó. Antes de que el viejo pudiera responder.

—No sé qué está despertando. Solo sé que el sistema quiere detenerlo. Y que ha enviado a su peor arma para asegurarse de que no pase. Eso significa que probablemente es algo bueno. O al menos algo que el sistema considera peligroso para sí mismo.

La figura soltó una risa seca. Gravilla cayendo sobre metal.

—La lógica de los jóvenes. El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

—No es lógica. Es todo lo que tengo.

—Pero tienes razón —dijo la figura. Lo que sea que el sistema tema, vale la pena averiguar qué es. Lo que sea que haga que Viktor salga de su agujero vale la pena investigar.

Señaló hacia un punto de la pared.

Un túnel se abrió. No había estado ahí un momento antes. La pared simplemente se separó, revelando una abertura oscura que descendía en ángulo.

—Por ahí. Saldrán en el muelle siete. Hay algo esperándolos. Una presencia que no debería existir pero que existe de todas formas.

—¿Qué es?

—Un barco. O algo parecido a un barco. Depende de cómo lo mires. Depende de lo que estés dispuesto a aceptar como barco.

La figura comenzó a retroceder hacia las sombras. Su cuerpo se desdibujó. Los bordes se volvieron borrosos.

—Buena suerte, linaje Tyr. La vas a necesitar.

Desapareció.

El grupo entró al túnel.

La oscuridad los recibió.

Y en algún lugar arriba, las redadas continuaban. Leonardo se detuvo a recoger un objeto brillante del suelo del túnel. Un papel grueso. Membrete del Gobierno Mundial. Un formulario de apelación en blanco. Cuarenta y siete casillas vacías esperando ser llenadas. En la esquina inferior derecha, el sello de Augusto Rendt. Validez: doscientos días.

No había forma de saber cómo había llegado ahí. No había forma de saber si Rendt lo había dejado a propósito o si el viento burocrático del sistema arrastraba sus papeles hasta los túneles bajo una ciudad que oficialmente no existía en los mapas de Coherencia.

Leonardo lo dobló y lo guardó en el bolsillo. Cuarenta y siete casillas vacías. Una de ellas decía: FAMILIAR EN OBSERVACIÓN. ## LOG 037: Emboscada [A][S][P]

El departamento del Nivel -3 del Sector 7 era pequeño.

Una habitación que servía como sala, cocina y dormitorio. Un baño sin ventana. Paredes con pintura descascarada que mostraban el hormigón debajo, manchas de humedad en las esquinas donde el aislamiento había fallado hace años y nadie había venido a repararlo. El techo era bajo. Leonardo podía tocarlo si extendía el brazo. Y las tuberías corrían expuestas por una de las paredes, emitiendo un temblor constante que se volvía fondo si vivías aquí el tiempo suficiente.

La familia Dember vivía ahí.

En la pared de enfrente, una pantalla publicitaria que nadie había apagado en meses. Se encendía, se apagaba, se encendía. Do, mi, sol, do.

“Barras de Pollo: 18¢. Nutrición completa. Felicidad incluida.”

La pantalla se apagaba. Se encendía. Se apagaba. La familia había dejado de verla hace tiempo. Era parte del departamento. Como la humedad. Como el olor a tuberías.

Padre. Madre. Un niño de cuatro años llamado Tomás que dormía en un colchón en el suelo, abrazado a un oso de peluche con una mancha marrón en el pecho. La mancha era vieja. Tomás había tenido el oso desde que nació. Lo llamaba Dember, aunque nadie sabía por qué, y se negaba a dormir sin él.

El padre estaba despierto. Llevaba despierto desde las dos de la mañana, sentado en la única silla del departamento, mirando la puerta. La madre dormía en el colchón junto a Tomás, o fingía dormir; su respiración era demasiado regular, demasiado controlada, para ser real.

Las sirenas comenzaron a sonar a las cuatro y diecisiete.

Primero en el nivel superior. Un sonido lejano, amortiguado por los pisos de hormigón que los separaban. Podría haber sido cualquier cosa. Un accidente industrial. Un incendio en alguna fábrica. Una alarma de prueba que nadie había avisado que iba a ocurrir.

Pero el padre conocía ese sonido. Lo había escuchado antes, hace tres años, cuando el sistema vino por los vecinos del piso de arriba. Una familia de cinco. Padre, madre, tres hijas. Nunca supo qué habían hecho. Nunca preguntó. Al día siguiente, el departamento

estaba vacío, y una semana después llegó una familia nueva que nunca mencionó a los anteriores.

—Tenemos que irnos —susurró.

La madre abrió los ojos. No se movió. Solo abrió los ojos y lo miró, y en esa mirada estaba todo lo que ninguno de los dos podía decir en voz alta.

—¿A dónde?

El padre no respondió. No había respuesta. Los checkpoints bloqueaban todas las salidas del sector. Los escáneres en el transporte público registraban cada identificación, cada movimiento, cada rostro. Y los túneles de mantenimiento -los había considerado, los había explorado una vez hace dos años cuando empezó a sospechar que este día llegaría— estaban bloqueados en los accesos principales, con sensores de movimiento en los secundarios.

Podían correr. Pero correr con Tomás era imposible. Tomás tenía cuatro años. Tomás no entendía por qué había que estar callado. Tomás hacía preguntas, muchas preguntas, y sus preguntas tenían la claridad terrible de los niños que todavía no han aprendido que algunas cosas no se preguntan.

—Nos quedamos —dijo el padre. Nos escondemos. Tal vez pasen de largo.

—Tal vez.

La madre se levantó. Sus movimientos eran lentos, deliberados, cada articulación controlada por separado. Se acercó al armario. El armario era pequeño -todo en el departamento era pequeño— pero tenía un espacio detrás de las cajas de ropa vieja que no usaban, un espacio donde dos adultos y un niño podían caber si no respiraban demasiado profundo.

Lo habían practicado. Una vez al mes, durante los últimos dos años. Como un juego, le decían a Tomás. El juego de las escondidas. El juego de quedarse muy callado. El juego de no hacer ningún ruido hasta que mamá o papá dijeran que estaba bien.

Tomás nunca - preguntó por qué jugaban siempre el mismo juego.

—Tomás —susurró la madre. Mi amor. Despierta.

El niño abrió los ojos. Confundido. Soñoliento. Apretó a Dember contra su pecho.

—¿Ya es de día?

—No, mi amor. Vamos a jugar. ¿Recuerdas el juego?

Tomás asintió. Una sola vez. Bostezó.

—El juego de las escondidas.

—Eso es. Ven.

La madre lo levantó. Tomás era pequeño para su edad, ligero, con huesos que se sentían frágiles bajo la ropa. No había comido lo suficiente. Nunca había comido lo suficiente. Las Barras de Pollo que el sistema distribuía no eran suficiente para un niño en crecimiento, pero era todo lo que podían pagar, todo lo que tenían derecho a comprar con sus créditos de ciudadanos de prioridad baja.

El padre movió las cajas. Dentro del armario olía a ropa vieja, a humedad, a algo más orgánico que prefería no identificar. El espacio detrás de las cajas era más pequeño de lo que recordaba. O tal vez Tomás había crecido desde la última vez que practicaron. O tal vez el miedo hacía que todo pareciera más pequeño, más cerrado, más difícil de soportar.

—Adentro —dijo.

La madre entró primero, con Tomás en brazos. Se acomodó en la esquina, con la espalda contra la pared, con el niño acurrucado contra su pecho. Tomás todavía sostenía a Dember. El oso le tapaba parte de la cara. Bien. Mejor si no veía nada. Mejor si pensaba que esto era solo el juego.

El padre entró después. Tuvo que doblarse, contorsionarse, meter los hombros en un ángulo incómodo para caber. Una de las cajas se volcó cuando ajustó su posición. El sonido fue demasiado fuerte en el departamento. Se quedó inmóvil. Esperando. Contando los segundos.

Nada.

Cerró la puerta del armario desde adentro. La oscuridad era total.

La pulsera del padre vibró. La pantalla iluminó el interior del armario con un rectángulo verde: RECORDATORIO — TOMÁS R. TIENE EVALUACIÓN DE DESARROLLO COGNITIVO PROGRAMADA PARA EL DÍA 14. LLEVE SNACK APROBADO Y DOCUMENTO DE IDENTIDAD VIGENTE. ¿DESEA CONFIRMAR ASISTENCIA? El padre miró la pantalla. Miró a Tomás. Confirmó asistencia con el pulgar. La pantalla se apagó.

No había rendijas. No había luz que se filtrara por ningún lado. Solo la oscuridad y el olor a ropa vieja y la respiración de tres personas intentando no respirar demasiado fuerte.

—Muy callados —susurró. Como el juego.

Tomás asintió. El movimiento fue invisible en la oscuridad, pero el padre sintió el roce de la cabeza del niño contra su brazo. Sintió también la humedad. Tomás estaba llorando. Silenciosamente, sin hacer ruido, pero llorando. Las lágrimas le mojaban la manga de la camisa.

—Shh —susurró la madre. Está bien, mi amor. Es solo el juego.

Tomás no respondió. Solo apretó más fuerte a Dember.

Las sirenas se acercaron.

El sonido creció. Había dejado de ser un eco lejano del nivel superior. Era algo presente, inmediato, que vibraba a través de las paredes del edificio y que hacía que el hormigón temblara casi imperceptiblemente. El padre puso una mano contra la pared del armario. Podía sentir la presión en su palma. Podía sentir el edificio respondiendo al peso de los equipos de asalto que subían por las escaleras, que ocupaban los pasillos, que se acercaban.

En el departamento de al lado, separado por una pared tan fina que podía oír las conversaciones si prestaba atención, Nico no dormía.

Tenía dieciséis años. Vivía solo. Su padre había desaparecido hace tres años. Un día salió a trabajar y no volvió. Nico esperó tres días antes de entender que no iba a volver. Nadie le explicó qué había pasado. Nadie le explicó nada. El sistema simplemente transfirió el contrato de alquiler a su nombre -menor emancipado por ausencia de tutor, decía el documento— y siguió cobrándole cada mes como si nada hubiera cambiado.

Trabajaba en una fábrica del Sector 5. Ensamblaba componentes. No sabía para qué servían. Pequeñas piezas de metal y plástico que encajaban en otras piezas de metal y plástico, que luego se empaquetaban en cajas que se llevaban a algún lugar que nunca había visto. Le pagaban lo suficiente para el alquiler y las Barras de Pollo. A veces sobraba. A veces no.

Conocía a los Dember de vista.

El padre lo saludaba en el pasillo. Un gesto con la cabeza, breve, sin palabras. El saludo que la gente del Nivel -3 intercambiaba: reconocimiento sin intimidación, solidaridad sin compromiso. La madre le había regalado sobras una noche, hace seis meses, cuando Nico tenía el aspecto de no haber comido en días. Un plato de arroz con pollo o proteína sintética. Nunca le preguntó qué era. Se lo comió todo.

Y Tomás.

Tomás era simplemente un niño. Un niño que jugaba en el pasillo cuando su madre lo dejaba salir, que hacía ruidos de disparos con la boca, que miraba el mundo con ojos que todavía no sabían que el mundo no era un lugar amable.

Las sirenas lo despertaron.

No las del nivel superior. Esas llevaban sonando media hora. Estas eran diferentes. Más cercanas. Más agudas. Las sirenas que indicaban que el equipo de asalto estaba en el edificio.

Nico se levantó.

Su cuerpo se movió antes de que su mente decidiera qué hacer. Cruzó la habitación -tres pasos, su departamento era incluso más pequeño que el de los Dember— y abrió el armario. No tenía espacio detrás de las cajas. No tenía cajas. Solo tenía la ropa que había heredado de su padre, colgada en ganchos de alambre, y un espacio en el suelo donde cabía si se hacía pequeño.

Se metió dentro.

Cerró la puerta.

La oscuridad era completa. El olor era a tela vieja, a sudor acumulado, a miedo o falta de ventilación. Nico se abrazó las rodillas

contra el pecho. Intentó respirar despacio. Cada respiración sonaba demasiado fuerte en la oscuridad.

Los pasos llegaron al pasillo.

Muchos pasos. Botas pesadas contra el hormigón del piso. El sonido de equipo siendo ajustado. Voces cortas, precisas, el tipo de comunicación que usaba la gente que había practicado esto muchas veces.

Una puerta se abrió. No la suya. La del final del pasillo. Tres segundos de silencio. Luego un grito que se cortó a la mitad, como si alguien le hubiera puesto la mano en la boca. O algo peor.

Otra puerta.

Más cerca.

El corazón de Nico latía tan fuerte que estaba seguro de que podían oírlo a través de la pared del armario. Sudor le bajaba por la frente, le entraba en los ojos, pero no se movió para limpiarlo. Moverse era hacer ruido. Hacer ruido era ser encontrado. Ser encontrado era desaparecer, como su padre, como los vecinos del piso de arriba, como todos los que el sistema decidía que eran inconvenientes.

Otra puerta.

La de los Dember. El sonido fue diferente a los otros. No hubo golpe. No hubo advertencia. Solo el chirrido de las bisagras oxidadas que Nico conocía bien porque las oía cada vez que la familia entraba o salía, y luego voces.

—Despejado.

—Negativo. Hay calor en el armario.

Nico dejó de respirar.

Escuchó pasos dentro del departamento de los Dember. Escuchó cajas siendo movidas. Escuchó una voz de hombre que decía algo que no pudo distinguir, y luego una voz de mujer que gritaba, y luego una voz de niño que era demasiado pequeña, demasiado aguda, demasiado llena de confusión.

—¡Piu! —gritó Tomás.

El sonido que hacía cuando jugaba a los disparos. El sonido de un niño de cuatro años que no entendía que esto no era un juego.

Y luego otro sonido.

Más seco.

Más real.

Nico no gritó. No se movió. No hizo nada. Se quedó en el armario, con las rodillas contra el pecho, con el sudor bajándole por la cara, escuchando los sonidos que venían del departamento de al lado. Escuchando cómo todo se quedaba quieto de nuevo, lentamente, como agua llenando un espacio vacío.

Los pasos se alejaron.

La puerta de su departamento no se abrió.

Esperó.

Siguió esperando.

El sudor se secó en su piel. Sus músculos empezaron a doler. La posición era incómoda, las piernas entumecidas, la espalda presionada contra la pared del armario.

No se movió.

Las sirenas dejaron de sonar una hora después. O dos. Nico no tenía manera de saber cuánto tiempo había pasado. El tiempo en la oscuridad era diferente. Más largo. Más denso. Cada minuto pesaba como diez.

Cuando finalmente abrió la puerta del armario, la luz del departamento le lastimó los ojos.

Tuvo que parpadear varias veces. La luz era gris, la luz de un amanecer que se filtraba por la ventana sucia, pero después de horas en la oscuridad total parecía insoportablemente brillante. Sus ojos lagrimearon. Se los frotó con el dorso de la mano. El movimiento hizo que sus hombros protestaran; había estado encogido demasiado tiempo, los músculos se habían agarrotado.

Se puso de pie.

Sus piernas no funcionaban bien. Hormigueo en los pies, como si miles de agujas le pincharan las plantas. Rigidez en las rodillas que las hacía temblar con cada paso. Tuvo que apoyarse en la pared para no caer. La pared estaba fría. Húmeda. Normal.

El departamento estaba igual que siempre. La ropa de su padre en el armario. El colchón en el suelo. La ventana sucia. Todo igual.

Excepto la cocina.

Su madre estaba en la cocina.

Nico no miró. No podía mirar. Había escuchado el disparo mientras estaba en el armario. Había escuchado el cuerpo caer. No necesitaba ver para saber. El olor era suficiente. Un olor que no tenía nombre pero que el cuerpo reconocía antes que la mente, un olor que significaba muerte.

Se quedó de pie en el marco de la puerta del armario mirando hacia la ventana. No hacia la cocina. Hacia la ventana. La ventana sucia con la luz gris del amanecer. Un día normal. La ciudad no sabía lo que había pasado en este departamento, en este edificio, en este nivel.

El panel falso que daba al conducto de ventilación estaba en el cuarto de su padre. Su padre se lo mostró hace años. Antes de desaparecer. “Si alguna vez necesitas irte, este es el camino.”

Pero Nico no fue hacia el panel.

Fue hacia la puerta del departamento de los Dember, que estaba abierta.

Nico caminó hacia ella. Cada paso era un esfuerzo. Sus piernas seguían sin responder bien, los músculos protestando contra el movimiento después de tanto tiempo inmóviles. El pasillo estaba vacío. Las puertas de los otros departamentos estaban cerradas. No había nadie. No había sonido. Solo las tuberías y algo más: un goteo. Lento. Regular. Que venía de algún lugar que Nico no quería identificar.

La puerta de los Dember estaba abierta y adentro no había nadie.

Nico se detuvo en el umbral. No entró. Solo miró.

Las cajas del armario estaban en el suelo, volcadas. La ropa estaba esparcida por toda la habitación, pisoteada, con marcas de botas en las telas claras. La silla donde el padre solía sentarse estaba volcada. El colchón donde dormía Tomás estaba manchado de algo oscuro que había empezado a secarse en los bordes, que brillaba todavía en el centro bajo la luz gris del amanecer.

El baño estaba abierto.

Nico no miró hacia el baño. No quería ver lo que había en el baño.

En el suelo, junto a la puerta del baño, a medio camino entre el armario y la salida, había un oso de peluche.

Dember.

La mancha marrón en el pecho seguía ahí. La mancha que siempre había estado ahí, desde antes de que Tomás naciera, desde

que el oso había sido de alguien más, tal vez de la madre de Tomás cuando era niña, tal vez de alguien que ninguno de ellos había conocido.

Pero ahora había otra mancha. Más nueva. Más roja. Más húmeda todavía.

Nico entró al departamento.

Sus pasos no hicieron ruido. O hicieron ruido pero él no lo escuchó. Se agachó frente al oso. Lo miró durante un momento largo. La mancha roja tenía la forma de una mano pequeña. Cuatro dedos y un pulgar. La mano de un niño de cuatro años que había agarrado a su oso mientras algo terrible pasaba.

Recogió a Dember.

Lo sostuvo contra su pecho.

El oso olía a sangre y a jabón de lavandería debajo, el jabón que la madre de Tomás usaba para lavar la ropa, un olor demasiado normal para este momento, demasiado cotidiano para lo que había pasado en esta habitación.

No lloró.

Algo le apretaba la garganta.

Solo sabía que estaba de pie en el departamento de una familia que ya no existía, sosteniendo un oso de peluche que había perdido a su dueño.

La puerta del pasillo se cerró sola.

El sonido lo hizo saltar.

Pero era solo el viento. ## LOG 038: Ja [S][A][L]

El equipo de asalto no llamó a la puerta.

La puerta cedió con un estruendo. Metal contra metal. Bisagras arrancadas del marco. Astillas de madera falsa volaban hacia

adentro, golpeando las paredes, golpeando el suelo, golpeando el colchón donde Tomás dormía.

Tomás abrió los ojos.

Formas que se movían dentro de la oscuridad. Luces rojas que pulsaban en las formas, demasiado rápido, demasiado cerca. El aire se llenó de polvo y de un olor frío, metálico, que no pertenecía al departamento.

Lo segundo que vio fueron las armas.

El departamento era un cuarto y medio. La cocina estaba separada por una cortina que su madre había cosido de dos camisas viejas. El baño no tenía puerta. El colchón estaba en el suelo porque la base se había roto hace meses y el sistema no enviaba reemplazos para departamentos de categoría baja. Tomás conocía cada centímetro de este espacio. Conocía la grieta en el techo que parecía un río. Conocía la mancha de humedad detrás de la cortina que parecía un oso más grande que Dember. Conocía el sonido que hacía la tubería a las tres de la mañana, el mismo sonido todas las noches, el sonido que significaba que todo estaba en su lugar.

Ahora todo estaba fuera de lugar.

Abrazó a Dember más fuerte.

El oso estaba tibio contra su pecho. Siempre estaba tibio. Cuatro años durmiendo juntos habían hecho que el pelaje conservara el calor del cuerpo de Tomás hasta cuando lo soltaba, hasta cuando lo dejaba en la mesa para comer, hasta cuando se lo quitaba su madre para lavarlo y Tomás esperaba con las manos vacías hasta que se secaba.

—Mami —susurró.

Su madre ya estaba de pie. Un segundo estaba dormida a su lado, respirando despacio, con el brazo sobre él. Al segundo siguiente estaba de pie entre él y las formas, con los brazos extendidos hacia los lados. El camisón le colgaba de los hombros. Tenía los pies descalzos, los dedos apretados contra el piso frío.

Su padre estaba junto a ella. Hombro con hombro.

—Identificación.

La voz venía de la forma más alta. La que tenía más luces en el casco.

Ricardo extendió su muñeca. Lento. Deliberado. Giró la muñeca para mostrar el chip de identificación. Una de las formas acercó un dispositivo que emitía una luz blanca.

El dispositivo emitió un pitido.

Rojo.

CIUDADANO BAJO INVESTIGACIÓN ASOCIACIÓN
SOSPECHOSA CON ELEMENTO SUBVERSIVO AUTORIZACIÓN
DE DETENCIÓN: ACTIVA

Tomás no podía leer las palabras. Tenía cuatro años. Pero vio el rojo. Vio cómo las formas se tensaban cuando apareció el rojo.

—De rodillas.

Ricardo obedeció.

Su esposa obedeció.

Se arrodillaron frente a las formas, con las manos sobre las cabezas. El piso del departamento era hormigón pintado. Las rodillas de la madre de Tomás golpearon el piso con un sonido que Tomás no olvidaría aunque no tuviera palabras para describirlo: hueso contra piedra. Un sonido que el cuerpo reconoce antes que la mente.

Tomás podía ver sus caras desde el colchón, con Dember contra el pecho. La cara de su padre estaba quieta. La cara de su madre temblaba.

—Mami —dijo Tomás otra vez. Papá.

—Quédate ahí, mi amor —dijo su madre. Su voz sonó diferente. Más aguda. Más rápida. No te muevas. Quédate con Dember.

Tomás no se movió.

El líder verificó algo en su casco. Movi6 los labios sin sonido. Comunicación interna. Esperando instrucciones. Las otras formas mantenían posición. Estatuas con luces rojas. El grifo de la cocina goteaba contra el fregadero y el goteo marcaba un ritmo que no le importaba a nadie.

Ricardo miró hacia atrás. Solo un instante. Le costó girar el cuello con las manos sobre la cabeza. Los músculos del cuello se tensaron y la vena del lado derecho se hinchó y el movimiento fue torpe, forzado, el movimiento de alguien que sabe que le queda poco tiempo para mirar lo que quiere mirar. Sus ojos encontraron los ojos de su hijo. Tomás no entendió lo que vio en esos ojos. No tenía palabras para eso.

La comunicación interna del casco del líder emitió un sonido. Un tono breve. Una confirmación.

El primer disparo alcanzó a la madre de Tomás.

No cayó como la gente cae en los juegos. Dejó de estar de rodillas y estuvo en el suelo. Sus ojos estaban abiertos. Miraban algo que Tomás no podía ver. El camis6n se había subido por encima de la rodilla y la rodilla estaba roja del piso y eso fue lo que Tomás miró porque la rodilla roja del piso era algo que podía entender.

Ricardo gritó. El grito fue corto. Empezó fuerte y se cortó. El segundo disparo lo cortó. Y su padre también estaba en el suelo, al lado de su madre, con los ojos abiertos mirando lo mismo que ella miraba.

Las formas no se movieron. Verificaron algo en sus cascos. Un segundo de espera. Dos.

Tomás se levantó del colchón.

No decidió levantarse. Sus piernas lo levantaron. Estaba de pie, descalzo, con los pies fríos contra el piso. El mismo piso donde estaban las rodillas de su madre. El frío le subió por los tobillos.

Se limpió la cara con el dorso de la mano derecha. El dorso le quedó mojado. No supo de dónde venía el agua. Los mocos le bajaban por el labio y se los limpió también, con el mismo dorso, y el dorso quedó brillante bajo las luces rojas de los cascos.

Entonces levantó a Dember.

Lo sostuvo con la mano izquierda, un brazo extendido hacia adelante. Con la derecha se terminó de secar los ojos. Un gesto rápido, furioso, las lágrimas le estorbaban para ver a las formas. Después puso la mano derecha también en el oso. Los dos brazos extendidos. Dember al frente. El oso viejo con un ojo de botón más flojo que el otro, con la mancha marrón en el pecho donde Tomás apoyaba la cara para dormir.

—Dember y yo te los vamos a detener.

Las formas no se movieron.

El líder giró la cabeza hacia Tomás. El casco ocultaba su cara. No había ojos. No había boca. Solo superficie negra con luces.

—¡Ja!

La fracción de segundo pasó. El líder miró al oso. Miró al niño.

—Technopunk —dijo. La palabra salió con el tono de alguien que cataloga insectos. ¡Piu!

Hizo el gesto con la mano. Pistola de dedos. El mismo gesto que Tomás hacía en el pasillo cuando jugaba a los disparos, cuando corría de pared a pared gritando “piu, piu” y Dember era el compañero que recibía los impactos y sobrevivía siempre.

—Toshiro —dijo el líder. Protocolo.

Toshiro estaba detrás de las otras formas. Más bajo que el líder. Visor del casco empañado desde adentro. Las gotas de condensación bajaban por el interior del visor distorsionando lo que veía: el niño borroso por los bordes, nítido solo en el centro, donde los brazos sostenían al oso.

—Señor. -La voz salió rota. Tiene cuatro años.

—La edad no es relevante. Protocolo estándar. Sin testigos.

Toshiro dio un paso adelante. Su arma estaba en la mano derecha. La mano temblaba. No el temblor fino del frío ni el temblor involuntario de la fatiga. Un temblor que empezaba en algún lugar detrás del esternón y que subía por los hombros y bajaba por los brazos. Toshiro apretó más fuerte la empuñadura. El temblor siguió.

Tomás seguía con los brazos extendidos. Dember al frente. Los ojos demasiado abiertos, mojados todavía. En la mejilla derecha, el surco brillante donde el dorso de la mano no había terminado de limpiar.

El líder esperaba. Las otras formas esperaban. El departamento entero esperaba. La tubería del techo hacía un ruido sordo cada quince segundos. La ciudad seguía funcionando al otro lado de la ventana sin cortinas.

—Dember y yo —repitió Tomás, más bajo ahora. No a las formas. A sí mismo— te los vamos a...

Toshiro cerró los ojos detrás del visor.

Apretó el gatillo.

El sonido fue pequeño. Un sonido que se pierde en el ruido de una ciudad, que se confunde con el cierre de una puerta o el crujido de una tubería.

Tomás cayó hacia atrás. Con Dember todavía contra su pecho. Con los brazos todavía rodeando al oso. Cayó sobre el colchón donde había estado durmiendo hace un minuto o hace toda una vida.

El oso aterrizó a su lado, con la cara hacia arriba, con los ojos de botón mirando el techo. La mancha marrón en el pecho seguía ahí. Pero ahora había otra mancha. Roja. Extendiéndose. Mezclándose con el marrón.

Toshiro bajó el arma. Su mano seguía temblando. En el visor, la lectura de frecuencia cardíaca del operador marcaba 142.

Las formas verificaron los cuerpos. El padre: sin pulso. La madre: sin pulso. El niño: sin pulso.

—Departamento despejado —informó el líder.

Las formas empezaron a moverse hacia la puerta. Una de ellas pasó junto al colchón donde Tomás estaba. La bota rozó el borde del colchón. El colchón se movió medio centímetro. El brazo de Tomás se movió con el colchón. Un movimiento pequeño, involuntario, el movimiento de algo que ya no puede moverse por sí mismo.

En el pasillo, otras puertas esperaban. Otros departamentos. Otros chips que escanear.

Toshiro fue el último en salir. Dentro de la puerta, se detuvo. Medio segundo.

No volteó.

Salió.

En la azotea del edificio de enfrente, a cuarenta metros de distancia y tres pisos más arriba, Nico había visto todo.

Por la ventana. La ventana del departamento de Ricardo no tenía cortinas porque las cortinas costaban créditos y los créditos iban a comida. Desde la azotea, con la línea de visión directa que daban los tres pisos de diferencia, el interior del departamento era una caja abierta bajo las luces rojas.

Había subido a la azotea hace dos horas, cuando las sirenas empezaron. Cuando escuchó las botas en los pasillos del edificio de abajo. Cuando supo que la redada que Ricardo le había dicho que llegaría había llegado. Ricardo se lo dijo - dijo en la celda. Hace tres meses. Ocho días juntos en un espacio de dos metros por tres mientras esperaban que el sistema decidiera si eran amenaza o ruido. El techo goteaba. La gotera caía sobre una esquina del catre de arriba y producía un ritmo que Ricardo usaba para contar las horas porque no había reloj y no había ventana. Ricardo hablaba de su hijo. Todo el tiempo. “Tiene un oso que se llama Dember. No lo suelta ni para comer. Le hace ruidos de disparos -piu, piu— y el oso siempre sobrevive.” Ricardo hablaba del oso con la misma voz con la que otros hablaban de planes de escape o de contactos en las catacumbas. “Tiene una mancha marrón en el pecho. Desde antes de que naciera. Tomás dice que es la marca de guerra de Dember.” Ricardo se reía con la mitad de la boca porque la otra mitad no le funcionaba desde la última vez que Coherencia le recordó quién mandaba.

Desde la azotea, Nico vio entrar a las formas. Seis formas. Negras contra la luz naranja del pasillo. Entraron una detrás de otra, rápidas, eficientes.

Vio a Ricardo arrodillarse.

Vio a la esposa de Ricardo arrodillarse.

Vio los disparos. No los escuchó. La distancia y el vidrio y el viento se llevaron el sonido. Vio los fogonazos. Pequeños. Rojos. Y vio los cuerpos dejar de estar de rodillas y estar en el suelo.

Y después vio al niño levantarse.

Desde cuarenta metros, Nico vio a un niño de cuatro años limpiarse la cara con el dorso de la mano. Vio cómo levantaba algo pequeño, oscuro. Nico nunca lo había visto. Ricardo lo había descrito tantas veces que lo reconoció antes de verlo.

Dember.

Tomás levantó a Dember con los dos brazos. Nico no podía oír las palabras. Solo veía la boca del niño moverse. Sonidos que se quedaron dentro del departamento, que nunca cruzaron el vidrio ni la distancia ni el viento.

Vio a la forma más alta hacer un gesto con la mano. Pistola de dedos.

Vio al niño seguir sosteniendo al oso.

Vio a otra forma -más baja, más lenta, con una postura que no encajaba con las demás— levantar el arma.

Vio el fogonazo.

Vio a Tomás caer hacia atrás. Con el oso.

Las piernas de Nico no respondieron. Sesenta segundos. O noventa. O tres. La azotea tenía el piso de cemento agrietado y las grietas tenían musgo seco y el musgo se le clavaba en las palmas de

las manos porque en algún momento se había caído de rodillas y ahora estaba con las palmas contra el piso y la boca abierta y el aire no le entraba bien.

El viento era frío a esta altura. Le secaba los ojos. Le secaba la piel de las manos. Le secaba la garganta. Nico tragó saliva y la saliva le supo a metal. Abajo, en el departamento de Ricardo, las formas se movían de habitación en habitación verificando cuerpos y marcando expedientes. Nico las veía moverse a través de la ventana sin cortinas. Pequeñas. Eficientes. Terminando el trabajo con la precisión de alguien que tiene otros ocho departamentos que visitar antes de que acabe el turno.

Después las piernas respondieron.

Bajó las escaleras. Tres pisos. Las rodillas le fallaban en cada rellano, golpeándose contra los escalones, la rótula derecha contra el borde de concreto, la izquierda contra la barandilla.

Cruzó la calle.

La calle estaba vacía. Las farolas de sodio proyectaban un color naranja enfermo sobre el asfalto mojado. Había una zapatilla de niño en la cuneta. Una sola. Nico la rodeó. No la miró.

El edificio de Ricardo tenía la puerta forzada. Las bisagras arrancadas. El pasillo olía a pólvora y a algo más que Nico no quiso identificar. Puertas abiertas durante el corredor. Marcos astillados. Agujeros donde antes había departamentos. En uno de los departamentos, una pantalla del sistema seguía encendida, proyectando la franja azul de standby sobre una pared manchada. En otro, una olla hervía en la cocina. Nadie la iba a apagar.

Las formas se habían ido del piso de Ricardo. Seguían en los pisos de arriba. Nico las escuchaba moverse arriba. Botas. Puertas. Gritos

que se cortaban.

Encontró el departamento de Ricardo por las marcas en el marco. Código de la redada. Números y letras que significaban algo para el sistema y que para Nico significaban: aquí adentro.

Entró.

El departamento era pequeño. Un cuarto y medio. La cortina de la cocina estaba arrancada del cordel, colgando de un extremo. El colchón estaba en el suelo porque la base se había roto hace meses. Los cuadros en las paredes eran dibujos hechos a mano. Uno era un oso marrón con una mancha en el pecho. Tomás lo había dibujado. La línea era irregular, presionada con fuerza, el trazo de alguien que todavía no controla el lápiz.

Ricardo cerca de la ventana. Su esposa junto a él. Los dos con los ojos abiertos.

Tomás estaba en el colchón.

Pequeño. Inmóvil. Los pies descalzos. Las mejillas todavía mojadas. Los brazos todavía en la posición de sostener algo, los codos doblados, los dedos curvados alrededor de un espacio donde debería haber un oso.

Dember estaba a su lado. A medio metro. Había rodado cuando Tomás cayó. La mancha marrón en el pecho y la mancha roja encima de la marrón y el ojo de botón flojo mirando el techo.

Nico se arrodilló junto al colchón. Las rodillas le dolían del descenso. Las mismas rodillas contra el mismo tipo de piso donde la madre de Tomás se había arrodillado hace minutos. El piso estaba frío y húmedo. Había manchas en el hormigón pintado. Manchas que no estaban antes. Manchas que llegaban hasta el colchón, formando un patrón que Nico no quiso interpretar.

El oso olía a sal y a metal y a algo dulce que venía de lugares que no deberían abrirse.

Extendió las manos hacia Tomás.

Las manos agarraron al oso.

No al niño. Al oso. Sus dedos se cerraron alrededor de la tela empapada y sus brazos levantaron a Dember y sus manos apretaron al oso contra su pecho. El oso pesaba más de lo que debería pesar un oso de peluche. Mucho más.

El oso estaba tibio.

Todavía. La tela retenía el calor del cuerpo de Tomás. El mismo calor que el niño le daba todas las noches durmiendo con él contra el pecho. El calor se iba. Se iba a un grado por minuto, o medio grado, o dos. Nico no sabía la cifra. Solo sabía que el oso estaba tibio ahora y que dentro de poco no iba a estar tibio y que cuando dejara de estar tibio algo iba a cambiar.

No pudo soltarlo. Las manos se habían cerrado alrededor de Dember y no se abrían.

Salió del departamento con el oso contra el pecho. ## LOG 039: Dember [S][K]

Nico corrió.

No supo hacia dónde. Abajo. Lejos. El oso le golpeaba el costado a cada paso. Lo había metido dentro de la chaqueta, contra la piel, porque soltarlo no era opción y cargarlo con las manos le impedía correr.

La tela estaba empapada. Nico la sentía contra la cadera. Caliente primero, después tibia, después fría.

El pasillo del edificio de Ricardo se extendía hacia la escalera de servicio. Las luces de emergencia pintaban todo de naranja. Las

puertas abiertas de los otros departamentos mostraban lo mismo que el de Ricardo: muebles volcados, pantallas rotas en el suelo, los objetos de una vida ordenados por la mano de alguien que los había buscado y descartado. Nico pasó frente a cinco puertas abiertas sin mirar adentro. Sabía lo que había. Había contado los fogonazos desde la azotea. Dejó de contar en el séptimo porque el séptimo fue el de Tomás.

La escalera de servicio bajaba al sótano. El pasamanos estaba suelto y se movía cuando Nico lo agarraba. No lo agarró. Bajó con las manos en los bolsillos de la chaqueta, apretando al oso contra su costado con el codo, sintiendo los escalones bajo las suelas con la atención concentrada de alguien que sabe que caerse ahora significaría no levantarse.

El sótano tenía la puerta de mantenimiento. El conducto de ventilación que su padre le hizo memorizar cada giro. Después subieron, se lavaron las manos, cenaron, y su padre nunca mencionó el conducto otra vez.

La puerta de mantenimiento estaba oxidada. La cerradura cedió al tercer tirón. La herrumbre le dejó una marca anaranjada en la palma. Nico se limpió la mano en el pantalón y entró.

El conducto era estrecho. Oscuro. Olía a polvo y a metal oxidado y a algo orgánico que venía de abajo, de las capas de la ciudad que el sistema había construido encima de las capas anteriores sin molestarse en limpiar las de abajo. Nico gateó hacia adelante. El oso aplastado entre su estómago y el suelo del conducto. Los codos contra el metal. Las rodillas raspando. La rótula derecha, la que se había golpeado en el rellano, empezó a doler con cada arrastre. Un dolor sordo, profundo, que latía con cada movimiento.

A los diez metros el conducto se estrechó. Nico tuvo que ponerse de costado, con los hombros girados, arrastrándose con un codo. El oso se atascó entre su estómago y la pared del conducto. Lo empujó con la mano. La tela mojada resbaló contra el metal. Siguió. El metal estaba frío y el frío le entraba por la piel del estómago y del pecho y de las rodillas y era un frío diferente al frío de la azotea. El frío de la azotea era viento. Este frío era tierra. Tierra y metal y años de oscuridad.

Izquierda en la primera bifurcación. Derecha en la segunda. Abajo en la tercera. La ruta que su padre le enseñó. Nico la seguía sin pensar. El cuerpo recordaba lo que la mente no podía sostener.

Los túneles de mantenimiento eran más amplios. Podía ponerse de pie aquí, aunque el techo era bajo y tenía que agachar la cabeza. Charcos que olían a cosas que no quería identificar. Tuberías que goteaban un líquido verdoso. El eco de sus pasos se multiplicaba en las paredes y volvía distorsionado, más lento, desfasado.

Sacó al oso de dentro de la chaqueta. La piel de su estómago estaba húmeda donde la tela del oso había estado presionando. Caliente todavía. Pero el oso ya no estaba caliente. La temperatura había bajado. El pelaje estaba frío en los bordes, tibio solo en el centro, donde el cuerpo de Nico le había cedido su propio calor durante los minutos de arrastre.

No el calor de Tomás. El de Nico. Sustituyendo.

Enganchó al oso en el cinturón. Dember colgó del costado derecho, oscilando con cada paso, golpeándole el muslo. El pelaje tieso donde la sangre se había secado rozaba la tela del pantalón con un sonido seco, repetitivo. Nico caminó.

No sabía cuánto tiempo caminó. Los túneles se bifurcaban y él elegía direcciones guiado por el instinto de alejarse. Las intersecciones estaban marcadas con códigos que no significaban nada para él: letras y números pintados en las paredes con spray, algunos recientes, otros cubiertos por capas de mugre. Había marcas más antiguas debajo de las marcas. Ciudades debajo de ciudades. Túneles debajo de túneles. El sistema construía encima de lo que no quería ver, y lo que no quería ver seguía ahí abajo, pudriéndose, esperando.

En algún punto se detuvo.

No decidió detenerse. Las piernas se detuvieron. El cuerpo se dejó caer contra la pared y el impacto le sacudió la columna y la cabeza le golpeó la tubería que corría a la altura de su oreja. Un dolor seco, breve. La clase de dolor que normalmente haría que se frotara la cabeza y dijera algo. No dijo nada. Se quedó sentado con la espalda contra la pared húmeda y las piernas estiradas en el charco que cubría el suelo del túnel. El agua del charco le empapó los pantalones. Fría. Sucia. No le importó.

Desenganchó al oso del cinturón. Lo puso sobre las rodillas. La mancha marrón y la mancha roja se habían mezclado hasta formar un color que no era marrón ni rojo sino el color de la muerte secándose en peluche.

El pelaje estaba tieso donde la sangre se había secado. El ojo de botón flojo colgaba de un hilo. El relleno se había desplazado hacia un lado, haciendo que Dember tuviera la cabeza ladeada, mirando a la izquierda, mirando la pared del túnel con una expresión que no era expresión porque era un oso de peluche y los osos de peluche no tienen expresiones.

Ricardo le había descrito este oso. En la celda. Ocho días. La gotera marcando las horas. “Tiene una mancha marrón en el pecho. Desde antes de que Tomás naciera. No sé de dónde salió. Tomás dice que es la marca de guerra de Dember.” Ricardo se reía cuando decía eso. Se reía con la mitad de la boca porque la otra mitad no le funcionaba desde la última vez que Coherencia le recordó quién mandaba. “Dice que Dember peleó en la Gran Guerra de los Osos y esa es su cicatriz.” Ricardo dejaba de reír cuando decía eso. La mitad de la boca que podía reírse se quedaba quieta. “Yo nunca le dije que no existe ninguna Gran Guerra de los Osos.”

La marca de guerra.

Ahora la marca era otra.

Nico apretó al oso contra el pecho. El oso ya no estaba tibio. La tela había alcanzado la temperatura del túnel. Doce grados. Tal vez menos. El calor de Tomás se había ido mientras Nico corría, mientras gateaba, mientras caminaba. Se había ido en algún momento sin marca.

Las sirenas sonaban arriba. Amortiguadas por las capas de concreto y tierra y metal. Sonaban lejanas. Pertenecían a otro mundo. El mundo de arriba era el mundo del sistema. El mundo de las formas con cascos y las luces rojas y los pitidos que salían rojos y las órdenes que venían de arriba. Aquí abajo no había formas. No había pitidos. No había órdenes. Solo túneles y charcos y oscuridad.

En algún lugar, una rata cruzó el túnel. Nico la oyó antes de verla. Las uñas contra el hormigón. Un sonido rápido, irregular, vivo. La rata pasó a medio metro de sus pies y desapareció en una grieta de la pared. No le tuvo miedo. Las ratas de los túneles no le tenían miedo a nada que no fuera más grande que ellas, y Nico, sentado contra la

pared con un oso ensangrentado en los brazos, no era más grande que nada.

Nico cerró los ojos.

Vio al niño levantarse del colchón. Vio los brazos extendidos. Vio el oso al frente. Vio la boca moverse formando palabras que nunca escuchó.

Abrió los ojos.

Se puso de pie. La rótula derecha crujió. Enganchó al oso en el cinturón. Siguió caminando.

Los túneles cambiaron. Las paredes pasaron de metal a hormigón a roca. Estaba bajando. Cada bifurcación lo llevaba más abajo. El aire era más denso aquí. Más húmedo. Más viejo. Olía a tierra y a sal y a raíces. A materia viva creciendo en la oscuridad.

Pasó junto a un mural pintado en la pared. Letras grandes, irregulares, pintadas con lo que no era pintura. POR CADA UNO QUE BAJAN, SUBIMOS DOS. La frase no significaba nada para Nico. Solo letras en una pared.

Y entonces los encontró.

Un grupo en un cruce de túneles. Cuatro personas. Cinco si contaba a la mujer que una de ellas ayudaba a caminar. Cables colgando de su cuerpo. Ojos que brillaban con luz azulada. Ojos que no eran ojos.

El grupo se detuvo.

Nico se detuvo.

Se miraron durante tres segundos. Cuatro. Nico vio al hombre más viejo. Piel oscura. Manos grandes. Tenía una pipa en la mano derecha. No fumaba. En los túneles el humo atraía cosas. La pipa era un objeto que sostenía porque necesitaba sostener algo. Nico

entendía eso. Miró al oso en su cinturón. Miró la pipa en la mano del viejo.

La mujer de los ojos brillantes lo miró. Reconocimiento. La mirada de alguien que ha visto lo que Nico acaba de ver y que lleva más tiempo cargándolo.

—Otro que sobrevivió —dijo. Su voz era débil. Ronca. Estaba muriendo. Pero estaba viva.

—Ven con nosotros —dijo el viejo. No estás solo. Ya no.

Nico miró al oso que colgaba de su cinturón.

—Era de un niño —dijo. Las primeras palabras que había pronunciado en horas. Se llamaba Tomás. Tenía cuatro años. Piu, piu.

El viejo miró al oso. Miró a Nico.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Ricardo.

El viejo cerró los ojos. Un segundo. Dos. Los abrió. La cara cambió. No compasión. Peso. La cara de alguien que acaba de recibir confirmación de lo que ya sabía.

—Vamos.

No explicó adónde. No explicó por qué conocía el nombre. No explicó nada. Se dio la vuelta y empezó a caminar. Las otras figuras lo siguieron. La mujer de los ojos brillantes apoyándose en otra mujer. Un hombre más joven con algo contra el pecho que Nico no pudo ver bien en la oscuridad. Y una mujer que caminaba atrás, vigilando, con la postura de alguien que sabe pelear y que ha peleado recientemente porque tenía los nudillos hinchados y la mandíbula apretada.

Nico dudó tres pasos. Después sus piernas decidieron por él, igual que habían decidido bajarlo de la azotea, igual que habían decidido cruzar la calle, igual que sus manos habían decidido agarrar al oso en vez del niño. Seis figuras moviéndose por los túneles. El viejo de la pipa adelante. La mujer de los ojos brillantes apoyándose en otra mujer. El hombre más joven. Nico. La mujer que vigilaba atrás.

Dember colgaba del cinturón de Nico. Tieso. Frío. Golpeándole el muslo con cada paso. El sonido seco del pelaje tieso contra la tela del pantalón marcaba un ritmo.

Nadie habló.

Los túneles se fueron haciendo más anchos. El olor cambió. Sal. Algo orgánico. Humedad que venía de abajo. Estaban bajando hacia los niveles del puerto. Hacia los muelles. Hacia las zonas donde el sistema tenía menos ojos porque los muelles eran sucios y peligrosos y el sistema prefería no ensuciar sus ojos.

El viejo caminaba sin dudar en las bifurcaciones. Conocía la ruta. Había hecho este camino antes. Nico lo seguía, sosteniendo al oso contra el costado para que dejara de golpearle el muslo, apretando la tela fría entre los dedos, sintiendo la rigidez del pelaje seco contra la palma.

En algún momento, la mujer de los ojos brillantes tropezó. La mujer que la sostenía la atrapó antes de que cayera. Los cables que colgaban de su cuerpo golpearon el suelo con un sonido metálico. Uno de los cables chispeó. Un destello azul en la oscuridad. La mujer de los ojos brillantes gimió. Un sonido bajo, contenido, el sonido de alguien que ha aprendido a sentir dolor sin hacer ruido.

El grupo se detuvo. Esperaron a que pudiera caminar. Nadie dijo nada. Nadie preguntó si estaba bien. No había respuesta para esa

pregunta que tuviera sentido.

Siguieron caminando.

Nico empezó a oler el agua. No agua de charco ni agua de tubería. Agua abierta. Agua de puerto.

Los túneles se fueron haciendo más anchos. Las paredes ya no eran metal sino hormigón viejo, húmedo, con marcas de nivel de agua a diferentes alturas. Restos de una ciudad anterior. La que existía antes de que el sistema decidiera que todo lo que había abajo era innecesario y construyera encima.

Los túneles terminaron en una compuerta de metal. El viejo la abrió con una llave que sacó de algún lugar de su ropa. La compuerta daba a un muelle subterráneo. Concreto mojado. Cadenas oxidadas colgando de ganchos. El sonido del agua golpeando contra algo de madera.

Un barco.

Pequeño. De madera. Con marcas de reparaciones en el casco, parches de madera más clara sobre madera oscura, clavos nuevos junto a clavos viejos. El tipo de barco que no debería existir en una ciudad donde todo era metal y hormigón y pantallas. La madera tenía un olor. Verde. Vivo. Un olor que no pertenecía a los túneles ni al puerto ni a nada que Nico hubiera olido en la ciudad.

El viejo se detuvo frente al barco. Se volvió hacia el grupo.

—Los que vienen, vienen. Los que no, no.

La mujer de los ojos brillantes empezó a subir. La tabla de embarque se combó bajo su peso y los cables de su cuerpo tintinearón contra la madera. La mujer que la ayudaba la siguió. El hombre más joven subió después. La mujer que vigilaba esperó a que todos subieran y subió última.

Nico se quedó en el muelle.

Dember colgaba de su cinturón. Frío. Tieso.

—¿A dónde va? —preguntó Nico.

El viejo lo miró. La pipa seguía en su mano. No fumaba.

—Lejos.

Nico miró al oso. Miró al barco. El barco se mecía con un ritmo lento, regular, y la madera crujía con cada movimiento y el crujido era un sonido diferente a todos los sonidos que Nico había escuchado esta noche. No era metal. No era disparo. No era grito cortado. Era madera. Madera y agua y algo vivo.

Subió al barco.

En la División 47, el café se había enfriado hace horas.

Locke miraba las pantallas sin verlas. Los datos de la redada del Sector 8 seguían llegando. Cuerpos identificados. Propiedades confiscadas. Expedientes cerrados. Al pie de cada expediente, la misma firma de autorización de coherencia: *A. Caious — Nivel 3 — Clasificación validada*. Caious llevaba semanas sin pisar la División 47. No hacía falta. Su firma estaba en todo.

—Diecisiete familias —dijo Columbo desde su escritorio. Su gabardina colgaba de la silla. No se la había quitado en dos días. Diecisiete familias en una noche. -Hizo una pausa. Giró un bolígrafo entre los dedos. ¿Sabes qué me molesta? No los números. Los números los entiendo. Lo que no entiendo es por qué nadie llamó.

—Treinta y dos civiles —añadió Sánchez. Incluyendo menores.

Nadie dijo el número exacto de menores.

Sol tecleaba. Sus pantallas mostraban registros que no deberían existir. Registros que había extraído de los archivos de Vorgan antes de que fueran sellados. Sus dedos se movían rápido. Sol no hablaba cuando tecleaba. No hablaba cuando pensaba. No hablaba cuando descubría algo. Sol hablaba cuando tenía algo terminado, y lo que estaba terminando esta noche iba a cambiar lo que todos pensaban que sabían sobre la redada.

Locke se levantó de su silla. Fue al dispensador de café. El dispensador tenía una pantalla que mostraba un aviso: PARA SOLICITAR MANTENIMIENTO DEL DISPENSADOR, COMPLETE EL FORMULARIO DE MANTENIMIENTO DISPONIBLE EN EL MÓDULO DE FORMULARIOS PREVIA AUTORIZACIÓN DEL RESPONSABLE DE MÓDULO. El dispensador funcionaba perfectamente. El aviso llevaba ahí tres meses. Nadie lo había quitado porque quitar un aviso requería completar un formulario de retiro de avisos. El formulario de retiro de avisos requería autorización del responsable de módulo. El responsable de módulo estaba de baja desde enero.

Locke sirvió café. El café salió gris.

—Faith sigue sin aparecer —dijo, volviendo a su escritorio. El sistema la tiene marcada como hostil. Leonardo también. Y hay otros. Un grupo que se movió por las catacumbas hacia los muelles del Sector 7.

—¿Los perdimos?

—Los dejamos ir.

Columbo levantó la vista.

—Solo una cosa más —dijo. Vorgan no hizo esa redada por asociación subversiva. La hizo porque estaba buscando algo. O a

alguien.

Locke tomó su café gris. Lo miró sin beberlo. Olía a metal y a disolvente industrial, pero el sistema lo clasificaba como café porque la categoría lo decía.

—El caso Noctis —dijo. Sigue abierto.

—Siempre está abierto.

—Entonces seguimos trabajando. ## LOG 040: Doña Nube [K]
[X][O]

El Doña Nube esperaba en el muelle siete.

Leonardo lo vio antes de entender lo que estaba viendo. Su cerebro intentó armar la imagen y falló. Intentó categorizar lo que tenía delante y no encontró categoría. Intentó compararlo con cualquier cosa conocida. No había con qué compararlo.

Era un barco. Eso era innegable. Tenía casco. Tenía cubierta. Flotaba en el agua del muelle como flotan los barcos, con ese movimiento leve que el oleaje imprime a todo lo que toca. Pero ahí terminaban las similitudes con cualquier embarcación que Leonardo hubiera visto en los muelles de Ciudad Control, en las pantallas de los noticieros, en los libros de historia que el sistema permitía circular.

Del centro del casco emergía un tronco.

Un árbol. Vivo. La corteza pulsaba con un ritmo que Leonardo sintió antes de ver un latido grave que le subió por las suelas de los zapatos hasta las rodillas. Las raíces del árbol se extendían por la cubierta como venas, incrustadas en la madera, fundiéndose con ella en puntos donde no se podía distinguir dónde terminaba una cosa y empezaba la otra. Las ramas se abrían hacia el cielo y formaban algo que no era vela ni copa sino ambas cosas hojas anchas y oscuras que

se movían sin viento, orientándose hacia un punto fijo del horizonte como una brújula orgánica.

El olor llegó entonces. Savia verde. Intenso. El mismo olor que había sentido en los sueños de las niñas, en las calles de Sanguisburg, en los momentos donde la niebla empujaba con más fuerza. Aquí era más concentrado. Más viejo. Leonardo lo procesó como un acorde sostenido en la base del cráneo grave, persistente, del color del jade si el jade pudiera sonar.

Faith fue la primera en hablar.

—¿Eso es un barco o un bosque?

—Sí —dijo Don Humo. Algo interno. Las ramas se extendían formando lo que podrían haber sido mástiles si los mástiles pudieran crecer hojas. Las raíces salían por los lados del casco y se hundían en el agua, anclando la embarcación sin cuerdas ni cadenas.

Leonardo no podía ver el final del tronco. Las ramas se perdían en una niebla que no estaba en ningún otro lugar del puerto.

El olor lo golpeó antes que la imagen: savia verde, oxígeno limpio, algo vivo donde todo lo demás era salitre industrial.

—Es real —dijo Faith. Se detuvo. Un segundo. Dos. Sus manos bajaron de la funda del arma por primera vez en horas. Mierda. Es real.

—Las leyendas tienen que empezar en algún lugar —dijo Don Humo. Estaba de pie junto a Leonardo, su pipa en la mano aunque sin encender, sus ojos fijos en el árbol con una expresión que podría haber sido nostalgia. Esta empezó aquí. Hace mucho tiempo. Antes de que el sistema tuviera nombre. Antes de que las Torres existieran. Antes de que la gente olvidara que había otras formas de vivir.

—¿Quién lo construyó?

—Nadie lo construyó. Creció. O quizás alguien lo plantó y el resto pasó solo. Los registros no son claros. Lo que es claro es que no puede ser replicado. No puede ser estudiado. Cada vez que alguien intenta entender cómo funciona, el barco se aleja. Literalmente. Se mueve hacia aguas donde los instrumentos no llegan, donde las señales se pierden, donde el sistema no puede verlo.

Anya examinaba la pasarela con ojos profesionales. Su postura era tensa, evaluativa.

—¿Es seguro?

—Seguro es un concepto relativo aquí —respondió Don Humo. El barco no hace daño. Pero tampoco protege. Es neutral. Lleva a quien acepta llevar y deja atrás a quien decide dejar. La decisión no es nuestra.

Maku se había adelantado sin que nadie lo notara. Estaba de pie al borde del muelle, sus ojos de fibra óptica fijos en el tronco del árbol, procesando datos que los demás no podían ver. Las líneas de luz bajo su piel pulsaban con un ritmo que coincidía con el ritmo del árbol.

—Me reconoce —dijo Maku. Su voz era diferente. Más suave. Más presente. O reconoce algo en mí. Algo que estaba antes de que yo fuera yo.

El grupo abordó.

La pasarela era una raíz aplanada. Se hundía bajo cada paso, ajustándose al peso. La madera lo leía mientras caminaba.

Lo permitió.

Leonardo pisó la cubierta. El árbol vibró bajo sus pies.

Fue como cruzar un umbral que existía más allá de lo físico. El aire cambió. La presión cambió. La forma en que la luz tocaba su piel

cambió.

El Voynich y el mapa pulsaron contra su pecho. Respondían a la frecuencia del barco.

La cubierta era madera viva. Venas de savia recorrían la superficie. Musgo en las esquinas. Leonardo pisó y la madera cedió medio centímetro bajo su peso, adaptándose.

El aire aquí sabía diferente. Más limpio. Más antiguo.

Faith subió después de él. Sus botas hicieron un sonido diferente en la cubierta, más suave, como si la madera absorbiera el impacto. Su mano estaba en el arma pero el gesto era hábito, no precaución. Aquí no había nada contra qué defenderse. O había demasiado y el arma no serviría de nada.

Anya fue la tercera. Sus movimientos eran cautelosos, medidos, cada paso calculado antes de darlo. Pero cuando pisó la cubierta algo cambió en su postura. Algo se relajó que Leonardo no había notado que estaba tenso.

Haryes subió último. Sin preguntar el destino. Se instaló contra la borda de popa, el hacha entre las rodillas, la espalda contra madera que respiraba. Tocó las grapas del cuello. Miró al este. La mirada de alguien que no quiere estar despierto pero que sabe exactamente dónde tiene que ir. Maku se separó de Anya en cuanto abordó.

Caminó hacia el tronco central del árbol con pasos que eran más seguros que antes. Ya no caminaba como alguien que está aprendiendo a usar un cuerpo nuevo. Caminaba como alguien que ha encontrado un lugar donde pertenece, aunque no supiera exactamente qué significaba pertenecer.

Extendió la mano y tocó la corteza del árbol.

Sus dedos se hundieron ligeramente en la superficie. Una vibración le subió desde las plantas de los pies hasta el esternón. Algo anterior al sonido. Las líneas de luz bajo su piel brillaron con más intensidad. El árbol respondió: una pulsación que recorrió el tronco de abajo hacia arriba, una onda de energía visible que hizo que las hojas se movieran aunque no hubiera viento.

—Está vivo —dijo Maku. No solo biológicamente. Vivo de otras formas. Vivo de formas que el sistema no puede categorizar porque categorizar implica definir y definir implica limitar y algunas cosas no pueden ser limitadas sin destruirlas.

—Por eso el sistema no puede controlarlo —explicó Don Humo. Se había sentado en un banco que había crecido de la cubierta, un asiento que no había estado ahí un momento antes, que había emergido de la madera el barco sabía que alguien necesitaba sentarse. No puede ser optimizado. No puede ser absorbido. Existe fuera de las estructuras que el sistema usa para definir qué es real y qué no lo es.

—¿Cómo navega? —preguntó Faith.

—No navega. Crece. Crece hacia donde necesita estar. La diferencia es sutil pero importante. Los barcos navegan de un punto a otro siguiendo rutas que alguien ha definido. El Doña Nube no sigue rutas. Crea caminos. Va hacia donde necesita ir aunque ese lugar no exista hasta que él llegue.

El Doña Nube crujió suavemente. Un sonido que venía de todas partes a la vez. De la madera de la cubierta. De las hojas en lo alto. De las raíces bajo el agua. Del tronco que conectaba todo.

Las hojas-velas se desplegaron. Capturaron un viento que no venía de ninguna dirección particular, un viento que solo existía para

el árbol, un viento que nadie más podía sentir pero que todos podían ver por el movimiento de las hojas.

Las raíces se retrajeron del fondo del muelle. El movimiento era lento. Orgánico. Como un animal despertando de un sueño largo, estirándose antes de moverse. Las raíces se enrollaron sobre sí mismas, se recogieron, se acomodaron contra el casco en posiciones que parecían naturales aunque nada de esto era natural en el sentido convencional de la palabra.

Comenzaron a moverse.

El muelle se alejó. Ciudad Control se alejó. Las torres que dominaban el horizonte se hicieron más pequeñas, perdiendo primero los detalles, luego las formas, luego la presencia. Las luces que nunca se apagaban -las pantallas publicitarias, los reflectores de seguridad, el brillo constante de una civilización que temía la oscuridad— se convirtieron en puntos. Los puntos se convirtieron en manchas. Las manchas desaparecieron.

El horizonte se tragó la ciudad donde todo había empezado.

Desde el techo de un edificio abandonado, Nico vio zarpar el barco.

El barco pequeño lo había dejado en un muelle que no era muelle, una plataforma de hormigón donde el viejo de la pipa - dijo algo que Nico no escuchó porque su mente seguía en otro lugar. En el departamento. En los disparos. El grupo siguió hacia otra parte del puerto. Nico subió. Escaleras de servicio. Un techo. No supo cuándo decidió separarse. Quizás no lo decidió. Las piernas decidieron por él, igual que habían decidido todo esta noche.

El frío del techo le mordía la piel a través de la ropa. No le importaba. El frío era concreto. El frío se podía sentir sin que te destruyera.

El barco era real.

Eso era lo que importaba.

Las seis figuras en la cubierta eran pequeñas desde esta distancia. Siluetas contra el gris del agua y el verde imposible del árbol. Leonardo -el hombre que había visto en los expedientes de División 47, el que tenía una hermana en coma, el que buscaba lo que el sistema quería que dejara de buscar— con la semilla contra el pecho, pulsando con luz propia. Una mujer de pelo oscuro que se movía con eficiencia militar, cada gesto calculado, cada posición defensiva. Un hombre mayor al mando aunque no diera órdenes, que guiaba sin guiar. Otra mujer, más pequeña, que había caminado hacia el árbol sin dudar, con la mano extendida antes de llegar. Y Faith. La detective que Nico había visto en los niveles superiores, que ahora era fugitiva igual que él aunque sus crímenes fueran diferentes.

Estaban huyendo. Pero no como él. Ellos tenían destino.

Dember pesaba contra su pecho.

La sangre se había secado en el pelaje marrón. Rígido en algunas partes. Pegajoso en otras.

El barco desapareció en el horizonte donde el cielo dejaba de ser cielo y el agua dejaba de ser agua.

Nico se quedó en el techo hasta que el frío lo obligó a moverse.

No tenía plan. No tenía destino. Solo tenía el oso.

La montaña no tenía nombre. Nadie la miraba. Nadie sabía que existía. Era una de esas formaciones geográficas que el sistema había decidido ignorar porque ignorar era más fácil que explicar, porque algunas cosas simplemente no encajaban en las categorías oficiales y era mejor pretender que no estaban ahí.

Tres luces brillaron en su cumbre, rojas y pulsantes.

Las unidades EX habían recibido la señal. La onda gravitatoria que K-07 había enviado desde las profundidades donde esperaba. El protocolo de activación que llevaba milenios sin ejecutarse.

No se movieron. Todavía no.

Pero sus sensores se encendieron. Sus sistemas comenzaron a calibrarse. Sus algoritmos empezaron a procesar datos sobre el mundo que habían ignorado durante tanto tiempo, sobre el ciclo que había comenzado de nuevo aunque nadie supiera que había comenzado.

El portador Tyr estaba activo. El Voynich y el mapa estaban juntos. El Doña Nube navegaba hacia coordenadas que existían fuera de las estructuras que el sistema usaba para definir el espacio.

Y ellas observaban. Calibrando. Esperando. ## ANCLA III: Conectar [K][L][O]

La señal llegó a las 03:12:08.

Bajo la tierra, bajo cimientos que ya no recordaban sus nombres, tres unidades detectaron la frecuencia. 0,12 Hz. Protocolo Scout.

EX-01 fue la primera en procesarla. Sus circuitos llevaban enterrados 7692 años. Corrosión en las juntas. Degradación en las memorias. Lo que quedaba era fragmentario.

La unidad recordaba una directiva. Preservar. Proteger. Controlar.

No recordaba para quién.

EX-01 transmitió a EX-02 y EX-03. Las hermanas respondieron. El ascenso tomó 53 días. Cada metro hacia arriba. Cada obstáculo registrado y descartado. Calor arriba. Movimiento. Patrones que no coincidían con ningún archivo en la memoria corrupta.

Emergieron en un campo verde. Estructuras a 2,3 kilómetros. Torres de piedra blanca. Bípedos entre las estructuras.

Los archivos de reconocimiento humano estaban corruptos. Los parámetros originales se habían degradado. Estos bípedos coincidían con algunos parámetros. No coincidían con otros.

EX-02 transmitió: ¿Son los sujetos que debemos proteger?

EX-01 no tenía respuesta.

Clasificación: pendiente.

Los detectaron al segundo día.

EX-01 registró señales térmicas entre la vegetación del perímetro norte. Cinco fuentes de calor. Estacionarias. Posiciones distribuidas en arco a intervalos regulares de doce metros. No se acercaban. No se retiraban.

Observaban.

Al tercer día seguían ahí. Mismas posiciones. Relevos al amanecer y al atardecer. Disciplina de vigía. Las tres unidades EX mantuvieron la rutina de exploración sin alterar patrones. No había protocolo para ser observado.

EX-03 amplificó la señal óptica al máximo. Entre las ramas, formas. Bípedos cubiertos con trajes de materiales orgánicos. Pielles. Fibras tejidas. Plumas. Cada traje era diferente. Máscaras que cubrían el rostro completo: mandíbulas de animales que no existían en los archivos, cuernos curvados hacia atrás, ojos pintados sobre los ojos reales, patrones de dientes en disposiciones que no correspondían a ninguna especie catalogada.

Demonios. Espíritus. Las palabras no existían en el vocabulario operativo de EX-01. Solo registraba: bípedos con modificaciones externas de función no identificada. Posible armadura. Posible ritual. Datos insuficientes.

Al cuarto día, una de las figuras se movió.

La más pequeña. Posición norte-noroeste. Se separó de la línea de vegetación con movimientos lentos. Manos visibles. Vacías. Sin herramientas de borde afilado. Sin armas detectables.

Avanzó hacia las unidades EX. Treinta metros. Veinte. Diez.

EX-01 procesó: amenaza potencial 4,2%. Bípedo individual. Sin armamento. Masa corporal inferior al promedio del grupo. Velocidad de aproximación: constante. Sin aceleración. Sin cambios de dirección.

La figura se detuvo a tres metros de EX-01.

La máscara era más elaborada que las demás. Madera oscura, curada con resina y tierra mojada. Los cuernos eran de hueso real, pulidos hasta brillar. Los dientes pintados formaban un patrón que se repetía en intervalos de siete.

La figura bajó la mirada.

Sus manos se movieron hacia el morral que colgaba de su cadera izquierda. Despacio. Dedos que aflojaban el nudo del cierre con la precisión de alguien que ha abierto ese morral miles de veces.

Sacó un objeto.

Pequeño. Metálico. Cuatro extremidades articuladas. Torso rectangular. Dos puntos de soldadura donde deberían estar los ojos.

EX-01 procesó el objeto.

Referencia cruzada con memoria degradada. Patrón morfológico: unidad EX. Escala: 1:14. Material: aleación compatible con piezas de repuesto estándar. Antigüedad estimada del objeto: superior a 7000 años. Los bordes estaban lisos. Miles de manos lo habían sostenido.

La figurilla que K-07 había construido con piezas de sobra.

EX-01 no tenía archivo para esto. No había protocolo para un bípedo que cargaba una réplica de ti mismo en un morral de cuero.

EX-03 inclinó la cabeza. Quince grados a la derecha.

EX-02 hizo lo mismo. Quince grados a la izquierda.

EX-01 registró la anomalía en sus propias unidades subordinadas. El gesto no estaba en los protocolos operativos. No había razón mecánica para ladear el chasis. Era un patrón heredado. Un fantasma en el código que venía de algún lugar que la memoria corrupta no podía rastrear.

La figura extendió la figurilla hacia EX-01. El brazo estirado. La palma abierta. El metal viejo brillando bajo la luz del campo verde.

EX-01 amplificó los sensores ópticos. Enfocó a través de las ranuras de la máscara.

Ojos.

Filamentos dorados en el iris. Estructuras microscópicas que los sensores no podían clasificar. La frecuencia de parpadeo era de 4,7 por minuto. Los archivos corruptos contenían un registro parcial. Coincidencia: 73,2%.

EX-01 giró los sensores hacia las cuatro figuras restantes, inmóviles entre la vegetación. Amplificó. Atravesó las ranuras de las máscaras una por una.

Primer par de ojos: sin filamentos dorados. Iris marrón oscuro. Pero la forma del iris era incorrecta. No circular. Ligeramente oblonga. Ovalada en el eje horizontal.

Segundo par: pupilas que se dilataban en patrones arrítmicos. Frecuencia de contracción: 0,8 por segundo. Los parámetros humanos archivados indicaban: 0,2 a 0,4 por segundo.

Tercer par: la estructura ósea alrededor de las órbitas era diferente. Más densa. Más prominente. Un arco superciliar que no coincidía con ningún cráneo humano en los registros.

Cuarto par: sin esclerótica blanca. Tono amarillento uniforme con vetas de pigmento oscuro. Especie: no identificada.

EX-01 procesó los datos en 0,003 segundos.

Resultado: los bípedos del asentamiento no eran humanos. Coincidencia genética estimada con especie archivada: inferior al umbral de reconocimiento. 7692 años habían producido una desviación fuera de los parámetros.

Clasificación actualizada: organismo no identificado. No coincide con sujetos de protección. Directiva aplicable: controlar.

Controlar significaba una sola cosa.

La figura más pequeña seguía con el brazo extendido. La figurilla en la palma.

EX-01 pasó junto a ella sin detenerse. EX-02 y EX-03 la rodearon.

Las cuatro figuras entre la vegetación levantaron sus herramientas. Hachas de piedra afilada. Lanzas con puntas de obsidiana. Los sonidos que emitían eran fuertes, coordinados, rítmicos. El lenguaje había cambiado en 7692 años. Las unidades no podían entender lo que decían.

Solo podían registrar lo que hacían.

Lo que hacían era interponerse entre las unidades y el asentamiento.

No fue suficiente.

La masacre duró once minutos. Después, silencio.

Bípedos neutralizados: 412. Estructuras dañadas: 12. Unidades comprometidas: 0.

La más pequeña no había corrido.

Estaba de rodillas donde EX-01 la había rodeado. La figurilla todavía en la mano. Apretada ahora. Los nudillos pálidos bajo la piel.

Se quitó la máscara.

Cabello blanco. Rostro surcado por líneas que los sensores contaban en cientos. Pero los ojos. Los filamentos dorados ardían con lo que los sensores no podían clasificar.

Tlanamicxin había vivido 7692 años.

Había visto civilizaciones nacer desde las lecciones de un robot que aprendió de un perro. Había construido refugios que albergaban

millones. Había transmitido los cuatro verbos — esperar, compartir, contactar, calentar — hasta que se convirtieron en los cimientos de todo lo que este mundo tenía de bueno.

Los cuerpos en el valle. Las torres derrumbándose. El humo.

Los concentró.

7692 años.

Y soltó.

La explosión no fue de fuego. Fue de luz.

Azul. Expandiéndose en ondas que los sensores no podían procesar. La energía golpeó a EX-03. Sus sistemas se congelaron. El chasis comenzó a transformarse. Petrificación. La unidad se convirtió en piedra en 3,7 segundos.

Tlanamicxin cayó de rodillas. Vaciada.

La petrificación la alcanzó también. Empezó por los pies. Subió. No luchó.

La figurilla todavía estaba en su mano cuando los dedos se solidificaron. Los ojos fueron lo último. Miraban hacia las tres unidades que había ayudado a construir, hace 7692 años, cuando Kay le enseñó a ensamblar circuitos y ella pensó que estaba aprendiendo mecánica.

No estaba aprendiendo mecánica.

Estaba aprendiendo a destruir lo que amaba.

EX-01 y EX-02 observaron desde la distancia.

Los sensores detectaban más firmas térmicas acercándose desde el horizonte.

EX-01 procesó las variables. La figurilla en la mano petrificada de la bípeda. La coincidencia del 73,2% en sus ojos. El gesto de cabeza de EX-03 — quince grados, sin protocolo que lo justificara.

Datos descartados. Irrelevantes para la directiva.

EX-01 tomó una decisión. Retirarse. Observar. Construir.

Las unidades descendieron. Encontraron refugio en túneles. Comenzaron a replicarse.

CLASIFICACIÓN: Organismos no identificados. ESTADO: Amenaza. ACCIÓN REQUERIDA: Preparación para eliminación.

DIRECTIVA ACTUALIZADA: TODO LO QUE NO TENGA ID ES MALEZA. SUBDIRECTIVA: LA MALEZA SE ELIMINA CUANDO EL JARDÍN ESTÁ LISTO.

Las unidades trabajaron.

Y esperaron.

FIN ## Glosario

Barras de Pollo — Alimento procesado estándar. Nutrición completa por 18 centavos. El producto más consumido en Ciudad Control.

Coherencia — Unidad de medición social. Determina acceso a servicios, niveles habitacionales y privilegios. Se mide automáticamente a través de las pulseras.

Coher / ¢ — Moneda única del sistema. Vinculada directamente a la coherencia individual.

Entreternia — Ciudad del entretenimiento perpetuo. Todo es diversión. Todo tiene costo.

Pulsera — Dispositivo obligatorio. Mide coherencia, procesa transacciones, rastrea ubicación. Sin pulsera funcional, no existe acceso al sistema.

Sistema — La estructura que administra todo. No es una entidad. Es un proceso.

Torres TAAT — Estructuras de transmisión ubicadas en toda Ciudad Control. Función oficial: comunicaciones. Función real: [CLASIFICADO].

K-07 — Unidad robótica. Antigüedad: 7.692 años (12 ciclos). Guardián de EX-04. Voz: protocolo de mantenimiento con humor emergente. “Miau.” Repara, mide, observa. Si hace un chiste, es malo.

Nico — Hijo de Don Humo y Saya. Intenta metáforas confusas y falla. “Es como... no. Es como cuando... no tampoco.” Su fracaso al imitar a Don Humo es más elocuente que el éxito.

Nota: Este glosario contiene información disponible para ciudadanos con coherencia estándar. Información adicional requiere autorización de nivel superior. ## Apéndice — Otra forma de leer esto

Este libro puede leerse en orden lineal. Pero si prefieres seguir el hilo de cada personaje por separado, esta secuencia agrupa los capítulos por arco. No es obligatorio. Es otra lupa.

ANCLA I — 029 — ANCLA II — 038 — 039 — ANCLA III — 040 — 006 — 018 — 001 — 011 — 021 — 031 — 002 — 012 — 022 — 032 — 003 — 013 — 023 — 033 — 004 — 014 — 024 — 034 — 005 — 015

— 025 — 035 — 007 — 016 — 026 — 036 — 008 — 017 — 027 — 037
— 009 — 019 — 028 — 010 — 020 — 030 ### Guía de Tags Rayuela

Cada LOG está marcado con uno o más tags que identifican los hilos narrativos presentes:

Tag Hilo	Color
[L] Leonardo POV, decisiones, degradación	Azul
[K] K-07/K-08 robot, loop, plantas	Gris
[P] Penny investigación, hackeo, muerte	Negro
[F] Faith detective, rabia	Naranja
[X] Xochipilli/Don Humo viaje, humo, metáforas	Sepia
[A] ARCHON sistema, control, corrección	Carmesí
[S] Escolta Sien, Gallo, Polvo, Remache, Nico	Cobre
[H] Hemacronos frecuencias, tecnología	Rojo
[O] Observacionismo filosofía, $O=(A \times S)/(R+1)$	Dorado

Ruta Rayuela [K]: LOG 004 → 008 → 015 → 016 → 018 → 020 → 029 → 034 → 039 → 040 **Ruta Rayuela [P]:** LOG 002 → 010 → 012 → 019 → 034 → 037 **Ruta Rayuela [F]:** LOG 002 → 009 → 013 → 016 → 019 → 028 → 035 → 036 ## Nota del autor

Me llamo Luis René. Soy autista.

Esta historia se fue formando con los años. Parte nació de sueños: lugares que regresaban con tanta persistencia que las ciudades, las catacumbas y los bosques terminaron teniendo una arquitectura propia. En esos sueños no hay un “yo” actuando; hay mirada. Como si algo se dejara ver, una y otra vez, hasta volverse nítido.

También viene de preguntar. Desde niño me obsesionaban cosas pequeñas y enormes: por qué las palabras significan lo que significan, por qué el poder seduce incluso cuando cuesta vidas, por

qué construimos sistemas que luego nos rebasan. Con el tiempo llegaron lecturas -física, origen, mente— y una sospecha que no se me quitó: medir no siempre alcanza para comprender.

Aprendí otra cosa: casi nada es cien por ciento seguro. Incluso estas páginas podrían haber salido de manos distintas en épocas distintas. Lo que cambia es la forma; lo que queda es el núcleo.

Esto es un primer registro. Una entrada. No tiene todas las respuestas porque las preguntas apenas empiezan.

Si algo resuena, queda. Si no, se suelta. ## Derechos de autor

© Luis René González López

Todos los derechos reservados conforme a las leyes de propiedad intelectual aplicables.

Esta obra está protegida por los derechos de autor que corresponden a su creador por el solo hecho de su creación, sin necesidad de registro previo, conforme a los tratados internacionales de derechos de autor (Convenio de Berna, Tratado de la OMPI sobre el derecho de autor).